

EL GRAN SAQUEO

TOMO II – LA CAMPAÑA DE EGIPTO



ROBERT CASANOVAS

NOVELA HISTÓRICA



Resumen

El gran saqueo, Tomo II — La Campaña de Egipto (1798-1801)

Segunda entrega de una saga histórica en cuatro tomos consagrada a los expolios napoleónicos, esta novela narra la más espectacular de todas las razzias: la expedición a Egipto. El 19 de mayo de 1798, trescientos navíos zarpan de Tolón. A bordo: un ejército de cuarenta mil soldados y ciento sesenta y siete sabios. Su destino es secreto. Su misión, en cambio, sólo lo es para el público. En sus notas privadas, Berthollet denomina la empresa operación de adquisición. Bonaparte la llama expedición científica. Son dos nombres para una misma realidad — la que la novela sigue paso a paso, desde la toma de Malta hasta las orillas del Nilo, y hasta los talleres parisinos donde nacerá la Descripción de Egipto. A través de los cuadernos de Denon, los teodólitos de Jomard, los frascos de Geoffroy Saint-Hilaire y los silencios de Berthollet, se revela la mecánica íntima del pillaje ilustrado: la belleza del gesto erudito y la violencia de la razzia que disimula. Y en los márgenes, Hassan ibn Youssef — intérprete, testigo, memoria — anota lo que los hombres de saber no escriben. Al término del viaje, una pregunta queda sin respuesta: ¿qué diferencia hay entre llevarse una cosa y llevarse su imagen? La Piedra de Rosetta está en Londres. Los grabados están en París. Egipto, por su parte, permanece a orillas de su río.

El Autor

Robert Casanovas, que ya ha publicado «La habitación robada», «El testamento era una falsificación» y «Saqueo», es profesor agregado honorario y miembro de la Sociedad Francesa de Autores. Jurista apasionado por la historia de las colecciones artísticas, ha dedicado largos años al estudio de la apropiación de obras de arte por parte de los Estados. Como presidente de la ONG International Restitutions, ha producido numerosos trabajos académicos sobre el tema.



El gran saqueo**Novela histórica en cuatro tomos**

Robert Casanovas

casanovas@hotmail.com

Depósito legal abril de 2026 – libro electrónico y versión impresa

© 2026 Casanovas. Todos los derechos reservados

ISBN: 978-2-488999-29-8

www.international-restitutions.org

Portada: Reproducción a tamaño real de la piedra de Rosetta insertada en un teatro óptico, en el Museo Champollion de Vif (Isère, Francia)

17 de julio de 2022 – Julien Peytard

**Versión española****Tomo II****1798-1801 – La campaña de Egipto****3.^a edición revisada y corregida****Del mismo autor:****La habitación robada (novela histórica)****El testamento era una falsificación (novela histórica)****Saqueo (novela histórica)****El gran saqueo – Tomo I – El nacimiento del sistema (novela histórica)**

ADVERTENCIA

Esta novela es una ficción histórica basada en investigaciones reales.

Todas las obras mencionadas fueron, en efecto, requisadas durante las conquistas francesas entre 1794 y 1813.

La mayoría de los personajes existieron.

El desarrollo de los acontecimientos refleja hechos auténticos y comprobados.

Por necesidades de la narración, se han podido imaginar personajes, escenas y diálogos.

La versión original de la novela, redactada en francés, ha sido traducida a varias lenguas extranjeras. Las versiones traducidas pueden contener errores lingüísticos, contrasentidos o aproximaciones.

ÍNDICE

Tomo II

Capítulo I: El Oriente en armas

Capítulo II: La remontada del Nilo

Capítulo III: El tiempo de los sabios

Capítulo IV: La debacle y el regreso

EL GRAN SAQUEO

Novela histórica en 4 tomos

TOMO II - LA CAMPAÑA DE EGIPTO (1798-1801)

CAPÍTULO I: EL ORIENTE EN ARMAS

I - De Tolón a Malta

En la mañana del 19 de mayo de 1798, Claude-Louis Berthollet recogió del muelle de Tolón un trozo de cabo alquitranado y se lo llevó a la nariz. A su alrededor, más de trescientos navíos levaban anclas en medio de un estruendo de cadenas y de voces de mando.

El cabo olía a brea de pino de Escandinavia, a sal del Mediterráneo y a algo que no lograba identificar de inmediato. Una resina vegetal, quizá almaciga de Quíos. Se lo guardó en el bolsillo para analizarlo a bordo. El muelle vibraba bajo sus pies. Aquel olor le recordaba al *Bel Paese*.

En 1796, Bonaparte lo había enviado a Italia con Gaspard Monge. Su misión: identificar, en las colecciones de los príncipes italianos, lo que merecía ir al Louvre. Habían recorrido los palacios de Milán, de Bolonia, de Roma, anotando los títulos y las dimensiones. Los cuadros habían viajado después en cajas, enmarcados por separado, envueltos en mantas. Algunos habían llegado dañados. Otros, no.

No le había resultado difícil. Era ciencia aplicada: identificar el valor de un objeto, ponerlo a salvo, trasladarlo. La misma lógica que aquí, con otros objetos. Lo sabía desde el principio. Aquella expedición produciría lo mismo que en Italia, a mayor escala. Lo que Bonaparte llamaba expedición científica, Berthollet lo

llamaba, en sus notas privadas, operación de adquisición. La palabra era más exacta.

La diferencia era Egipto. Italia tenía coleccionistas, mercados, precios. Egipto tenía tumbas selladas desde hacía tres milenios.

En la cubierta del Orient, buque insignia de ciento veinte cañones, Bonaparte observaba cómo la flota se ponía en marcha. Los hombres ignoraban cuál era su destino.

Monge garabateaba ecuaciones en la tapa de su cuaderno mientras los navíos maniobraban. No miraba el muelle. Monge nunca miraba lo que no era calculable.

Más abajo, en la entrecubierta C, Edme-François Jomard tensaba una cuerda entre dos poleas para medir la longitud de un pasillo. Egresado de la Escuela Politécnica apenas ocho meses antes, abandonaba Francia por primera vez. La cuerda marcó tres metros sesenta y dos. Una vez conocido ese valor, lo multiplicó mentalmente por el número de pasillos contados y dedujo una estimación de la eslora del navío con un margen de error de dos metros.

Jean-Baptiste Fourier, matemático de treinta años, profesor en la Escuela Politécnica, se había instalado en un camarote de la cubierta superior con una pila de memorias sobre ecuaciones algebraicas que no abriría durante la travesía. Lo que lo había decidido a embarcar no era la ciencia de campo —de la que no tenía ninguna práctica—, sino la perspectiva de medir una civilización entera.

Dominique-Vivant Denon contempló largamente el horizonte vacío.

En su camarote, angosto, ordenaba el material por tercera vez desde el embarque. Primero los cuadernos de bocetos, clasificados por formato. Los carboncillos en su estuche de cuero. Las plumas, las tintas negra y bistre, los pinceles de distintos grosores en un rollo de tela. Aquella organización se la sabía de memoria —cada herramienta en su sitio, cada sitio con su función—,

como un gramático conoce su lengua. No para hablarla, sino para no perderla nunca. Rehacerla le daba la impresión de controlar algo. Egipto seguía sin tener forma en su mente. Su material, en cambio, sí la tenía. Pensó: si todo lo demás sale mal, al menos tendré mis herramientas en orden. Probablemente era la definición del trabajo serio. Empezar por lo que se puede controlar.

Bonaparte lo había reclutado con una carta de diez líneas: *dibujará usted los monumentos*. Le había bastado. Había aceptado sin preguntar dónde, ni cuándo, ni en qué condiciones.

La flota tardó varias horas en salir de la rada. Desde la orilla, unas mujeres lloraban y unos niños agitaban pañuelos. Denon vio alejarse la costa.

—¿Tiene miedo? —le preguntó Jomard.

—No. Estoy impaciente. Es distinto.

Mientras los navíos ganaban mar abierto, dibujó de perfil el rostro de Bonaparte iluminado por la luz de la mañana. Aquel boceto figuraría años más tarde en la primera edición de su *Voyage*.

Más de un mes de navegación separaba Tolón de Egipto, con una escala en Malta. La flota cruzó el Mediterráneo manteniendo un relativo silencio de navegación y eludiendo a Nelson tanto por suerte como por disciplina. La primera escala no fue Alejandría.

Los primeros días, el mar estuvo en calma. Los sabios invadieron las cubiertas, sacaron sus instrumentos, tomaron medidas, anotaron la dirección de los vientos. Jomard calculaba la velocidad de la flota contando los nudos. Los naturalistas pescaban especímenes con red. Los cuadernos de Denon se llenaban de bocetos. Las velas hinchadas, los cascos oscuros, la luz cambiante sobre el agua. No sabía dibujar el mar tan bien como los monumentos, pero lo intentaba. Todos lo intentaban.

Bonaparte, por su parte, pasaba los días leyendo. Había embarcado una biblioteca de campaña minuciosamente seleccionada. Las campañas de Alejandro, los comentarios de César, la historia de Polibio, los relatos de los viajeros árabes en Egipto. Leía

deprisa, doblando las esquinas de las páginas, anotando los márgenes con una letra apretada. Una mañana, Monge lo sorprendió releendo una vez más el relato del viaje de Volney a Siria y a Egipto, publicado once años antes.

—Volney es pesimista —dijo Bonaparte sin levantar la vista—. Solo vio la decadencia. Nosotros veremos las fuentes.

Bonaparte cerró el libro y lo dejó sobre sus rodillas. Monge reconoció algo característico: Bonaparte no leía para que lo contradijeran. Leía para encontrar precedentes de lo que ya quería hacer. La biblioteca del Orient constituía por sí sola una institución. Bonaparte la había preparado como una pequeña academia flotante. Sesiones de lectura en voz alta por la noche, discusiones sobre las obras embarcadas, debates sobre la historia antigua de Egipto. Aquellas veladas reunían en torno a la mesa del gran camarote a los principales sabios y a los oficiales aficionados a las letras. Se leía a Heródoto, se discutía sobre Tucídides, se disputaba sobre las causas de la caída de Roma. Bonaparte presidía e intervenía a menudo, mostrando una cultura histórica auténtica que impresionaba a los profesores del Instituto.

—La cuestión que me interesa no es por qué mueren las civilizaciones. Es por qué duran. Egipto duró tres mil años. ¿Qué hace que un Estado sea tan estable durante tres milenios?

Fourier avanzó una hipótesis sobre la regularidad de las crecidas del Nilo y la previsibilidad de las cosechas. Le gustaban los ejemplos históricos porque daban a las ideas abstractas el peso de la duración. Milenios de crecidas regulares: era una demostración que las matemáticas por sí solas no podían producir. Lo que le interesaba de Egipto, incluso antes de llegar, era precisamente eso: una civilización que había resuelto problemas complejos —riego, arquitectura, astronomía— sin el álgebra que él enseñaba a sus alumnos. La solución había precedido a la teoría. Era a la vez inquietante y fascinante. Berthollet habló de la concentración del poder en una administración central. Denon respondió que

no lo sabía, pero que esperaba encontrar elementos de respuesta en los monumentos.

Bonaparte se inclinó hacia Berthollet.

—En Italia negociamos con príncipes. Aquí no hay príncipes. Solo hay tumbas y monumentos que nadie reclama. Lo que nos llevemos hace mucho que no tiene propietario vivo. Es una diferencia considerable.

Berthollet respondió que la ausencia de propietario vivo no significaba la ausencia de propietario. Pero lo formuló en voz baja, y Bonaparte ya había retomado su libro. Berthollet mantuvo los ojos fijos en la llama de la lámpara un rato más. Había aprendido —desde Venecia, desde Milán— que la palabra justa y la palabra eficaz no siempre eran la misma. Bonaparte no le pedía su opinión. Le pedía que validara una conclusión ya extraída. Era el precio de la expedición, y Berthollet lo había aceptado al subir al Orient.

Al décimo día cambió el tiempo. Un viento del noroeste obligó a la flota a modificar su rumbo. Los navíos se dispersaron ligeramente antes de reagruparse bajo las órdenes del almirante Brueys. Algunos soldados cayeron enfermos. Varios sabios también, entre ellos Monge, que pasó dos días tumbado en su litera, pálido y silencioso, con una palangana al alcance de la mano, incapaz de abrir un libro por primera vez en años. Quienes lo conocían sabían que ese silencio equivalía a una confesión. Monge enfermo no se quejaba. Esperaba, resignado, a que su cuerpo se dignara reanudar el trabajo.

Denon continuó sus dibujos desde la cubierta, insensible al mareo. El mar tenía un azul que nunca había visto en pintura. Un azul violento, casi agresivo, que nada tenía que ver con las marinas de Claude Lorrain. Para plasmar aquel azul se imponía otra manera de pintar el mar. Nadie lo había hecho todavía.

La cuestión del destino quedó mucho tiempo sin respuesta.

Bonaparte había entregado a los oficiales instrucciones selladas que solo debían abrirse en alta mar. Los soldados especulaban. Se oían los nombres más diversos: Inglaterra, Portugal, Irlanda, las Antillas, Malta, la India. Algunos, los mejor informados, murmuraban Egipto, pero ese nombre parecía tan lejano y tan improbable que pocos se atrevían a creerlo. Aquel día, las especulaciones se dispararon.

Al día siguiente, Bonaparte dio a entender a sus oficiales superiores cuál era el destino. Egipto. La costa africana del Mediterráneo. El Nilo, las pirámides, los desiertos del Sáhara, las ruinas de Tebas y de Menfis. El rumor circuló con rapidez entre los sabios. Las reacciones variaron según el temperamento de cada uno y lo que más temía. Berthollet reflexionó de inmediato sobre las implicaciones químicas de las aguas del Nilo y las propiedades del natrón egipcio. Monge, todavía convaleciente de su mareo, respondió simplemente que esperaba que se encontrara agua potable. Jomard no preguntó nada. Se encerró en su camarote y pasó dos horas releando sus notas sobre los sistemas de riego antiguos. Prefería comprender lo que iba a ver.

Denon sacó a Heródoto de su morral. El libro se abrió por sí solo en la evocación de las pirámides. La encuadernación tenía sus costumbres, como él las suyas. Recorrió la descripción del lago Meris, del laberinto de Hawara, de las pirámides de Guiza vistas por el viajero griego cinco siglos antes de nuestra era. Dos mil trescientos años separaban a Heródoto de aquel momento. Las pirámides, por su parte, seguían allí. Denon cerró el libro sin marcar la página. El lugar lo recordaría por sí solo.

Tras bordear la costa de Sicilia a prudente distancia, la escuadra había puesto rumbo al sudeste. El sol salía más temprano y se ponía más tarde. El calor subía, anunciando las latitudes que los aguardaban. Soldados que jamás habían salido del norte de Francia miraban el horizonte con una curiosidad mezclada de aprensión. Para muchos, aquel mar era ya el borde del mundo conocido.

La noche del decimoctavo día fue la más hermosa de toda la travesía. No la más apacible —el aire conservaba aún el calor del día y olía a brea y a sal—, pero sí la más clara. Un cielo sin nubes, una luna en cuarto menguante, salida hacía poco, que alumbraba con una luz fría y precisa, como si alguien hubiera posado un farol en el horizonte. Las velas blancas de las fragatas brillaban como papel húmedo. Los cascos negros de los navíos de línea recortaban sombras nítidas sobre el agua en calma. Apenas se oían las olas —solo el lento crujido de los mástiles, el batir sordo de las velas que buscaban el viento— y, de muy lejos, algo que podía ser una voz humana o el grito de un pájaro nocturno.

Bonaparte fue a reunirse con Denon hacia medianoche. Era una costumbre que había adquirido al subir a bordo. Rondas nocturnas por la cubierta, solo o casi, mientras sus oficiales dormían. Se acodó en la borda sin decir nada durante largo rato.

—Dibuja usted mejor de noche que de día.

—La noche suprime los detalles inútiles. Solo quedan las formas esenciales. Es más honesto. Nada nuevo. Todo ha sido visto ya. Pero nada se ha dibujado aún con precisión. Heródoto describe las pirámides sin medidas. Estrabón las menciona sin comprenderlas. Lo que quiero hacer es traer imágenes de las que no se pueda decir que sean aproximadas.

Bonaparte asintió con la cabeza. Era una manera de pensar que comprendía. A lo lejos, a babor, se distinguía una línea oscura que podía ser la costa siciliana o una masa baja de nubes. Ninguno de los dos preguntó al oficial de guardia qué era.

Esa misma noche, a varios días de mar hacia el oeste, la escuadra de Nelson buscaba la flota francesa sin saber dónde se hallaba. Dos flotas, un solo mar, y la oscuridad entre ellas. Si los vientos hubieran soplado de otro modo, todo lo que Denon llevaría en sus cuadernos se habría hundido con los navíos. Lo que partiría o no partiría no dependería solo de los hombres. Dependería también de los vientos.

El 9 de junio, tras tres semanas de navegación, los navíos franceses se presentaron ante La Valeta.

La isla de Malta, en manos de la Orden de San Juan de Jerusalén desde 1530, custodiaba la entrada del Mediterráneo oriental con sus fortificaciones, que se tenían por inexpugnables.

Bonaparte convocó ante las murallas a sus principales generales y a los sabios.

—Estas murallas resistieron a cuarenta mil turcos en 1565. Pero los caballeros que las defienden hoy son viejos, están divididos y carecen de dinero. No necesitamos tomarlas al asalto. Solo necesitamos esperar.

El general Louis Desaix, un oficial de aspecto ascético que mandaba una de las divisiones del ejército, intervino.

—General Bonaparte, ¿son fiables sus informaciones sobre la división interna de la Orden?

—Los caballeros de Malta están divididos en facciones rivales. El Gran Maestre es débil. No lucharán. Entraremos en breve.

Monge se creyó en el deber de plantear una pregunta.

—General, ¿qué justificación dará usted para atacar Malta, que no está en guerra con Francia? La Orden de San Juan es una institución soberana reconocida internacionalmente desde hace mucho tiempo. ¿No corre esta agresión el riesgo de provocar reacciones diplomáticas negativas, en particular por parte del papa y de las potencias católicas europeas?

—Monge, querido amigo, tú eres matemático. Calcula cuánto tiempo podemos resistir en Egipto si los ingleses nos bloquean las rutas. Malta es el cerrojo. En cuanto a la justificación diplomática, no es asunto tuyo. Mi ayudante de campo se ocupa de ello.

Monge calló. Había comprendido el límite.

El desembarco se efectuó simultáneamente en varios puntos de la isla y cogió desprevenidos a los defensores. La resistencia duró tres días. Malta capituló el 12 de junio.

El inventario reveló cantidades asombrosas de metales preciosos. Suficientes para financiar varios meses de campaña. Denon recorrió la gran sala del tesoro, que los comisarios inventariaban caja por caja.

La riqueza de la Orden era ante todo monetaria: lingotes de plata, monedas de oro, orfebrería litúrgica. Entre tres y cuatro millones de francos, según la estimación de Berthollet.

Pero lo que lo retuvo estaba en otra parte. En la sacristía de la catedral de San Juan, los soldados descolgaban cuadros. La bóveda de la nave —un ciclo monumental de Mattia Preti sobre la vida de san Juan Bautista, pintado directamente sobre la piedra entre 1661 y 1666— era intransportable: demasiado grande, demasiado fija. La dejaban. Pero los cuadros de caballete sí se podían llevar.

Identificó varios lienzos de Preti: una *Decapitación del Bautista*, sombría y violenta, arrancada de su capilla; retratos de grandes maestros de la Orden; y una gran *Resurrección de Lázaro* de escuela napolitana que enrollaban sin precaución alguna.

Denon vio también lo que no se llevaban. En el oratorio de los novicios, colgada como retablo desde 1608: la *Decapitación de san Juan Bautista*, el lienzo más grande de Caravaggio, tres metros sesenta por cinco metros veinte de tormenta negra y roja. El verdugo se inclina sobre el cuerpo decapitado, cuya sangre forma un charco. En esa sangre, el pintor trazó su firma: *f. Michelangelo*. El único cuadro que firmó jamás, y escogió firmarlo en la sangre de su víctima. Él mismo había matado a un hombre. La pintura lo sabía.

Un soldado se acercó para calcular si se podía descolgar. Denon le puso la mano en el brazo.

—Ese no se irá. Fue pintado para esta pared. Moriría en un barco.

El soldado miró a Denon un instante, después el lienzo, y por fin se encogió de hombros y se fue a mirar a otra parte. El cuadro se quedó.

Anotó en su cuaderno las dimensiones, el tema, la firma, y luego permaneció ante el lienzo sin escribir. Aquel cuadro tenía una propiedad rara. Examinaba a su vez al espectador. No el santo decapitado, sino el verdugo, inclinado sobre el muerto, o el carcelero que vuelve la cabeza, parecía interrogar a quien contemplaba la escena: y tú, ¿qué te llevas?

La orfebrería del Hospital de la Orden —palanganas de mesa, candelabros, copones— fue confiscada por entero. El hospital de Malta tenía suelos de mármol, tapices, una vajilla de plata que se decía única en Europa. Se fundiría en barras. Los enfermos que acudieran allí serían atendidos con escudillas de estaño.

El mismo proceso, pensó. Cada conquista financiaba la siguiente.

La Tenture des Indes, tapiç tejido en los Gobelinos a partir de cartones inspirados en pinturas traídas de Brasil por el príncipe Juan Mauricio de Nassau-Siegen, de colores aún vivos, que representaba elefantes, loros, fortalezas tropicales, escenas de corte exóticas. Regalo de Luis XIV. El rey de Francia había dado a la Orden de los caballeros lo que el ejército de Francia iba ahora a confiscar.--

Anotó las dimensiones. Dos metros cincuenta de alto, unos cinco metros de ancho los más grandes. Lana y seda. Podían enrollarse. No lo estaban. Los soldados no habían tenido tiempo o no habían comprendido su valor.

—Deje los tapices —dijo Denon al suboficial que supervisaba el inventario—. Pertenecen ya a Francia desde Luis XIV.

Fuera, se cargaban las cajas en las chalupas. El oro, la plata, los manuscritos, los cuadros designados. La biblioteca de la Orden, con miles de volúmenes en latín, en francés, en árabe, en turco, fue dejada atrás. No había sitio. No había tiempo. Los soldados

de la Revolución saqueaban de prisa. Los eruditos recogían lo que quedaba.

La biblioteca contaba con unos veinte mil volúmenes. Incunables, manuscritos medievales, tratados de navegación y de cartografía acumulados desde el siglo XII. Los soldados no sabían qué hacer con los libros. Un sargento preguntó si valían algo. Denon respondió que sí, algunos. El sargento hizo notar que no tenía cajas. Denon encontró dos y metió él mismo en ellas los manuscritos más antiguos. Un centenar de volúmenes, escogidos por instinto, sin catálogo, sin más criterio que la antigüedad aparente del pergamino. El resto —cerca de veinte mil volúmenes— quedó en los anaqueles.

La guarnición francesa que se mantendría en Malta los usaría durante dos años como papel de embalaje y combustible.

Berthollet anotó en sus observaciones, mientras veía alejarse hacia los navíos las chalupas cargadas: «Flandes había sido metódica, Italia había sido sabia, Malta había sido apresurada. Cada campaña tenía su manera de saquear según el tiempo disponible y los hombres presentes. Egipto sería otra cosa. No una ciudad que vaciar en tres días, sino un país que recorrer durante meses. El saqueo allí sería lento».

La flota levó anclas al anochecer del 19 de junio. En cubierta, Denon veía alejarse La Valeta. Una ciudad de piedras rubias, unas murallas que descendían hasta el mar, unos campanarios barrocos. En los almacenes, las cajas estaban apiladas con el oro y la plata labrada. En sus cuadernos, los dibujos de las fortificaciones, de la catedral, del puerto. Lo que se llevaba y lo que se dejaba. Ya sabía que no volvería a ver Malta.

El oro podía refundirse. Las obras de arte, una vez trasladadas, no regresaban jamás.

II - De Alejandría al Nilo

El 1 de julio, tras una travesía durante la cual los franceses habían eludido a Nelson en varias ocasiones, los vigías avistaron las costas bajas de Egipto. Un olor a arena caliente y a sal. Monge estaba en cubierta desde el alba.

—Alejandría. Euclides, Eratóstenes, Ptolomeo. Setecientos mil volúmenes quemados. ¡Miren lo que queda! —exclamó Bonaparte.

Monge escrutó la costa.

—A decir verdad, general, esta ciudad actual no parece corresponder a las gloriosas descripciones que leemos en los textos antiguos. Parece más bien ruínosa y provinciana. ¿Dónde están los monumentos magníficos, los templos, los palacios, la gran biblioteca?

Bonaparte sonrió.

—Todo eso ha desaparecido. Romanos, bizantinos, árabes, otomanos. El Egipto antiguo solo existe ya en sus piedras. Por eso estamos aquí.

El desembarco comenzó por la tarde, con un fuerte oleaje. Los soldados bajaron a las chalupas, que los llevaron hasta la orilla, donde saltaron al agua poco profunda y chapotearon hasta la playa bajo un sol de plomo. El olor llegó antes que todo lo demás. Algo cálido y mineral, con un fondo de pescado y de humo, el olor de una ciudad antigua que no esperaba ser sorprendida.

Los sabios desembarcaron al caer la tarde, una vez tomada la ciudad. Alejandría no era lo que habían leído. Quince mil habitantes, calles estrechas, casas de adobe que se desmoronaban.

Denon puso por primera vez el pie en suelo egipcio y miró a su alrededor con una decepción que no trató de ocultar.

—¿Es de verdad esto? ¿Ruinas y casuchas?

La columna de Pompeyo se alzaba a quinientos metros, solitaria en el cielo de arena. Veintisiete metros de granito rojo de Asuán

sobre un pedestal de sillares. No guardaba ninguna relación con Pompeyo. Había sido erigida hacia el año 297 de nuestra era en honor del emperador Diocleciano, después de que este aplastara una revuelta alejandrina.

El fuste era monolítico, un solo bloque de doscientas toneladas, pulido hacía quince siglos, todavía liso al tacto bajo el polvo. El capitel corintio de la cima había perdido algunas hojas de acanto, pero seguía siendo reconocible. Jomard le tomó las medidas con sus instrumentos: diámetro en la base, dos metros setenta y uno; en la cima, un metro noventa. La columna era ligeramente ahusada. Los artesanos habían calculado la ilusión óptica que haría parecer perfectamente recto el fuste a quien lo mirase desde el suelo. Quince siglos después, el cálculo seguía en pie.

En el pedestal, bloques dispersos llevaban fragmentos de inscripciones jeroglíficas, reutilizados en la construcción romana, probablemente arrancados de un templo faraónico anterior. Esta práctica de la reutilización atravesaba toda la historia egipcia. Los romanos saqueaban los templos para sus construcciones, los árabes saqueaban las construcciones romanas, los otomanos saqueaban las construcciones árabes. Cada capa servía de cantera para la siguiente. La columna de Pompeyo estaba asentada, ella misma, sobre piedras que ya habían servido en otro lugar.

Denon dibujó la columna desde tres ángulos distintos. De frente, de tres cuartos, de perfil desde el norte. Aquel monumento de doscientas toneladas estaba condenado a servir de punto de referencia a los navíos que entraban en el puerto. Su dibujo se uniría a las láminas de *la Description*. La columna se quedaría allí. Su representación iría a París, a Londres, a Viena.

Alejandría era decepcionante. Demasiados siglos superpuestos. Pero el Nilo se abría ante ellos. Los verdaderos descubrimientos estaban en otra parte.

La toma de la ciudad había costado unos trescientos muertos y heridos franceses. Kléber, herido en la cabeza, había sobrevivido. Bonaparte había establecido su cuartel general en el palacio del

gobernador otomano y convocado a los notables para explicarles, en una proclama traducida al árabe, que el ejército francés venía a liberar Egipto de la tiranía mameluca y a restaurar los derechos del legítimo sultán otomano.

—Pueblos de Egipto —proclamaba el texto—, os dirán que vengo a destruir vuestra religión. No lo creáis. Vengo a restituiros vuestros derechos y a castigar a los usurpadores. Somos verdaderos musulmanes. ¿Acaso no hemos sometido al papa y a los caballeros de Malta?

Mientras Bonaparte organizaba la administración de Alejandría, los sabios comenzaban sus primeros trabajos. Denon buscó las huellas de la grandeza ptolemaica. Se encontró poco. Alejandría la Grande había desaparecido casi por completo.

Denon pasó su primera noche en vela. No por inquietud, sino porque las calles seguían rumoreando con una vida nocturna que nunca había oído hasta entonces. Voces en árabe, perros callejeros, el rumor de una fuente en un patio invisible, las llamadas a la oración que resonaban desde los minaretes antes del alba. Se instaló junto a la ventana con su cuaderno y dibujó lo que no veía, con los oídos guiándole la mano. Los trazos eran inciertos. Los dejó serlo. La noche fue larga.

A la mañana siguiente salió con Jomard a recorrer la ciudad. Este llevaba su teodolito y tomaba medidas en cada encrucijada. Denon esbozaba las fachadas, los rostros en los zocos, un dromedario echado en el polvo, un grupo de niños que veían pasar a los soldados franceses con una mezcla de curiosidad y recelo. Ninguno de los dos hablaba árabe. Se comunicaban con los habitantes por gestos, por sonrisas, por monedas.

—El Egipto que vamos a estudiar no es solo el Egipto antiguo —dijo Denon a Jomard mientras dibujaba una puerta de madera tallada con motivos geométricos—. Aquí hay varios miles de años de capas superpuestas. Cada capa ha cubierto la anterior sin borrarla del todo.

—Lo cual complica los levantamientos —añadió Jomard—. Sus capas superpuestas plantean un problema de método. Si todo pertenece a todo, nada puede fecharse. Cuando un bloque de granito antiguo se reutiliza en una casa del siglo XVIII, ¿a qué período pertenece?

—A los dos. Ese es el problema y también el interés.

El mercado de pescado había revelado a Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, joven naturalista miembro de la Comisión de Ciencias, una decena de especies mediterráneas que nunca había visto en ejemplar alguno. Compró varias cuyo nombre ignoraba, las envolvió con cuidado en sal y las hizo llevar a su alojamiento para disecarlas por la noche. Sus compañeros de cuarto protestaron por el olor. Él respondió que el olor de la ciencia era preferible a la ignorancia.

Por su parte, Berthollet se interesó por los tintes del mercado. Las telas expuestas por los mercaderes presentaban colores que él no reconocía. Índigos muy profundos, rojos que no tenían el matiz de la rubia, amarillos que tiraban a azafrán. Berthollet recogió muestras de fibras teñidas, las enrolló en papel y las etiquetó con esmero.

Mientras los sabios exploraban los mercados de Alejandría, cada cual según su especialidad, Bonaparte no paseaba.

Había que organizar la guarnición, establecer relaciones con las autoridades locales, resolver los asuntos de abastecimiento, preparar la marcha hacia El Cairo. Recibió a los notables sentado en un sillón que había hecho traer de su navío, rodeado de sus ayudantes de campo. Se presentaron con la cautela de quienes siguen sin saber si los recién llegados se quedarán.

El ejército, entretanto, se preparaba. Los soldados llenaban sus cantimploras, cargaban las mulas, comprobaban sus municiones. Se había contratado a guías egipcios. Hombres que conocían la ruta del desierto y los puntos de agua. Miraban aquellos

preparativos con fatalismo. Habían visto pasar muchas tropas por aquel corredor entre el mar y el desierto.

A Bonaparte no le preocupaban los cálculos hidrológicos. Observaba el desierto. Desde la terraza del palacio donde se alojaban los sabios se veía al sur la línea nítida en que la ciudad terminaba y empezaba la arena. Una línea recta. A un lado, las casas, los jardines, las palmeras, la presencia humana organizada desde antiguo. Al otro, nada. Una extensión uniforme hasta el horizonte, sin una sombra, sin una variación de color, sin un signo de vida.

El 6 de julio, Bonaparte dio la orden de marcha. Doscientos veinte kilómetros separaban la costa de El Cairo. Entre ambos: el desierto. Nadie se lo había dicho con claridad a los sabios.

Cuarenta grados a la sombra desde la primera hora. Ni una gota de agua entre pozo y pozo. Había soldados que morían andando, segados no por el enemigo sino por el sol. No se moría de golpe. Uno se detenía. Caía de rodillas. No volvía a levantarse. Las columnas seguían. Nadie rompió el paso para quedarse con un hombre caído.

Bonaparte marchaba a pie como sus soldados, en columnas paralelas a través del desierto. Los sabios, mal adaptados, seguían como podían. Varios se desmayaron. Denon dibujaba los paisajes mientras caminaba.

Monge se tambaleaba apoyándose en un bastón improvisado. Bonaparte, al verlo en aquel estado, ordenó que le dieran agua de su propia reserva.

—Bebe, Monge —dijo Bonaparte tendiéndole su cantimplora—. Tienes que sobrevivir a esta marcha.

Monge bebió unos sorbos de agua tibia con sabor metálico. Estuvo a punto de dar las gracias y se contuvo. A un general no se le daban las gracias por un sorbo de agua como a un amigo. Monge devolvió la cantimplora sin decir palabra. Bonaparte ya había apartado la vista.

—Todas las grandes empresas tienen sus pruebas —prosiguió Bonaparte, poniéndole la mano en el hombro—. Alejandro marchó hasta la India durante ocho años. Marco Polo pasó veinticuatro años lejos de Venecia. Nosotros resistiremos.

Las columnas avanzaban por un paisaje donde casi no crecía nada. Unos cuantos arbustos espinosos. De vez en cuando, una aldea de adobe. Fellahs que veían pasar al ejército desde sus puertas sin decir palabra. El calor era distinto de todo lo que los soldados habían conocido. No venía solo del sol sino del propio suelo, como si el desierto entero fuese un horno abierto. Las cantimploras se vaciaban. Se rellenaban en los pozos cuando se encontraba alguno. El agua sabía a tierra y a sal, pero nadie se quejaba.

Al cuarto día, hacia el mediodía, un murmullo recorrió las columnas. Los soldados alzaron la cabeza. Ante ellos, más allá de la línea temblorosa de calor, se dibujaba en el horizonte una franja verde. El Nilo. Algunos echaron a correr. Los oficiales no los detuvieron. Ellos también corrieron.

Cuando las primeras filas alcanzaron la orilla, los hombres cayeron de rodillas en el agua sin siquiera quitarse las mochilas. Bebieron, se lavaron la cara, permanecieron inmóviles en la corriente como si se negaran a salir de ella. Detrás, las columnas seguían llegando, levantando nubes de polvo que volvían a caer sobre el agua.

Denon se instaló en la orilla con sus carboncillos. Ante él, la ancha superficie de agua reluciente bajo el sol de julio, la franja fértil de unos kilómetros de verde intenso y luego el desierto, que empezaba justo allí donde terminaba el riego.

—Mira, Jomard —dijo Denon al joven ingeniero geógrafo que se había sentado a su lado para descansar—, ahí tienes, por fin, el verdadero Egipto.

—Lo que me llama la atención es la línea. A un lado las palmeras, los cultivos. Al otro, el desierto. A dos kilómetros de la orilla.

Jomard tenía razón. Todo dependía del Nilo. A dos kilómetros de la orilla empezaba el desierto. Absoluto, inmediato. Egipto no era más que un corredor de agua en un continente de arena.

El agua potable ya estaba disponible. El ejército recobraba fuerzas. Jomard desplegaba su regla graduada. Monge trazaba ecuaciones en sus hojas sueltas. Denon abría su cuaderno de bocetos. Los ingenieros estudiaban los sistemas de riego: *sakiehs*, *shadufs*, canales de distribución. Técnicas milenarias, todavía en uso. El agua del Nilo elevada mecánicamente para alcanzar campos situados unos metros más arriba. Sencillo, eficaz, inalterado desde los faraones. Los botánicos recolectaban con frenesí: palmeras datileras, sicomoros, lotos, papiros, plantas aromáticas desconocidas en Europa. Geoffroy disecaba aves —ibis, garzas— y llenaba cajas. La fauna del Nilo se le ofrecía: cocodrilos en las orillas, hipopótamos ya raros, aves migratorias a millares.

—Mire esos ibis —exclamó Geoffroy a Berthollet—. Los egipcios los momificaban. Habían hecho del ibis el dios Tot. La sabiduría, la escritura. Un ave que se ve cada mañana a orillas del Nilo.

—Mi querido Geoffroy, adorar a un pájaro como a un dios me parece el colmo de la superstición. Las Luces han corregido eso. Las Luces habían superado muchas de aquellas creencias. Pero Geoffroy comprendía algo que Berthollet se negaba a ver. Venerar un ibis quizá no fuera pura superstición, sino la forma que adoptaba, en una civilización dada, la observación rigurosa de la naturaleza. Los egipcios habían advertido que el ibis aparecía con las crecidas del Nilo. Hicieron de él un dios. Los naturalistas del siglo XVIII advertían lo mismo y lo convertían en ecuaciones. La diferencia estaba en el lenguaje, no en la atención prestada al mundo.

Geoffroy había empezado a comprar desde el primer mes. No se lo contaba a sus colegas. Fourier, Monge y Berthollet no tenían una posición clara sobre la cuestión. ¿Recolección científica o apropiación personal? La distinción era borrosa.

Unas semanas más tarde, cuando el ejército ya se había acuartelado en El Cairo, el mercado de Saqqara funcionaba desde que los soldados franceses habían demostrado que compraban. Fellahs de las aldeas vecinas traían lo que encontraban en los campos y en las tumbas. *Ushebtis* por decenas, escarabeos por centenares, fragmentos de papiro, amuletos, monedas ptolemaicas verdes de pátina. Denon acudía por la mañana, antes de que el calor hiciera agotadora la caminata. Avanzaba despacio entre los puestos improvisados, esteras de junco tendidas en el suelo, los objetos dispuestos encima. Se ponía en cuclillas. Sopesaba. Miraba. Lo que lo detenía no era siempre lo más antiguo ni lo más espectacular. Un *ushebti* de madera pintada, figura funeraria de quince centímetros, con los brazos cruzados sobre el pecho en la actitud de Osiris, el rostro hierático, la peluca azul surcada de líneas de oro finamente trazadas. El rostro tenía la precisión serena de los retratos de corte. Alguien lo había mirado, alguien había querido que fuese reconocido en el más allá. Aquel *ushebti* había acompañado a un muerto durante treinta siglos en una cámara funeraria sellada. Ahora estaba allí, sobre una estera de junco, en Saqqara, bajo el sol. El *ushebti* fue envuelto en un trapo y Denon lo guardó en su morral.

El fellah dijo una frase. Denon no la entendió. Se volvió hacia Hassan, el intérprete que el ejército le había asignado. Hassan escuchó, se miró los pies y luego tradujo en voz baja.

—Dice que es la tumba de su antepasado.

Hassan volvió solo al vivac aquella noche. Bordeó el mercado, que se vaciaba, con los vendedores desvanecidos en el polvo del atardecer junto con sus piastras. Se detuvo en el lugar donde el fellah había extendido sus objetos. La estera seguía allí. Una depresión en la arena señalaba el sitio donde había reposado el *ushebti*. Intérprete desde hacía cuatro años, había traducido a mercaderes, a notarios, a oficiales otomanos, ahora a sabios franceses. Había aprendido que traducir es elegir entre palabras que nunca coinciden exactamente. La frase del fellah —la tumba de su

antepasado— la había traducido con exactitud. Lo que no había traducido era el tono.

Durante los días siguientes, Denon hizo otras adquisiciones.

Escarabeos. Uno de fayenza azul con el cartucho de Tutmosis III, sexto faraón de la dinastía XVIII, grabado en la parte plana con una precisión que comprobó con la lupa: el tablero, el escarabajo, el disco solar. Tres mil doscientos años y el trazo estaba intacto. Un segundo, de esteatita negra, representaba un coleóptero con los élitros finamente detallados. Los egipcios habían observado al escarabajo rodar su bola de estiércol hacia el sol y habían visto en él al dios Khepri empujando el sol al amanecer. Lo habían puesto en las tumbas, sobre el corazón de los muertos, para asegurar el renacimiento.

Amuletos. El ojo udjat de fayenza turquesa, el ojo de Horus, arrancado por Set en el combate y luego reconstituido. Tres centímetros, una pupila pintada, líneas de arte cosmético que imitaban el plumaje del halcón. Un Tot con cabeza de ibis en lapislázuli que los escribas lucían para que su cálamo se mantuviera certero. Una Sekhmet de cornalina rojo oscuro. La llevaban consigo para que la guerra y las epidemias no alcanzaran al portador.

Denon compró también dos vasos canopos de alabastro —un tapón con cabeza de chacal, otro con cabeza de babuino—, guardianes de las entrañas del difunto. Dieciséis centímetros de alto, el alabastro translúcido dejaba pasar la luz teñida de miel, como si la piedra aún estuviera viva. Fragmentos de papiro cubiertos de escritura hierática, adquiridos sin saber qué decían. Lo que decían no cambiaría lo que eran.

Lo que decían, seguía sin saberlo. Años más tarde los orientalistas lo averiguarían: fórmulas del *Libro de los Muertos*, invocaciones protectoras para el paso al otro mundo. Un papiro semejante, comprado en Tebas por el ingeniero Simonel y conocido más tarde con el nombre de papiro Cadet, contiene la fórmula 125, el juicio del alma ante Osiris.

El papiro Cadet ingresaría en el Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura *Égyptien 1 à 19*.

Pero aquella mañana en Saqqara aún no sabía nada de todo eso. Lo que lo detenía, lo compraba. El mercado se vaciaba. El calor aumentaba. Al día siguiente habría otras esteras, otros objetos, otras transacciones de las que no escribiría todas las frases. Egipto era más grande que sus cuadernos. Lo sabía desde el primer día. Aun así, continuaría.

Al amanecer, Geoffroy tenía doce páginas de notas y una convicción. El cocodrilo del Nilo y el caimán de Sudamérica compartían una arquitectura ósea tan próxima que no podía ser fortuita. Aquella convergencia anatómica a través de decenas de miles de kilómetros y de un océano planteaba una cuestión para la que la biología de su época no tenía respuesta.

Geoffroy aún no se lo había contado a nadie. La idea era demasiado distinta de lo que enseñaba la ciencia de su tiempo.

Geoffroy había pedido a Denon que le mostrase las representaciones de animales en los bajorrelieves de Saqqara. Habían pasado media jornada comparando los ibis de las pinturas con los ibis vivos. Las pinturas y las aves se parecían a la perfección. Tres mil años no habían cambiado nada. Denon había dibujado a los dos, uno junto al otro, —el vivo y el muerto pintado— sin saber cuál se parecía más al original.

III - La batalla de las Pirámides

El 21 de julio, el ejército divisó las pirámides.

Las siluetas triangulares se dibujaban en el horizonte desde unos diez kilómetros de distancia. Los soldados se detuvieron por sí solos. Nadie había dado orden alguna. Bonaparte, a caballo, las contempló sin decir palabra.

Luego se volvió hacia sus hombres:

—Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan.

Hizo una seña a sus generales sin bajar la voz:

—Bon, división izquierda. Desaix, división derecha. No nos movemos. Dejamos que vengan.

Luego, solo para sí, una última vez frente a las pirámides:

—Que sea al menos ganando.

Los sabios fueron enviados al interior de los cuadros de infantería con los bagajes y los heridos. Se encontraron apretujados entre las mulas y los furgones de municiones, a la altura del hombro de los soldados de las últimas filas. Monge casi no veía nada.

Desde donde estaba, solo se podía ver lo que ocurría a la altura de un hombre: los pies que se juntaban, los fusiles sujetos con ambas manos, el sudor en las nuucas. El polvo que se alzaba por el este. La caballería mameluca que se acercaba, todavía invisible. Un soldado a su izquierda murmuraba en alsaciano. Monge no lo entendió. El tono bastaba. Se preguntó, por primera vez desde Tolón, si valía la pena, por aquella expedición, estar apretujado entre mulas y furgones mientras una caballería cargaba a través del polvo.

El fragor llegó antes que el ruido de los cascos. Algo en el aire, una vibración en la tierra bajo sus pies. Luego las primeras filas dispararon y el humo negro lo ocultó todo. Las descargas se sucedieron con cadencia regular. En los intervalos se oían gritos. Los de los hombres que caían del caballo.

Lo que Monge no podía ver desde el interior del cuadro, los oficiales a caballo lo veían. Murad Bey había dispuesto sus fuerzas al este, entre los franceses y el Nilo. Seis mil jinetes mamelucos, quizá siete mil, agrupados en formaciones ondulantes que cambiaban de forma sin fijarse nunca. Sin líneas. Sin filas fijas. Una caballería que se desplegaba como el agua sobre una superficie irregular. Los caballos árabes, más pequeños que las monturas francesas, galopaban en grupos de cincuenta, de cien, cambiando

de dirección a la señal de un jefe al que no se veía. Tras ellos, una polvareda ocre se alzaba hasta ocultar el cielo.

Bonaparte había formado sus divisiones en cinco grandes cuadros. Veinticinco mil hombres distribuidos en seis filas de profundidad, con las bayonetas caladas, los oficiales en el interior con los bagajes. Era la formación teórica que se enseñaba en la Escuela Militar, la que nunca debía ceder ante una carga de caballería. En teoría. Nadie en el ejército había visto jamás seis mil jinetes cargar a la vez.

La primera carga llegó del sudeste. Unos mil jinetes, separados del grueso del ejército mameluco, que se lanzaron directamente hacia el cuadro de Desaix. Los mamelucos portaban cimitarras, pistolas al cinto, carabinas en bandolera. Algunos llevaban cotas de malla que brillaban al sol. Otros, túnicas de seda bordada. No era un ejército. Era una aristocracia guerrera a caballo, cada jinete combatiendo por su propia gloria, sin orden colectivo.

Cargaron a todo galope durante trescientos metros. El cuadro de Desaix esperó. Doscientos cincuenta metros. Los oficiales gritaban que mantuvieran las filas. Doscientos metros. Los fusiles se alzaron. Ciento cincuenta metros. Bonaparte, desde su posición central, miraba sin moverse. Cien metros. La distancia a la que un infante podía distinguir el rostro del jinete que cargaba. Setenta y cinco metros. La orden de fuego.

La primera descarga golpeó de lleno la carga. Las balas herían primero a los caballos, más anchos que los hombres, y luego a los jinetes, que se desplomaban hacia delante o de lado. A cincuenta metros, la carga se frenó. No fue una detención brusca. Fue un desmoronamiento. Los caballos se negaban a avanzar hacia las bayonetas. Algunos jinetes aislados lograron llegar hasta el cuadro. Golpeaban con sus cimitarras contra los fusiles cruzados, pero no podían penetrar las seis filas de profundidad. La segunda descarga los derribó a quemarropa.

Los supervivientes se replegaron. Pero siguieron otras cargas. Murad Bey lanzaba sus escuadrones en oleadas sucesivas, con la

esperanza de encontrar una grieta en las formaciones francesas. Cada oleada se estrellaba contra los fusiles. Al cabo de una hora, los cuadros seguían en pie. El suelo frente a las posiciones francesas estaba sembrado de caballos muertos y de jinetes heridos. El humo de la pólvora se estancaba en el aire inmóvil, formando una niebla gris que ocultaba las pirámides al fondo.

Denon seguía dibujando a ciegas. Espaldas, fusiles, humo, un rincón de pirámide por encima de las cabezas. Desde el interior del cuadro solo veía fragmentos: la nuca del soldado alsaciano que tenía delante, los fusiles que se alzaban y volvían a caer, el humo acre que lo cubría todo. Lo que acababa de ocurrir fuera —las cargas, las descargas que quebraban los escuadrones mamelucos, el contraataque de la caballería francesa— no lo vería. Solo conservaría el humo, el calor, el sudor y el ruido.

Hacia el final de la tarde, Bonaparte lanzó las divisiones de Bon y de Vial al asalto del campo atrincherado de Embabeh, a orillas del Nilo. Las columnas de infantería avanzaron a la bayoneta. No era una persecución. Era un golpe de ariete calculado para quebrar la cohesión del enemigo. Los mamelucos, atrapados entre las columnas y el río, retrocedieron. Algunos se ahogaron al intentar cruzarlo a caballo. Otros fueron abatidos en las orillas por la infantería francesa que los perseguía.

Murad Bey comprendió que la batalla estaba perdida. Sus jinetes, magníficos uno por uno, nada podían contra una infantería disciplinada que mantenía sus posiciones. Dio la orden de retirada general. Menos de dos horas después de iniciado el combate, los mamelucos supervivientes galopaban hacia el sur, abandonando el campo de batalla a los franceses. Dejaban tras de sí varios miles de muertos. Las bajas francesas sumaban menos de trescientos entre muertos y heridos.

Denon dibujó las pirámides con los muertos en primer plano. Fue ese boceto, y no las pinturas de triunfo encargadas más tarde, el que dijo la verdad de aquella jornada.

El ejército reanudó la marcha. Y entonces las pirámides regresaron. No como habían aparecido por la mañana, siluetas lejanas en el polvo, sino como cosas de otra naturaleza. Crecían a medida que uno se acercaba de un modo que nada tenía que ver con la perspectiva ordinaria. No era que se hicieran más grandes. Era que dejaban de ser comparables a nada conocido. A doscientos metros, Denon comprendió que había pasado toda su vida imaginando monumentos a escala humana. Aquellas pirámides habían sido construidas a la escala de la idea que los constructores se hacían de lo que debía durar. Eran enormes, impúdicas en su tamaño. Ningún edificio europeo era comparable.

Jomard, el joven politécnico, sacó sus instrumentos de medición y comenzó sus levantamientos. Las cifras que anotó aquella noche —longitud de la base, ángulo de inclinación de las caras, altura estimada— constituirían el primer levantamiento científico preciso de las pirámides de Guiza. Aquel trabajo fastidioso y minucioso, realizado la misma noche de la victoria, resumía la ambivalencia de toda la expedición.

Denon examinó las pirámides y luego el ejército que acampaba a sus pies. Aquellos monumentos pesaban millones de toneladas. No irían a ninguna parte. Pero los objetos que contenían eran otra cuestión. Las estatuillas de las cámaras funerarias. Los papiros. Los escarabeos de fayenza. Todo lo que una mano podía levantar y meter en un cajón de campaña.

La noche cayó deprisa sobre la meseta de Guiza. Los soldados encendieron sus hogueras de vivac. La luz anaranjada de las llamas dio a las piedras un color que él no había visto aún en ninguna pintura. Denon se quedó de pie largo rato después de que Jomard se tendiera sobre su manta, con los ojos abiertos hacia el cielo.

Pasada la medianoche, tomó sus carboncillos y se acercó a la Gran Pirámide. Los centinelas no lo detuvieron. Les habían advertido de que aquel civil del cuaderno se paseaba por todas partes y no daba problemas. Bordeó la base hasta encontrar un

ángulo donde la luna iluminaba directamente la cara oeste. Los bloques eran más altos que un hombre. Tras escalar dos, tres bloques, se sentó en el cuarto.

La piedra aún estaba caliente. No con el calor difuso del aire. Un calor propio, interior, como si la masa de caliza hubiera absorbido el sol del día y lo devolviera lentamente a la noche. La palma apoyada de plano. Ciento cuarenta y seis metros de piedra por encima de él, invisibles en la oscuridad. Solo veía las primeras hiladas de bloques que ascendían hacia la negrura.

Denon intentó dibujar. La luna daba luz suficiente para distinguir las juntas entre las hiladas, la ligera irregularidad de las superficies talladas a mano, la sombra profunda de los intersticios. La línea del horizonte trazada allí donde la pirámide cortaba el cielo, las hiladas sucesivas de bloques que subían en gradas. Era más sencillo que el dibujo del día.

Jomard lo encontró allí hacia la una de la madrugada. Se sentó a su lado sin decir palabra, examinó el boceto en el cuaderno, luego la pirámide, y de nuevo el cuaderno.

—Acabamos de ganar una batalla que nadie recordará haber perdido. Dentro de mil años, ¿quién sabrá que Murad Bey huyó hacia el sur hace un rato? Dentro de mil años, esta pirámide habrá visto cien batallas como la nuestra. No las contará. La piedra no lleva la cuenta de las victorias de los hombres.

—Nuestros cuadernos lo escribirán —añadió Jomard—. Hay una diferencia entre saber y escribir. Pero nuestros cuadernos darán fe de ello, si alguien los lee.

—Nuestros cuadernos. Eso es lo que queda de las victorias. Cuadernos y pirámides.

Jomard reflexionó. La cima de la estructura atraía su mirada.

—He calculado esta noche que la Gran Pirámide contiene unos dos millones trescientos mil bloques. Si los obreros hubieran trabajado diez horas diarias, trescientos sesenta y cinco días al año durante veinte años, habría sido necesario colocar un bloque cada

dos minutos aproximadamente, sin interrupción. Sin pausa. Sin error. Dos millones de veces. Lo que me turba es que el cálculo funciona. No hay ningún margen que se derrumbe. Hicieron exactamente lo que se habían propuesto hacer.

A lo lejos, las hogueras de vivac de los soldados titilaban en la llanura. En algún lugar hacia el norte, El Cairo dormía. La pirámide, en cambio, no dormía.

Denon examinó el croquis por última vez. La línea de la pirámide contra el cielo nocturno, simple, absoluta. Nunca había dibujado nada tan difícil de malograr. La forma era tan pura que resultaba imposible errarla.

Jomard se levantó, se sacudió el polvo del pantalón y volvió a subir hacia el campamento.

A la mañana siguiente, Denon descendió a la Gran Pirámide con Monge y el arquitecto Balzac. Entraron por el pasadizo que el califa al-Mamún había forzado en el siglo IX. Un túnel abierto en la mampostería, tan estrecho que había que avanzar doblado por la cintura, con las antorchas humeantes en la mano. El calor de la víspera había abandonado la meseta. La piedra estaba fría.

En el corredor ascendente se cruzaron con un soldado que bajaba. Un joven, de dieciocho años quizá, con la antorcha en la mano izquierda y la derecha cerrada. Se apartó contra la pared para dejarlos pasar. Denon entrevió lo que la mano derecha sostenía. Un escarabeo de fayenza azul, del tamaño de una nuez, hallado en un nicho lateral. El soldado lo miró. Denon también. Ninguno de los dos dijo nada. El soldado siguió hacia la salida. No había nada que decir. El escarabeo del soldado y las estatuillas de su propio equipaje obedecían a la misma lógica. La diferencia era de grado, no de naturaleza. Denon lo sabía desde Saqqara.

La Gran Galería los detuvo en seco. Cuarenta y siete metros de longitud, ocho metros y medio de altura, con las paredes de caliza pulida alzándose en saledizo hacia la cumbre. El corredor proseguía con una inclinación de veintiséis grados hacia la Cámara del

Rey. La antorcha en alto. La luz no llegaba hasta arriba. No había cima visible. Solo las dos paredes que se aproximaban en la oscuridad.

—Los romanos construyeron bóvedas —dijo Monge mirando los muros—. Los egipcios construyeron falsos techos. El resultado es el mismo: un espacio cubierto. Lo que difiere es la solución técnica. Resolvieron el mismo problema sin conocerse.

—Sí, con siglos de diferencia —respondió Balzac—. Este corredor es dos mil setecientos años más antiguo que el Panteón de Roma.

Monge avanzaba contando sus pasos. Se había provisto de una cuerda graduada que iba desenrollando tras de sí, anotando la longitud exacta en cada cambio de dirección. Balzac sostenía el nivel de burbuja.

En la Cámara del Rey hicieron un alto. El sarcófago vacío ocupaba el ángulo oeste. Una cuba monolítica sin tapa, sin inscripción, sin ornamento. Alguien había roto el borde norte en una época indeterminada. Los saqueadores no habían dejado nada más.

Denon midió la estancia en sus tres dimensiones. Longitud: diez metros treinta. Anchura: cinco metros veinte. Altura: cinco metros ochenta. Anotadas las cifras, las comprobó y volvió a anotarlas. Luego calculó la relación entre longitud y anchura. Cercana a dos a uno. Cercana al doble cuadrado.

—Miren. Esta proporción no es aleatoria. Los egipcios poseían una geometría de las proporciones que nosotros redescubrimos. No la habían escrito. La habían edificado.

Sentado en el borde del sarcófago vacío, Monge dibujaba la estancia a la luz de su antorcha. Aquel sarcófago había contenido algo. O quizá nada. Tal vez siempre había estado vacío. Seguramente la propia cámara era la tumba y no el cofre de piedra. Nadie lo sabía. Ningún jeroglífico adornaba las paredes para decirlo. Aunque los hubiera habido, no habrían sabido leerlos.

Volvieron a la superficie al cabo de dos horas. El sol de la mañana caía sobre la meseta de Guiza. Monge se sentó en un bloque de caliza y cerró los ojos un momento. Pensó en la sala de abajo. Su silencio absoluto, su oscuridad perfecta, el sarcófago vacío que había esperado allí durante siglos a que alguien viniera a posar las manos sobre él.

Denon abrió su cuaderno y escribió: «Se entra en una pirámide como se entra en una frase de la que no se comprende ni el principio ni el final. El sentido está ahí, organizado, preciso. Pero nos falta la lengua».

Por la tarde, mientras Jomard terminaba sus mediciones de la cara este, Denon se alejó hacia el sur de la meseta. Ver la Esfinge de lejos, tal era su deseo, antes de acercarse a ella. Se detuvo a trescientos metros y miró.

La cabeza emergía de la arena en el horizonte, recortada contra el cielo blanco de calor. La proporción resultaba inquietante. Demasiado grande para un hombre, demasiado pequeña para un monumento, algo a medio camino que no correspondía a ninguna categoría que él conociera. La silueta quedó trazada con precisión. Cuatro líneas. La fractura de la nariz mutilada. El borde del nemes. El tocado rayado que enmarcaba el rostro. La sombra proyectada sobre la arena.

Al acercarse se fueron sumando los detalles. La caliza de un amarillo pálido, desgastada por milenios de viento cargado de arena. Los estratos geológicos eran visibles en la roca. La Esfinge había sido tallada en el acantilado natural. Los obreros habían seguido las capas de la piedra como un escultor sigue la veta de la madera. Las orejas, medio borradas, conservaban aún su forma. Los ojos eran ahora oquedades, pero las cejas en relieve indicaban que había sido preciso excavarlos deliberadamente.

Denon se sentó en la arena, al pie de la cabeza, en la estrecha sombra que esta proyectaba al final de la tarde. Era el único lugar fresco de la meseta a esa hora. El rostro dibujado desde abajo, el

ángulo que ningún pintor había representado todavía, el ángulo de alguien sentado al pie del monumento y alzando la vista.

Un soldado del destacamento de protección vino a decirle que era hora de volver al campamento. Hizo una seña para indicar que lo había oído y no se movió. El soldado se alejó. Quedaba luz para unos veinte minutos.

Pensó en lo que la Esfinge custodiaba. O en lo que se suponía que custodiaba. Los antiguos egipcios la habían llamado Hor-em-akhet, Horus en el horizonte. El dios halcón que era también el sol naciente. Aquel rostro miraba hacia el este, exactamente hacia el este, hacia el sol en su orto. No por casualidad. Por cálculo astronómico, ejecutado con una precisión que los instrumentos de Jomard no harían sino confirmar.

Todo allí era intencionado. Nada era decorativo por el mero placer de decorar. Cada proporción, cada orientación, cada material elegido respondía a una lógica que los constructores llevaban en la cabeza y que no habían juzgado necesario explicar porque sus sucesores también la conocían. Después los sucesores habían desaparecido, y la lógica con ellos, y solo quedaba la piedra. Perfecta, precisa y muda.

Cuando la luz se volvió insuficiente, se levantó y miró el rostro una vez más. La ausencia de nariz no disminuía la expresión. Si es que aquello era una expresión. Probablemente no era serenidad. Quizá simplemente la manera en que un rostro tallado en la roca mira el mundo.

La toma de El Cairo, el 24 de julio, fue asombrosamente rápida. Las puertas de la ciudad se abrieron sin combate serio, pues las autoridades locales preferían negociar a enfrentarse a un ejército cuya potencia de fuego acababan de presenciar. Bonaparte entró en la capital de Egipto al frente de sus tropas, atravesando callejuelas donde la población permanecía prudentemente encerrada en sus casas.

El asombro de los soldados ante El Cairo fue universal. Tras semanas de desierto, descubrían una ciudad de trescientos mil habitantes. Sus bazares bulliciosos, sus innumerables mezquitas, sus jardines de palmeras y naranjos, sus fuentes. Para la mayoría de ellos, era la ciudad más grande y más extraña que habían visto jamás.

Denon recorrió el barrio de Khan el-Khalili la misma noche de la entrada. Dibujando mientras caminaba, anotando al paso. La ciudad se le antojaba un mundo completo y coherente, organizado según una lógica cuyas claves aún no poseía. Harían falta meses para empezar a comprender.

Khan el-Khalili era el corazón mercantil de El Cairo desde el siglo XIV. Un laberinto de callejuelas cubiertas donde se apiñaban orfebres, tejedores, mercaderes de especias, libreros, fabricantes de cobre y de latón. Llevaba una hora vagando por él con el cuaderno abierto, incapaz de fijar sus dibujos porque el movimiento no se detenía nunca. Los rostros, las telas, las mercancías. Todo se sucedía demasiado deprisa.

Un viejo vendedor de caligrafía árabe reparó en él y le hizo señas de que entrara en su tienda. Denon aceptó. El hombre extendió ante él unas hojas cubiertas de signos que no podía leer, pero cuyo valor estético reconoció de inmediato. Las líneas curvas, los puntos diacríticos dispuestos con una precisión que tenía tanto de dibujo como de escritura. Compró tres por una suma modesta. El mercader le regaló una cuarta como muestra de bienvenida.

Aquel gesto lo impresionó. Después de los tiroteos de Alejandría, después de la desconfianza palpable de las calles, alguien le ofrecía algo. No era simpatía por Francia. Era algo más antiguo. La hospitalidad tal como existía en aquel país desde hacía milenios, antes de los franceses, antes de los otomanos, antes incluso de los árabes.

Jomard, más pragmático, se interesó de inmediato por las dimensiones de la ciudad. Trescientos mil habitantes eran casi la mitad de la población de París. Pero repartidos en una superficie mucho

más reducida, en callejuelas estrechas por las que solo pasaban dos asnos de frente. La densidad era otra manera de medir una civilización. Anotó la anchura de las calles, las alturas aproximadas de las fachadas, la proporción entre las superficies edificadas y los patios interiores. Esos datos le servirían más adelante para sus estimaciones demográficas.

Bonaparte, por su parte, vio El Cairo como un problema administrativo. Trescientos mil habitantes a los que había que gobernar con un ejército de veinticinco mil soldados exhaustos. La proporción no era favorable. Hacían falta aliados locales, una administración por delegación, una legitimidad prestada. Se puso a trabajar la misma noche de la entrada en la ciudad, mientras sus soldados se desplomaban de fatiga.

Monge y Berthollet se reunieron en el patio de un palacio abandonado para beber café egipcio servido por un criado que la intendencia había contratado aquella misma mañana.

—Aquí estamos —dijo Monge alzando su taza—. Hemos cruzado el Mediterráneo, tomado Malta, recorrido el desierto, ganado la batalla de las Pirámides, y ya estamos en El Cairo. Seis semanas de travesía, una batalla, y estamos sentados en un palacio mameluco bebiendo café.

—Queda lo esencial —precisó Berthollet.

—¿El qué?

—Comprender lo que tenemos delante. Este país. Esta civilización. La conquista militar era la parte fácil.

En las calles vecinas, el ejército se instalaba para pasar la noche. Órdenes voceadas, caballos, el ruido sordo de las cajas al depositarlas. El Cairo seguía sin dormir. Quizá no dormía nunca de verdad. Monge dejó su taza y observó el patio. Una palmera, el estanque de piedra, las estrellas sobre los muros. Había pasado cincuenta y dos años creyendo que la ciencia abría el mundo. Lo abría, en efecto. Que esa apertura pudiera dar tanto miedo, no lo había previsto.

IV - La batalla de Abukir

El 1 de agosto, Nelson atacó a los navíos franceses en la bahía de Abukir. El combate duró una noche. Al amanecer, once navíos de línea de trece habían sido hundidos o capturados. El Orient, el buque insignia, había estallado.

La flota francesa estaba fondeada en línea en la ensenada poco profunda de Abukir desde los primeros días de julio, a la espera de las órdenes del almirante Brueys. Trece navíos anclados costado con costado, con los flancos de estribor vueltos hacia el mar y los de babor hacia tierra. Era la disposición clásica de una flota fondeada, la que protegía un flanco apoyándose en la costa. Brueys había elegido esa posición porque el puerto de Alejandría era demasiado poco profundo. Pensaba que Nelson solo podría atacar de frente.

Pero Nelson había comprendido la debilidad de aquella disposición. Si la bahía era lo bastante profunda para trece navíos, lo era también para navegar entre esos navíos y la costa. Los franceses se habían protegido del lado del mar abierto. Habían dejado expuesto su flanco de babor, creyendo que nadie se atrevería a adentrarse en los bajíos. Nelson se atrevió.

El ataque comenzó a las seis y media de la tarde, cuando el sol descendía sobre el horizonte. Catorce navíos británicos entraron en la rada. Cinco de ellos, los de menor calado, pasaron entre la línea francesa y la costa. Los demás atacaron por el lado del mar abierto. Los franceses se vieron atrapados entre dos fuegos, con sus cañones de babor inutilizados porque no habían previsto combatir por esa banda.

La batalla se desarrolló en una oscuridad creciente. Los primeros navíos franceses de la línea, cogidos por sorpresa, fueron desbordados antes de poder hacer regresar a sus tripulaciones dispersas en tierra. El Guerrier, el Conquérant y el Spartiate fueron machacados a quemarropa por los cañones británicos. A las ocho era noche cerrada. Ya solo se combatía a la luz de los cañonazos, de

las llamas que se alzaban de las cubiertas dañadas y de la luna que salía sobre el Mediterráneo.

El Orient, el buque insignia de ciento veinte cañones, se hallaba en el centro de la línea francesa. Era el más grande del mundo, construido en Tolón en 1791. Brueys lo mandaba, herido pero negándose a abandonar su puesto. A las nueve de la noche se declaró un incendio en la toldilla, donde andaban esparcidos botes de pintura y aceite, y alcanzó las cubiertas inferiores. El fuego se propagó hasta las santabárbaras. Los marinos intentaron sofocarlo, pero las bombas habían sido destruidas por los disparos anteriores.

A las diez de la noche, el Orient estalló. La deflagración fue visible desde Alejandría, a treinta kilómetros de distancia. Una columna de llamas se elevó cien metros en el cielo nocturno. El estruendo de la explosión resonó por toda la costa. Durante diez minutos, el combate se detuvo. Británicos y franceses dejaron de disparar, petrificados por la violencia de la destrucción. Restos en llamas volvían a caer sobre el mar. Cuerpos de marineros salían despedidos por los aires y caían al agua a centenares de metros del navío. Del Orient no quedó nada. De mil hombres de tripulación, solo se rescató a un puñado de supervivientes.

El combate se reanudó tras el silencio. Los navíos franceses que habían sobrevivido intentaron defenderse, pero estaban cercados y sus tripulaciones diezmadas. Al alba del 2 de agosto, once navíos franceses habían sido destruidos o capturados. Solo dos lograron escapar hacia alta mar, el Guillaume Tell y el Génèreux. Huirían hacia Malta. Los demás estaban hundidos, varados en la costa o en manos de los británicos.

La batalla de Abukir fue la mayor victoria naval de Nelson. Las pérdidas francesas ascendían a varios miles de hombres muertos, heridos o prisioneros. Los británicos no habían perdido ni un solo navío. El Mediterráneo volvía a ser su mar.

Aquella noche lo cambiaba todo. Sin flota, el ejército francés era prisionero en Egipto. Sin refuerzos, sin avituallamiento, sin

regreso. Treinta y ocho mil soldados y ciento sesenta y siete sabios aislados del mundo.

La noticia llegó a Bonaparte el 14 de agosto, de camino a El Cairo, a la vuelta de Salhieh. Nada más llegar a la capital, convocó un consejo de guerra. Su cólera era visible.

—Brueys fondeó la flota en la bahía de Abukir en lugar de ponerla a resguardo en Alejandría. Nelson atacó de noche. La flota ha sido destruida. Esta es nuestra situación.

Kléber —llegado de Alejandría para la ocasión, cuarenta y cinco años, alsaciano, un gigante de casi dos metros, con la franqueza como vicio profesional— formuló la pregunta que todos tenían en la punta de la lengua.

—General Bonaparte, ¿cuál es la estrategia a largo plazo? ¿Hasta cuándo nos quedamos aquí?

Bonaparte vaciló. La decisión no estaba tomada.

—Controlamos el Nilo, Kléber. Egipto puede alimentar a nuestro ejército. Malta nos ha dado con qué resistir. No dependemos del Directorio. Sigamos adelante. El ejército de Oriente está cortado de Francia. Estamos obligados, de ahora en adelante, a hacer grandes cosas. Si no podemos regresar por mar, regresaremos por tierra, atravesando Siria y Turquía, o quedándonos aquí hasta que cambien las circunstancias.

—Somos prisioneros aquí por tiempo indefinido —dijo Monge. Berthollet, más estoico y más resignado que Monge, intentó relativizar la situación situándola en una perspectiva histórica más amplia.

—Alejandro estuvo once años fuera de Macedonia, Monge. Nuestro trabajo aquí durará más que nosotros. Aténgase a eso.

Tras el consejo, Kléber encontró a Denon en el pasillo del palacio y lo detuvo con una mano en el brazo. El alsaciano era el único general del ejército que no fingía ante los civiles. El único

también que no pedía permiso para plantear una pregunta desagradable.

—Ha oído a Bonaparte. Ha dado la orden de continuar. ¿Usted qué piensa?

—Pienso que no tiene elección. Y que lo sabe.

—¿Y nosotros?

—Nosotros tampoco.

Kléber asintió con la cabeza. No era pesimismo. Lo soltó y se dirigió de nuevo hacia sus oficiales.

Había algo instructivo en esa clase de catástrofe. No una lección moral, sino una lección sobre la contingencia. Las grandes empresas no siempre caían por grandes razones. A veces caían porque un almirante había fondeado en el lugar equivocado.

La noticia de la destrucción de la flota llegó a los sabios de maneras diversas según su posición en la jerarquía del campamento. Algunos la supieron por un oficial de estado mayor que cruzaba el patio. Otros, por un criado egipcio que había oído hablar a unos soldados.

Aquella noche, antes de volver a su alojamiento, Denon pasó por las dependencias septentrionales del palacio de Hassan-Kashif, donde se guardaban las colecciones. Linterna e inventario manuscrito en la mano.

Las cajas estaban allí: las doce cajas etiquetadas de su puño y letra, las colecciones oficiales de Monge y Berthollet. En el ángulo noroeste, contra el muro del fondo, veintitrés cajas sin etiqueta. Sin número de serie. Sin nombre de comisario. Madera ordinaria, cerrada a toda prisa con clavos hincados en diagonal. Intentó levantar una de ellas. Demasiado pesada para un hombre solo. Sus dedos se deslizaron por una rendija entre los tablones. Tela. Algo duro debajo. No forzó la apertura. Las había visto tres veces desde el comienzo de la expedición. La primera en Alejandría, sin prestarles atención. Estaban allí entre otras cajas. La segunda tras la batalla de Abukir, cuando había ido a comprobar las

colecciones a la luz de la linterna. La tercera esa mañana. No se habían movido, y nadie las había reclamado. Existían al margen del sistema. Al margen de los formularios, de los mandatos, de los cuadernos de inventario. Eran la parte de la expedición que no tenía nombre.

Anotó la existencia de esas veintitrés cajas en su diario personal, al pie de una página, con la fecha y la mención: «Procedencia desconocida. Contenido no verificado». No habló de ello con nadie. Esas cajas pertenecerían a alguien. Alguien las reclamaría, o no las reclamaría.

Al día siguiente por la tarde, Denon fue al mercado de especias de Khan el-Khalili para ver si la noticia se conocía en la ciudad. No había trascendido. O había trascendido sin producir efecto visible. Los mercaderes vendían. Los compradores compraban. Los precios de la pimienta y la canela no habían cambiado respecto a la semana anterior.

Un mercader de telas al que conocía de vista le hizo señas de que se acercara. El hombre pronunció unas palabras en árabe, señalando el cielo, luego el mar, hacia el norte, y después hizo un gesto con las dos manos juntas que separó bruscamente, el signo universal de la explosión.

—Lo saben —dijo Denon a su intérprete.

—Lo saben desde anoche. Las noticias corren deprisa en los zocos. Dicen que la flota francesa ha sido destruida y que ahora son ustedes prisioneros aquí.

—¿Y qué piensan de eso?

El intérprete intercambió unas frases con el mercader. Luego se volvió hacia él.

—Dice que los franceses no son los primeros en quedar atrapados en Egipto, que los mamelucos también creían que se quedarían, que el Nilo seguirá fluyendo cuando ustedes se hayan marchado, y también que, si quieren comprar tela, les ofrece una buena ganga hoy mismo.

Denon compró un trozo de tela índigo. No por una razón útil, sino porque el color era hermoso y quería haber hecho algo concreto en aquella jornada.

Lo que más lo ocupó, en las horas siguientes, fue un pensamiento concreto: ¿cómo volverían a Francia los cuadernos de Jomard, sus propios dibujos, las colecciones de Geoffroy? La ciencia viajaba en los mismos barcos que la guerra.

Aquella noche, tras el consejo de guerra, los sabios se reunieron en el patio interior del palacio. Nadie había propuesto reunirse allí. Fueron llegando uno tras otro, atraídos por la misma necesidad de no quedarse a solas con la noticia.

Berthollet llegó unos minutos más tarde con una hoja de cálculos en la mano. Sentado, con la hoja sobre las rodillas, dijo a Monge sin preámbulos:

—He estimado las provisiones disponibles. Harina, aceite, arroz, carne seca. Con un racionamiento adecuado, el ejército puede resistir dieciséis meses sin abastecimiento exterior. No moriremos de hambre.

—No es el hambre lo que me preocupa —dijo Monge.

—Lo sé. Pero es lo que puedo calcular.

Fourier estaba sentado aparte, bajo el pórtico. No había dicho palabra. Los demás habían aprendido a no interpretar aquel silencio como indiferencia. Fourier pensaba de un modo distinto al de ellos. Necesitaba las matemáticas para tratar lo que las palabras no podían contener. Perder la flota era un problema de múltiples variables: las provisiones, los refuerzos, las posibles rutas de retirada. Escribir las ecuaciones que las relacionarían se le escapaba. No era frialdad. Era su manera de tener miedo.

—Nuestras colecciones. ¿Cómo vuelven?

Nadie respondió de inmediato. Era la pregunta que todos se habían planteado y que nadie había querido formular el primero.

—Los cuadernos vuelven en nuestros bolsillos —añadió Jomard—. Las mediciones, las notas, los croquis. Lo que cabe en unos pocos kilos por hombre puede atravesar cualquier cosa.

—¿Y las cajas? —dijo Denon—. Los especímenes de Geoffroy. Las momias de Berthollet. Las cerámicas, los papiros, las estatuillas. Lo que pesa.

Berthollet dejó su hoja de cálculos.

—Lo que pesa es vulnerable. Hay que admitirlo. Si los ingleses toman el control del Mediterráneo oriental, todo lo que quisiéramos embarcar podría ser capturado.

Un gato cruzó el enlosado y desapareció bajo el pórtico. En algún lugar de la ciudad, el muecín comenzó la llamada de la noche. Una voz larga, sinuosa, que subía y bajaba según una melodía que él había oído cada noche desde el 1 de julio y que no dejaba de parecerle extraña.

—Bonaparte ha dicho que volveríamos por Siria si no podíamos hacerlo por mar —dijo Monge.

—Bonaparte dice muchas cosas —respondió Berthollet—. Esta noche hace bien en decirlas. El ejército necesita creer en ellas.

Permanecieron una hora en el patio, sin plan, sin decisión, simplemente juntos.

Se levantaron por separado y volvieron cada uno a su cuarto. No tenían nada más que hacer.

Denon se instaló en su mesa de trabajo y escribió.

«Perdimos la flota hace trece noches, sin que lo supiéramos. Digo “perdimos” porque es la palabra justa. Esta pérdida es colectiva aunque yo no estuviera en Abukir, aunque no sea marino. Lo que he perdido con la flota es la certeza de que lo que he visto aquí no volverá a Francia, o al menos no de una forma que yo haya elegido. Mis cuadernos, mis croquis, las doscientas cuarenta estatuillas y amuletos que compré en los mercados de Saqqara y de

Menfis. Todo ello es ahora rehén de una situación militar sobre la que no tengo ningún control».

Se detuvo. Releyó. Tachó la última frase. Demasiado quejumbrosa. Denon empezó de nuevo.

«Lo que me ocupa esta noche no es el miedo. No creo que vayamos a morir aquí. Bonaparte encontrará algo, siempre encuentra algo. Lo que me ocupa es una cuestión más abstracta: ¿de qué sirve el testimonio si el testigo no puede volver? Los dibujos que he hecho de las pirámides, de la Esfinge, de los bajorrelieves de Saqqara, tienen valor si alguien los ve. Encerrados en una caja en El Cairo, no valen más que la piedra que representan».

Dejó la pluma.

Sus cuadernos de croquis pesaban, todos juntos, unos doce kilogramos. Las estatuillas y amuletos en sus cajas de madera, unos cuarenta kilogramos. Un hombre podía cargar doce kilogramos a la espalda durante una larga marcha. Cuarenta kilogramos exigían un caballo o una mula. Los caballos y las mulas del ejército no estaban disponibles para las colecciones personales de un dibujante civil.

Hizo una lista de lo que podría cargar él mismo si la situación lo exigía. Los cuadernos, prioridad absoluta. Sus instrumentos de dibujo —plumas, carboncillos, tintas—, unos pocos kilogramos. Entre los objetos comprados, los más pequeños y preciosos: los escarabeos de fayenza y de esteatita, los amuletos de lapislázuli y de cornalina, el *ushebti* de madera pintada con los brazos cruzados. Lo que cupiera en una bolsa de cuero.

El resto —las cerámicas, los fragmentos de bajorrelieves, los vasos canopos de alabastro— se quedaría. Si se partía a pie por Siria, como decía Bonaparte, no se podían cargar cerámicas a la espalda de un hombre en marcha por el desierto.

Esta selección forzosa le enseñaba algo que no había previsto. Desde el principio creía documentar Egipto para llevarlo de vuelta a Francia. Ahora se imponía la realidad. Lo que traería de

vuelta dependería menos de lo que él hubiera elegido que de lo que pudiera viajar físicamente. La historia que se cuenta sobre un país es la historia de lo que pudo regresar. Lo demás no cuenta.

Escribió una última línea:

«Si estos cuadernos llegan a tus manos y yo no, es que han viajado solos. Quizá sea la mejor manera de viajar. Los objetos pesan menos que los hombres».

Dobló la hoja y la deslizó en el primer cuaderno, entre las páginas de Tolón. Luego apagó la lámpara y esperó el amanecer.

V - El Instituto de Egipto

Tres semanas después de Abukir, cuando el ejército aún digería el desastre naval, Bonaparte fundó por decreto el Instituto de Egipto el 22 de agosto de 1798, veintinueve días después de la toma de El Cairo.

La misión oficial del Instituto consistía en estudiar el país en todas sus dimensiones —natural, histórica, económica— y en responder a las preguntas que la administración militar no sabía resolver por sí sola. El Instituto tenía su sede en el palacio de Hassan-Kashif. Bonaparte era su vicepresidente; Monge, su presidente. Cada cinco días, los sabios se instalaban en la gran sala y retomaban sus trabajos.

Monge presidió la primera sesión.

Había enseñado geometría descriptiva a hijos de artesanos que aprendían a leer al tiempo que estudiaban las secciones cónicas. La Escuela Politécnica se había fundado para que el mérito sustituyera al nacimiento. Para él, Egipto no era una conquista. Era la prueba de que la Francia revolucionaria podía producir algo que las monarquías jamás producirían: una expedición científica en el corazón de una campaña militar.

Abrió los debates con unas breves palabras:

—Estamos aquí para comprender, no para conquistar. Les ruego que no lo olviden nunca.

Sentado en la última fila, Denon anotó la frase.

Bonaparte acudía a menudo. Los sabios apreciaban ser escuchados por alguien que tenía el poder.

—Señores, Egipto fue el país más civilizado del mundo. Tres milenios de historia sepultados. Ustedes los van a exhumar. Midan, dibujen, recojan. Y estudien el Egipto de hoy. La ciencia también debe servir a los vivos.

Unas semanas más tarde, Denon pasó varios días dibujando las pirámides desde todos los ángulos. Jomard trepó hasta la cima de la Gran Pirámide. Tres horas de escalada por los bloques de piedra. La vista desde allí arriba: el desierto al oeste, el valle del Nilo al este, El Cairo al nordeste.

—¡Qué vista! —murmuró al arquitecto Balzac—. Todo Egipto de una sola mirada.

—Sí. Y desde aquí arriba podré calibrar mis visuales sobre las cuatro caras.

Midieron los restos del templo de Ptah, dios creador de Menfis. En el polvo yacían los fragmentos de una estatua colosal de granito rosa que más tarde se atribuiría a Ramsés II.

El trabajo era ingrato. La estatua estaba rota en varios trozos dispersos entre la hierba. Había que reconstruir las medidas por adición, compensar las lagunas, estimar las partes que faltaban.

Hacia el mediodía, Jomard se sentó a la sombra de la cabeza. Casi dos metros de altura.

Examinó el rostro. La boca esbozaba una ligera sonrisa. Esa sonrisa propia de los colosos del Imperio Nuevo, ni benévola ni amenazante, simplemente presente desde trece siglos antes de nuestra era. La nariz había sido rota, probablemente por soldados de la Edad Media que creían destruir un poder destruyendo el

rostro. El uraeus —la cobra real sobre la frente, signo de soberanía divina— había sido arrancado y solo quedaba la huella. El nemes estaba intacto, con sus rayas paralelas aún legibles bajo el polvo.

En el cinturón —a la altura de las caderas, allí donde las piernas rotas se habían llevado el resto— Jomard distinguió un cartucho. Dos óvalos alargados, cercados por una línea continua: los nombres reales, que nadie sabía aún leer.

La cabeza no se podía llevar. Pesaba varias toneladas. Había sido tallada en un solo bloque de granito rosa, extraído de las canteras de Asuán.

Un anciano en cuclillas a la sombra de la cabeza colosal llevaba un rato observando a Jomard. Un guardián, quizá, o simplemente alguien que se había sentado allí antes que él y no se había movido. Jomard le mostró su cuaderno, el esquema de los cálculos. El viejo habló, pero Jomard no comprendió. Luego tomó una ramita y trazó en el polvo, junto al pie de la estatua, dos líneas paralelas y tres trazos oblicuos que las cruzaban. Un esquema. Distinto del suyo, pero reconocible : una carga en movimiento sobre un plano inclinado. Se quedaron así un rato, dos hombres y dos esquemas en el polvo. Uno tenía los instrumentos. El otro tenía la memoria. Cálculo mental. Un bloque de ochenta toneladas. Sobre una barca. Las barcas del Nilo eran conocidas. Embarcaciones planas, ligeras, capaces de cargar veinte toneladas como máximo. ¿Cómo se transportaban ochenta toneladas sobre el agua?

La respuesta evidente era: no sobre una sola barca. Sobre varias ensambladas en una balsa flotante, atadas entre sí, con la estatua colocada sobre maderos que la unían a todas las embarcaciones. El cálculo indicaba que harían falta al menos diez barcas de tamaño estándar sujetas en formación cerrada.

Diez barcas. Cientos de metros de cordaje. Cientos de hombres. Para transportar una estatua hasta un templo.

Lo que le asombraba no era la hazaña técnica, difícil pero realizable. No, era la decisión de emprenderla. Decidir transportar ochenta toneladas a lo largo de novecientos kilómetros de agua suponía una certeza. La certeza de que el resultado merecía el esfuerzo, de que la estatua seguiría allí dentro de mil años, de que el Imperio que el faraón pretendía glorificar perduraría.

Los faraones se habían equivocado. Los imperios no duran. Pero las estatuas sí. Esta yacía en el polvo, rota pero allí, visible, mensurable, real.

La grandeza del Egipto antiguo residía quizá menos en lo que había logrado que en lo que había previsto dejar. Aquellos monumentos no se habían construido para los contemporáneos. Se habían construido para nosotros.

Denon pasaba por allí con el cuaderno de bocetos y se detuvo al ver a Jomard sentado a la sombra de la cabeza del coloso.

—¿Medita usted?

—Mido. Que viene a ser lo mismo.

En diciembre, Berthollet contó lo que se había hecho desde julio. Cientos de cuadernos llenos, millares de especímenes, memorias sobre la geología, el regadío, la momificación, la agricultura, las lenguas. Cinco meses de trabajo. El registro se cerró. El país solo entregaría sus secretos a quienes se quedaran muchísimo tiempo.

Desaix perseguía a Murad Bey por el Alto Egipto desde el verano. Bonaparte decidió enviar tras él una comisión de sabios, que partiría a mediados de diciembre de 1798 para estudiar los monumentos tebanos. Denon se ofreció voluntario.

La cuestión de las colecciones planteaba ya problemas que nadie quería resolver con claridad. Los sabios recogían especímenes naturales —minerales, animales disecados, plantas secas— con el consentimiento tácito de Bonaparte, que veía en ello los cimientos de un futuro museo egipcio en París. Pero los objetos arqueológicos pertenecían a otra categoría, moralmente más ambigua.

Geoffroy Saint-Hilaire volvía del mercado de pescado de Embabeh con ocho especies que nunca había visto.

Para él, la disección de un pez desconocido era una conversación. Cortes, observaciones, anotaciones, comparación con sus recuerdos anatómicos de especies europeas. La organización interna de los peces era notablemente constante de una especie a otra. Los mismos órganos en las mismas posiciones, con variaciones que reflejaban modos de vida distintos. Un pez de fondo tenía los ojos situados de modo diferente a un pez pelágico. Pero el plan subyacente era semejante.

Esa constancia del plan anatómico a través de la diversidad de las especies era lo que empezaba a entrever sin saber aún formularlo. Si las especies habían sido creadas por separado, como sostenía la doctrina dominante, ¿por qué compartían un plan tan preciso? La respuesta —que derivaban de un antepasado común— era una idea peligrosa. Cuvier, profesor del Museo de Historia Natural, la rechazaría. La Academia la miraría con recelo.

Estaba disecando el cuarto pez cuando Denon entró y se detuvo ante el olor.

—Sigue usted trabajando.

—Sí. Son peces elefante. Endémicos del Nilo y del Congo. Esos órganos eléctricos bajo la cola, los peces de la Amazonia tienen otros semejantes, desarrollados a diez mil kilómetros de distancia sin contacto alguno. No es una coincidencia. Es una restricción anatómica.

Entre las ocho especies traídas aquella mañana, una lo detuvo en seco. Se la había comprado a un pescador que no entendía por qué el francés se interesaba por un pez tan corriente.

Depositaron el pez en su cuenco de observación, una vasija de barro cocido llena de agua del Nilo. Medía unos sesenta centímetros, de color pardo dorado, cubierto de escamas gruesas como escudos articulados. Nadaba despacio, con dignidad de reptil.

Lo que detuvo a Geoffroy fueron las aletas pectorales.

No eran aletas planas, radiadas, como las de todos los peces que había disecado desde los veinte años. Eran apéndices carnosos, lobulados, sostenidos por una estructura interna que se asemejaba a un miembro.

Pasó la noche analizando el pez vivo y luego disecándolo. La estructura interna de la aleta contenía algo parecido a un húmero, un hueso largo y central del que partían radios. Este pez, al que bautizaría como *Polypterus bichir*, nada tenía que ver con las Américas. Sin embargo, sus aletas compartían el mismo plan anatómico fundamental.

Esa noche Geoffroy escribió a Cuvier. Cuvier estaba en París. Se le había denegado el embarque hacia Egipto, demasiado arriesgado, demasiado incierto. Sus cartas se cruzaban por los mares con meses de retraso.

«Mi querido amigo —escribió Geoffroy—, he encontrado aquí algo que por sí solo justificaría nuestro viaje. Un pez que parece tener brazos. No brazos, claro está, sino aletas. Pero un plan interno que recuerda al de un miembro, y que es el mismo, exactamente el mismo, en especies que jamás han podido cruzarse. Sigo sin saber qué pensar. Pero no puede ser casualidad.»

Cuvier no respondió sobre este punto durante varios meses. Cuando lo hizo, fue para decir que las semejanzas no implicaban un origen común. Que Dios bien podía haber empleado el mismo plan en circunstancias distintas.

VI - La revuelta de El Cairo

Jomard había empezado a llevar un diario de la ciudad. No un diario íntimo —no tenía esa clase de disposición—, sino un registro: poblaciones estimadas por barrio, densidades de construcción, anchuras de las callejuelas, alturas de fachadas, superficie de los mercados. A ello se añadían observaciones sobre los flujos de circulación, los horarios de apertura de los zocos, la geografía del agua, las fuentes y sus pilas.

Aquella noche, víspera de lo que aún no sabía que sería la revuelta, había salido con su linterna para medir la plaza de Ezbekiyeh. La plaza era el corazón de la presencia francesa en la ciudad. Allí había instalado Bonaparte su cuartel general, allí se celebraban los mercados, las fiestas oficiales, las concentraciones militares. Los habitantes cairotas la cruzaban en su mayoría sin detenerse, con la mirada a media altura y el paso rápido.

Medía los ángulos de la plaza y anotaba las distancias con una cuerda graduada cuando advirtió que un grupo de hombres sentados junto a una fuente lo miraban trabajar.

Uno de ellos se levantó y se acercó. Pronunció unas palabras en árabe que Jomard no entendió. Luego señaló la cuerda de medir y dijo otra frase. Jomard la interpretó como una pregunta sobre lo que hacía.

Le mostró el plano parcial de la plaza que había dibujado. El hombre lo examinó con atención, dio la vuelta al cuaderno, lo sostuvo con el brazo extendido. Luego dijo una frase a sus compañeros. Se rieron. Una risa que no era burlona, sino más bien sorprendida.

Jomard nunca supo lo que habían dicho. Habían reconocido, pensaba, su lugar en el dibujo. Sin duda era la primera vez que alguien les mostraba su propia ciudad vista desde arriba. O quizá reían porque el joven francés con su cuerda intentaba medir algo que no necesitaba medirse. Imposible saberlo.

El 21 de octubre de 1798, la hostilidad latente de la población cairota estalló. La chispa había sido mínima. Una disputa entre un soldado francés y un mercader.

Al amanecer del 21 de octubre, millares de amotinados armados con sables, lanzas y palos invadieron las calles de El Cairo. Los soldados aislados fueron masacrados, decapitados. Los barrios insurrectos se atrincheraron. La insurrección había tardado tres semanas en madurar. Estalló en una mañana.

Los disparos despertaron a Bonaparte. Ordenó a todas las tropas disponibles recuperar la ciudad barrio por barrio.

—Esta rebelión debe ser aplastada sin demora —gritó a sus generales—. Si mostramos la menor debilidad, nos diezmarán antes de esta noche. Fuego sobre toda concentración hostil, sin previo aviso.

La artillería bombardeó los barrios insurrectos. Las casas de adobe se derrumbaban en nubes de polvo. Los soldados de infantería peinaban las calles. La mezquita de Al-Azhar fue invadida. Una profanación que horrorizó a toda la población musulmana de Egipto.

La represión duró tres días. Bonaparte ordenó la ejecución de todos los cabecillas de la revuelta capturados con vida. Durante varias noches fueron decapitados en la Ciudadela y sus cuerpos arrojados al Nilo.

Denon no había esperado al final de la represión para salir. Su criado egipcio, despavorido, le aconsejó que volviera a casa. No le hizo caso.

Lo que vio por las calles del barrio donde se alojaba quedaría grabado en su memoria. Grupos de hombres armados. Tiendas que ardían. El olor del humo y otra cosa debajo, que reconoció y no nombró. Un soldado francés yacía en una callejuela. Muerto. Unas mujeres gritaban desde las ventanas. Un niño corría. El ejército francés, sorprendido, tardaba en organizar su respuesta.

—Vuelva a casa, por el amor de Dios —le gritó un oficial al verlo con su cuaderno de bocetos—. No es el momento de dibujar.

—Al contrario, es precisamente el momento. Dentro de cincuenta años nadie sabrá lo que ocurrió aquí si nadie lo anota.

Acabó regresando pasada una hora y observó el resto de la escena desde la ventana de su primer piso. Unos soldados franceses cercaban a un grupo de insurrectos en una callejuela. Una mezquita abrió sus puertas para acoger a los fugitivos.

Denon cerró la ventana. En las calles, los disparos continuaban. En el Instituto, a unos cientos de metros de allí, los demás sabios vivían esa misma noche de otro modo.

Los sabios estaban encerrados. No por decisión militar. Bonaparte no se había preocupado de sus desplazamientos en la precipitación de los combates. Estaban encerrados por necesidad: soldados franceses masacrados a doscientos metros de allí, amotinados armados en todos los barrios, disparos constantes desde el alba.

Fourier se instaló en la gran sala del Instituto con sus cuadernos y trabajó en sus ecuaciones. Pensaba, sin haberlo convertido en teoría, en el modo en que el calor se propaga por los cuerpos. Se propaga según leyes precisas e inmutables. Los motines no se propagan según esas reglas. Era una razón más para preferir la física.

Hacia medianoche, Jomard se le unió con una linterna.

Berthollet entró hacia las tres de la madrugada, sin anunciarse. Se sentó y observó un rato cómo trabajaban los otros dos.

—¿Qué calcula usted? —preguntó a Fourier.

—La manera en que el calor se propaga en un medio no homogéneo. Aún no tengo las ecuaciones.

—Útil. El edificio de la izquierda arde desde esta mañana. Con un poco de suerte, sus reflexiones predecirán si el nuestro será alcanzado antes del alba.

—Sigan trabajando —añadió al salir—. Es lo único que distingue nuestra presencia aquí de una ocupación corriente.

Trabajaron en silencio hasta el amanecer, cada cual con sus propios cálculos, mientras la ciudad ardía fuera.

Monge, por su parte, escribió una carta a su esposa. Ya no había correo regular desde Abukir. La escribió de todos modos. Lo que decía en aquella carta, Denon nunca lo sabría. Lo que se sabía era

que la selló con esmero y la llevó después en su chaqueta hasta la salida de Egipto, un año más tarde.

El 25 de octubre, los sabios salieron con cautela del Instituto. Llevaban tres días atrincherados, escuchando los disparos. Barrios enteros eran ya solo ruinas humeantes.

Denon salió a las calles devastadas y dibujó.

Al menos lo intentó. Ante él, una casa derrumbada, la fachada volada por una bala de cañón, las vigas de madera calcinadas, atravesadas en la calle, un zapato de niño en el polvo. Trazó la línea de cumbrera de lo que seguía en pie. En Guiza había dibujado las pirámides con los muertos en primer plano. En Malta había dibujado las obras que se llevaban y las que se dejaban. Denon siempre había considerado que dibujar era testimoniar, y que testimoniar era neutral. El lápiz no tenía bando. Lo que había existido quedaba fijado. Nada más.

Pero aquella casa la habían destruido soldados franceses. La artillería del ejército con el que viajaba. Del que dependía para comer, desplazarse, trabajar. El documento que produciría al dibujar esas ruinas sería el documento de una represión que su presencia allí, en cierto modo, avalaba. No era lo mismo que dibujar pirámides.

Denon dibujó de todos modos. No por convicción. Por reflejo. La página se llenó. Cuando la cerró, seguía sin saber lo que había hecho. Algo necesario, o algo indigno. Quizá ambas cosas a la vez.

Más adelante, en la callejuela, una puerta de madera tallada yacía arrancada de sus goznes. Una tienda del zoco reventada, los estantes volcados, un cofre de cobre abierto y vacío. Había, en las callejas de aquel barrio destruido, el mismo gesto fundamental que en el palacio de Hassan-Kashif cuando los comisarios llenaban sus listas. Simplemente, sin criterios, sin discernimiento. El ejército saqueaba como el Instituto coleccionaba. La palabra era distinta. El gesto estaba emparentado.

Aquella mañana, cuando recorrió las calles devastadas, Hassan caminaba delante de Denon para abrir camino. Cerca de la mezquita de Ibn Tulun encontraron a dos soldados franceses ocupados en vaciar una tienda de tejedores. Las telas salían por la puerta en fardos, apiladas sobre una carretilla de madera. Sedas, algodones teñidos, lino blanco guardado para los días señalados. Uno de los soldados descolgaba un telar de su soporte mural.

La propietaria estaba en el vano de la puerta del fondo, una mujer vestida de negro. Miraba sin hablar. Ni súplicas ni gritos. Solo los ojos que seguían cada fardo. El soldado pasó junto a ella con la carretilla y ella retrocedió exactamente un paso, ni más ni menos.

Hassan se quedó en la calle. Ninguna traducción. Nada que traducir. Pero Denon lo miró un instante, a Hassan observando a la mujer que examinaba a los soldados, y comprendió que el intermediario también veía. Y que ver sin poder actuar tenía un color particular en un rostro. Ninguna nota. Hay rostros que no se escriben en los cuadernos.

Esa noche, Hassan regresó a su casa, en el barrio copto donde el ejército le alquilaba una habitación. Ni del lado de los soldados ni del lado de los insurrectos. Del lado de la lengua. Traductor a ambos lados de una línea que no podía cruzar. Órdenes francesas traducidas. Súplicas árabes traducidas. Algunos días ya no sabía en qué lengua pensaba. Esa noche no pensó en ninguna.

Denon dibujó la tienda vaciada. Los clavos en la pared de los que habían colgado las telas, la marca más oscura en el suelo donde el telar había reposado durante años, el marco de la puerta con la mujer de negro que miraba. Un trabajo rápido, sin leyenda, sin fecha. Cuando terminó, los soldados se habían marchado con la carretilla. La mujer volvió a entrar en la tienda y cerró la puerta interior.

Terminada la represión, Bonaparte convocó a los notables supervivientes y a los ulemas que no habían participado activamente

en la insurrección para explicarles con claridad las terribles consecuencias de cualquier futuro intento de revuelta.

—Han visto lo que ocurre. Sus barrios destruidos. Sus jefes ejecutados. Al-Azhar bombardeada. Si vuelven a rebelarse, arrasó la ciudad entera.

—Esta revuelta revela la imposibilidad fundamental de nuestra situación —dijo Monge a Bonaparte en el consejo que siguió a la represión—. No podemos gobernar este país indefinidamente con la sola fuerza militar. La población nos es hostil y lo seguirá siendo mientras estemos aquí como ocupantes extranjeros.

Aquel consejo terminó tarde. Bonaparte convocó a Monge a la mañana siguiente. No en el palacio, sino en el patio interior de una casa requisada cerca de la plaza de Ezbekiyeh, lejos de los oficiales. Había café y dos taburetes. Bonaparte estaba de pie.

—Ha dicho usted que no podemos gobernar solo por la fuerza. Tiene razón. ¿Qué propone?

Monge no había previsto que lo consultaran sobre este punto. Dijo lo que pensaba de todos modos.

—Instituciones. No proclamas. Instituciones reales. Tribunales que funcionen según normas conocidas. Escuelas. Un sistema de propiedad de la tierra que proteja a los fellahs de la arbitrariedad. Lo que la Revolución ha hecho en Francia, pero aquí.

—¿En cuánto tiempo?

—Una generación como mínimo.

—No tenemos una generación. Tenemos quizá dos años.

—Entonces no puede gobernar este país. No de verdad. Puede ocuparlo. Es distinto.

Bonaparte lo miró largo rato.

—Ocupar bastará. Para lo que quiero hacer.

Monge no preguntó qué quería hacer Bonaparte.

Aquella noche, Monge escribió en su diario: «Bonaparte sabe que no gobierna. Una ocupación se administra. La distinción le

importa poco. A mí me importa mucho. Sigo sin saber si les importa a los egipcios».

Durante las semanas que siguieron a la represión, se reinstaló una suerte de normalidad precaria. Los mercados reabrieron. Las mezquitas acogieron de nuevo a sus fieles, salvo Al-Azhar, que permaneció cerrada. Los soldados franceses reanudaron sus rondas. Los sabios volvieron a salir por la ciudad con sus cuadernos y sus instrumentos.

Los sabios, tras la revuelta, vivieron de otro modo su presencia en El Cairo. La ilusión de una convivencia pacífica con la población se había quebrado. Seguían trabajando, frecuentando los mercados, manteniendo contacto con algunos notables cairotas. Pero una violencia latente podía resurgir en cualquier momento.

Denon era, a ojos de los cairotas, lo que siempre había sido a ojos de los demás. Un francés, por tanto un ocupante, por tanto un enemigo potencial.

La mayoría de las tiendas habían reabierto. Los artesanos trabajaban. La vida había vuelto.

En una callejuela detrás de Al-Azhar, Denon encontró una escuela coránica cuyos alumnos retomaban sus lecciones. Niños sentados en círculo alrededor de un viejo maestro que leía en voz alta y se los hacía repetir. El maestro levantó la vista cuando pasó, lo miró y luego reanudó su lectura sin cambiar de expresión.

Las voces de los niños recitaban un texto que sin duda seguían sin comprender, en una lengua que sus padres quizá ya no leían. Venture de Paradis, orientalista que había trabajado mucho tiempo en las Escalas del Levante y de Berbería, le había dicho que la transmisión precede a la comprensión. Las palabras entran primero en el cuerpo; el sentido llega después. El gesto se entendía: transmitir, continuar, no dejar que la interrupción se convierta en ruptura.

La ciudad había sido herida. Cicatrizaría a su manera, a un ritmo que los franceses no controlaban y no comprenderían del todo.

No era resiliencia en el sentido heroico. Era solo la capacidad de un organismo vivo de proseguir sus funciones esenciales a pesar de las interrupciones. Los mercados reabrían porque la gente tenía hambre. Las mezquitas acogían a sus fieles porque la oración no se interrumpía. Los niños recitaban sus lecciones porque la transmisión no esperaba a que los ocupantes terminaran de combatir.

VII - La Esfinge y las necrópolis

En noviembre, Denon organizó una expedición a la Esfinge. Partieron antes del alba para llegar con la luz rasante de la mañana. La única luz que haría resaltar los detalles de la piedra.

La Esfinge apareció primero como una masa. Algo más oscuro que la arena y más compacto que la noche. Luego la luz llegó por el este y la cabeza emergió, con la nariz ausente y los ojos huecos mirando exactamente hacia donde salía el sol. El monumento, de setenta y tres metros de largo y veinte de alto, seguía sepultado hasta los hombros. La superficie de la caliza se mostró en sus matices. Gris beis donde el viento había pulido la roca, más oscura en los huecos donde la arena se había acumulado en finos estratos. Unas grietas recorrían la frente, desde lo alto del cráneo hacia las sienes, algunas del ancho de varios dedos, otras apenas visibles. La piedra no era homogénea. Bancos de caliza más blanda alternaban con capas más duras, creando líneas horizontales que estriaban el rostro según la geología natural de la roca en la que se había tallado el monumento. Quedaban visibles en las mejillas huellas de herramientas, golpes de cincel repetidos que habían modelado las curvas y dejado facetas regulares que la erosión aún no había borrado. La arena subía hasta el pecho, formando una pendiente suave que el viento remodelaba sin cesar, grano a grano.

El ojo derecho retuvo largamente la atención de Denon. La caliza había sido trabajada en hueco, el globo vaciado para excavar una mirada que ya no existía, el párpado superior legible bajo la

erosión. Alguien había querido que aquella cosa tuviera una mirada. No una presencia decorativa. Una mirada orientada, dirigida a algo preciso.

Cabeza vuelta hacia el este. El rostro miraba exactamente allí, hacia el sol del amanecer.

—Esto no es una estatua —dijo Denon en voz baja—. Es un instrumento. Esculpieron un instrumento de medición astronómica a escala de una colina. Un reloj de sol gigante cuyo rostro es el gnomon. Esa mirada que fija el este en el equinoccio no es devoción. Es geometría. Volney habría dicho que este rostro tiene la nariz ancha y los labios carnosos. Yo no me pronuncio. Pero quien talló esta cara sabía medir.

Terminada la documentación del sitio, la expedición se dirigió a Saqqara. La necrópolis se extendía varios kilómetros por el desierto, cementerio del Imperio Antiguo donde la pirámide escalonada de Djoser, la más antigua jamás construida, alzaba sus seis gradas a sesenta y dos metros de altura. Pasaron allí varios días. Denon dibujó. Jomard midió. Geoffroy escrutaba los bajorrelieves para leer en ellos lo que los textos no decían. Las paredes de las mastabas conservaban por tramos su policromía. El azul egipcio —ese pigmento de cobre y calcio que los artesanos preparaban por fusión— persistía en los huecos protegidos de la luz. El rojo ocre de los cuerpos masculinos, el amarillo de los femeninos, convenciones pictóricas repetidas a lo largo de kilómetros de muros funerarios. Los jeroglíficos estaban grabados en hueco y luego pintados, cada signo excavado varios milímetros en la piedra antes de recibir el color. Los escribas habían trabajado de derecha a izquierda en aquellas columnas verticales, y sus errores se veían a veces allí donde un signo había sido borrado y vuelto a grabar ligeramente desplazado. Las escenas de la vida cotidiana se desplegaban en registros superpuestos: arriba, las actividades nobles, audiencias, ceremonias, ofrendas; abajo, el trabajo de los campos, la carnicería, la panadería. Una jerarquía social inscrita en la verticalidad del muro. Geoffroy se había agachado ante un

panel que representaba a unos pescadores tirando de una red. Los peces eran identificables por especies: perca del Nilo, tilapia, mújol.

Siempre fascinado por las cuestiones de historia natural, Geofroy se concentraba en las representaciones de animales de aquellos bajorrelieves antiguos.

—Ibis, cocodrilos, hipopótamos, leones, avestruces. Algunas de estas especies ya no existen en Egipto. Todavía existían en la época faraónica. El clima ha cambiado, o la caza.

Descendieron a los pozos con antorchas. Veinte metros, treinta metros bajo el desierto. El descenso se hacía por escalones tallados en la roca, irregulares, pulidos por milenios de pasos. Las paredes del pozo se estrechaban a medida que bajaban, y el círculo de luz del día se empequeñecía sobre sus cabezas hasta no ser más que un punto blanco en la oscuridad. El aire se espesaba. La llama de las antorchas vacilaba en las débiles corrientes que aún circulaban entre la superficie y aquellas cámaras profundas. El olor era peculiar: salitre, polvo mineral, algo animal también, imposible de definir con precisión. Las paredes del pozo conservaban las marcas de la excavación, golpes verticales que descendían en bandas paralelas. Habían hecho falta meses para cavar aquellos pozos, quizá años. Equipos de obreros trabajando en la oscuridad, sacando los escombros cesta a cesta. Las cámaras funerarias no eran grandes, tres metros por cuatro a lo sumo, apenas lo justo para el sarcófago y las ofrendas. El techo bajo obligaba a agachar la cabeza. Fragmentos de cerámica cubrían el suelo, restos dejados por los saqueadores. Al fondo, cámaras funerarias, jeroglíficos, pinturas murales, el viaje del difunto trazado sobre la roca.

Entre una y otra exploración de Saqqara, Denon volvía a El Cairo. Conocía en el barrio copto unos talleres de tejedores que frecuentaba con regularidad.

La técnica era sencilla y antigua. Un telar manual, dos lizos alternados, la lanzadera pasando entre los hilos. El ruido del telar

llenaba el taller, chasquido regular del batán que apretaba los hilos de la trama, rechinar de los lizos cuando el tejedor accionaba los pedales. La lana olía a suarda incluso después del lavado, olor animal mezclado con el de los tintes vegetales que se secaban en tinajas alineadas contra la pared. De las vigas del techo colgaban madejas clasificadas por tonos: los azules profundos del índigo, los rojos carmín de la rubia, los amarillos verdosos del sen. En un rincón, un aprendiz preparaba un baño de mordiente, disolviendo alumbre en agua caliente para fijar los colores en la fibra. El procedimiento no había cambiado: remojo en el mordiente, escurrido, remojo en el tinte, aclarado en el Nilo. Los mismos gestos que en la época faraónica, transmitidos de padres a hijos a través de los siglos. Lana y lino tejidos según motivos geométricos, rombos, galones, cruces potenziadas, motivos florales estilizados.

Denon había comparado un tejido copto contemporáneo con los dibujos de los frescos de Beni Hassan que le habían mostrado, tumbas de los gobernadores del Egipto Medio. El motivo del rombo inscrito en un círculo era idéntico, como también la combinación de lana y lino y el ancho de la tela, unos sesenta centímetros.

Cuatro mil años de continuidad en un gesto de tejedor.

Compró varias piezas. Fragmentos de tejido copto, algunos aún con sus dibujos de caza o de pesca en el borde. Siluetas rígidas, perfiles nítidos, el estilo hierático del arte popular egipcio, que había atravesado el cristianismo y la conquista árabe sin transformarse en lo esencial.

Cerámicas también. Ánforas de dos asas, jarras de cuello estrecho, copas con pie, reproducidas en la misma arcilla del Nilo, cocidas en los mismos hornos. Los artesanos repetían formas que sus padres les habían enseñado y que estos habían recibido a su vez de los suyos. La cadena no se había roto.

Berthollet había obtenido cuatro momias humanas de Saqqara.

Lo que le interesaba no eran los cuerpos, de eso se ocuparía la medicina. Lo que le interesaba era la química de las resinas de embalsamamiento. Aquellas materias negras y brillantes que impregnaban las vendas de lino constituían un conjunto de sustancias orgánicas cuyos componentes quería identificar.

Fundió en alcohol muestras raspadas, analizó los vapores, anotó las temperaturas de fusión. Sobre su mesa de trabajo se alineaban los instrumentos: alambique de vidrio de Venecia, termómetros de mercurio, balanzas de precisión protegidas bajo campana. Trabajaba a la luz de cuatro velas dispuestas en cuadrado, una luz estable que no temblaba cuando tomaba sus medidas. Las muestras de resina estaban clasificadas por momia, etiquetadas en latín, conservadas en frascos cerrados con cera. Algunas eran de un negro profundo, otras pardorrojizas, otras casi translúcidas. Tomaba un fragmento con una espátula, lo depositaba en un crisol, lo calentaba lentamente anotando a qué temperatura cambiaba de estado el material. La resina se reblandecía primero, luego se fundía, luego humeaba desprendiendo un olor acre a madera quemada mezclado con algo resinoso. Los vapores se recogían en un tubo refrigerado donde se condensaban en gotitas aceitosas. Resina de terebinto, grasa animal, cera de abeja, natrón, betún de Judea. La combinación variaba de una momia a otra, pero la lógica era constante: crear un entorno hostil a la descomposición bacteriana.

A las tres de la madrugada dejó la pluma y contempló los cuatro cuerpos tendidos sobre sus mesas.

Aquellas gentes habían muerto hacía miles de años. Sus nombres figuraban quizá en las inscripciones de sus ataúdes. Lo que quedaba eran sus cuerpos conservados.

Había en aquella permanencia algo que lo turbaba. No de manera metafísica, pues Berthollet era materialista. Sino de manera científica. Aquellos embalsamadores habían resuelto un problema de química orgánica. Por observación, por ensayo, por transmisión

de técnicas a lo largo de generaciones. La práctica había precedido a la teoría en dos mil quinientos años.

Anotó en su informe: «Las técnicas de embalsamamiento egipcias constituyen un conjunto de conocimientos químicos empíricos de una sofisticación notable, cuyo estudio sistemático podría aportar información sobre propiedades conservadoras todavía insuficientemente conocidas».

En Saqqara, Geoffroy Saint-Hilaire había explorado con Denon los alrededores de la necrópolis de los animales sagrados, donde se decía que reposaban los toros Apis de Ptah. Entre los escombros se veían fragmentos de granito. Se detuvieron ante una lasca de granito negro.

Denon escribió: «Los antiguos saqueadores dejaron estos bloques. Es el único parecido. Ellos se llevaban lo que creían tesoros. Nosotros nos llevamos lo que creemos conocimiento. Dentro de dos mil años, si alguien descende aquí con una linterna, verá las tapas todavía fracturadas. Y se preguntará, como me lo pregunto yo ahora, cuál es la diferencia entre un saqueador y un sabio en una galería oscura».

A sus pies, entre las lascas esparcidas en el polvo, un fragmento conservaba aún dos signos jeroglíficos grabados en hueco, un pájaro, una línea quebrada. Recogerlo. Deslizarlo en el bolsillo. El gesto fue automático, sin decisión, antes de que la pregunta que acababa de escribir hubiera tenido tiempo de llegar a su mano.

Aquella noche, antes de que Denon regresara al vivac, el mercado de Saqqara continuaba en la oscuridad. Solo dos linternas, posadas en la arena entre los puestos. Fellahs de las aldeas vecinas esperaban en cucullas tras sus esteras. Los soldados llegaban en grupos de dos o tres, sin armas, con las manos en los bolsillos. Sopesaban, paseaban, se marchaban con algo envuelto en la chaqueta. El aire nocturno era fresco tras el calor del día. La arena conservaba todavía algo de tibieza, pero el viento del desierto arrastraba ya el frío de las horas profundas. Las conversaciones se hacían en voz baja, regateos llevados en un árabe rudimentario

o por gestos. Un soldado sopesaba un escarabeo, sosteniéndolo junto a la linterna para examinar los jeroglíficos grabados en la base. Otro negociaba el precio de un amuleto de loza, una pequeña figurilla turquesa de Anubis con cabeza de chacal.

Berthollet estaba allí también, sentado en un asiento plegable que se hacía llevar desde Alejandría. Ante él, una pequeña mesa de campaña cubierta con sus formularios de la Comisión, y Hassan le iba presentando las piezas una a una con la lámpara. Berthollet examinaba, anotaba en su registro el número, la descripción en latín, la localización en el monumento, el estado de conservación. Seis piezas aquella noche: tres escarabeos reales, una paleta de escriba de madera de sicomoro, una figurilla de granito, un vaso canopo de alabastro con su tapa. Anotó: «Restos de resina negra en el cuello». Luego se detuvo, alzó la cabeza hacia Hassan.

—¿Qué contiene la otra urna, la de la tapa de chacal?

—El estómago —dijo Hassan.

—Ah. Eso también lo anotaré.

Berthollet había pedido momias de animales a Saqqara. Los fellahs le trajeron seis. Dos ibis sagrados, dos gatos, un cocodrilo juvenil, una musaraña. Las instaló en la gran sala que el Instituto le había asignado como laboratorio.

Analizó las vendas. De lino, impregnadas de una sustancia parda que identificó como betún mezclado con resinas vegetales. Se habían tomado muestras del relleno de las cavidades, natrón, sal gema, polvos minerales. Sobre todo le ocupaba el natrón. Carbonato de sodio hidratado, presente en estado natural en los lagos del desierto al oeste de El Cairo. Había hecho una excursión allí algún tiempo antes con otros miembros del Instituto. Los lagos de Natrún. Extensiones blancas en cuyas orillas cristalizaba naturalmente aquel polvo alcalino que los egipcios recogían para embalsamar a sus muertos.

Al analizar la disolución del natrón en las aguas salobres del lago, había observado algo inesperado: la reacción entre la sal marina

y el carbonato de calcio podía invertirse según la temperatura y la concentración. Los químicos de su época pensaban que las reacciones iban siempre en un solo sentido, pues el ácido más fuerte desplazaba al más débil. Berthollet empezaba a percibir que era falso. Que se trataba de equilibrios.

París recibiría aquellas notas. Le harían falta cuatro años de reflexión para formular la teoría completa. El *Essai de Statique chimique* de 1803 sería su fruto. Pero la semilla estaba allí, en los lagos blancos del desierto egipcio, en la contemplación de una reacción química natural que la naturaleza egipcia repetía desde hacía milenios.

Las momias de animales, por su parte, le planteaban a Berthollet otra cuestión.

—Estos ibis momificados se parecen a los ibis de hoy —lanzó Geoffroy—. ¿Recuerda lo que decíamos a orillas del Nilo? ¿Que los egipcios los veneraban porque observaban la naturaleza? Ahí está la prueba: inalterados en tres mil años.

—Idénticos —corrigió Berthollet.

—Eso dice Cuvier. Las especies están fijadas desde la Creación. Las momias lo prueban: ningún cambio.

—¿Y Lamarck?

—Lamarck dice que tres mil años son demasiado poco para ver una transformación. Que haría falta un tiempo inmenso.

Berthollet tomó en sus manos una de las momias de ibis. El animal estaba rígido, perfectamente conservado, el plumaje aún reconocible a través de las vendas.

—Ninguno de los dos podrá probarlo jamás —precisó Berthollet—. No viviremos lo bastante. Volvió a dejar la momia de ibis. Pasaron dos noches enteras en Saqqara, durmiendo entre las ruinas de una mastaba para estar en el lugar desde el alba. La necrópolis se extendía varios kilómetros por el desierto, vasto cementerio del Imperio Antiguo donde los reyes y los nobles habían

hecho construir sus tumbas. La pirámide escalonada de Djoser se alzaba en el centro de aquel paisaje fúnebre.

—Esta pirámide precede en un siglo a las de Guiza —añadió Jomard, que había calculado las fechas aproximadas a partir de la información fragmentaria que los sabios tenían sobre la cronología real egipcia—. Representa un momento de la historia arquitectónica en que los egipcios aún experimentaban con las formas. Las pirámides lisas de Guiza son la culminación de un proceso que empezó aquí.

Las gradas superpuestas tenían algo de zigurat mesopotámico, como si las dos civilizaciones hubieran convergido independientemente hacia la misma intuición arquitectónica: apilar para ascender hacia el cielo.

Berthollet pasó la segunda noche copiando las inscripciones de una mastaba de un alto funcionario. Aquellos bajorrelieves representaban las actividades de la vida cotidiana: la pesca, la caza, las faenas agrícolas, la carnicería, la fabricación de cerveza, con una precisión documental que encantaba a los naturalistas de la Comisión tanto como fascinaba a los artistas.

Al volver de Saqqara a El Cairo, Denon dio un rodeo por las orillas del Nilo al atardecer. La luz era distinta a aquella hora. Anaranjada y densa, como si el sol buscara impregnar la piedra antes de desaparecer. Se sentó sobre un bloque de caliza junto al agua e intentó dibujar el río a contraluz. El ejercicio era difícil. La luz se movía demasiado deprisa.

Jomard se sentó a su lado y esperó a que terminara. No hablar mientras el otro dibujaba.

—Esta mañana he calculado algo —añadió Jomard cuando Denon cerró su cuaderno—. La tumba de Djoser data de unos dos mil seiscientos años antes de nuestra era. La pirámide de Keops, de unos dos mil quinientos. Estos dos monumentos están separados por apenas un siglo. Pero uno es un ensayo arquitectónico y el otro una perfección. ¿Cómo se puede progresar tan deprisa?

—No estoy seguro de que la cuestión sea la velocidad. Creo que los egipcios tenían una manera distinta de pensar el tiempo. Para nosotros, un siglo es mucho tiempo. Para ellos, quizá era solo el tiempo que hace falta para aprender.

Regresaron a El Cairo en la oscuridad, guiados por las luces de los minaretes. Los perros del desierto ladraban a lo lejos. En algún lugar de las callejuelas del barrio copto, una campana de iglesia dio la hora.

VIII - Los debates científicos

La sesión del 15 de diciembre enfrentó a Monge y a Fourier. La medida contra el sentido. Monge quería volúmenes y ángulos. Fourier quería contextos y significados. Bonaparte presidió y zanjó: las dos cosas, sin elegir.

—La ciencia verdadera es la medida —dijo Monge al abrir el debate—. Las dimensiones de una pirámide. Su volumen. Sus proporciones. No los mitos que la rodean. La descripción y la significación son dos disciplinas. Estamos aquí para la primera.

—Las pirámides no son simplemente volúmenes que calcular, Monge —respondió Fourier—. Son tumbas reales, actos de fe en la inmortalidad. Si solo conserva sus dimensiones, describe el cofre y no lo que contiene. Y lo que es más grave: corre el riesgo de creer que ha comprendido porque ha contado.

Bonaparte, que asistía a la sesión y seguía el debate, intervino para tratar de reconciliar ambos enfoques aparentemente contradictorios.

—Los dos tienen razón en un punto —dijo Bonaparte mirando alternativamente a Monge y a Fourier—. *La Description* contendrá ambas cosas: las medidas de Monge y el sentido que Fourier encuentre en ellas. La una sin la otra quedaría incompleta.

La misma sesión quedó marcada por la presentación que hizo Berthollet de una memoria sobre la química de los lagos de natrón del desierto egipcio. Berthollet había analizado

químicamente muestras tomadas en varios lagos y había determinado su composición exacta.

—El natrón es una mezcla de sales: carbonato, bicarbonato, cloruro de sodio. Setenta días en esa mezcla en polvo, y se absorbe la humedad. El cuerpo se deseca sin pudrirse. Muy sencillo, muy eficaz.

Geoffroy Saint-Hilaire presentó a continuación sus observaciones sobre los ibis momificados, descubiertos por millares en las necrópolis de animales sagrados cercanas a Saqqara.

—Dos especies de ibis. El ibis sagrado blanco y negro que conocemos, y otra más pequeña, parda, que parece haber desaparecido. Si existía todavía en la época faraónica y ya no existe, algo ha cambiado. No sé qué.

La sesión concluyó con una presentación de Jean-Joseph Marcel, orientalista y director de la Imprenta Nacional establecida en El Cairo, sobre los progresos de la impresión en caracteres árabes. La impresión del *Courier de l'Égypte* se hacía ahora en francés, y solo las proclamas se imprimían en árabe.

—Tenemos capacidad para imprimir en árabe clásico con una calidad tipográfica satisfactoria —anunció—. Proclamas, decretos, avisos. La población puede leernos en su lengua.

Fourier presentó aquella noche un estudio sobre la distribución de las temperaturas en el desierto egipcio, tema que le habían inspirado sus observaciones durante las marchas militares. Su análisis de los flujos de calor en un medio no homogéneo prefiguraba las investigaciones sobre el calor que realizaría más tarde en Francia. Los sabios presentes escucharon con la atención que merecía una exposición clara sobre un fenómeno que todos habían padecido en carne propia.

—El calor del desierto no es una cuestión de temperatura ambiente —explicó Fourier—. Es un fenómeno de flujos y de intercambios entre el suelo, el aire y los cuerpos expuestos. Aún no

tengo las ecuaciones, pero creo que un día podrá preverse cómo se propaga ese calor en el tiempo y en el espacio.

Lo que más interesaba a Bonaparte de aquel Instituto de Egipto era la manera en que hombres de formaciones radicalmente distintas —matemáticos, químicos, naturalistas, artistas, ingenieros— lograban crear un diálogo científico común en torno a un objeto compartido: Egipto.

—¿Qué nos enseña esto sobre los antiguos egipcios? —preguntó.

—Nada directamente —admitió Fourier—. Pero nos enseña cómo funcionaba su entorno. Para comprender por qué construían sus casas de cierta manera, orientaban sus templos según ciertos ejes, excavaban sus tumbas a ciertas profundidades, hay que comprender las limitaciones térmicas que padecían. La física de su mundo es la clave de su arquitectura.

Bonaparte, al final de la sesión, felicitó calurosamente a todos los ponentes y los animó a intensificar sus investigaciones.

—Sus trabajos son excelentes —prosiguió Bonaparte dirigiéndose a la asamblea—. Pronto, el Alto Egipto. Los templos de Tebas. Denon abrirá el camino.

Fourier detuvo a Denon en el pasillo del palacio de Hassan-Kashif. Bajo el brazo, un fajo de levantamientos que la Comisión había producido desde la llegada a El Cairo. Medición de la Gran Pirámide, planos de la Esfinge, cortes de las tumbas de Saqqara. Ochenta y tres hojas.

—Estos levantamientos —observó Fourier—. ¿Piensa llevarse-los?

—Ese es el objeto de la expedición —dijo Denon—. *La Description* no se hará aquí.

—Hablo de los objetos. De las estatuillas que compra en el mercado de Saqqara. De los amuletos en su equipaje. Estamos aquí para comprender Egipto, no para vaciarlo de sus restos.

Denon contempló el fajo de levantamientos en las manos de Fourier. Medidas. Planos. Ángulos. Todo aquello permanecería aquí, en las piedras, a disposición de cualquiera que viniera a medir después de ellos. La estatuilla de madera pintada que había comprado ya en verano, la de los brazos cruzados sobre el pecho en la actitud de Osiris, esa nadie volvería a encontrarla allí dentro de treinta años. Estaría en París, o perdida.

—La diferencia entre usted y yo, Fourier, es que usted cree que comprender basta. Yo pienso que ciertas cosas deben ser vistas para ser comprendidas. Y para ser vistas, deben viajar.

Fourier recogió su fajo y volvió a su habitación, dos puertas más allá en el pasillo del primer piso. Denon se quedó en aquel pasillo vacío. Se acostó tarde. A la mañana siguiente encontró sobre su mesa de trabajo el *ushebt* de madera pintada que creía guardado en su equipaje, colocado de pie, bien a la vista, con el rostro vuelto hacia él. Fourier debía de haber entrado durante la noche. Tenía por costumbre deambular por el palacio a horas intempestivas cuando sus ecuaciones no acudían. Pero en el suelo, justo delante de la mesa, había un grano de arena. Uno solo, bien visible sobre las baldosas pulidas. Como si Fourier hubiera querido decirle: «Esta arena viene de alguna parte».

O como si fuera simplemente un grano de arena. Con Fourier, nunca se sabía si la intención precedía al gesto o si era lo contrario. El *ushebt* permaneció sobre su mesa todo el día.

Aquella misma sesión de diciembre de 1798 había acogido también, al margen del programa oficial, una presentación informal de Venture de Paradis, el principal intérprete de la expedición, que hablaba árabe, turco, persa y hebreo con la fluidez de un nativo, y que pasaba los días traduciendo para Bonaparte y las noches escribiendo un diccionario árabe-francés que nunca terminaría.

Tomó la palabra al final de la sesión.

—Quisiera someter una observación al Instituto. Llevamos cinco meses en Egipto y he constatado algo que me parece importante para comprender este país. El árabe que hablan los egipcios de hoy y el árabe clásico del Corán son dos lenguas distintas. No dialectos. Dos sistemas diferentes, tan alejados uno del otro como el latín de Cicerón y el francés de Molière. Un fellah del Delta no comprende el texto coránico que recita. Lo recita fonéticamente, sin captar su sentido.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Monge.

—Quiere decir que el islam en Egipto es en parte una religión cuyos fieles no comprenden los textos sagrados en su forma original. La fe se transmite por la autoridad de los ulemas, por la tradición oral, por el ritual. No por la lectura directa del texto. No es muy distinto del latín en la Iglesia católica antes de Lutero. Bonaparte, que había escuchado sin intervenir, formuló una pregunta.

—¿Y los ulemas sí comprenden el texto clásico?

—Los más eruditos, sí. Los demás también recitan. Es una cadena de transmisión en la que cada eslabón transmite lo que ha recibido, no necesariamente lo que comprende.

Denon anotó aquella observación en su cuaderno. Coincidió con algo que había visto en la callejuela de la escuela coránica tras la revuelta. Los niños que recitaban frases cuyo sentido seguramente seguían sin conocer, pero cuyo sonido y cuyo ritmo eran ya, en ellos, una forma de conocimiento. Pensó en sus propios dibujos. Las pirámides copiadas antes de haberlas comprendido. La Esfinge dibujada al atardecer antes de conocer su orientación astronómica. Quizá trabajaba así: primero la línea, después el sentido.

—Lo que usted describe —observó Fourier a Venture de Paradis— es un sistema en el que la transmisión precede a la comprensión. Primero se aprende el texto de memoria, el significado viene después. O no viene. ¿No se parece a lo que hacemos

nosotros con los jeroglíficos? Copiamos signos que no comprendemos. Quizá nuestros sucesores comprendan su sentido.

—La diferencia —dijo Venture de Paradis— es que los jeroglíficos ya no tienen hablantes vivos. El árabe clásico sí los tiene. En algún lugar entre lo oral y lo escrito, entre los ulemas y los fellahs, entre el texto y el rito, la lengua sobrevive. Sobrevive de un modo distinto a como fue creada. Pero sobrevive.

La sesión terminó tarde. Las lámparas ardían ya con llama baja. Los sabios salieron al patio del Instituto, donde el aire de diciembre era por fin fresco. El primer frío verdadero desde su llegada a Egipto. Denon se detuvo un momento en el patio y alzó los ojos. Las estrellas sobre El Cairo. Las mismas que sobre Tolón siete meses antes, pero más altas en el horizonte.

Bonaparte abandonó el Instituto tras la sesión en compañía de Berthollet. Caminaron un rato por el jardín del palacio sin hablar. Luego Bonaparte dijo:

—Monge me dijo un día que la ciencia busca lo que es verdadero con independencia de lo que es útil. ¿Lo cree usted?

Berthollet reflexionó. Era una pregunta que se había planteado a lo largo de toda su vida profesional.

—Creo que la distinción es menos nítida de lo que él pretende. Nuestro trabajo aquí es verdadero. Las mediciones de Jomard, los análisis químicos de las momias, los dibujos de Denon. Pero lo que hacemos aquí es también útil: para Francia, para el conocimiento europeo de Egipto, para usted en lo político. La verdad y la utilidad no se excluyen. Caminan juntas, pocas veces en la misma dirección, pero juntas. —Vaciló y luego añadió—:

—Lo único que me niego a decir es que lo que hacemos sea inofensivo. No es cierto. Y Monge lo sabe tan bien como yo.

Bonaparte asintió con la cabeza.

—Fourier me ha dicho esta noche que sus investigaciones sobre el calor no tienen aplicación militar inmediata. Parece enorgullecerse de ello.

—Fourier hace bien en enorgullecerse. Dentro de veinte años sus investigaciones tendrán aplicaciones que aún hoy no imagina. Eso es la ciencia. Precede a las aplicaciones a una distancia que no puede medirse de antemano.

—Como un explorador que aún no sabe para qué ejército reconoce el terreno.

—Exacto.

Se detuvieron junto al estanque del patio. La luna se reflejaba en el agua inmóvil.

—Sigan trabajando —dijo Bonaparte—. Todo lo que produzcan aquí sobrevivirá a la expedición, suceda lo que suceda. Es la única certeza que tengo en este momento.

Berthollet volvió a su laboratorio y reanudó sus análisis.

Le había dicho una frase a Bonaparte aquella noche, antes de marcharse. Una frase casi sin entonación, como la observación de un químico sobre el color de un precipitado.

—En Italia, en 1796, elegíamos lo que iba al Louvre. Monge elegía, yo validaba. Teníamos tiempo, listas, comisarios. Aquí no tenemos nada de eso. Cuando nos marchemos, será a toda prisa. Lo que esté en las cajas en el momento de la partida, eso es lo que partirá. Lo demás se quedará. No hay que engañarse.

Denon pensó en Italia. En 1796 era Francia quien se llevaba. Aquí podía no ser nosotros.

A las tres de la madrugada, Denon volvió a encender su lámpara y retomó su cuaderno.

Las páginas pasaban despacio, sin que llegara a releerlas de verdad. Los dibujos desfilaban. Las velas de la flota en la rada de Tolón, el puerto de La Valeta desde el puente de la Junon, la columna de Pompeyo en Alejandría, las espaldas de los soldados en el desierto, el humo de la batalla visto desde el interior de un cuadro de infantería, las pirámides al crepúsculo con los muertos en primer plano.

Tenía además otra lista, que no había escrito. Cosas que había hecho sin anotarlas. Había dibujado monumentos que no podrían llevarse, había visto a un soldado deslizar un escarabeo en su bolsillo sin decir nada, había visto a un fellah mirar cómo se llevaban su *ushebt*i y había preferido no anotar la frase. Aquella lista era más larga que los doscientos cuarenta y tres dibujos. No tenía fin.

Se detuvo en el primer boceto del viaje.

Era Bonaparte. Perfil derecho, iluminado por la luz de la mañana en el muelle de Tolón, pocos minutos antes del embarque. Lo había dibujado deprisa, sin que el general se diera cuenta. Una decena de trazos de carboncillo. El perfil enjuto, la frente alta, la barbilla proyectada hacia delante en esa postura de quien mira lo que aún no existe.

Tomó una hoja en blanco y dibujó a Bonaparte de memoria. Tal como lo había visto en agosto, en el consejo que siguió a la noticia de Abukir. El mismo perfil, los mismos rasgos fundamentales. Pero algo había cambiado que no sabía nombrar con palabras. Lo buscó con el carboncillo.

No eran las arrugas. Siete meses no envejecen a un hombre de veintinueve años. Ni la delgadez. Bonaparte siempre había sido delgado. Estaba en la tensión del cuello, quizá. O en el modo en que la mandíbula se apretaba. El hombre de Tolón miraba algo que aún no existía. El hombre posterior a Abukir miraba algo que había perdido.

Denon colocó las dos hojas una junto a otra sobre su mesa de trabajo.

Los dibujos eran parecidos. Un observador apresurado no habría visto la diferencia. El mismo perfil, la misma postura, la misma mano de dibujante. Pero, al mirarlos uno tras otro, era imposible no ver que el primero era el de un hombre que partía, y el segundo el de un hombre que ya no sabía hacia dónde.

Era la primera vez desde Tolón que dibujaba a Bonaparte en su ausencia. Hasta entonces, sus bocetos del general habían sido documentos. La postura del mando, el gesto de la autoridad, la escena histórica que fijar antes de que pasara. Aquel boceto nocturno era otra cosa. Un retrato sin el consentimiento del modelo, sin testigos, sacado de la memoria más que de lo real.

Deslizó las dos hojas juntas en el mismo cuaderno, una tras otra. Tolón, luego Abukir. Lo que había comenzado y en lo que se había convertido.

¿Valía algo lo que contenían aquellos cuadernos? La pregunta le parecía ahora menos evidente que al principio. En Tolón, al subir a la Junon, había sabido con certeza por qué estaba allí. Para documentar una expedición histórica, para ver Egipto antes de que lo vieran los demás europeos, para llevar a Francia imágenes de un mundo aún desconocido. Aquel programa era sencillo y claro.

Siete meses después, veía las cosas de otro modo. Había visto la miseria de los soldados en el desierto, a los habitantes de Alejandría mirar al ejército francés con la resignación de quienes han soportado demasiados ejércitos como para conmoverse, la revuelta de El Cairo y su represión. Lo había dibujado todo con la misma atención que dedicaba a las pirámides y a los bajorrelieves. Y ahora se preguntaba si sus dibujos no eran, a pesar suyo, los documentos de una ocupación colonial tanto como los archivos de un descubrimiento científico.

No resolvió esa cuestión aquella noche. Su *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* tampoco la resolvería.

Cerró su cuaderno, apagó la lámpara y se tendió en la oscuridad. Por la ventana, las estrellas sobre El Cairo eran las mismas que Heródoto había visto desde las orillas del Nilo, las mismas que los astrónomos faraónicos habían empleado para orientar sus monumentos, las mismas que los marinos franceses habían observado durante la travesía desde Tolón. Había algo reconfortante en aquella permanencia. No que todo valiera lo mismo, sino que todo duraba, transformado, irreconocible y, sin embargo, allí.

El cielo egipcio no distinguía. Iluminaba las pirámides y los vivasques con la misma indiferencia. Denon cerró los ojos. Mañana dibujaría otra vez.

CAPÍTULO II: LA REMONTADA DEL NILO

I - Dendera

El 25 de diciembre de 1798, la expedición de Desaix salió de El Cairo en dirección al sur. Tres mil soldados para reconquistar el Alto Egipto. Denon era de la partida, con su cuaderno.

Bonaparte, que se había quedado en El Cairo, había hecho llamar a Desaix la víspera de la partida.

—Su misión es doble. Militar: destruir a Murad Bey. Científica: permitir a los sabios explorar el Alto Egipto. Trátelos como a colaboradores. Lo que traigan vale tanto como sus victorias.

Desaix tenía treinta años, un espíritu práctico y ningún gusto particular por las antigüedades. Pero tenía la inteligencia necesaria para comprender las órdenes.

—Protegeré a estos hombres como a mis soldados. Pero avíseles: Murad Bey no dará tregua. Meses, quizá hasta Asuán. Los sabios tendrán que soportarlo.

Una vez que Desaix salió, Bonaparte retuvo a Denon un instante. Abrió el cajón de su mesa de campaña y sacó un documento doblado. La lista de cuatro páginas que le había mostrado a Denon antes de Tolón, completada desde entonces.

—Esto es lo que debe volver. Lo que Francia merece llevarse de esta expedición.

Denon recorrió las primeras líneas. Categorías, descripciones: obeliscos portátiles, fragmentos de bajorrelieves de calidad excepcional, papiros documentados, escarabeos reales, bronce de la Baja Época, momias de dignatarios identificables. Cada categoría acompañada de una nota de valor estimado y de un destino: el Louvre, la Biblioteca Nacional, el Instituto de Francia.

—Hicimos lo mismo en Italia —prosiguió Bonaparte—. Monge y Berthollet conocen el método. Lo que ellos traen con sus formularios va al Louvre. Lo que los soldados se llevan en sus

morrales, no puedo impedirlo. Lo que usted documenta con sus cuadernos se queda en Francia bajo otra forma. Tres niveles. Tres legitimidades distintas.

—¿Y si los niveles se mezclan?

—Siempre se mezclan. Por eso el primer nivel tiene que ser irreprochable. Si la Comisión hace su trabajo con rigor, el resto se vuelve tolerable en comparación. Es la lógica de todas las adquisiciones de Estado desde el Renacimiento. Francia no saquea. Selecciona, documenta y conserva. Los soldados saquean. La distinción es real, aunque resulte incómoda.

—¿Y si alguien la cuestiona?

—Nadie la cuestionará mientras ganemos la guerra. Si la perdemos, el debate no se planteará del mismo modo.

Denon guardó la lista en su cartera. No era una orden de saqueo. Era una orden de selección. El matiz era real. Habría querido que fuera suficiente. No estaba seguro. Pero Bonaparte ya había abierto la puerta de su despacho. Su tiempo estaba contado. Y Denon salió sin haber formulado lo que habría querido decir.

La mañana del 25 de diciembre, la expedición tomó el camino del sur por la orilla occidental del Nilo. El aire aún era frío a esa hora. Un frío seco, sin bruma, el frío de Egipto, que cede pronto al sol. El polvo levantado por las columnas se veía de lejos. La artillería avanzaba bordeando los campos cultivados. Los caballos de la caballería relinchaban al notar la partida. Unos fellahs, de pie sobre los tejados planos de las casas, veían pasar la columna sin moverse.

Denon cabalgaba junto a Desaix.

—Esos templos que solo conocemos por Pococke y Norden. Descripciones aproximadas, dibujos inexactos. Por fin vamos a establecer una documentación rigurosa.

—Me gusta su entusiasmo. Pero avíseme cuando quiera apartarse de la columna. Murad Bey todavía no ha renunciado.

Denon asintió, sin ocultar cierta resignación.

—Entendido, general. Unos dibujos apresurados valen más que la ignorancia.

El calor subía desde la segunda hora pese a ser enero. La franja verde a lo largo del río tenía unos cientos de metros de ancho; luego empezaba el desierto, inmediato y absoluto. Los soldados marchaban en silencio, con la cantimplora en la mano. Denon dibujaba mientras caminaba —bocetos rápidos, siluetas de aldeas, una palmera, el perfil de un acantilado calcáreo— sin detenerse, sin perder el paso. Los mamelucos hostigaban y desaparecían sin librar jamás una batalla decisiva. Cerca de Beni Hassan, exploró unas tumbas excavadas en el acantilado calcáreo que domina el Nilo, adornadas con pinturas murales que representaban escenas de lucha, de caza y de vida cotidiana.

Los colores se mantenían. Rojos ocre, azules de frita egipcia, verdes de malaquita, amarillos de oropimente. El desierto había secado el aire a su alrededor. Pensó en las pinturas de París, ennegrecidas por los barnices, apagadas por siglos de humedad.

Dibujó varias de aquellas escenas durante las pocas horas que Desaix le concedió antes de reanudar la marcha. Sus bocetos eran veloces. Había aprendido a captar lo esencial en diez minutos, el hieratismo formal, la viveza narrativa.

Pasó así de un hipogeo a otro mientras la columna instalaba su vivac.

Denon jamás se quejó. Dibujaba caminando, dibujaba durante las paradas, dibujaba a la luz de las antorchas en las tiendas militares por la noche. Su resistencia física asombraba a los oficiales, que al principio habían considerado su presencia una carga.

—Su sabio resiste mejor que mis reclutas —dijo un día Desaix a uno de sus ayudantes, señalando a Denon, sentado en una roca durante una pausa del ejército.

—Es porque tiene algo que hacer —respondió el ayudante—. Los hombres que tienen una razón para mirar a su alrededor sobreviven mejor que los demás.

El 20 de enero, Jomard fue el primero en ver Dendera. El templo de la diosa Hathor se alzaba en medio de los campos cultivados, su mole visible desde lejos en el aire seco del Alto Egipto.

—Mire —dijo Denon, que se había detenido detrás de él.

Desaix ordenó un alto. El ejército estableció su campamento en la aldea vecina, Qena. Los fellahs miraban desde sus umbrales sin acercarse. Habían visto pasar otras columnas. Esta llevaba hombres con instrumentos de medición y cuadernos. No resultaba más tranquilizador.

Jomard entró el primero. En el umbral contó: veinticuatro columnas de unos quince metros de altura, con capiteles que mostraban el rostro de Hathor y miraban en las cuatro direcciones. Sacó su teodolito del estuche y volvió a guardarlo. ¿Por dónde empezar? Durante sus ocho meses en la Escuela, siempre había sabido por dónde empezar. Allí la sala tenía una lógica que excedía lo que sus instrumentos podían abarcar de una sola mirada. Demasiado grande. Demasiado coherente. Había que elegir un punto de entrada y esa elección le pareció de pronto arbitraria de un modo que jamás había sentido ante una pirámide o una columna aislada. Acabó por apuntar a la columna más cercana. Era al menos un comienzo.

—Es extraordinario —murmuró Denon a su espalda—. La finura de esos drapeados.

Jomard midió durante cinco días. Quince metros por columna, las juntas tan finas que apenas cabía en ellas la hoja de un cuchillo. El techo a más de quince metros. Los muros de bajorrelieves. Anotaba las dimensiones, los ángulos, las orientaciones. Denon dibujaba en el otro extremo de la sala, con las manos cubiertas de polvo de carboncillo, casi sin detenerse jamás.

—¿Cómo lo hicieron sin nuestras herramientas modernas? —añadió Jomard en voz baja.

—Con tiempo, mano de obra y una organización capaz de mantener un esfuerzo constante durante décadas. Este templo tardó generaciones en construirse. Ellos se transmitían el proyecto de padre a hijo como una herencia sagrada.

—Los egipcios conocían las estrellas mejor de lo que nosotros las conocemos todavía —añadió Jomard, señalando las constelaciones pintadas de azul intenso sobre el fondo ocre del techo—. Esta bóveda es un mapa del cielo nocturno del antiguo Egipto.

El segundo día, Jomard reparó en un detalle que no anotó. Lo consignó en su diario personal, por la noche, bajo la tienda.

Tres soldados del batallón de cabeza habían pasado la tarde en las salas laterales del templo. No estaban de servicio. A su regreso, uno de ellos llevaba en la mano una figurilla de fayenza azul. Un gato sentado, de orejas puntiagudas, con los ojos incrustados de vidrio negro. Se la enseñaba a sus camaradas. Reían.

Jomard los vio pasar. El gato de fayenza tenía dos o tres mil años. Lo había depositado en el templo, como ofrenda votiva, un artesano cuyo nombre no había sobrevivido, por una plegaria de la que ya ni se recordaba el tenor. Dentro de tres años estaría en Marsella. La cadena era corta. No dejaba rastro. Jomard pensó en la gravedad: los objetos ligeros siempre caen hacia abajo. Aquí, abajo era el norte.

Ese mismo día, en el gran patio del templo, Costaz se afanaba en su tarea.

Por la mañana había seleccionado seis piezas según las categorías de la lista de Bonaparte. Dos escarabeos, un amuleto de oro, una figurilla de Sekhmet, todas conformes a los criterios de la lista. Pero dos piezas sobresalían del conjunto. Una paleta de escriba de madera de sicomoro con sus cálamos aún en sus estuches de caña. Dado que la madera casi nunca sobrevivía, era una pieza rarísima. Y un vaso canopo de alabastro con su tapa de cabeza

de halcón intacta, que representaba a Qebehsenuf, guardián de los intestinos. Las seis piezas alineadas sobre la piedra, numeradas, etiquetadas.

Jomard se acercó desde la entrada del patio. Costaz rellenaba su formulario a la luz del día, sin prisa, sin esconderse. Esa era toda la diferencia con lo que hacían los soldados: el formulario.

—Ciudadano Costaz —dijo Jomard al acercarse—, estas piezas son excepcionales.

—En efecto. La paleta de escriba es única en la documentación conocida de las expediciones recientes. Los cálamos están intactos. Sumamente raro. La madera de sicomoro resistió porque estaba envuelta en un lino que encontré en un compartimento lateral del nicho. Dos mil quinientos años de conservación en condiciones ideales.

Siguió escribiendo sin levantar la vista. Su letra era la de un científico: precisa, abreviada, sin adorno.

—El vaso canopo interesará a los químicos para el análisis de las resinas de momificación —prosiguió—. He extraído un fragmento de la capa de resina interior. Encontrará el número de esa muestra bajo la referencia ciento catorce-B en el registro de la Comisión.

Anotó el sexto número en su formulario, firmó, arrancó el talón y se lo tendió a Jomard.

—Repertorio de la Comisión, sección de adquisiciones oficiales. Por si quiere una copia para su propio expediente de sección.

Jomard tomó el papel. Lo miró. La forma era impecable. Lo guardó en su propia cartera sin responder.

Un hombre de la aldea se acercó a observar a Jomard mientras medía. Hassan, el intérprete, se mantuvo apartado. El hombre observó unos instantes y luego se fue. Aquel encuentro fue breve.

Al día siguiente, el hombre volvió, se sentó apoyado en un pilar durante dos horas sin decir palabra, mirando trabajar a Jomard.

Luego se marchó. Al tercer día trajo algo: una pequeña vasija de barro cocido llena de agua fresca. La dejó junto a los instrumentos de Jomard.

Jomard bebió. El agua estaba fría, ligeramente mineral. Dijo gracias en árabe. Una de las pocas palabras que había aprendido. Por mediación de Hassan, intercambiaron unas frases.

El hombre conocía los nombres de las columnas. No los nombres griegos que empleaban los sabios —Hathor, Nut, Isis—, sino nombres árabes transmitidos de padre a hijo durante generaciones. La columna del ángulo nordeste se llamaba, en la aldea, «la columna que sangra con la crecida», porque una grieta en la caliza dejaba correr a veces un agua rojiza cargada de hierro durante las crecidas del Nilo. La columna central se llamaba «la columna de la voz», porque, si se la golpeaba con la palma abierta a cierta altura, producía un sonido grave que se propagaba por toda la sala.

Jomard consignó los dos nombres. Sabía que no figurarían en *la Description*. No tenían valor mensurable. Pero decían algo que sus propias mediciones no decían: que aquel templo tenía una presencia continua en la memoria de la aldea desde antiguo. No era una ruina. Era un vecino.

Tres días después, Denon volvió solo al templo, con una vela y sus cuadernos. Quería dibujar el zodiaco de la capilla superior.

La capilla de Osiris estaba en la terraza del templo. Una pequeña sala a la que se accedía por una escalera exterior. El techo era bajo. La vela proyectaba una luz anaranjada, insuficiente. Se tendió sobre la piedra fría. Sobre él, esculpido en el gres, el mapa del cielo. Un disco circular de dos metros y medio de diámetro. En el centro, las constelaciones circumpolares. La Osa Mayor en forma de pata delantera de toro, una diosa hipopótamo que blandía un arpón. En la circunferencia, los doce signos del zodiaco griego mezclados con iconografía egipcia: Aries, Tauro, pero también Acuario representado como Hapi, el dios de la inundación, que sostenía dos vasos de los que manaba el Nilo.

Aquel techo no podía llevarse tal cual. Varias toneladas de gres encastradas en la bóveda. Pero Denon había planteado el problema dos días antes al capitán Coutelle, jefe de los aerosteros de la expedición, el que había hecho volar el globo de observación en Fleurus. Coutelle era el ingeniero más inventivo del ejército. Había ido a ver el zodiaco la víspera, con ojo de técnico más que de artista.

—Es factible —había dicho mientras examinaba las juntas—. No con lo que tenemos. Harían falta sierras de dientes de acero templado, gatos de tornillo, cal viva, un almacén de izado de veinte metros. Seis semanas de trabajo como mínimo, con veinte hombres. Y un navío especialmente acondicionado para transportar el bloque. Varias toneladas: las bodegas corrientes no bastan.

—¿Merecería el resultado el esfuerzo?

Coutelle había vuelto a mirar el zodiaco, recorriendo con los ojos el disco de constelación en constelación.

—Es la representación más completa del cielo antiguo que he visto jamás. Sí, merece el esfuerzo. Pero no es ahora. Quizá dentro de treinta años, si alguien vuelve con material y tiempo.

Denon había anotado la conversación en un memorándum dirigido al estado mayor científico. El primer documento oficial que mencionaba la posibilidad de extraer el zodiaco de Dendera. Aquel memorándum viajaría a El Cairo, dormiría en una caja, a la espera de medios que el ejército no tenía.

Dibujó durante dos horas, tendido de espaldas. Su vela se apagó. Encendió otra. Cuando volvió a bajar, caía la noche y los soldados llevaban una hora impacientándose.

—¿Tiene lo que quería? —le preguntó un subteniente.

—Un primer dibujo. Impreciso. Harían falta varios hombres para un levantamiento serio.

Denon había pedido al estado mayor científico el envío de ingenieros para completar su trabajo. Dos jóvenes politécnicos,

Jollois y Devilliers, llegarían tres semanas después de él para concluir el levantamiento con sus instrumentos de precisión.

La segunda noche, Jomard necesitaba resolver un problema de requisa de raciones. Buscó al sargento mayor Aubert, el hombre que gestionaba la intendencia del batallón de Desaix. Lo encontró en una tienda apartada del vivac principal, sentado ante una mesita con un farol y un cuaderno.

Aubert llevaba una lista dividida en tres columnas: objeto, compañía, soldado. Las líneas estaban apretadas. Jomard leyó desde donde estaba, sin aparentarlo: «figurilla de piedra azul, 2.^a compañía, Racine. Fragmento de bajorrelieve, 3.^a compañía, Duplessis. Escarabeo de fayenza, 1.^a compañía, Marin. Vasija de barro pintada, 4.^a compañía, Lefèvre». Había al menos veinte líneas.

Aubert alzó los ojos. No pareció sorprendido de que lo observaran.

—Ciudadano sabio. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Buscaba las raciones suplementarias para las faenas de medición. No es urgente.

Jomard no hizo preguntas sobre la lista. Ya sabía lo que era. Un inventario oficioso. Ni ordenado ni prohibido por nadie, llevado por un suboficial que había comprendido que algo circulaba por su batallón y que había decidido saberlo. La lista no era un control disciplinario. Era una precaución. Si alguien hacía preguntas más adelante, Aubert sabría responder. Y si nadie las hacía —lo que era más probable—, la lista se quedaría en su cuaderno, documento sin destinatario.

Resolvió su asunto de las raciones en tres frases y se marchó.

La noche previa a la partida, Jomard no trabajó en sus mediciones. Se dedicó a otra cosa.

Empezó por lo que sabía con certeza. La lista del sargento mayor Aubert contenía, solo para la 2.^a compañía, veintitrés objetos en

dos días. Cuatro compañías en el batallón de Desaix. Dos batallones de infantería que se relevaban en el lugar. Más los oficiales, que tomaban objetos de otro modo. Con más selección, menos cantidad, pero piezas de mayor valor. Más las adquisiciones oficiales de Costaz. Seis piezas documentadas, otras quizá sin documentación formal.

Elaboró una estimación. Conservadora: veinte objetos por compañía y por día de alto. Cuatro compañías. Cinco días. Dos batallones. Resultado: ochocientos objetos como mínimo solo para ese templo. Sumando las compras a los mercaderes y lo que los oficiales recogían discretamente, se superaba el millar.

Mil objetos que abandonaban Dendera. Examinó la cifra. Luego miró el templo, visible en la oscuridad a doscientos metros del vivac. El templo era inmenso. Mil objetos eran una fracción de lo que aún contenía. Pero el cálculo correcto era otro: cuántos altos en cuántos templos, multiplicado por mil.

Había al menos doce grandes yacimientos entre Dendera y Asuán. Escribió al pie de la página: «Total estimado, campaña completa: orden de magnitud diez mil objetos. Estimación baja. No verificable».

Luego se detuvo en lo que acababa de escribir. Diez mil. La cifra parecía abstracta. No lo era. Correspondía a diez mil objetos que habían estado durante siglos en un templo o en una tumba egipcia, y que dentro de seis meses ya no estarían allí.

Mientras cargaba las mulas, buscó con la mirada al soldado que llevaba el gato de fayenza en la mano. No lo encontró entre los cientos de rostros. El hombre existía. El gato existía. En algún lugar dentro de aquella cifra de diez mil.

Antes de abandonar Dendera, Jomard fue a buscar a Costaz.

Costaz supervisaba el clavado de sus cajas. Levantó la vista.

—Ciudadano Costaz, he hecho una estimación del volumen total de las sustracciones en este templo.

Le tendió el cuaderno abierto por la página del cálculo. Costaz lo leyó. Se tomó el tiempo de verificar las hipótesis y rehízo mentalmente la aritmética.

—Su estimación baja es razonable —dijo al fin—. Ligeramente subestimada en el caso de los oficiales.

—¿No le parece problemática esa cifra?

Costaz le devolvió el cuaderno.

—Me parece una cifra exacta, o cercana a la realidad. ¿Problemática para quién? ¿Para la Comisión? No. Nuestras adquisiciones están documentadas. ¿Para el ejército? Eso le corresponde juzgarlo a Desaix. ¿Para la historia de este templo? Sin duda. Pero la historia de este templo ha conocido sustracciones desde los romanos y los griegos. No somos los primeros. Y Egipto ha sobrevivido a todos los precedentes.

—Eso no es una razón.

—No. No es una razón. Pero es un contexto. Y en ese contexto lo que hay que establecer es si lo que hacemos nosotros, la Comisión, es defendible. Creo que sí. En cuanto al resto, no soy ni policía ni magistrado.

—Usted es matemático. Un matemático no dice que un cálculo es defendible. Dice si es exacto.

—Y nuestras cuentas son exactas —respondió Costaz sin levantar la vista—. Archivos, descripciones, objetos para el Louvre.

—Eso es lo que pidió Bonaparte. No es lo que habría pedido yo. El quinto y último día, Desaix dio la señal de partir. Jomard guardó su teodolito. Denon despegó los ojos del techo con sincero pesar.

—Si alguna vez volvemos a este país en tiempos de paz —añadió Jomard—, este templo merece por sí solo un estudio de seis meses.

No volverían. Sus dibujos permanecerían.

El camino hacia Tebas bordeaba el Nilo durante dos días. Por la noche, en el vivac, los oficiales empezaban a hablar de los templos que iban a ver. Karnak. Luxor. Los nombres circulaban con el entusiasmo de quienes se acercan a lo que nunca han visto pero de lo que llevan toda la vida oyendo hablar.

II - Tebas

El 27 de enero, al atardecer, la expedición estableció su campamento frente a las ruinas de Tebas.

Jomard se detuvo en la orilla y permaneció allí sin hacer nada, contemplando los pilonos negros bajo la luz del ocaso, al otro lado del Nilo.

Karnak superaba todo lo que habían imaginado. La sala hipóstila del templo de Amón-Ra: ciento treinta y cuatro columnas, las doce centrales de veintidós metros de altura. Franqueó el umbral y se quedó inmóvil varios minutos. Aquella sala tenía una superficie de unos cinco mil doscientos metros cuadrados, uno de los mayores espacios cubiertos de la Antigüedad.

—Dios mío —murmuró Denon—. Ninguna descripción puede hacerle justicia. Hay que estar aquí para comprenderlo.

La noche que siguió a su primera jornada en Karnak, Jomard se instaló en el patio del templo con su linterna y empezó a poner en orden las cifras. La sala no era grande porque un faraón hubiera querido mostrar su poder. Era grande porque tenía una función: albergar una procesión, una multitud, un ritual. Cada dimensión respondía a una exigencia acústica, lumínica, litúrgica. Los egipcios no construían en vano. Construían con exactitud.

Anotó: «La regularidad de las proporciones en esta sala sugiere un sistema de medida transmitido durante varias generaciones con una precisión absoluta. La longitud de la sala es aproximadamente el doble de la anchura. La separación entre las columnas centrales corresponde a su diámetro. Estas proporciones no son fortuitas.»

Fuera, un chacal aulló en algún lugar del desierto. Jomard alzó los ojos. Las estrellas sobre las columnas eran muy brillantes.

Y de pronto, al girar con su teodolito para anotar el acimut de una estrella de referencia, comprendió algo que no había previsto comprender. La comprensión no llegó como una demostración que concluye. Llegó de golpe, en el cuerpo antes que en la mente. Una certeza física, casi un vértigo, como cuando un cálculo largo desemboca en un número redondo y se sabe, incluso antes de comprobarlo, que es correcto.

El eje principal del templo —el eje que unía la entrada con el santuario más recóndito— estaba orientado veintiséis grados al sur del este. Comprobó el cálculo dos veces. Veintiséis grados. Tenía esa cifra en sus mediciones desde la mañana, anotada maquinalmente como un dato más. Pero ahora, en la oscuridad, con las estrellas visibles sobre él, supo lo que significaba esa cifra.

Era el acimut de la salida del sol en el solsticio de invierno a la latitud de Tebas.

Permaneció inmóvil varios segundos con aquella información. Tenía entre las manos un resultado que nadie había formulado aún así, y quería asegurarse de que era real antes de escribirlo.

Karnak no era solo un templo. Era un instrumento astronómico orientado para que, en la mañana del día más corto del año, la luz del sol naciente entrara en el santuario y recorriera el eje hasta la gran sala hipóstila. La construcción tenía esa precisión. Los egipcios la habían calculado. Habían construido en consecuencia.

Escribió febrilmente en su diario una nota de varias páginas, detallando el cálculo, las mediciones, la conclusión. Enviaría esa nota a Fourier al día siguiente por correo. Fourier era el matemático más riguroso de la Comisión y sabría verificarla. La respuesta de Fourier llegaría tres semanas después en dos líneas: «Su cálculo es correcto. Anótelos para *la Description*.»

A las dos de la madrugada, Jomard regresó al campamento. Habían transcurrido cinco horas desde que salió de su tienda. Le

temblaban ligeramente las manos al enrollar las hojas del cuaderno. No era de frío, sino de algo para lo que no tenía nombre. Estaba acostumbrado a los descubrimientos que confirman una hipótesis. Esa noche había vivido algo distinto: una hipótesis que nacía del propio descubrimiento, sin que la hubiera buscado. Nunca le había ocurrido algo así.

Denon dedicó los días siguientes a recorrer el complejo de Karnak, diez horas al día, sabiendo que tenía el tiempo contado. Los pilonos, de cuarenta metros de altura, llevaban bajorrelieves de batallas faraónicas. Los obeliscos de granito rosa se alzaban rectos, monolitos transportados desde Asuán, doscientos kilómetros al sur. Uno de ellos, erigido por la reina faraón Hatshepsut, de la decimoctava dinastía, alcanzaba una altura de veintinueve metros y medio. Sus caras estaban cubiertas de columnas verticales de jeroglíficos finamente grabados, indecifrables.

Todos veían inscripciones por todas partes —columnas, muros, sarcófagos— y no podían leer nada. Toda la historia de Egipto estaba allí, muda.

En el gran patio de Karnak, Geoffroy Saint-Hilaire se había apostado ante un registro de bajorrelieves que representaban animales ofrecidos en tributo. León, jirafa, monos, antílopes. Copiaba las especies con la precisión del naturalista, anotando las que ya no existían en Egipto. Cada animal desaparecido era un dato sobre el cambio climático desde la Antigüedad. Lo que otros leían como decoración, él lo leía como inventario faunístico.

—El león de este relieve —dijo a Jollois, que pasaba— tiene el cráneo distinto del león del África subsahariana. Perfil más plano, melena más larga. O el pintor se equivocó, o los leones del antiguo Egipto formaban una población distinta. Me inclino por la segunda hipótesis.

Jollois miró el relieve, miró a Geoffroy, asintió con la cabeza y siguió su camino. Geoffroy no necesitaba respuesta. Tenía su pregunta.

Más tarde, durante la noche, Jomard trabajaba en sus mediciones de Karnak cuando oyó ruido.

No eran ruidos de combate. Eran ruidos de trabajo. Golpes sordos, regulares, el roce de algo pesado sobre las losas. Cogió su linterna.

En la sala, tres soldados trabajaban a la luz de dos antorchas. Habían vaciado un nicho que contenía fragmentos de estatuas — cabezas de divinidades, manos, bustos— y los clasificaban sobre las losas: a un lado los que valía la pena llevarse, al otro los demasiado pesados. Uno de ellos sostenía con ambas manos una cabeza de halcón en granito negro, probablemente de Horus, con los ojos incrustados de una materia oscura que la antorcha no permitía identificar. La giraba, intentando calcular su peso.

Jomard se quedó a la entrada de la sala. Habría podido intervenir. La autoridad de un miembro de la Comisión le permitía prohibir las sustracciones no autorizadas. No lo hizo. Aquellos soldados eran tres. En los batallones de Desaix había dos mil. Lo que no podía detener un hombre solo con una linterna no merecía intentarse por principio.

Al día siguiente, en el patio, al norte del complejo, Jollois hizo un descubrimiento. Unos fragmentos de bajorrelieves de la duodécima dinastía, dispersos entre los escombros, mostraban un estilo radicalmente distinto: más pequeño, más íntimo, con la figura del rey menos hierática y más humana. El rostro de uno de aquellos reyes tenía una expresión de fatiga que ningún faraón de las grandes dinastías habría tolerado en sus monumentos.

—Este bajorrelieve es sin duda la representación psicológicamente más justa de un faraón que he visto —dijo Jollois a Denon, que llevaba una hora dibujando—. Mire los ojos. Aquí hay cansancio. El cansancio del poder, no su magnificencia.

Denon dejó de dibujar. Jollois tenía razón. Aquel rostro no miraba hacia la eternidad.

Tras tres días en Karnak, la expedición se trasladó a Luxor, tres kilómetros al sur. Templo de Amenhotep III y Ramsés II. La avenida de esfinges que unía los dos templos había quedado sepultada bajo la arena y las casas del pueblo construido encima.

Denon esbozó la gran columnata que conducía desde el patio de entrada hasta el santuario interior. Catorce columnas papiriformes de diecinueve metros de altura, de una elegancia formal que atestiguaba el refinamiento estético de la decimoctava dinastía. Los muros mostraban bajorrelieves de la procesión de Opet, la estatua de Amón que cada año se transportaba en barca de Karnak a Luxor. Copió la escena en varias páginas.

Otros bajorrelieves representaban la batalla de Qadesh entre Ramsés II y los hititas en el pilono de entrada. Sesenta metros de longitud, cubiertos desde el suelo hasta diez metros de altura con escenas esculpidas con un dinamismo notable. Aquel relieve narraba una batalla de resultado discutido. Ramsés había estado a punto de ser rodeado antes de lograr zafarse. Pero el pilono de Luxor solo mostraba el triunfo. La propaganda faraónica funcionaba así: grabar la versión oficial en la piedra, a una altura en la que nadie pudiera corregir los hechos.

Ante el pilono se alzaban dos obeliscos. Eran los mismos de los que Mehmet Alí regalaría uno a Francia en 1830. Este navegaría hasta París en 1833, en un navío concebido expresamente, y sería erigido en la plaza de la Concordia en 1836. Denon lo contemplaba, en 1799, sin saber que acabaría allí. Anotó sus dimensiones, sus inscripciones, los cartuchos que se repetían en las cuatro caras.

Desaix pasó a ver los obeliscos una tarde. Alzó los ojos hacia la punta del primero, veinticinco metros por encima de él, y luego hacia Denon, que dibujaba a su lado.

—Esas columnas verticales, ¿podríamos llevárnoslas?

—Son obeliscos. De granito. Unas doscientas treinta toneladas cada uno.

—Con el río debajo y unas palancas, los egipcios sí lo lograron.

—Hace tres mil años. Y los bajaron de sur a norte con la crecida. Para llevarlos a Francia habría que cargarlos en un navío construido expresamente. Nada de lo que tenemos en el Mediterráneo puede hacerlo.

Desaix volvió a mirar el obelisco.

—Alguien encontrará la manera. Pero no de inmediato.

Regresó junto a su estado mayor.

En las salas laterales del templo de Luxor, allí donde los saqueadores ya habían trabajado antes que ellos, Denon encontró lo que los excavadores apresurados habían dejado: fragmentos de estatuillas de bronce, pies, manos, un rostro completo de Osiris en bronce dorado de quince centímetros. El rostro tenía la serenidad característica de los bronce de la Baja Época. Ojos almendrados algo inclinados, boca delgada, barba postiza trenzada. El metal había sido fundido a la cera perdida y luego trabajado con buril. Las cejas y los contornos de los ojos estaban incrustados de oro fino, las pupilas de vidrio negro.

Los bronce de este tipo se habían producido en serie a partir del siglo VII antes de nuestra era. Millares de figurillas votivas depositadas por los fieles en los templos a cambio de la protección divina. Estos objetos nunca habían pertenecido a un individuo: eran dones al dios, propiedad del templo. Al vaciar los almacenes, los saqueadores se habían llevado el patrimonio de Amón, no el de un hombre. Este detalle no simplificaba el problema de la propiedad. Lo complicaba. Un dios no podía reclamar.

Denon recogió el rostro de Osiris y le dio la vuelta. En el reverso, una línea de jeroglíficos grabados con buril, el nombre del donante, probablemente. Copió los signos. Luego guardó la pieza en su morral. Al hacerlo, pensó en la lista de Bonaparte. El rostro de Osiris en bronce dorado era sin duda una pieza de primerísima

categoría. Habría debido comunicárselo a Berthollet o a Monge para su integración en las colecciones oficiales. No lo hizo. La frontera entre lo que tomaba para la Comisión y lo que tomaba para sí mismo se había ido borrando progresivamente desde Dendera. Una treintena de entradas en su inventario personal. Otros tantos objetos que seis meses antes no existían aún en el repertorio de los bienes europeos.

No era lo mismo que robar. Casi estaba convencido de ello.

Aquella tarde, Jomard permaneció aún una hora ante la fachada del templo. Aquel templo había sido construido a lo largo de dos mil años, cada faraón añadiendo un pilono, una avenida, una sala. Dos mil años de construcción continua, sin ruptura de estilo, sin cuestionar el proyecto. Egipto había logrado algo que Europa nunca había resuelto: la transmisión de un proyecto arquitectónico a lo largo de generaciones sin que nadie decidiera su final.

Y ahora unos soldados se llevaban pedazos de aquel proyecto en sus morrales. No para destruir. No eran vándalos por intención. Pero el resultado era el mismo. Los fragmentos que partían hacia París o hacia las colecciones privadas de los oficiales ya no formaban parte de aquel sistema coherente. Se convertían en objetos aislados, curiosidades, recuerdos.

Antes de volver, Jomard anotó: «Karnak es un sistema. Cada elemento tiene su lugar en el conjunto. Desplazar un elemento no destruye Karnak, pero destruye ese elemento en cuanto parte del sistema. Será en otro lugar algo distinto —un objeto, una pieza de colección— y ya no aquí algo preciso.»

Al salir de Luxor aquella tarde, Denon vio a un anciano sentado a la entrada del templo. Vestía una galabiya blanca y observaba a los soldados que se llevaban bloques del patio. No parecía enfadado. Era el rostro de quien contempla algo que ya ha visto.

Denon se detuvo. Hassan interpelló al hombre. Intercambiaron unas palabras.

—Dice que su padre era guardián de este templo. Y su abuelo. Y su bisabuelo. No sabe cuántas generaciones. Dice que vinieron los otomanos. Vinieron los mamelucos. Ahora están aquí los franceses. Cada vez se llevan piedras.

Denon pidió a Hassan que tradujera una respuesta: que los franceses habían venido para estudiar, no para destruir. Hassan tradujo. El hombre replicó que los otomanos también decían que venían por otras razones. Aun así, se llevaban piedras.

Denon no tuvo nada que responder. Dibujó al hombre de espaldas. La galabiya blanca, el bloque de granito, los soldados en el patio tras él.

Lo que Denon no veía, tras la escena, era lo que hacía Hassan después de las horas oficiales de trabajo.

Hassan era el intérprete oficial de la Comisión. Un egipcio de El Cairo que había comprendido que su posición le daba un acceso privilegiado a los dos mundos. Traducía las preguntas de los sabios a los fellahs. Lo que no traducían sistemáticamente era lo que los fellahs se decían entre sí sobre lo que los sabios querían realmente.

Jomard lo había comprendido tras la primera semana. Hassan era un intermediario interesado que facilitaba las compras de los sabios a los mercaderes locales y cobraba una comisión. Jomard la estimaba en un quince por ciento. Ni los vendedores ni los compradores sabían que estaban cada uno en un extremo de una cadena cuyo eslabón central era Hassan.

Una noche en Karnak, Jomard se levantó y siguió a Hassan a distancia. Este atravesó el vivac principal hacia el sector donde se alojaban los oficiales superiores, se detuvo ante una tienda y cambió unas palabras en voz baja con un criado. El criado entró en la tienda y salió con dos oficiales, un coronel y un capitán de estado mayor. Hassan abrió un saco de lona. A la luz de una lámpara de aceite, dispuso sobre una alfombra doblada cuatro objetos. Más hermosos que los que mostraba de día a los suboficiales.

Un escarabeo real de lapislázuli, raro y pesado. Una copa de alabastro translúcido. Una estatuilla de Ptah en fayenza azul de diez centímetros. Un amuleto de oro macizo que representaba a Bastet sentada.

Los oficiales examinaron las piezas. El coronel regateó. Hassan cedió en el precio con una facilidad que demostraba que había incluido el margen desde el principio. Las cuatro piezas cambiaron de manos. Hassan guardó el dinero sin contarlo.

Jomard volvió al campamento sin haber sido visto. Por la mañana, interrogó a Hassan directamente, sin rodeos.

—Lo vi —dijo Jomard—. El mercado nocturno con los oficiales. Hassan asintió sin turbarse.

—¿De dónde proceden esas piezas?

—De un hombre de Gurna que cruzó el Nilo durante la noche. Conoce tumbas que los franceses aún no han visitado. Vende lo que encuentra desde hace años.

—¿Y la comisión que usted cobra?

—El diez por ciento sobre el precio de venta. Los oficiales pagan más que los soldados. Los oficiales del estado mayor pagan más que los oficiales de línea. Es lógico.

—¿Y sobre lo que vende a los sabios durante el día?

—El quince por ciento. El volumen compensa el precio. Facilito transacciones entre gente que quiere vender y gente que quiere comprar. El saqueo empezó antes que yo y continuará después de mí. Yo no excavo las tumbas. No rompo los muros. Traduzco precios.

Hassan se alejó. Había dicho lo que tenía que decir. La verdad era sencilla: era de El Cairo, hijo de un copista del tribunal religioso, letrado en árabe y lo bastante en francés para trabajar para aquellos hombres. Había aceptado ese trabajo porque pagaba bien y porque los franceses nunca duraban. Los ejércitos pasaban. Los templos permanecían.

Lo que Hassan no le había dicho a Jomard era que había entrado en la gran sala del templo de Karnak dos días antes, solo, al amanecer, antes de que los sabios se levantaran.

Nunca había visto Karnak antes de aquella expedición. Sus antepasados no habían construido todo aquello. No tenía más clave para esos jeroglíficos que Denon. Pero nadie le pedía que los descifrara. Le pedían que tradujera los precios.

III - El Valle de los Reyes

El 30 de enero, Jomard fue el primero en cruzar el Nilo hacia la orilla occidental. Había pedido partir antes del alba, para disponer del lugar a solas antes de que el ejército se pusiera en movimiento.

La necrópolis tebana se extendía varios kilómetros por el desierto montañoso. Jomard la conocía por los relatos de Pococke y de Norden, pero esas narraciones no habían preparado su ojo de cartógrafo para la realidad del terreno: un valle calcáreo excavado en el acantilado, a cinco kilómetros del río, en el que cada abertura en la roca marcaba la entrada de una tumba. Decenas de aberturas visibles. Sin duda otras más, bajo la arena.

Trepó a una cornisa rocosa que dominaba la entrada del valle. Desde aquella posición lo veía todo: las aberturas de las tumbas en el acantilado, los caminos de los canteros, las huellas de la antigua explotación humana de aquella roca. Los faraones habían renunciado a las pirámides por tumbas excavadas allí, supuestamente más discretas. Los saqueadores las habían encontrado de todos modos. Casi todas habían sido vaciadas en la Antigüedad. Jomard medía lo que nadie había podido robar.

Practicaba lo que él llamaba la «triangulación de campo».

Desde un punto central, apuntar sucesivamente con el teodolito a todos los puntos de referencia identificables, anotar los ángulos, calcular las distancias a partir de la base medida sobre el terreno. Aquella mañana trabajó desde el alba sin interrupción. Un

soldado se reunió con él hacia las siete y le trajo la ración. Jomard se lo agradeció. Jollois trabajaba de otra manera. Allí donde Jomard buscaba los ángulos y las distancias, Jollois buscaba las relaciones. Lo que una dimensión decía de la otra, lo que una proporción revelaba de la intención. Sus cuadernos no tenían las columnas de cifras de Jomard. Tenían croquis anotados, proporciones expresadas en fracciones, comparaciones entre yacimientos. Dos ingenieros formados en la misma escuela, que miraban las mismas piedras con ojos distintos.

Lo que Jomard no veía desde su cornisa era lo que hacían los guías de Gurna tras conducirlos a las tumbas.

Los fellahs de Gurna conocían cada entrada del Valle de los Reyes desde hacía generaciones. Su pueblo estaba construido sobre las propias tumbas. Las casas descansaban sobre hipogeos, los niños crecían sobre los difuntos de las dinastías. Habían explotado discretamente las tumbas durante siglos, vendiendo a los comerciantes de El Cairo, a los escasos viajeros europeos que osaban aventurarse hasta allí. El comercio era modesto, continuo, equilibrado por el riesgo de llamar la atención de las autoridades otomanas.

La llegada de los franceses alteró ese equilibrio.

Los sabios querían verlo todo, de inmediato. Pedían guías para tumbas que nunca habrían encontrado solos. Al guiar a Denon y a Jollois, los hombres de Gurna revelaban entradas que habían evitado mostrar a las autoridades. Tras el paso de los franceses, las tumbas quedaban «descubiertas», conocidas, cartografiadas. La discreción que los saqueadores habían mantenido durante siglos desaparecía en pocos días.

—Estamos creando nuestro propio mercado —dijo Jollois—. Al venir aquí con un ejército y unos cuadernos, aceleramos considerablemente el saqueo que encontramos al llegar.

—No somos nosotros quienes saqueamos —dijo Denon.

—No. No somos nosotros. Pero somos nosotros quienes creamos las condiciones para que se haga diez veces más deprisa.

Denon y Jollois descendieron a las tumbas con los guías. El corredor bajaba en pendiente pronunciada, tan estrecho que en algunos tramos había que arrastrarse, con los codos en el polvo calcáreo. La antorcha proyectaba sombras móviles sobre la roca tallada. El aire se volvía más frío, luego más pesado, luego inmóvil. Un aire que no se había movido en siglos y que parecía resistirse a que entraran. Desembocaron en una antecámara de muros cubiertos de pinturas de una frescura asombrosa.

Jollois adivinaba las escenas que más tarde se llamarían el Libro del Amduat y el Libro de las Puertas. Había leído a Kircher antes de la partida. Cada hora de la noche correspondía a una prueba, cada prueba a un dios guardián. Dibujaba sin comprender. Anotaba las correspondencias al margen de sus mediciones.

—Estas pinturas son magníficas y no las entiendo —dijo Jollois mientras dejaba su lámpara—. Anubis con cabeza de chacal, eso lo reconozco. Isis con las alas desplegadas. Pero el resto —esos gestos rituales, esos símbolos— es una enciclopedia de la que no tenemos la clave.

Visitaron siete tumbas en dos días. La más impresionante era la de Ramsés III, que Bruce había visitado treinta años antes: largos corredores que descendían profundamente bajo tierra. Cada sala correspondía a una hora del viaje nocturno del sol por el más allá. El arquitecto había concebido el espacio como un calendario funerario.

Las pinturas de aquella tumba detuvieron en seco a Denon. Había visto los frescos de la Sixtina, los Rafael de Italia. Aquellas pinturas no eran inferiores. Eran distintas. Una elegancia lineal, una seguridad en el trazo, una paleta de seis colores que producía la impresión de todo.

—Estas pinturas igualan o superan los más bellos frescos que hayamos visto en Europa —dijo Jollois—. Y el trazo es más seguro que gran parte de lo que se cuelga en París.

La cámara funeraria contenía todavía el sarcófago de granito rojo, esculpido con escenas religiosas. Demasiado pesado para los saqueadores antiguos.

—La precisión de los jeroglíficos —dijo Denon sin apartar los ojos del sarcófago—. Cada signo tallado como por un joyero. Sabían que sería el último objeto que vería el muerto antes de la eternidad.

—Estos egipcios tenían una concepción de la muerte de verdadera complejidad. La muerte no era un final sino un viaje, una sucesión de pruebas. Es una teología tan elaborada como cualquier teología europea.

—Lo que ahora no comprendemos —respondió Jollois—, otros lo comprenderán más tarde. Nuestras copias serán entonces documentos valiosos para verificar los desciframientos.

En la tercera tumba de la jornada —una cámara modesta, probablemente la de un funcionario de rango intermedio—, Denon encontró en el suelo un rollo de papiro parcialmente desenrollado. Los saqueadores lo habían dejado: ni oro ni valor comercial inmediato. Lo recogió con precaución. El papiro estaba seco, quebradizo en los bordes, pero el corazón del rollo había resistido. Lo desplegó sobre la rodilla.

El documento medía cuarenta centímetros de alto por más de dos metros de largo. Estaba cubierto de columnas de jeroglíficos en negro, con viñetas ilustradas en tinta roja y ocre: una balanza en uno de cuyos platillos había una pluma y en el otro un corazón humano; un hombre arrodillado ante cuarenta y dos jueces; Anubis, con cabeza de chacal, sosteniendo un cetro uas. Era lo que más tarde se llamaría el capítulo ciento veinticinco del Libro de los Muertos. La psicostasia, el juicio del alma.

Ninguno de los dos sabía leer aquel texto. Denon reconoció, sin embargo, las viñetas. Había visto escenas similares en otras tumbas. Enrolló el papiro con cuidado y lo envolvió en el lino de su pañuelo. En París, Marcel lo estudiaría. Aquel papiro no se había hecho para eso. Pero era lo que le ocurría.

En la cuarta tumba de la jornada, Denon encontró un segundo papiro. Este era más grande que el primero. Se inclinó para cogerlo.

El soldado de la escolta había llegado antes que él. No del todo antes. Habían visto el papiro al mismo tiempo. Pero el soldado había dado un paso mientras Denon aún calculaba. El soldado ya tenía la mano encima. Se miraron un segundo. Entonces Denon tomó el papiro de las manos del soldado. No bruscamente. Pero tampoco sin vacilar. Dijo: «Comisión de Artes». El soldado lo soltó. No tenía en realidad ningún argumento que oponer.

La Comisión de Artes era una autoridad legítima. Él tenía derecho a requisar documentos científicos. Era distinto de lo que el soldado estaba a punto de hacer.

El soldado había abandonado la cámara. Denon se quedó solo con su antorcha y el nicho vacío. Lo que había hecho era legal. Lo que había hecho era rápido, decidido, sin consulta previa. Lo que había hecho era el mismo gesto que el del soldado. La mano tendida hacia un objeto que no le pertenecía, cálculo instantáneo del valor, apropiación. La única diferencia era el nombre que se daba a ese gesto según quién lo hiciera. Denon sabía lo que acababa de hacer; no el gesto, que llevaba ya varios segundos consumado, sino lo que el gesto significaba: reivindicar una autoridad que le permitía tomar antes que el soldado. Y el resultado era el mismo. Salió de la cámara sin volverse. Anotó en su diario personal, en una sola línea: «Cogido el papiro antes que el soldado».

El soldado, por su parte, no se marchó con las manos vacías. Volvió a la cámara y recogió lo que Denon había dejado: tres amuletos de fayenza rotos en el suelo, un fragmento de cartonaje dorado, una esquirra de caliza pintada con un ojo udjat legible.

Objetos de segunda categoría que Denon no había juzgado dignos de su zurrón. El soldado los consideró dignos para sí. Ambos habían hecho una selección. Solo diferían los criterios.

Al mediodía, Jomard bajó de su cornisa y se reunió con Denon.

—Su tumba se halla a ciento treinta y dos metros al este del punto que he medido como cima del acantilado.

—¿Y eso sirve de algo? —preguntó Denon, que se limpiaba las manos cubiertas de polvo calcáreo.

—Cuando alguien quiera excavar este valle de forma sistemática, mi mapa le dirá por dónde empezar. Por ahora nadie sabe cuántas tumbas permanecen aún ocultas bajo la arena. Mis mediciones le dirán dónde cavar.

Miró las columnas de cifras del cuaderno de Jomard sin comprender los cálculos.

—Usted ya piensa en quienes vendrán después de nosotros.

—Pienso en ellos desde el principio. No podemos hacerlo todo. Pero podemos procurar que quienes vengan después retomen la tarea donde nosotros la dejemos.

De vuelta en el campamento, Jomard reflexionó sobre lo que dos días en el Valle de los Reyes le habían enseñado. No sobre las tumbas. Sobre el saqueo.

Desde su llegada al valle había visto actuar al mismo tiempo cuatro lógicas distintas: los guías de Gurna, que explotaban las tumbas reveladas por los sabios y aceleraban un comercio antiguo por efecto de la nueva demanda; los soldados, que recogían lo que podían cargar, sin organización, sin criterio; los oficiales, que compraban con discreción y dinero limpio; los comisarios, que requisaban con autoridad, método y documentación. Y él mismo, con sus mediciones. Y Denon, con sus cuadernos y sus zurrónes.

Los cuatro tipos producían el mismo resultado: objetos que habían estado en Egipto ya no estaban allí. Lo que le turbaba no era la cantidad. Era la ausencia de una línea divisoria nítida entre lo

legítimo y lo que no lo era. La Comisión tenía una autoridad oficial para recoger especímenes científicos. Pero esa autoridad carecía de una definición precisa. No decía: pueden llevarse esto pero no aquello. Decía simplemente: están aquí por la ciencia. La ciencia decidía.

Escribió en su diario: «La distinción entre colección y saqueo es una distinción de destino, no de acto. Nosotros recogemos para París. Ellos saquean para sí mismos. El Valle de los Reyes no hace la diferencia». Dejó el diario. No era una conclusión que quisiera compartir.

En la llanura, al pie del acantilado, Desaix se detuvo ante el coloso derribado de Ramsés II. El rostro sereno miraba al cielo. El pecho llevaba inscripciones que proclamaban sus títulos. Dueño del universo, Señor de las Dos Tierras.

—Este Ramsés mandaba sobre decenas de miles de hombres —dijo Desaix, mirando el coloso abatido—. Erigía monumentos para la eternidad. Y ahora ahí lo tienen, en la arena, con la nariz rota.

Jollois dejó en el suelo su cadena de agrimensor y examinó la estatua con ojo de ingeniero.

—El granito viene de Asuán, doscientos kilómetros al sur. Extrajeron el bloque en bruto, lo hicieron flotar hasta Tebas con la crecida y después lo esculpieron aquí. La montaña vino al templo, no al revés.

Antes del alba del día siguiente, Jomard y Denon esperaron ante los colosos de Memnón a que saliera el sol. Los primeros rayos tocaron la piedra. No ocurrió nada. El coloso llevaba casi dieciséis siglos sin cantar. Se miraron.

—Ya no canta —añadió Jomard—. Dicen que enmudeció cuando un emperador romano lo mandó reparar. Sin duda la piedra, al dilatarse con el calor repentino de la mañana, hacía vibrar sus fisuras. Un fenómeno puramente físico.

—Claro. Pero imagine lo que sentían los peregrinos antiguos al oírlo sin su explicación térmica. Para ellos, la estatua hablaba de verdad. Esa creencia tenía una fuerza religiosa que su explicación, por acertada que sea, no puede sustituir.

Desaix pasó a ver los colosos a primera hora de la mañana, alzó los ojos hacia los rostros impasibles y se marchó.

—Impresionante. Pero los mamelucos nos preocupan más por el momento. Reanuden la marcha cuando hayan terminado.

Jomard se había quedado ante los colosos de Memnón tras la partida de Desaix. Contemplaba los dieciocho metros de cuarcita sentada en la llanura, sin templo alrededor, sin contexto arquitectónico visible. Eso era lo que los soldados y los mercaderes de Gurna no podían llevarse. Un coloso de dieciocho metros erigido en la llanura tebana, visible a cinco kilómetros, en medio de la nada. Era un hecho espacial que nadie podía desplazar. La estatua solo tenía sentido allí, en aquel paisaje concreto.

Los objetos portátiles rompían ese vínculo desde el instante en que se los cogía. Un *ushebt* de fayenza en una tumba del Valle de los Reyes estaba en su lugar. Se había fabricado para estar allí, para acompañar a aquel muerto concreto en aquel viaje concreto.

Después guardó su cuaderno, recogió sus instrumentos y volvió a bajar hacia el campamento. Los colosos se quedaban a su espalda, inmutables, en su llanura. Esa era su ventaja sobre todos los objetos que se llevaban. No podían partir. Y al no poder partir, seguían siendo lo que siempre habían sido.

IV - Asuán

El 2 de febrero, Desaix ordenó reanudar la marcha. Tebas quedaba a sus espaldas, con los pilonos visibles todavía una hora después de la partida.

La columna remontó hacia Asuán, doscientos kilómetros al sur. El paisaje se estrechaba: la franja verde a lo largo del Nilo, luego el desierto inmediato, las colinas rocosas cada vez más próximas

al río. Las aldeas de fellahs se espaciaban cada vez más. El valle se angostaba.

A medida que se avanzaba hacia el sur, la población cambiaba. Los nubios, de piel más oscura, sustituían poco a poco a los fellahs árabes. Los cultivos también. El dura, sorgo africano, desplazaba al trigo. Las casas se volvían más bajas, construidas con adobe, con las fachadas sin ventanas. El ejército francés atravesaba una región a la que ningún europeo llegaba desde hacía mucho tiempo.

Los habitantes de las aldeas veían pasar la columna desde las azoteas. No huían. Observaban. Jollois anotó esa diferencia en su cuaderno. Desde hacía siglos, los fellahs del Alto Egipto habían aprendido a esperar a que los ejércitos pasaran. Sabían lo que costaba la resistencia y lo que valía la cooperación. No ofrecían ni una ni otra. Esperaban.

La columna se llevaba objetos desde el principio. Jollois lo había comprendido poco a poco, observando las bestias de carga. A la salida de Tebas, las mulas transportaban las raciones, el material de campamento, los cofres de municiones. Unos días después, las mismas mulas llevaban cargas suplementarias. Sacos de lona, cajas de madera improvisadas atadas encima como sobrecarga. Los soldados las habían fabricado ellos mismos en los vivacs nocturnos.

Una tarde, Jollois se detuvo junto a una mula especialmente cargada. El saco de lona estaba mal cerrado. Asomaba una esquina de caliza esculpida, un fragmento de bajo relieve de unos sesenta centímetros por cuarenta, que representaba la parte inferior de una figura en procesión. El bajo de la túnica, los pies, el extremo de un cetro. Reconoció el estilo. Época ptolemaica, probablemente material reutilizado del propio yacimiento.

El soldado que guiaba la mula advirtió su mirada. Volvió a cerrar bien el saco sin decir palabra. Continuaron la marcha.

—Egipto se va hacia el norte a lomos de mula —dijo Jollois a Denon al volver del templo.

—Una parte de Egipto. La más ligera.

—Y la más portátil. Eso es lo que decide qué se va y qué se queda. No el valor. No la importancia histórica. El peso.

Jomard reflexionó un momento.

—Lo cual significa que la historia de Egipto que verá París será la historia de lo que pesaba menos de veinte kilos. Todo lo demás se quedará aquí.

Aquella noche, Jomard se sentó junto al Nilo y contempló el río. Midió maquinalmente a ojo la anchura del cauce: unos trescientos metros. Corriente moderada.

El Nilo iba hacia el norte. Y lo que ellos se llevaban, también. El ejército tenía sus vías de abastecimiento, sus convoyes fluviales, sus embarcaciones que descendían hacia El Cairo con los informes, la correspondencia, el material. En esos mismos barcos bajaban asimismo los objetos recogidos, las cajas oficiales de la Comisión, los bultos oficiosos de los oficiales, los sacos atados a las bestias de carga que seguían la orilla.

El Nilo era la vía de transporte desde hacía cuatro mil años. Los faraones habían hecho descender el granito de Asuán hacia Tebas por sus aguas. Los romanos habían hecho bajar los obeliscos hacia Alejandría, con la corriente. Ahora los franceses hacían bajar hacia El Cairo lo que los siglos habían dejado en el Alto Egipto. Ya no sobre el agua, sino sobre el espinazo de las bestias. El río no distinguía las mercancías. Llevaba lo que se le confiaba.

Jomard pensó en los números. El ejército se había detenido en una docena de lugares desde su salida de El Cairo. Cada alto producía su contingente de objetos. Todo lo que podía transportarse se deslizaba hacia el norte, atraído por el mercado parisino, las colecciones privadas, el Louvre. No había un responsable único. Había una pendiente, y los objetos seguían la pendiente.

El 12 de febrero, alto en Kom Ombo.

Jollois distinguió el templo antes de apearse del caballo. Estaba casi sepultado bajo la arena.

Jollois pasó los dos días de alto con su cadena de agrimensor en las partes despejadas del templo. Los bajorrelieves tenían una gran nitidez. El arte egipcio había conservado su lenguaje visual más tiempo que cualquier escuela europea.

—Estos instrumentos en el muro —dijo Jollois, deteniéndose ante un registro en una sala interior—. Escalpelos, pinzas, sondas. Los médicos egipcios practicaban la cirugía. Ningún autor antiguo lo había mencionado con tanta precisión.

Denon copiaba los instrumentos uno a uno en su cuaderno, anotando dimensiones y función probable.

El cirujano militar del batallón, un tal Bruyant, antiguo alumno de la Escuela de Cirugía de París, vino a ver las copias de Denon. Examinó los dibujos en silencio durante largo rato.

—Este escalpelo curvo —dijo por fin, señalando un instrumento del muro—. Lo utilizamos para las incisiones abdominales profundas. La curvatura permite deslizarlo bajo los órganos sin perforarlos. Creía que era un invento reciente, de los últimos diez años.

—Estas sondas con oliva —dijo Denon, mostrando otro instrumento—. ¿Las reconoce?

—Para el cateterismo uretral. Misma forma, mismo tamaño. El metal es distinto, bronce en lugar de acero, pero el instrumento es idéntico. Alguien resolvió aquí el mismo problema anatómico, por separado, con dos mil años de diferencia.

Permaneció otra hora ante los dibujos, identificando los instrumentos uno por uno y explicando su uso. Denon anotaba las explicaciones al margen de sus bocetos. Esa doble lectura, el dibujo del artista y el comentario del cirujano, producía algo que ninguno de los dos habría podido lograr solo: la comprensión de un objeto a través del conocimiento de su función.

—Debería venir mañana por la mañana —dijo Denon—. Hay más registros médicos en las salas del fondo.

A la mañana siguiente, Bruyant y Denon recorrieron juntos las salas interiores del templo, el cirujano identificando los instrumentos y dictando sus usos mientras Denon dibujaba y copiaba. Aquel trabajo de dos días produciría una de las láminas más citadas de *la Description*: el catálogo de los instrumentos médicos del templo de Kom Ombo, con anotaciones funcionales de un profesional contemporáneo.

Mientras tanto, Jollois medía el templo y reflexionaba sobre lo que significaba su supervivencia. La respuesta era sencilla: la arena lo había protegido. Lo que lo había enterrado lo había salvaguardado. Se lo comentó a Desaix durante una pausa.

—Si de verdad queremos preservar este templo —dijo Jollois—, habría que dejarlo como está. No despejar nada. No tocar nada. La arena lo protege mejor de lo que nosotros lo haríamos.

—¿Me aconseja que no haga nada? —dijo Desaix con un asomo de diversión.

—Le aconsejo que considere que nuestra presencia aquí no es necesariamente beneficiosa para lo que hemos venido a estudiar. Desaix no respondió. Tenía un ejército que alimentar y una guerra que terminar. Las consideraciones arqueológicas de Jollois no tenían ningún peso en sus decisiones.

Jollois observó lo que salía del templo: soldados que emergían de las salas interiores con los sacos más pesados, oficiales que compraban piezas al mercader de Esna venido expresamente, el propio Denon adquiriendo dos piezas tras una negociación llevada a cabo por Hassan.

Lo que veía aquí había ocurrido en Dendera, en Tebas, y volvería a ocurrir en Asuán. La estructura era siempre la misma: soldados que se apropian directamente, mercaderes locales que abastecen, intermediarios que facilitan, sabios que compran con una autoridad legítima.

Aquel templo estaba dedicado a dos dioses, Sobek y Haroeris, con una simetría rigurosa: dos entradas, dos salas hipóstilas, dos santuarios. Jollois anotó que los dos ejes estaban ligeramente desplazados. La arquitectura había resuelto el problema de dos dioses iguales sin jerarquía visible.

—Estas escenas no son tan distintas de las que vemos en los arcos de triunfo romanos —dijo Denon a Jomard, señalando los registros de prisioneros arrodillados ante el faraón victorioso—. Todas las civilizaciones representan sus victorias militares de la misma manera.

—Quizá porque es la forma más inmediatamente legible de comunicar la relación de fuerzas. El arte regio siempre ha estado al servicio de la propaganda política.

El último día en Kom Ombo, Denon vio a dos suboficiales forzar a mazazos un bajorrelieve de la pared interior del santuario. La losa representaba instrumentos quirúrgicos semejantes a los que Bruyant había identificado. Un hombre podía cargar con ella.

—Deténganse —dijo Denon.

—Tenemos autorización. El capitán Lachèze dijo que se podía.

Denon fue a buscar a Desaix. Desaix hizo llamar al capitán Lachèze. Este no lo negó. Había visto a otros oficiales hacer lo mismo en Tebas, en Dendera. No sabía que estuviera prohibido.

—Estos monumentos pertenecen a la Comisión. No tocarán nada sin mi orden por escrito.

Lachèze se retiró. La losa estaba fracturada en la base. Los mazazos ya habían hecho su trabajo. No había modo de volver a colocarla en su sitio. Denon la tomó con ambas manos y la dejó en el suelo, plana. No era mejor. Pero era menos grave que dejarla caer.

Fue a ver a Desaix por la noche.

—¿Ocurre a menudo?

—Más a menudo de lo que sé. Un soldado que lleva dos meses marchando, que ve piedras cubiertas de signos incomprensibles, coge lo que puede levantar. Es humano. No puedo vigilar cada templo.

—Y la diferencia entre lo que usted no puede vigilar y lo que la Comisión recoge oficialmente, ¿cómo la formula?

—Ustedes tienen formularios. Sus comisarios tienen mandatos. Los soldados tienen sacos. No es lo mismo.

Miró a Denon.

—Sé que es insuficiente. Usted también lo sabe. Pero es lo que tengo que ofrecerle como distinción.

Reanudó la marcha y luego se detuvo una última vez.

—Ese templo de allá. Una noche entré, solo. Estuve mirando esas columnas en la oscuridad durante veinte minutos. No sé qué comprendí. Pero no lo olvidaré. Buenas noches.

A la mañana siguiente, Denon volvió a ver la losa fracturada. Había desaparecido durante la noche. Alguien —no Lachèze: el oficial sancionado estaba vigilado— se la había llevado de todos modos. Presentó una declaración escrita ante Desaix. Desaix la archivó sin más trámite. No había testigo, ni nombre, ni prueba. La losa iba en el equipaje de alguien entre Kom Ombo y Asuán.

Al día siguiente, a una hora de marcha de Kom Ombo, Jollois desvió su caballo hacia una pequeña capilla de arenisca visible a cincuenta metros del camino. Había quedado parcialmente despejada de arena al paso de los batallones de cabeza.

Los muros seguían en pie. El techo de madera se había hundido. En el interior, las pinturas murales eran visibles en tres caras. Procesiones, divinidades en barca, inscripciones jeroglíficas que corrían en dos registros. Unos nichos habían albergado estatuillas. Estaban vacíos. En el suelo había esquirlas de fayenza, fragmentos de lo que habían sido figurillas, rotas al arrancarlas de sus pedestales.

Soldados del batallón de cola habían pasado al amanecer. Jollois lo dedujo por las huellas: pisadas recientes de botas en la arena, mortero todavía blanco en el borde de los nichos vaciados. Trabajo rápido, sin vacilaciones. Aquellos hombres sabían lo que buscaban.

Empezó a describir en su cuaderno las pinturas murales. Las únicas que seguían intactas, demasiado altas para alcanzarlas con facilidad. Entonces algo atrajo su atención. En el registro superior, a la derecha del tercer panel, una inscripción en demótico se extendía a lo largo de cuatro líneas. La copió signo por signo, con una precisión maniática, en tres cuartos de hora de trabajo bajo el calor de la mañana.

Sería la única copia existente. La capilla se derrumbaría en los años siguientes. Su copia permanecería en los archivos, a la espera de un lector.

Jollois volvió a unirse a la columna.

La progresión hacia Asuán, después de Kom Ombo, dejó poco tiempo para las paradas. Jollois dibujaba a caballo lo que podía, esbozando las siluetas de templos entrevistos desde el camino. Aquellos croquis rápidos tenían una viveza que los levantamientos no siempre lograban. La luz de un momento preciso, la relación entre un monumento y su entorno inmediato.

—Dibuja usted como un soldado que marcha —dijo un joven oficial que observaba trabajar a Jollois—. Sin detenerse.

—Egipto no espera. Hay que captarlo en movimiento.

El 16 de febrero, la expedición llegó a Asuán. La primera catarata hacía imposible la navegación hacia el sur. Era la frontera natural de Egipto desde la Antigüedad. Desaix estableció su campamento y dejó que los sabios exploraran.

—Concédame unos días para Filé. Norden la visitó en 1737. Dibujos inexactos. Nosotros podemos hacerlo mejor.

En Asuán, antes de la partida hacia Filé, el mercado de antigüedades fue el más activo que Jollois había observado desde el

comienzo de la campaña. La noticia de que el ejército regresaba hacia el norte se había extendido por las aldeas de la región. Los vendedores llegaban de lejos. Se instalaban en los alrededores del campamento desde el alba, con sus sacos y sus cofrecillos. Ya no era el mercado discreto de un solo intermediario: era un comercio animado, con precios que variaban según el comprador y el vendedor.

Jollois observó las transacciones durante una hora. Vio pasar de mano en mano *ushebtis* de madera pintada, figurillas de fayenza que representaban a Horus, Isis, Anubis, escarabeos de todos los tamaños, amuletos de piedra, un fragmento de cartonaje dorado que procedía probablemente de un ataúd, dos estatuillas de bronce con pátina antigua, varios vasos de alabastro calizo, uno de los cuales conservaba aún su tapa.

Los precios eran elevados. Más elevados que en Dendera o en Tebas. Los vendedores sabían que era la última ocasión. Tras la marcha de los franceses, habría que esperar al siguiente paso. Incorporaban esa escasez a sus precios.

El mercado antiguo se regía por las mismas reglas que cualquier otro mercado: la oferta, la demanda y la conciencia que ambas partes tenían de hallarse ante la última ocasión. Los vendedores querían vender. Los compradores querían comprar. Tres mil años de historia pasaban de una mano a otra entre el ruido de las piastras contadas.

V - Filé

El 17 de febrero, Denon y Jollois embarcaron en una faluca rumbo a Filé. La navegación a través de la catarata era peligrosa. Rocas a flor de agua, remolinos. Los marineros nubios conocían cada paso. La isla emergió de las aguas tumultuosas. Cuatrocientos metros por ciento cincuenta, ocupada casi por completo por los templos ptolemaicos.

—Dios mío —murmuró Denon.

—Estos bajo-relieves constituyen una enciclopedia visual del ritual egipcio —dijo Jollois, al terminar sus mediciones de una sala lateral—. Si se descifran los textos que los acompañan, se conocerá el significado de cada gesto, de cada ofrenda.

—Este quiosco es femenino —dijo Denon, señalando el pequeño pabellón de columnas en el extremo de la isla—. Los grandes templos abruman. Este convence.

El quiosco de Trajano, llamado así porque sus bajo-relieves representaban a este emperador romano como faraón, era la estructura más ligera de la isla. Catorce columnas de capiteles florales que sostenían un entablamento de arenisca fina. Las decoraciones interiores representaban a los emperadores romanos de los primeros siglos cumpliendo los ritos faraónicos tradicionales, como si las formas hubieran sobrevivido a todos los que las habían adoptado. Los bloques eran de tamaño modesto, transportables por unos pocos hombres. Los bajo-relieves, excepcionales.

Denon permaneció largo rato ante el quiosco, dando vueltas a algo que aún no había formulado con claridad. Podría mandar desmontar unos cuantos bloques decorados. La escolta estaba allí, los soldados podían cargarlos, Hassan podía negociar con los marineros el transporte hasta Asuán. Sería legal. Tenía sus formularios de la Comisión. Sería factible. Los bloques no pesaban más de unos cientos de kilos cada uno.

Decidió no hacerlo.

No por principio moral. Ya no se concedía esa virtud después de lo que había tomado desde Dendera. Sino porque no quería que Filé se pareciera a los demás yacimientos la próxima vez que pasara por allí. Porque algo en aquella ligereza arquitectónica, en aquella elegancia a escala humana, pedía permanecer entero. Porque si le arrebatában sus bloques, dejaría de ser lo que era, un pabellón, una conversación entre la columnata y el cielo, para convertirse en una ruina entre las ruinas.

Era la primera vez desde la partida de El Cairo que tomaba esa decisión de forma consciente, nombrando las razones, sopesándolas. Lo consignó en su diario aquella noche, precisamente porque la decisión le parecía inusual y merecía constar: «Filé. El quiosco. Decidido no llevármelo. No por escrúpulo. Por negarme a destruir lo que me conmueve».

Las rocas que rodeaban Filé llevaban inscripciones de peregrinos antiguos. Nombres, fechas, oraciones. Jollois copió varias, anotando su posición y estado de conservación. Denon copió las demás. Incluso las menos legibles. Incluso las medio borradas por el Nilo en crecida.

—Estos grafitos me conmueven más que los templos —confió Jollois a Denon—. Son peregrinos corrientes. Venían a rezar a Isis y grabaron su nombre. No para la posteridad. Solo para dejar una huella.

—Nuestros cuadernos son nuestros grafitos. Pasamos por aquí. Vimos esto. La diferencia es que nosotros pretendemos hacer ciencia.

—Y la hacemos, ¿no?

Reflexionó un momento.

—Sí. Y también dejamos huellas de otra naturaleza. En los nichos vacíos, en las cajas a lomos de mula. Esas huellas no las catalogamos en *la Description*.

El 25 de febrero, Denon abandonó Asuán acompañado de sesenta jinetes de escolta. Cerca de novecientos kilómetros de regreso a El Cairo, descendiendo el Nilo hacia el norte. Hassan viajaba con él como intérprete. Jollois y Devilliers partían el mismo día con otro destacamento.

El viaje de regreso duró diecisiete días. La columna descendía el río a razón de cincuenta kilómetros diarios, deteniéndose en las aldeas para aprovisionarse de agua y víveres. El tiempo era cálido, casi treinta grados a la sombra. La marcha se hacía del alba al

mediodía, y se reanudaba tras cuatro horas de parada al abrigo de las lonas.

Cerca de una aldea cuyo nombre nadie conocía, un soldado se desplomó durante la marcha. Un golpe de calor. Lo llevaron a la sombra de una palmera. El cirujano mayor le dio de beber y le mojó la cabeza con agua del Nilo. El hombre recobró el conocimiento al cabo de una hora, pero no podía caminar. Lo cargaron en una mula. Murió durante la noche. Lo enterraron al amanecer en la arena, a cien metros del vivac. Ni cruz ni lápida. El sargento anotó el nombre y la fecha en el registro de la compañía.

Entre Kom Ombo y Edfu, dos soldados se pelearon por una figurilla de fayenza comprada en el mercado. El primero sostenía que la había visto antes que el otro; el segundo la había pagado. Llegaron a las manos delante de la tienda del sargento mayor. Este salió, los separó, confiscó la figurilla y la guardó en su propio saco. Los dos hombres protestaron. El sargento dijo que el objeto pasaba a ser propiedad de la compañía y que el primero que volviera a hablar de él tendría diez días de faenas. El asunto quedó ahí.

Unos días después, la columna atravesó una aldea abandonada. Treinta casas de adobe, todas vacías. Ni rastro de combate. Los habitantes se habían marchado antes de la llegada del ejército. Un teniente mandó registrar las casas. Hallaron jarras enterradas en tres patios distintos. Grano, dátiles, aceite. Las jarras se añadieron a las requisas. En una cuarta casa encontraron un escondrijo bajo el suelo: seis escarabeos de fayenza, tres brazaletes de cobre, un espejo de bronce. El teniente entregó los escarabeos al capitán, se quedó con los brazaletes y dejó el espejo a los soldados que habían encontrado el escondrijo.

Al caer la tarde, cuando la columna se acercaba al desfiladero de El Kab, un jinete llegó al galope desde la vanguardia. Buscaba a Desaix. Lo condujeron a la cabeza de la columna. Habló deprisa. Desaix hizo una seña a los oficiales para que se acercaran.

—Hay un bloqueo en el camino. Fellahs armados. Una veintena de hombres. Cortan el paso a la altura del desfiladero.

—¿Piden algo?

—No hablan francés. El intérprete no ha podido acercarse. Han disparado al aire.

Desaix reflexionó unos segundos.

—¿Rodeamos por el este?

—Imposible. El terreno es intransitable. Habría que dar un rodeo de tres días.

—Bien. Forzamos el paso. La caballería delante, la infantería detrás. Denon, usted se queda en medio de la columna con las mulas.

La columna se puso de nuevo en marcha. Una hora más tarde llegaron al desfiladero. Los fellahs estaban allí, armados con palos, lanzas y unos pocos mosquetes viejos. Se habían apostado de lado a lado del camino, inmóviles.

Desaix hizo avanzar a la caballería al paso. Los fellahs no se movieron. A cincuenta metros, Desaix alzó la mano. La caballería se detuvo. Hizo una seña a Hassan para que se acercara.

—Diles que solo queremos pasar. No tocamos nada. No requisamos nada en su aldea.

Hassan avanzó a pie, solo, con las manos abiertas ante sí. Habló en árabe. Uno de los fellahs respondió. Hassan volvió.

—Dicen que el ejército se llevó todo su grano hace dos semanas. No les queda nada. Quieren que les devolvamos el grano o que paguemos.

—Hace dos semanas no nos llevamos nada. No fuimos nosotros.

—Dicen que eran soldados franceses. No distinguen entre destacamentos.

Desaix permaneció en silencio un momento. Luego sacó una bolsa de su silla de montar y se la lanzó a Hassan.

—Treinta y cinco piastras. Diles que es todo lo que tengo. Si quieren más, tendrán que dejarnos pasar de todos modos.

Hassan regresó junto a los fellahs con la bolsa. Habló con el mismo hombre. El hombre tomó la bolsa, la sopesó y deliberó con otros dos. Luego se apartaron del camino sin decir palabra. La columna pasó. Los fellahs miraron desfilar a los soldados en silencio. Cuando pasó la última carreta, los fellahs regresaron a su aldea.

En Tebas, la columna hizo alto durante dos días. Desaix quería que los hombres descansaran antes de la última etapa hacia El Cairo. El vivac se instaló a un kilómetro de Karnak. Los soldados dormían a la sombra del templo. Algunos subían a los tejados para ver el Nilo. Otros se quedaban bajo las tiendas, demasiado cansados para moverse.

La noche de la llegada estalló un incidente en el vivac. Un soldado de la segunda compañía había robado la ración de pan de otro durante el reparto. El robado se dio cuenta, alcanzó al ladrón y le rompió dos dientes de un puñetazo. El ladrón respondió y sacó el cuchillo. Cuatro soldados los separaron. Llegó el sargento y mandó ponerles grilletes a los dos hombres para pasar la noche. A la mañana siguiente los juzgó el capitán. El ladrón recibió veinte palos. El robado fue puesto en libertad sin sanción.

La noche siguiente, Desaix convocó a los oficiales en su tienda. Había recibido un correo de El Cairo. Las noticias no eran buenas. El ejército turco se concentraba en Siria. Bonaparte acababa de salir de El Cairo hacia Siria con el grueso del ejército. Desaix debía llevar su división de vuelta a El Cairo lo más deprisa posible.

—No habrá más paradas después de Tebas —dijo Desaix—. Marchamos hasta El Cairo. Diez días como máximo.

—¿Y Dendera? —preguntó un teniente—. Los sabios querían volver allí.

—No hay tiempo. Pasamos de largo sin detenernos.

Denon, que estaba presente, intervino.

—Necesito una parada en Abidos. Seis horas. Para el templo de Abidos.

—Imposible.

—Seis horas. Es todo lo que pido.

Desaix lo miró.

—Seis horas en Abidos. Ni una más. Si a mediodía no ha vuelto, partimos sin usted.

Cuando la columna llegó a Abidos, Denon se apeó del caballo y entró en el templo con Hassan y dos soldados de escolta. Fue directamente a la sala del fondo, medio cubierta de arena, al final del corredor principal. Hileras de cartuchos grabados cubrían el muro oeste. Decenas de nombres de reyes alineados en registros.

Permaneció de pie ante el muro durante dos horas, mirando las inscripciones que no podía leer. Hassan se había sentado en el suelo junto a la entrada. Los dos soldados esperaban fuera.

Un hombre entró en la sala. Un fellah de unos cuarenta años, turbante blanco, sandalias de cuero. Llevaba un bulto envuelto en un paño basto. Se acercó a Denon y desenvolvió el paño ante él. Un fragmento de caliza de cuarenta centímetros de lado que mostraba tres cartuchos completos.

El hombre señaló el fragmento. Cinco dedos levantados.

—Cinco piastras.

Miró el muro a su espalda. Un hueco reciente en la hilera decimoséptima, allí donde estaban esos tres cartuchos. Los bordes de la caliza eran blancos, recién cortados. El hombre había extraído la pieza durante la noche o de madrugada.

Denon sacó cinco piastras de su bolsa y se las dio. El fragmento fue a parar a su morral de cuero. El hombre tomó el dinero y se marchó sin decir palabra.

Se quedó dos horas más en la sala, de pie ante el muro. A las once y media, uno de los soldados entró corriendo.

—Señor, el general manda ensillar los caballos.

Salió del templo. La columna ya estaba en formación de marcha. Montó a caballo y alcanzó la cabecera de la columna al galope. Desaix lo vio pasar sin hacer comentario alguno. La columna se puso en camino.

El camino hacia El Cairo duraba aún ocho días. La columna se cruzó con tres destacamentos que subían hacia el sur. Circulaban noticias. Bonaparte había partido hacia Siria, el ejército turco avanzaba, los ingleses bloqueaban todos los puertos. Nadie sabía con exactitud qué estaba ocurriendo.

Cuando la columna llegó a El Cairo a mediados de marzo, los soldados fueron alojados en los cuarteles de la Ciudadela. Denon fue directamente a la dependencia norte del palacio de Hassan-Kashif, donde se hallaban los equipajes de la Comisión.

El almacén estaba cerrado. Esperó una hora a que llegara un intendente con la llave. Denon entró. Sus doce cajas estaban allí, alineadas contra el muro sur, etiquetadas de su puño y letra. Abrió la primera, comprobó rápidamente el contenido y la cerró. Todo estaba intacto. Salió del almacén y se dirigió al palacio.

El general Dugua, que mandaba El Cairo en ausencia de Bonaparte, lo recibió de inmediato. Estaba de pie junto a una mesa cubierta de mapas de Siria. Hizo una seña a Denon para que se sentara.

—¿Ha terminado su campaña en el Alto Egipto?

—Sí. De Dendera a Asuán. Todos los monumentos principales.

—¿Sirven los dibujos para *la Description*?

—Sí. Cincuenta y tres folios. Templos, tumbas, colosos, bajorrelieves.

—Bien. Escúcheme con atención. El general en jefe ha partido para detener al ejército turco antes de que llegue hasta aquí. Sus órdenes no cambian: usted se queda en El Cairo. Coordina el Instituto con Monge y Berthollet. Las exploraciones del Delta continúan. Las excavaciones de Saqqara continúan. *La Description* continúa. ¿Me comprende?

—Comprendo.

—Si los ingleses desembarcan durante su ausencia, hará evacuar las colecciones hacia el sur. Desaix sabrá dónde esconderlas. Lo perderá todo salvo eso. ¿Está claro?

—Está claro.

—Perfecto. Ahora retírese. Tengo trabajo.

Dugua volvió a sus mapas. Denon salió del despacho.

Bonaparte había salido de El Cairo un mes antes con trece mil hombres rumbo a Siria. Denon se quedó en El Cairo con Monge, Berthollet, Fourier y la treintena de sabios que no habían seguido al ejército.

Durante la ausencia de Bonaparte, Denon organizó el trabajo del Instituto. Monge supervisaba las exploraciones de la región menfita. Berthollet dirigía las excavaciones de Saqqara. Geoffroy Saint-Hilaire proseguía sus estudios zoológicos en el Delta. Fourier se ocupaba de la correspondencia con las secciones de provincias.

En mayo, Denon convocó una reunión. Todos los miembros presentes en El Cairo acudieron. Treinta sabios e ingenieros apretujados en la gran sala. Abrió la sesión a las diez.

—Señores, Bonaparte lleva un mes en Siria. No tenemos noticias precisas. Los ingleses siguen controlando el Mediterráneo. Propongo que preparemos un plan de transporte por si se presenta una ocasión.

Monge levantó la mano.

—Hay que esperar a que Bonaparte regrese. Él decidirá.

—¿Y si no regresa? —observó Fourier.

Nadie respondió. Al final Berthollet tomó la palabra.

—Denon tiene razón. Preparemos un plan. Así, el día en que tengamos un navío, estaremos listos.

La propuesta fue aprobada. La sesión se levantó a mediodía.

Bonaparte regresó en junio. Había partido con trece mil hombres. Traía de vuelta menos de diez mil. Los muertos, los enfermos, los apestados. La ofensiva había fracasado.

Pocos días después de su regreso, Bonaparte convocó a Denon al palacio. Había adelgazado. El uniforme le flotaba sobre los hombros. Hizo pasar a Denon a su despacho sin una palabra de saludo.

—¿Ha seguido trabajando el Instituto?

—Sí. Todo ha ido bien.

—Perfecto. Seguimos. Los ingleses continúan bloqueando la costa. No habrá transporte hasta que cambie la situación.

—Entendido.

Bonaparte hizo un gesto con la mano. La entrevista había terminado. Denon salió.

Las semanas siguientes fueron tranquilas. Las exploraciones continuaban. Las excavaciones también. *La Description* avanzaba despacio. El Cairo esperaba sin saber qué iba a ocurrir.

VI - La piedra de Rosetta

El 15 de julio de 1799, un teniente de ingenieros llamado Bouchard supervisaba unas obras de desmonte cerca de Rosetta. Su pico topó con algo.

Bouchard tenía veintiocho años y era antiguo alumno de la Escuela Politécnica. Comprendió de inmediato lo que acababa de encontrar. Una estela de granodiorita negra, de ciento doce centímetros de alto, con tres inscripciones paralelas. Hizo trasladar la piedra a su casa y envió sin demora un mensaje urgente al Instituto de Egipto, en El Cairo.

Su casa estaba apartada de las obras militares. Allí la piedra estaba a salvo.

Jean-Joseph Marcel y Rémi Raige fueron enviados a Rosetta. Marcel era orientalista, especializado en las lenguas semíticas.

Raige era helenista y leía con soltura el griego antiguo. Examinaron la piedra desde todos los ángulos el 24 de julio.

El texto griego, situado en la parte inferior de la estela, estaba relativamente bien conservado. Raige lo leyó en voz alta mientras Marcel tomaba notas.

—Este decreto honra al joven Ptolomeo V. Exenciones fiscales para los templos, donaciones al clero. Esas cosas que se graban en tres lenguas para asegurarse de que todo el mundo se entere.

Marcel humedeció una hoja de papel muy fino y la apretó con suavidad contra la superficie inscrita con una bola de algodón empapada en tinta diluida. El resultado: una huella exacta, en blanco sobre fondo negro, de cada signo. La operación requería varias horas para cubrir toda la superficie.

El informe de Marcel y Raige llegó al Instituto el 29 de julio. La confirmación de que se trataba, en efecto, del mismo texto en tres lenguas, una de ellas legible, provocó una emoción que Denon no había visto desde la llegada a Alejandría, un año antes. Si la piedra permitía descifrar los jeroglíficos, tres milenios de historia volvían a ser legibles. Las dinastías, las batallas, los dioses, los nombres. Todo lo que los viajeros llevaban dos siglos copiando sin comprender.

—Quizá estemos en los albores de una revolución científica —dijo Denon ante el Instituto, convocado de urgencia.

Monge propuso enviar una expedición a Rosetta.

—Moldes de yeso, calcos sobre papel. Antes de que alguien la dañe o la traslade.

Jomard estaba presente cuando Marcel y Raige realizaron los primeros calcos.

La piedra de Rosetta medía ciento doce centímetros de alto, setenta y seis de ancho y veintiocho de grosor. Peso estimado a partir del volumen y de la densidad conocida de la granodiorita: unos setecientos sesenta kilogramos. Tomó él mismo esas

medidas, no porque fueran a resultar útiles de inmediato, sino porque medir era su manera de entrar en contacto con el objeto. La estela estaba incompleta. Faltaba la parte superior, arrancada en una época indeterminada. Los jeroglíficos de la parte alta eran, pues, parciales. Se había perdido aproximadamente un tercio del texto egipcio. Esa laguna complicaría el trabajo del futuro descifrador. Pero la sección griega estaba casi intacta. Bastaba para trabajar.

—El griego, abajo, podemos leerlo de inmediato —dijo Marcel—. Es un decreto del Consejo de los sacerdotes de Menfis en el año noveno del reinado de Ptolomeo V Epífanes. Ciento noventa y seis antes de nuestra era.

—¿Y los jeroglíficos? —preguntó Jomard.

—Probablemente el mismo texto. Es lo que esperamos.

—Si es así —dijo Jomard—, podemos empezar a establecer correspondencias. Cada palabra griega tiene su equivalente jeroglífico. Comparando las longitudes de los grupos de signos, identificando las repeticiones...

—Es precisamente lo que vamos a hacer. Pero ese trabajo llevará años.

Jomard tomó un lápiz y, en su cuaderno, empezó a anotar la frecuencia de ciertos grupos de signos en la banda jeroglífica. Cada signo, localizado, contado, tabulado. La distribución no era aleatoria.

—Mire. Este grupo de signos, encerrado en un cartucho, aparece seis veces en la parte conservada de los jeroglíficos. La palabra Ptolomeo aparece once veces en el griego, y falta una parte del texto egipcio.

Marcel dejó de trabajar y miró.

—Es posible. Muy probable, incluso. Pero la correspondencia signo a signo no es necesariamente directa. La escritura jeroglífica no es, con toda probabilidad, alfabética.

—Sí. Pero es un punto de partida.

Aún no podía saber adónde conducía ese camino.

Jomard ayudó a Marcel a tender la última hoja de calco sobre la sección demótica. La noche estaba avanzada. La lámpara echaba humo. Fuera, el puerto de Rosetta dormía.

Jomard volvió a visitar la piedra tres veces durante la semana siguiente, en Rosetta.

La primera vez trajo su cinta de cuero y midió todo lo que podía medirse. La segunda trajo su cuaderno de frecuencias y contó los grupos de signos de la banda jeroglífica, construyendo una tabla de distribución. La tercera vez no trajo nada. Se sentó frente a la piedra en un taburete. La granodiorita era fría y mate. Sin brillo, sin color. Una losa gris, fea en el sentido corriente del término. Puso las manos planas sobre las rodillas y se obligó a no calcular. A mirar solamente. La superficie conservaba las huellas del cincel, visibles en algunas letras. Alguien había grabado aquello letra a letra, durante horas. Ese trabajo seguía allí. Perduraba. Como quien mira un mapa cuya lengua sigue sin entender, pero en el que ve trazados los caminos.

Lo que veía, sentado allí, era que aquella piedra era fundamentalmente distinta de todos los demás objetos que habían recogido o intentado recoger desde hacía más de un año. Los *ushebtis*, los escarabeos, los papiros, los fragmentos de bajorrelieves. Aquellos objetos tenían un valor que residía en su materialidad y en su origen. Se los llevaban porque eran bellos, raros, antiguos.

La piedra de Rosetta carecía de valor estético. Su valor residía por entero en lo que significaba: una correspondencia entre tres sistemas de escritura, uno de los cuales era legible y los otros dos seguían sin serlo. No era un objeto. Era un método. Y, como método, era reproducible. Un calco de la piedra de Rosetta equivalía científicamente a la piedra de Rosetta para cualquiera que trabajara en el desciframiento.

Era exactamente lo contrario de todos los demás objetos de la expedición. Un *ushebt* sacado de su tumba perdía su relación con el contexto. La piedra de Rosetta, sacada de un foso de fortificación, no perdía nada. Llevaba ya dos mil años fuera de contexto. Lo que contenía era independiente del lugar donde se encontrara.

—Sigue usted aquí —dijo Marcel al entrar—. Es la tercera vez esta semana.

—Reflexiono. Esta piedra es la excepción a todo lo que he observado desde hace un año. Los objetos que uno se lleva pierden algo. Este no puede perder nada. Porque no tiene nada que perder.

Marcel se sentó a su lado.

—Salvo que se la lleven los ingleses.

—Sí. Salvo eso. Pero si los ingleses se la llevan, los calcos permanecen. La información permanece. Es lo único de toda la expedición que no se puede robar de verdad.

Marcel había tomado una decisión sin informar a nadie.

Además de los calcos oficiales realizados en Rosetta, hizo treinta más, no para el Instituto, no para *la Description*, sino para distribuirlos. Envío cinco a corresponsales europeos: uno a Londres, dos a París, uno a Berlín, uno a Copenhague. Cinco científicos que estudiaban las lenguas antiguas y que quizá podrían reconocer algo.

Se guardó veinticinco en reserva. Si los ingleses se llevaban la piedra, si el desciframiento había de hacerse en Londres, esos calcos permitirían a los franceses trabajar en paralelo. La carrera quedaría igualada.

—Ha distribuido la llave antes de abrir la cerradura —dijo Denon cuando se enteró.

—He distribuido copias de la llave. La cerradura se queda aquí. Y si los ingleses se llevan la cerradura, aún tendremos nuestras copias.

El anuncio del descubrimiento provocó una reunión extraordinaria del Instituto el 2 de agosto. Acudieron todos los miembros presentes en El Cairo. Monge presidía. Denon presentó los calcos de Marcel y el informe técnico de Raige sobre el texto griego. La sala estaba llena. Una treintena de sabios, ingenieros, naturalistas. Algunos no habían asistido a una sesión desde hacía meses. La piedra de Rosetta los había hecho salir de sus laboratorios, de sus obras, de sus misiones en el Delta.

Berthollet tomó la palabra tras la presentación.

—Si esta piedra permite el desciframiento, tendremos acceso a tres mil años de archivos. Las listas reales, los relatos de batallas, los tratados religiosos. Todo lo grabado en todos los monumentos que llevamos más de un año dibujando se volverá legible.

Geoffroy Saint-Hilaire, que nunca intervenía en los debates filológicos, levantó la mano.

—¿Cuánto tiempo hará falta para descifrar?

Marcel respondió desde el fondo de la sala.

—Años. Quizá diez. Quizá veinte. La escritura jeroglífica no es alfabética. No es una simple sustitución letra por letra.

—Pero es factible —dijo Jomard—. Tenemos la correspondencia. Lo demás es trabajo.

Un ingeniero militar, Chabrol, pidió la palabra.

—Una cuestión práctica. Si los británicos desembarcan, esta piedra será su primer objetivo. Saben lo que vale. ¿Tenemos un plan?

La sala guardó silencio. Nadie había formulado aún la pregunta de forma tan directa.

Monge miró a Denon.

—Los calcos viajan —dijo Denon—. Marcel ya ha enviado cinco a Europa. Aquí tenemos veinticinco de reserva. Si los británicos se llevan la piedra, el desciframiento se hará en París a partir de las copias.

—¿Y si perdemos también los calcos?

—Entonces habremos perdido.

No era una respuesta satisfactoria. Pero era la única posible. No controlaban la situación militar. Solo controlaban sus propias decisiones científicas.

Monge redactó una resolución formal: la piedra de Rosetta sería trasladada a El Cairo lo antes posible, conservada en el Instituto bajo vigilancia permanente, reproducida mediante calcos tantas veces como fuera necesario y estudiada con prioridad por Marcel y Raige. La resolución fue aprobada por unanimidad.

Denon se quedó después de la sesión. Ayudaba a recoger las sillas cuando entró Fourier, con un fajo de papeles.

—¿Ha visto el último despacho de Bonaparte?

—No.

—No pinta bien. Bonaparte ha vuelto de Siria con un ejército exhausto. Kléber, en Alejandría, lleva semanas reclamando refuerzos. La respuesta tarda.

Dejó la silla que sostenía.

—Y nosotros descubrimos la clave de los jeroglíficos mientras el ejército regresa de una desastrosa campaña de Siria.

—Exactamente eso. Hacemos ciencia mientras la expedición se derrumba.

No lo dijo con amargura. Era una simple constatación. La expedición militar estaba fracasando. La expedición científica acababa de dar su golpe más espectacular. Las dos cosas ocurrían al mismo tiempo, en el mismo país, bajo el mismo mando.

Denon volvió a los calcos. Los extendió sobre la gran mesa del Instituto. Las tres bandas de escritura: jeroglíficos arriba, demótico en el centro, griego abajo. Siguió con el dedo la línea de los signos jeroglíficos. Pájaros, serpientes, ojos, manos. Formas que había copiado cien veces en Dendera, en Tebas, en Filé. Esos signos siempre habían sido mudos. Iban a hablar.

Pensó en Bonaparte. De vuelta de Siria desde junio, vencedor en Abukir el 25 de julio, preparando en secreto su partida hacia Francia, sin saber que sus ingenieros acababan de encontrar lo que nadie había encontrado en dos mil años.

El 5 de agosto, Jomard pasó el día entero con los calcos. Había traído sus cuadernos de levantamientos de Dendera y de Karnak. En cada página, copias de cartuchos que había dibujado durante los meses anteriores. Óvalos que contenían grupos de signos jeroglíficos. Siempre había supuesto que esos cartuchos contenían nombres. Era una hipótesis común entre los viajeros desde el siglo XVIII.

Ahora, con la piedra de Rosetta, podía ponerla a prueba.

El texto griego mencionaba once veces el nombre Ptolomeo. Jomard contó los cartuchos en la banda jeroglífica. Solo halló seis, pero la banda estaba mutilada. Anotó la correspondencia en su cuaderno: «Hipótesis: cartucho igual a nombre propio. Si se confirma, todos los cartuchos de los monumentos de Egipto contienen nombres de faraones o de divinidades».

Era un pequeño avance. Pero era un avance. Un año antes, los cartuchos eran formas misteriosas. Ahora tenían una función identificada.

Las exploraciones continuaban.

La piedra de Rosetta era un descubrimiento. No detenía todo lo demás.

El 10 de agosto, un oficial pasó por el Instituto para anunciar el balance oficial de la batalla de Abukir del 25 de julio. Bonaparte había aplastado el desembarco otomano en la playa de Abukir. Diez mil jenízaros muertos o ahogados, el resto capturado. Una victoria rotunda, tras el fracaso de la campaña de Siria. El ejército de Oriente conservaba Egipto. Pero todos sabían que la campaña de Siria había sido un desastre y que Abukir, por brillante que fuese, no cambiaba nada del aislamiento fundamental del ejército.

Denon supo la noticia por Kléber, que pasaba por El Cairo antes de incorporarse a su mando en Alejandría.

—¿Bonaparte regresa?

—Sí. En unas semanas. Quizá menos. No ha enviado un mensaje claro. Pero el ejército retrocede. Eso es seguro.

—¿Y después?

—Después, ya veremos. O consolida Egipto. O regresa a Francia. Kléber no dijo la tercera opción, pero era evidente: o bien seguía perdiendo hombres en campañas inútiles hasta que no quedara nada del ejército de Oriente.

Kléber miró los calcos extendidos sobre la mesa del Instituto.

—¿Esa es su piedra?

—Esa es.

—¿Y qué dice?

—Un decreto sobre los impuestos de los templos. Nada militar. Kléber sonrió.

—Han encontrado la clave del Egipto antiguo con un texto sobre impuestos. Me gusta.

Partió hacia Alejandría aquella misma noche. Denon no volvería a verlo jamás.

El 12 de agosto llegó un mensaje de Rosetta: la piedra estaba lista para el transporte. Bouchard había supervisado la construcción de un cajón reforzado. El convoy militar estaba organizado. Salida prevista el 14.

Denon escribió una nota a Bouchard: «Transporte por vía fluvial si es posible. Evitar las sacudidas del camino. Si es necesario el transporte terrestre, suspensión máxima. La piedra no debe agrietarse».

Bouchard respondió al día siguiente: «Vía fluvial imposible. Todas las barcas están requisadas para los heridos de Abukir.

Transporte terrestre con refuerzo de paja bajo el cajón. Tres días de camino. Llegada prevista el 17 de agosto».

La tarde del 17 de agosto, el convoy entró en el patio del Instituto. Quince soldados de escolta, tres carretas. La piedra iba en la segunda, envuelta en lona y sujeta con correas sobre un lecho de paja.

Denon, Marcel, Jomard y seis soldados la descendieron. Setecientos sesenta kilogramos. Hicieron falta palancas, cuerdas, una rampa improvisada. La operación duró una hora. Al final, la piedra reposaba sobre un pedestal de madera en la sala principal del Instituto, contra el muro este.

Marcel retiró la lona. Apareció la granodiorita negra, con sus tres bandas de escritura grabada.

—Ni una fisura —dijo Jomard mientras inspeccionaba la superficie.

La instalaron bajo una lámpara de aceite que ardía de forma permanente. Dos centinelas día y noche. Sin consigna escrita. Todos lo entendían: aquella piedra no debía desaparecer.

A la mañana siguiente, Denon volvió a ver la piedra. Estaba solo. El Instituto aún dormía. La lámpara proyectaba una luz amarilla sobre la granodiorita. Los jeroglíficos arrojaban pequeñas sombras en sus huecos.

Posó la mano sobre la superficie fría. Aquel gesto era inútil. Pero lo hizo de todos modos. Tocar la piedra era tocar el momento en que el Egipto antiguo volvía a ser accesible.

Un día alguien leería aquel texto como se lee el griego. Las dinastías saldrían del silencio. Los faraones recobrarían la voz.

Retiró la mano.

VII - Negociaciones, victoria y muerte de Kléber

La noche del 18 de agosto, Denon vio por casualidad a Bonaparte cruzar solo el patio del Instituto. Sin ayudante de campo, sin

escolta. Llevaba algo en la mano. Un libro, no mapas. Caminaba de prisa, como quien no quiere ser visto.

Denon lo observó desde el vano de una puerta. Había en aquella silueta apresurada algo que nunca le había visto: una prisa que parecía huida. No la huida ante un peligro, sino la huida ante una situación que se había quedado pequeña. Egipto le había servido de estuche. El estuche se había convertido en jaula.

Dobló la esquina del patio y desapareció.

Pensó en el libro que llevaba. Algo sobre Roma, sin duda, o sobre Alejandro. Quien parte se lleva siempre las mismas lecturas.

Una hora más tarde, un ayudante de campo fue a buscar a Denon. Bonaparte había examinado sus dibujos por la tarde y quería llevárselo. Denon enrolló sus dibujos en cuatro tubos de cobre, confió a Jomard las llaves de sus cajas y tomó asiento en la berlina junto a Monge y Berthollet. Aquella noche, algunos los vieron partir. Otros oyeron cómo los caballos se alejaban hacia el norte. A la mañana siguiente se confirmó la noticia. Bonaparte había partido hacia Francia. Había hecho llegar a Kléber una carta que le traspasaba el mando del ejército de Egipto. Monge, Berthollet y Denon se habían marchado con él. Se embarcarían en Alejandría en la noche del 22 al 23 de agosto en una de las dos fragatas, y Denon desembarcaría en Fréjus el 9 de octubre con sus dibujos. Casi nadie había sido advertido.

El primer pensamiento de Jomard aquella mañana no fue para Bonaparte ni para Francia. Fue para las cajas. Noventa y seis cajas almacenadas en las dependencias del palacio de Hassan-Kashif. Setenta y tres oficiales y veintitrés sin etiqueta en el ángulo noroeste, todavía allí, todavía sin nombre. Sin Bonaparte para ordenar un transporte militar, aquellas cajas quedaban a merced de cualquier negociación militar futura.

Recorrió las dependencias antes de que saliera el sol. Las cajas estaban allí, apiladas, clavadas, etiquetadas según su sistema. Una letra, un número, un contenido sumario.

Aquellos objetos procedían de todas partes: Saqqara, Karnak, Dendera, el Valle de los Reyes, el mercado de Menfis, las excavaciones de Tanis. Algunos habían sido extraídos conforme a procedimientos establecidos. Otros habían sido comprados en los mercados que seguían al ejército. Otros habían llegado por vías menos documentadas. Juntos representaban trece meses de saqueo organizado, de saqueo accidental, de saqueo tolerado y de recolección científica, categorías que nadie había llegado a separar nunca de manera formal.

Con Bonaparte ausente, las distinciones ya no se sostenían ni siquiera políticamente. Con él se había evaporado la justificación de un proyecto de Estado que hacía legítima la extracción. Lo que quedaba eran simplemente objetos, soldados, sabios. Y unos ingleses que tarde o temprano se acercarían.

Guardó el inventario y se sentó sobre una caja. A su alrededor, en la penumbra, las noventa y seis cajas. Todo aquello quería volver a Francia. Y por el momento, nada podía ir a ninguna parte.

Kléber mandaba ahora el ejército de Egipto. Bonaparte no había considerado oportuno hablar con él antes de partir.

Marcel se lo tomó con calma. Tenía sus improntas, y que Bonaparte estuviera o no allí no cambiaba nada. Jollois preguntó a Fourier si los trabajos de la Comisión continuaban. Fourier dijo que sí. Jollois volvió a sus cuadernos. Geoffroy Saint-Hilaire alzó los ojos de su disección cuando le anunciaron la noticia, asintió con la cabeza y reanudó su tarea. No era indiferencia. Era la concentración de quien considera que el objeto que tiene sobre la mesa prima sobre todo lo demás.

—Bonaparte nos ha utilizado —dijo Jollois—. Nuestros dibujos legitimaron su conquista. Ahora que tiene lo que quería, se marcha. Nosotros nos quedamos.

Fourier encontró a Jollois solo en su despacho del Instituto, tres días después del anuncio de la partida.

—¿Trabaja usted?

—No.

—Podría habernos avisado —dijo Jollois—. Tengo una familia en París. Les prometí unos meses. Ya van trece meses. Y él ha regresado.

Dejó la frase inacabada. No eran celos. Era algo más sencillo y más doloroso: había creído en algo, la ciencia al servicio de la República, la República al servicio de la ciencia. Bonaparte lo había utilizado como decorado. Ahora el decorado se había marchado.

La Comisión de Ciencias y Artes se reunió esa misma noche. Nadie la había convocado. Los sabios se habían encontrado en el Instituto por una suerte de instinto colectivo. Estaban allí Fourier, Marcel, Jomard, Jollois, Geoffroy Saint-Hilaire y una docena más. Conté había llegado el último.

La situación era sencilla de formular: ¿qué pasaba ahora? Bonaparte se había ido. Kléber mandaba.

Kléber no tenía con la Comisión la misma relación. Jomard le había pedido una audiencia dos días antes para tratar el estatuto de las colecciones. Kléber había dicho que estudiaría el asunto.

—Estudiar la cuestión significa que no piensa en ella —dijo Jomard.

—Kléber tiene un ejército que mantener, otomanos que vigilar e ingleses en el Mediterráneo —dijo Fourier—. Las colecciones no son su prioridad.

—Entonces deben ser la nuestra —respondió Jomard—. Si no decidimos su suerte, otro la decidirá.

Sobre la mesa estaba el inventario general de las noventa y seis cajas. Jomard lo había hecho circular. Cada uno lo leía en silencio. Los nombres de los templos, las categorías de objetos, las estimaciones de peso. Era la primera vez que la Comisión contemplaba en un solo documento el conjunto de lo que había reunido.

Nadie dijo lo que todos pensaban: que aquel inventario se parecía tanto a un balance de saqueo como a un catálogo científico.

—Debemos establecer una prioridad de transporte —dijo Jomard—. En caso de evacuación, no todo podrá partir. Hace falta una jerarquía.

—Los papiros y las inscripciones copiadas —dijo Marcel—. Irremplazables.

Fourier vaciló antes de formular la pregunta.

—¿Y las veintitrés cajas sin etiqueta del ángulo noroeste del almacén?

Jomard y Marcel intercambiaron una mirada.

—Las he anotado —dijo Jomard—. No sé a quién pertenecen.

—Yo tampoco —dijo Marcel.

La reunión terminó sin decisión formal sobre ese punto. Los sabios regresaron a sus trabajos. El inventario quedó sobre la mesa. Las veintitrés cajas sin nombre permanecieron en el ángulo noroeste del almacén, en la oscuridad, esperando a que alguien decidiera qué eran.

Kléber calificó a su predecesor de «pequeño intrigante» y de «cobarde desertor».

La situación militar era insostenible. El ejército francés controlaba Egipto, pero no tenía ningún contacto con Francia. La flota inglesa bloqueaba el Mediterráneo. Kléber sabía que no podía resistir indefinidamente ni recibir refuerzos. Tomó la decisión que Bonaparte no se había atrevido a tomar: negociar la evacuación. En diciembre de 1799, Kléber envió un emisario al gran visir otomano, que acampaba en Siria. Las negociaciones comenzaron a bordo del buque insignia británico *Le Tigre*, frente a Damietta. El negociador británico era el comodoro Sidney Smith, que se presentaba como plenipotenciario de la Corona, función que el almirante Keith pronto le disputaría. Los plenipotenciarios

franceses eran el general Desaix y el administrador Poussielgue. Las condiciones francesas eran claras: evacuación honrosa del ejército con armas y bagajes. Smith aceptó tratar los puntos urgentes: la evacuación de los heridos y de los sabios de Egipto, y una tregua mientras llegaban los plenipotenciarios otomanos. Las conversaciones se alargaron. Kléber apremiaba a sus negociadores para que concluyeran. Pero el 24 de enero de 1800 se firmó la convención de El Arish. Preveía la evacuación completa del ejército francés de Egipto en tres meses, con armas, bagajes y colecciones científicas. Los franceses abandonarían progresivamente sus posiciones, comenzando por el este del Delta y terminando por Alejandría. El Cairo debía quedar evacuado a más tardar el día cuarenta y cinco. La noticia llegó a El Cairo el 28 de enero. Ese día, la convención fue promulgada oficialmente. El efecto sobre los sabios fue inmediato.

—Señores —dijo Kléber en una reunión extraordinaria de la Comisión—, he negociado nuestro regreso con los otomanos. Dentro de tres meses estaremos en Francia. Abracen sus colecciones, van a tener que clasificarlas.

Jollois pasó días enteros clasificando y embalando. Estatuas de bronce, estatuillas de madera pintada y fayenza, amuletos, papiros, monedas, joyas. Cada objeto catalogado, descrito, envuelto en lino. Trabajaba deprisa, sabiendo que el tiempo estaba contado. Por primera vez en veinte meses, el regreso se volvía real. Las cajas salieron de los almacenes. Se redactaron las etiquetas. La piedra de Rosetta fue embalada en varias capas de lona. Fourier, que había seguido de cerca las negociaciones, volvió a El Cairo con el texto de la Convención y lo leyó en voz alta en una sesión del Instituto. Cuando llegó a la cláusula que garantizaba las colecciones, un murmullo de alivio recorrió la asamblea.

—¿Eso significa que la piedra de Rosetta, los papiros, las improntas, todo lo que hemos reunido, podrá regresar a Francia con nosotros? —preguntó Marcel.

—La Convención lo garantiza —dijo Fourier—. Naturalmente, eso supone que los ingleses acepten sus términos.

Fourier había elaborado un inventario completo: doscientos diecisiete objetos catalogados, de los cuales ciento treinta y ocho tenían un valor museístico directo y setenta y nueve un valor científico documental. Los clasificó por orden de prioridad, sabiendo que, si el transporte era limitado, habría que elegir. Prioridad uno: los levantamientos de Jomard. Irremplazables. Doscientos kilos como máximo, en cajas estancas. Los cuadernos de Jollois, en tubos de cobre: cincuenta kilos más. Prioridad dos: los objetos pequeños, *ushebtis*, escarabeos, amuletos, papiros. Ligeros, de gran valor por kilo. Prioridad tres: las improntas de Marcel. Prioridad cuatro: las colecciones naturalistas de Geoffroy, pesadas, frágiles, voluminosas. Prioridad cinco: las grandes piezas del Instituto, la estatua de granito, los sarcófagos de tamaño medio.

La esperanza duró cinco semanas. En marzo de 1800 llegó la noticia. Los británicos se habían negado a ratificar la Convención. El almirante George Keith Elphinstone, comandante de la flota británica en el Mediterráneo, había declarado que Sidney Smith se había excedido en sus poderes y que la convención era nula. Keith exigía una rendición sin condiciones. Los franceses debían deponer las armas y constituirse prisioneros. Kléber convocó a sus generales. Leyó en voz alta el mensaje de Keith y luego lo dejó sobre la mesa.

—Señores, a semejante insolencia solo se responde con victorias. Prepárense para combatir.

Los bagajes se deshicieron. Las cajas regresaron a los almacenes del Instituto. Faltaban treinta y tres, perdidas o destruidas en el desorden de los meses anteriores; quedaban sesenta y tres. Las etiquetas siguieron pegadas. Aquellos objetos ya no partían. Por el momento. Hasta la próxima ocasión de partir, o hasta la capitulación que los entregaría a los ingleses. Británicos y otomanos creían que el ejército de Oriente era demasiado débil para resistir.

El gran visir Yusuf Pachá se puso en marcha hacia El Cairo con un ejército de cuarenta a ochenta mil hombres, según las estimaciones. En el propio El Cairo, la población se levantó a su llamada.

Nassif Pachá, al frente de la vanguardia otomana, ocupó la aldea de El-Matarieh con cinco o seis mil jenízaros y varios millares de jinetes, y fortificó su posición con dieciséis piezas de artillería. Kléber solo disponía de diez mil hombres. En la noche del 19 al 20 de marzo de 1800, les hizo cruzar el Nilo y los instaló en la orilla derecha del río, cada una de las cuatro brigadas de su pequeño ejército formando su propio cuadro. Al amanecer del 20 de marzo, el ejército francés atacó cerca de las ruinas de Heliópolis, a unos quince kilómetros de El Cairo. La batalla duró todo el día. Los cuadros franceses resistieron todas las cargas. La artillería francesa quebró las líneas otomanas. Al final de la tarde, el ejército otomano se desintegró. El gran visir huyó hacia Siria con lo que le quedaba de tropas. Los franceses contaron ochocientos muertos o heridos. Los otomanos dejaron nueve mil sobre el terreno. Kléber regresó a El Cairo y sofocó la rebelión. El bombardeo duró varios días. Cientos de civiles murieron en los combates. El 21 de abril, la ciudad capituló. La victoria de Heliópolis consolidó la posición francesa en Egipto. Murad Bey, cuyos mamelucos se habían quedado acampados en el desierto sin tomar parte en el combate, firmó en abril un acuerdo con Kléber que lo convertía en una especie de virrey del Alto Egipto. Egipto parecía más firmemente que nunca en manos de los franceses. Kléber reanudó sus funciones de comandante en jefe. Los sabios reanudaron sus trabajos. Las colecciones permanecieron en los almacenes. Nadie sabía cuánto tiempo duraría aquello.

—Trabajemos mientras podamos —dijo Fourier en las reuniones semanales que siguieron—. Lo que hayamos hecho aquí no podrá deshacerse.

Kléber había negociado con los otomanos, intentado repatriar al ejército, fracasado, reanudado los combates. Los sabios lo veían

poco. A veces acudía al Instituto, escuchaba los informes y regresaba a su cuartel general.

La situación militar se había estabilizado sin mejorar. El ejército conservaba Egipto, pero no podía ni avanzar ni marcharse. Los británicos bloqueaban el Mediterráneo. Francia estaba lejos. La expedición se había convertido en una guarnición.

El 14 de junio de 1800, por la mañana, Kléber pasó revista a la legión griega y luego fue a El Cairo para examinar unas obras en el palacio del cuartel general. Antes de visitarlas, asistió a un almuerzo en casa del general Damas, su jefe de estado mayor y amigo íntimo. Miembros del Instituto y oficiales se habían reunido en aquella comida. Kléber se mostró más alegre que de costumbre. El éxito que coronaba sus esfuerzos, el desarrollo de los establecimientos franceses, los testimonios de afecto que recibía de la población habían disipado su frialdad habitual. Estaba animado, amable, expansivo. Ninguno de los que lo rodeaban presentía que aquel alegre almuerzo era un banquete de despedida.

A las dos de la tarde, el general, acompañado únicamente por Protain, el arquitecto del ejército, se dirigió a su palacio. Para llegar, siguió una larga galería sombreada por una espesa parra que unía la residencia del jefe de estado mayor con la del general en jefe. Conversaba con Protain sobre las mejoras que proyectaba y daba órdenes para la reparación del cuartel general y del jardín, a fin de hacer desaparecer las huellas de proyectiles que había dejado la última insurrección.

Un joven sirio llamado Soleyman el-Halabi se había ocultado en el jardín del palacio desde la mañana. Tenía veinticuatro años, estudiaba teología en la mezquita de Al-Azhar y observaba el palacio de Kléber desde hacía un mes. Se había procurado un puñal en Guiza. Aquella mañana, disfrazado de mendigo, se había escondido junto a una cisterna abandonada.

Cuando Kléber entró en la galería con Protain, Soleyman salió de su escondite, se acercó por detrás y hundió un puñal en el corazón del general.

Kléber se desplomó gritando: «¡A mí, me asesinan!».

Protain se arrojó sobre el asesino con el pequeño bastón que tenía en la mano. Intentó detener los golpes y recibió él mismo seis puñaladas. Soleyman lo dejó desvanecido, volvió junto a Kléber, ya en el suelo, y lo hirió otras tres veces. El primer golpe había sido mortal. El general murió en pocos minutos sin poder hablar.

Cundió la alarma. Los guardias, los oficiales, todos aquellos hombres con los que Kléber había brindado por la República unas horas antes lo rodearon, tratando de obtener de él algunas palabras. Lo interrogaron en vano. Trasladaron el cuerpo a los aposentos del jefe de estado mayor.

Unos soldados registraron el palacio y los jardines de arriba abajo. Dos guías trajeron a un joven al que habían sorprendido escondido bajo un nopal frondoso. Protain, vuelto en sí a pesar de sus heridas, reconoció al asesino. Soleyman fue arrojado a prisión junto con tres ulemas de la gran mezquita que habían tenido conocimiento de su proyecto y no habían denunciado el atentado.

El ejército fue presa de una profunda consternación que pronto se transformó en una ardiente sed de venganza. Toda la ciudad se agitó. Los comercios cerraron. Los soldados franceses, furiosos, extraviados, recorrían las calles lanzando en derredor miradas amenazadoras. La noche fue difícil.

A la mañana siguiente, la noticia llegó al Instituto. Fourier convocó una reunión inmediata. Dieciséis sabios se reunieron en la sala, silenciosos. Aquel silencio no era de duelo en el sentido ordinario. Era el reconocimiento de que algo había cambiado en su situación militar y de que la persona que toleraba su presencia en Egipto ya no estaba.

Fourier tomó la palabra sin preámbulos.

—Kléber ha muerto. El general Menou asume el mando. No lo conocemos. Kléber comprendía las órdenes de Bonaparte sobre la importancia de los trabajos científicos. Menou no tiene ese vínculo con nosotros.

Jomard añadió:

—Nuestras colecciones están almacenadas, nuestros levantamientos archivados. Si Menou decide que se quedan en Egipto o que ya no tienen importancia militar, perdemos dos años de trabajo.

Marcel dijo entonces, lentamente:

—El trabajo de documentación está casi terminado. Lo que importa ahora es traerlo todo a Francia. Si los objetos se dispersan aquí, serán revendidos en los mercados y todo lo que hemos hecho habrá sido en vano.

Fourier se levantó.

—Continuamos. Terminamos lo que pueda terminarse.

Los sabios regresaron a sus tareas sin saber nada de lo que Menou decidiría.

Soleyman el-Halabi fue interrogado bajo tortura. Confesó haber sido instigado por el agá de los jenízaros del ejército otomano. Había confiado su proyecto a cuatro ulemas de la mezquita de Al-Azhar, que habían intentado disuadirlo pero no lo habían denunciado. Un consejo de guerra los condenó a todos. A Soleyman le quemaron la mano derecha y después fue empalado vivo. Sufrió cuatro horas antes de morir. Los tres ulemas fueron decapitados. El cuarto fue condenado en rebeldía.

Las exequias tuvieron lugar con rapidez. Fourier, en nombre del Instituto, pronunció el elogio del héroe al que se lloraba.

Los soldados arrojaron a porfía coronas de ciprés y de laurel. Tras los funerales públicos, un pequeño grupo compuesto mayoritariamente por oficiales se reunió discretamente en torno a la

sepultura del difunto. Eran miembros de la logia masónica militar «*Les amis réunis*». Un sabio de la Comisión se les unió. Aunque no era oficial, era también masón, miembro del taller parisino «*La parfaite réunion*». Fue el único civil presente. Monge habría podido estar, pero había huido con Bonaparte. Sacaron sus mandiles y los volvieron del lado negro reservado a las ceremonias fúnebres. Batieron tres veces las palmas pronunciando la fórmula ritual «¡Gemamos! ¡Gemamos! ¡Gemamos!», seguida de inmediato por la tradicional batería de alegría «¡Pero esperemos! ¡Esperemos! ¡Esperemos!». Se depositó una rama de acacia sobre la tumba. Su hermano se había unido al *Oriente Eterno*.

El general Jacques-François Menou, segundo jefe, había dirigido la ceremonia masónica en calidad de Venerable Maestro. Asumió oficialmente el mando del ejército de Egipto.

Menou se había convertido al islam, adoptado el nombre de Abdallah y casado con una egipcia llamada Zobeïda. Los oficiales lo respetaban menos que a Kléber. Los sabios no lo conocían bien. Iban a aprender.

CAPÍTULO III: EL TIEMPO DE LOS SABIOS

I - Las últimas campañas

El cambio de mando no modificó en nada los trabajos del Instituto.

Las exploraciones arqueológicas proseguían por todo el Delta y el Bajo Egipto. Las colecciones se enriquecían y se organizaban mejor. Las publicaciones científicas en *La Décade égyptienne* continuaban con regularidad.

El general Menou tenía una personalidad radicalmente distinta de la de su predecesor. Pretendía gobernar Egipto en nombre de una alianza franco-árabe que no tenía ninguna realidad política. Sus oficiales lo seguían por disciplina, no por convicción.

Para los sabios, Menou era a la vez más entrometido y menos útil que Kléber. Más entrometido porque pretendía orientar sus trabajos hacia temas que le parecían políticamente útiles. Menos útil porque sus prioridades divergían por completo de las suyas.

Fourier ideó una estrategia sencilla para convivir con Menou sin comprometerse: asociar su nombre a algunos descubrimientos y publicaciones menores, entregarle con regularidad informes lo bastante técnicos como para resultar ininteligibles y continuar tranquilamente los trabajos sustanciales sin informar de ello al comandante en jefe.

—Eso es diplomacia —dijo Jomard cuando Fourier le explicó su estrategia.

—Eso es supervivencia —respondió Fourier.

Los sabios reanudaban sus exploraciones.

El Instituto de Egipto siguió celebrando sus sesiones semanales, aunque el ambiente era distinto del de los primeros años. Las exposiciones eran menos entusiastas, los debates menos vivos. Los sabios cargaban con el peso de una presencia prolongada en un

país cuya lengua corriente y cuyas sutilezas culturales no dominaban.

Fourier trataba de mantener el impulso intelectual. Proponía temas de reflexión colectiva, organizaba lecturas de textos antiguos para recordar a sus colegas en qué contexto histórico trabajaban. Aquellos esfuerzos no eran vanos. Varias de las comunicaciones presentadas en el Instituto durante aquellos años difíciles se convirtieron en importantes artículos científicos.

La sesión del Instituto de mediados de junio fue una de las más animadas desde la partida de Bonaparte y la muerte de Kléber.

Fourier había propuesto un tema deliberadamente abstracto — la noción de memoria en las civilizaciones — y la discusión había desbordado pronto los límites académicos.

Jomard había intervenido el primero. Tenía veintidós años y la irritante precisión de los jóvenes que tienen razón.

—Una civilización que olvida sus propias medidas está condenada a empezar de nuevo. El Egipto antiguo no olvidó las suyas durante tres mil años. Esa es sin duda la definición de una gran civilización. No la grandeza de sus monumentos, sino el tiempo durante el cual puede transmitir el conocimiento sin desnaturalizarlo.

Marcel lo había rebatido.

—Los monumentos son precisamente lo que permite la transmisión. Sin Karnak, sin las pirámides, las medidas de Jomard no transmitirían nada. El soporte material es inseparable del saber que vehicula.

—Por eso estamos aquí —replicó Jomard—. Para sustituir el monumento por un documento que viaje mejor. La *Description de l'Égypte* será portátil allí donde los templos no lo son.

Fourier había escuchado sin intervenir. Pensaba en lo que sería de sus trabajos si el ejército capitulaba mañana.

—¿Están sus levantamientos en condiciones de ser copiados si tuviéramos que evacuar precipitadamente?

—Tengo una copia doble desde Alejandría. Si el barco se hunde, al menos una versión sobrevive.

Fourier lo miró en silencio. Aquel joven había comprendido que el trabajo científico en campaña militar es por naturaleza precario, y que la única respuesta es la redundancia.

—Debería decírselo a los demás.

—Ya lo dije. A la mayoría les ha parecido excesivo.

—La mayoría se equivoca.

Fourier pensó en Hamilton. Seguía sin saber su nombre, pero sabía que existía. Alguien, al otro lado, que preparaba también sus listas. Un país que llega con cuadernos vale más que un país que llega solo con cañones. La doble copia de Jomard no era prudencia de ingeniero. Era sentido común.

Aquella noche, Jomard se quedó solo copiando sus cuadernos de medidas. La pluma corría con regularidad sobre el papel. La ciudad susurraba al otro lado de las contraventanas. Un muecín llamaba a la oración. Jomard no oía nada. Copiaba. A veces pensaba que copiar era lo único seguro que hacía allí. Que dibujar y medir podían errar, pero que copiar fielmente no erraba. Una copia correcta sobrevivía al original. Eso era la verdadera resistencia. Había comprendido desde Abukir que cada medida existía en dos ejemplares o no existía. La primera copia en el cuaderno de campo, hecha de pie, con viento. La segunda aquí, en la mesa, releída, verificada, hecha legible. Sería la segunda la que sobreviviría.

El 25 de junio de 1800, Jollois partió de nuevo con Jomard, Geoffroy y dos dibujantes rumbo a Tanis, en el nordeste del Delta, para reconocer los vestigios de la antigua capital de los faraones de la dinastía vigesimoprimer.

Descubrieron un vasto campo de ruinas. Montículos dispersos bajo los cuales dormían siglos de ciudades superpuestas. Bloques de granito. Fragmentos de estatuas. El Delta había devorado lo que la arena del Alto Egipto había preservado. Nada se parecía a Karnak. Nada se parecía a Dendera. Era el Egipto sin su puesta en escena. Solo la materia, dispersa, sin orden aparente y, sin embargo, organizada según una lógica que únicamente la excavación podría revelar. Nadie había intentado un levantamiento sistemático desde los griegos, recordó Jollois: Heródoto mencionaba el lugar, y Estrabón también. «Es porque nadie sabía que había tanto que ver», añadió Jomard. Jollois dibujó durante tres días, sin detenerse sino al caer la noche, y cartografió todo el yacimiento anotando la posición de cada bloque significativo.

A la entrada del yacimiento, un anticuario esperaba con su alforja. El hombre se llamaba Suleiman al-Qabbani y había venido de El Cairo tras enterarse de que la Comisión iba a Tanis. Había hecho el camino la víspera y no esperaba a nadie en particular, sino a alguien que supiera qué comprar.

Jollois se detuvo ante los objetos. Dos de los *ushebtis* eran auténticos; lo veía por la pátina y por las inscripciones. Compró uno.

De Tanis, la expedición se dirigió a Bubastis, a dos días hacia el oeste. Ciudad santa de Bastet, la diosa gata. Las ruinas de su templo impresionaban por sus dimensiones. Heródoto lo había descrito como uno de los más magníficos de Egipto, y la fiesta anual atraía a multitudes inmensas, lo cual resultaba creíble a la vista de la extensión del yacimiento.

Columnas de granito rosa de diez metros de altura yacían derribadas sobre la arena, con los fustes cilíndricos quebrados en varios tramos por el derrumbe. Fragmentos de bajorrelieves cubrían el suelo: procesiones de sacerdotes, escenas de fiestas, divinidades estilizadas. El estilo de la Baja Época.

Alrededor del templo, una necrópolis de gatos sagrados. Millares de momias en galerías de caliza. El mismo esmero que con los humanos: natrón, vendas, sarcófagos de madera o de bronce.

Al abrir una de las momias, Geoffroy descubrió que el cuerpo se conservaba de manera notable: piel, pelo, huesos y tendones intactos tras dos mil años de sepultura. Un gato doméstico de tamaño corriente.

Los saqueadores ya habían trabajado allí. Fosas reventadas, momias dispersas, jirones de vendas esparcidos sobre el suelo calcáreo como una nieve parda.

Lo que los saqueadores buscaban en las necrópolis de gatos eran los amuletos de fayenza o de oro depositados con las momias, y los pequeños sarcófagos de bronce con forma de gato sentado, de orejas erguidas y ojos incrustados de vidrio. Esos sarcófagos tenían un valor comercial inmediato. Los comerciantes de Alejandría los revendían a los viajeros europeos desde hacía un siglo. Los saqueadores dejaban las propias momias, sin valor una vez despojadas de sus amuletos, y los sarcófagos de caliza corrientes, demasiado pesados y demasiado comunes para justificar el transporte.

Geoffroy tomó seis momias de gatos en buen estado. Las envolvió en lino limpio y las identificó. Para él eran especímenes zoológicos, la fauna egipcia antigua, comparable a los ejemplares vivos de la casa de fieras del Museo. Pensó en lo que diría Cuvier al verlas: prueba de la fijeza de las especies, el gato inalterado en dos mil años. Y en lo que diría Lamarck: que dos mil años no cuentan en la escala del cambio. Las mismas momias al servicio de dos tesis opuestas. La ciencia tenía esa propiedad: los hechos no elegían bando. Para los saqueadores que las habían dejado, eran desechos una vez extraídos los amuletos. Para los sacerdotes de Bastet que las habían enterrado, eran ofrendas a la diosa, destinadas a permanecer allí para la eternidad. El mismo objeto tenía tres historias que no coincidían.

Jollois encontró en la necrópolis, semienterrado en la tierra, un pequeño sarcófago de bronce con forma de gato sentado. Altura: veinte centímetros. La cola recogida sobre las patas, en la postura característica de los gatos de Egipto. Bajo la luz rasante del

atardecer, los contornos del rostro emergían con una precisión que la pátina no disimulaba: los músculos de las mejillas, el caballete de la nariz, la línea de los labios cerrados.

El sarcófago estaba vacío. Jollois dio vueltas al bronce entre las manos. En la base, grabada con buril, una línea de jeroglíficos. El nombre de la oferente, probablemente, la mujer o el hombre que había ofrecido ese gato a Bastet a cambio de un favor o por simple piedad. Un nombre que otro leería más tarde, si ese bronce llegaba alguna vez a París. Un nombre que llevaba esperando allí, en la tierra, desde la dinastía vigesimosexta.

Lo guardó en su bolsa. Peso: trescientos gramos. Valor comercial en Alejandría: quizá veinte piastras, si se encontraba a un comprador inglés con gusto por los bronce egipcios. Valor científico: inestimable, si el bronce llevaba el nombre de la oferente y ese nombre podía leerse algún día. Esos dos valores no coincidían. Lo que era precioso para el arqueólogo no lo era para el mercader. Y el hecho de que Jollois fuera lo uno y lo otro —un arqueólogo que guardaba en su bolsa lo que había encontrado— no resolvía la contradicción. La encarnaba.

Geoffroy se reunió con Jollois al anochecer en el campamento, con sus seis momias en la caja. La noche caía deprisa. Se sentaron ante el fuego y pusieron sus hallazgos entre ambos. Las seis momias. El bronce. Geoffroy examinó las momias antes de cerrar la caja. Había pasado el día decidiendo qué podía llevarse y qué debía dejar.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Geoffroy mirando el bronce.

—Llévámelo. Dibujarlo. Describirlo. Entregarlo al Louvre cuando tenga un departamento egipcio.

—¿Y si los británicos te lo quitan en la capitulación?

Jollois puso el bronce en su bolsa, bajo los cuadernos. No respondió. Ambos lo sabían. Si llegaba la capitulación, el bronce iría a Londres. A una vitrina del British Museum.

La expedición regresó a El Cairo el 12 de agosto, tras siete semanas en el Delta. Traía dibujos de Tanis y de Bubastis, yacimientos decepcionantes desde el punto de vista arqueológico, pero documentados.

—Conté ha hecho de Egipto su laboratorio —dijo Jollois a Fourier—. Dondequiera que vamos, observa, experimenta, mejora. Quizá sea él quien saque el provecho práctico más duradero de esta expedición.

Nicolas-Jacques Conté se había impuesto como el inventor de la expedición. Globos, molinos, talleres de fabricación. Aquel antiguo aerostero no dibujaba los templos: resolvía los problemas que su exploración planteaba.

Otros sabios, menos resistentes al desánimo, redujeron su actividad al mínimo. Algunos cayeron enfermos. La disentería crónica, la fiebre y las oftalmías causadas por la arena y el sol habían hecho estragos en las filas de la Comisión. Varios murieron en Egipto antes del regreso.

En el otoño de 1800, Jollois organizó nuevas exploraciones en el desierto oriental. Lugares distintos de los que había recorrido antes. Esta vez quería explorar los monasterios coptos perdidos en los acantilados del desierto, entre el Nilo y el mar Rojo.

El 15 de septiembre de 1800, Jollois partía hacia el este con Jomard y treinta jinetes de escolta. Tres días de desierto oriental, árido y rocoso.

En la mañana del 18 de septiembre, la expedición llegó al monasterio de San Antonio, habitado desde el siglo IV.

Los monjes coptos acogieron a los visitantes con recelo y curiosidad. Una cincuentena de anacoretas de hábito negro, que vivían en una pobreza ascética extrema, miraban a aquellos sabios parisinos como se mira a seres llegados de otro mundo.

—Padre —dijo Jollois al superior por mediación de Hassan—, no venimos a quitarle sus manuscritos. Solo queremos copiarlos. Todo se quedará aquí.

El padre superior escuchó y se retiró durante una hora. Volvió con una condición. Podían ver la biblioteca, pero nada saldría del monasterio sin su autorización.

La biblioteca del monasterio ocupaba una pequeña sala abovedada. Los manuscritos coptos —algunos de varios siglos de antigüedad— se conservaban en arcones de madera. El padre superior les dejó examinarlos, pero no llevárselos.

—Mirad este —murmuró Jomard—. Un salterio bilingüe, griego a la izquierda, copto a la derecha. Línea por línea. Si se pueden comparar las dos columnas, se empieza a leer.

Recorrió el manuscrito. Las letras coptas —redondas, derivadas del griego, con siete signos suplementarios tomados del demótico— decían algo sobre aquella civilización. Ni griega ni faraónica: las dos a la vez. La lengua llevaba esa historia.

—¿Aceptaría vendérmolo? —dijo Jollois—. ¿O dejar que lo copiemos?

El padre superior negó con la cabeza.

—Este manuscrito pertenece a nuestro monasterio desde hace siglos. Nuestros padres lo han preservado a través de los siglos. No saldrá de aquí.

El padre superior lo había dicho con la calma de quien no necesita alzar la voz.

Jollois aceptó las condiciones y pasó tres días copiando el salterio copto-griego. Trabajo meticuloso, letra por letra, sobre un texto del que solo entendía una lengua de cada dos. Se marchó con su copia y la certeza de que alguien, más adelante, sabría qué hacer con ella.

Mientras él copiaba el salterio, Jomard exploraba los acantilados de los alrededores. Descubrió cuevas que habían servido de morada a los ermitaños de los primeros siglos, con las paredes cubiertas de grafitis grabados a punta: nombres, fechas, plegarias.

—Estas cuevas me turban —añadió Jomard—. Hombres que vivieron aquí años enteros, solos, en oración. Nada más. ¡Qué concepción de la existencia...!

Dejó el lápiz un instante. Pensaba en los grafitis, en aquellos nombres grabados en la roca por ermitaños que no esperaban ser leídos. Jomard había pasado tres años anotando medidas. La diferencia de motivo era absoluta. La diferencia de gesto, menor.

—Esos hombres tenían su propia coherencia. Su ascesis no era locura. Era una apuesta por la eternidad. Nosotros hacemos la misma apuesta por la ciencia. Los medios difieren, no la intensidad.

El 21 de septiembre, la expedición partió hacia el monasterio de San Pablo, unos treinta kilómetros al sur. Biblioteca más grande. Jollois copió. Jomard midió.

La expedición regresó a El Cairo el 29 de septiembre, con copias de manuscritos coptos y varios objetos de arte cristiano que los monjes habían aceptado vender: iconos sobre madera, cruces de bronce, incensarios de plata. Jollois los catalogó.

—Estos objetos coptos son el eslabón perdido. Los coptos descienden directamente de los antiguos egipcios. Su lengua deriva del egipcio faraónico. Estudiar el copto es acercarse a los jeroglíficos por abajo.

II - Las expediciones del desierto

Menou se mostró más benévolo, en apariencia, con los sabios. La muerte de Kléber había dejado en los pasillos del palacio una ausencia que la actividad de los sabios llenaba, al menos en la superficie. Menou proporcionaba las escoltas, asignaba fondos y participaba a veces en las sesiones del Instituto.

La noticia de la muerte de Desaix en Marengo llegó a El Cairo en agosto. Jollois se enteró de ella en su despacho. Desaix había sido

el mejor compañero de aquella expedición. El que había dejado trabajar a los sabios sin apremiarlos, el que había mirado él mismo los templos con una atención que Jollois no había visto en ningún otro general.

La noticia había llegado por un correo otomano, dos meses después de los hechos. Desaix había muerto en Marengo el 14 de junio de 1800. El mismo día que Kléber, a cientos de kilómetros de distancia, cargando al frente de su división para enderezar una batalla que Bonaparte creía perdida. La bala le había alcanzado en el pecho. Murió en el acto, a los treinta y un años.

Jollois permaneció largo rato en su despacho sin encender ninguna lámpara. La luz menguaba. Dejó que menguara. Fuera, El Cairo seguía con su ruido de final de tarde. Las voces de los vendedores, un muecín a lo lejos, el ruido regular de las sakiehs que giraban en los jardines. Buscó en sus cuadernos las notas tomadas durante la campaña del Alto Egipto con Desaix. Dos cuadernos y medio, cubiertos por ambas caras. Dendera, Tebas, el Valle de los Reyes, Filé. En los márgenes, a veces, Desaix había anotado. No comentarios estéticos, sino cuestiones prácticas. Cuánto tiempo se necesitaba para excavar aquel sitio, cuántos hombres para mover aquel bloque, qué resistencia tenía a la humedad aquel tipo de arenisca.

Aquellas anotaciones habían irritado a Jollois en su momento. Un general que planteaba cuestiones de logística ante Dendera: le había parecido reduccionista. Releía aquellas páginas a la luz de la lámpara, con los folios crujendo levemente en la corriente de aire de la ventana abierta. La letra de Desaix era pequeña, regular, inclinada hacia la derecha. Ahora las leía de otro modo. Desaix había mirado las mismas cosas que él, con los mismos ojos, y se había preguntado por su futuro material. Qué hacer con aquellas piedras. Cómo protegerlas. Cuánto tiempo resistirían si no se hacía nada.

Pensó también en los cuadernos personales de Desaix. El general había llevado un diario de campaña desde la salida de Tolón.

Jollois se lo había visto en la mano varias noches, tras el vivac, a la luz de un farol. No sabía qué había escrito Desaix en él. Nunca lo sabría. Los cuadernos de un muerto pertenecían al muerto. Aquellos cuadernos habrían vuelto a Francia con sus efectos personales. O se habrían quedado en el campo de batalla. O alguien se los habría llevado. Jollois tenía en su propio equipaje una navaja que Desaix le había prestado en diciembre de 1798 y que nunca se le había ocurrido devolver. Una navaja corriente, mango de madera, hoja corta. Había servido para sacar punta a los lápices durante un año y medio. No sabía qué hacer con ella ahora. Conservarla parecía justo. Tirarla parecía imposible.

Nadie sabía qué se hacía con los cuadernos de un hombre muerto en combate. Desaix no tenía colección. Ninguna bolsa repleta de *ushebtis* y de escarabeos. Los cuadernos de Desaix seguían el destino de los demás objetos. Recuperados, perdidos, vendidos, quemados. Las guerras no distinguían entre los papeles de un oficial y los jeroglíficos de un templo.

Jollois siguió organizando nuevas exploraciones. Esta vez, lugares del Delta occidental, distintos de los que había recorrido a comienzos del verano. Sais, Buto. Tells planos, pocos monumentos visibles.

El 15 de agosto partió con Jomard y Geoffroy Saint-Hilaire. Doce días por las llanuras cultivadas, buscando las huellas de las grandes ciudades faraónicas del norte, pero también las especies animales que representaban los bajorrelieves. Tenía el método del naturalista: no suponer nada desde el gabinete. Ver primero. Todo lo demás viene después.

Tras dos días de viaje llegaron a Sais. El aire era distinto allí, más húmedo, más pesado, con el olor de los campos inundados y una luz blanca que no tenía la sequedad del desierto. No quedaba nada de la gran capital de los faraones de la dinastía vigesimosexta. Unos pocos bloques de granito dispersos por los campos, reutilizados por los campesinos de la zona como soportes de sus canales.

—Este tell cubre dos kilómetros cuadrados —dijo Jomard—. Dos mil años de ocupación estratificada. No es un yacimiento excavado. Es toda una ciudad comprimida en una colina.

No había nada que dibujar. Ningún monumento visible, ningún templo en pie, ningún obelisco. Solo la superficie de la colina, sus dimensiones, sus altitudes tomadas con el barómetro. Y en los campos de alrededor, en los canales, en los muros de las casas del pueblo, por todas partes, bloques de granito reutilizados. Fragmentos de columnas, trozos de dinteles esculpidos, secciones de arquitrabe. Los fellahs del pueblo los usaban desde hacía generaciones para construir sus casas y encauzar sus campos.

Jomard se detuvo ante el borde de un canal. Los bloques eran de granito rosa de Asuán, pulido por una cara y en bruto por las otras.

—No podemos llevarnos estos bloques —dijo Jollois, mirando sus bocetos—. Forman parte de las casas de la gente. No se puede demoler un pueblo para recuperar las piedras.

—Estos fellahs son los verdaderos conservadores de Sais. Ellos no lo saben. Pero sin sus casas, estos bloques habrían desaparecido hace mucho. Los han protegido reutilizándolos.

Miró sus propios bocetos. Los bloques en los muros. Las inscripciones copiadas línea por línea. Había hecho lo mismo que los fellahs: tomar de Sais lo que podía tomar, en el soporte que le convenía. Ellos, en el granito. Él, en el papel.

La expedición regresó a El Cairo el 27 de agosto. Doce días. Yacimientos decepcionantes, pero documentados.

En octubre y noviembre, Jollois catalogó las colecciones. Varios miles de objetos acumulados en dos años. Estatuas, amuletos, papiros, monedas, joyas, especímenes naturales. Elaboraba fichas, verificaba las descripciones, corregía las atribuciones. Trabajo de archivero después de meses de campo.

Jollois había descubierto por casualidad un taller copto en el barrio de El Cairo Viejo donde, según decían, aún se fabricaban papiros con las técnicas antiguas. Un anciano y sus dos hijos. Fabricaban hojas que se vendían a los comerciantes, y estos las revendían a los sabios de la Comisión como especímenes auténticos. Jollois había comprado allí varios lotes.

Una mañana pidió quedarse a observar la fabricación.

La fabricación del papiro obedecía a un proceso bien rodado. Cortar los tallos en tiras largas y finas, disponerlas en capas cruzadas, humedecer, golpear, prensar durante varios días. Jollois posó el dedo sobre la superficie de una hoja recién hecha —ligemente rugosa, todavía tibia, con un olor vegetal que no había percibido en ningún otro lugar—. El resultado —una hoja flexible de un blanco cremoso— nada tenía que envidiar al mejor papel europeo. La técnica, que Jollois creyó reconocer en los bajos-relieves de Saqqara, pretendía remontarse a cuatro mil años sin haber cambiado un solo gesto.

Dibujaba las manos del viejo artesano. Sus manos conocían aquel trabajo desde la infancia. Su padre se lo había enseñado, y este lo había recibido de su propio padre. No necesitaba explicar. Sus manos sabían.

—Esta técnica —dijo Jollois al intérprete—, ¿desde cuándo la practican?

El intérprete planteó la pregunta. El viejo artesano respondió sin levantar los ojos.

—Dice que se lo enseñó su padre. Y que su padre lo había aprendido de alguien que decía haberlo recibido de los antiguos.

—¿«Los antiguos», en este contexto, quiere decir los faraones?

Nueva pregunta. Respuesta breve.

—Dice que no lo sabe. Dice que no tiene importancia. Lo que cuenta es que las manos saben.

Jollois anotó aquello. Lo que las manos saben. La transmisión corporal, el gesto antes que las palabras, la técnica antes que la teoría. El artesano copto no conocía el nombre del inventor del papiro. No lo necesitaba. Sabía hacerlo. Jollois miró sus propias manos, las manchas de tinta en los pliegues de las articulaciones, el callo del pulgar derecho formado por años de carboncillo. Sus manos también sabían cosas que sus cuadernos no decían.

Era una forma de memoria que la *Description de l'Égypte* no podía reproducir. Las láminas grabadas mostrarían la forma del papiro. Pero el gesto de las manos —la presión exacta, el ángulo de las tiras, la duración del secado calculada a ojo— eso no iría a ninguna parte. Moriría con aquel hombre y sus hijos, a menos que sus hijos tuvieran a su vez hijos que quisieran aprender.

Examinó las manos del hijo mayor. Hacían exactamente los mismos gestos que las del padre. La transmisión se había producido.

Se marchó con tres hojas nuevas y el dibujo de las manos, que más tarde enmarcaría en su piso de la calle Saint-Dominique. Pensó en el viejo vendedor de caligrafía del Khan el-Khalili que le había regalado una cuarta hoja en señal de bienvenida, la primera noche en El Cairo. Aquel gesto también era una transmisión. Ofrecer algo a quien llegaba. Aquellos dos hombres no pertenecían al mismo mundo. Tenían el mismo gesto.

Menou manifestaba un interés personal creciente por los trabajos científicos de la Comisión. Un interés que sus subordinados encontraban a veces molesto, pues se traducían en injerencias en la organización de los trabajos y en pretensiones de decidir qué merecía ser estudiado.

—El general Menou querría que dedicáramos más tiempo a los monumentos del período islámico en detrimento de los faraónicos —informó Jollois a Fourier—. Sostiene que el Egipto islámico es políticamente más pertinente para nuestras relaciones con la población local.

—En el fondo no le falta del todo la razón —dijo Fourier—. Pero nos corresponde a nosotros decidir nuestras prioridades científicas, no a él.

Llegaron a un compromiso: algunos sabios, entre ellos Chabrol y Lancret, dedicaron parte de su tiempo al estudio del período islámico, documentando las mezquitas medievales de El Cairo y las técnicas arquitectónicas de los albañiles árabes. Estos estudios, incluidos en *la Description*, la convirtieron en uno de los primeros trabajos europeos serios sobre la arquitectura islámica de Oriente Medio.

Mientras tanto, Jollois proseguía su documentación de los monumentos faraónicos. Con los años había desarrollado un método de trabajo refinado: primero un croquis de conjunto para captar las proporciones generales, luego levantamientos detallados de los elementos significativos y, por último, copias de las inscripciones jeroglíficas con todas las imperfecciones visibles, para permitir una comparación posterior entre distintas versiones de un mismo texto.

—Un jeroglífico que copiáis con sus grietas y sus lagunas es más valioso que uno que idealizáis —explicaba a sus jóvenes ayudantes—. Lo que veis es la realidad. Lo que imagináis que debería ser no es más que vuestra reconstrucción. No mezcléis las dos cosas.

Una mañana de marzo, mientras recorría el casco antiguo islámico de El Cairo para dibujar las fachadas de las casas medievales, Jollois vio un detalle que no olvidó. Un soldado francés —veinteañero, uniforme gastado, fusil en bandolera— estaba detenido ante el nicho exterior de una casa del barrio copto. En el nicho, una estatuilla de bronce, quizá de veinte centímetros, una Isis sentada. Antigua, sin duda. La pátina era gruesa e irregular.

El soldado la miró. Luego la cogió. Sin vacilar, sin mirar a su alrededor. La deslizó en su cartuchera y se alejó por la callejuela. Quince segundos en total. El nicho estaba vacío.

Jollois se quedó donde estaba sin decir nada. No tenía autoridad sobre aquel soldado, ni era oficial. Y aunque lo hubiera sido, ¿qué habría dicho? ¿Que ese objeto pertenecía a la casa? ¿Que el propietario iba a volver? No sabía quién vivía allí ni si la casa seguía habitada. Sabía que la estatuilla había estado en ese nicho el tiempo suficiente para que su base dejara marcado un círculo de piedra más limpio que el resto.

Sacó su cuaderno y dibujó el nicho vacío. El contorno de la ausencia. La mancha más clara allí donde la base de la estatuilla había reposado durante años. Era todo lo que podía hacer. Documentar lo que acababa de desaparecer. La *Description de l'Égypte* contendría quizá un dibujo de una Isis semejante, tomada de las colecciones de la Comisión. Pero no de esa Isis. Esa estaría en la cartuchera del soldado hasta Alejandría, luego en un bazar y luego en un salón marsellés, si alguien la compraba en el puerto.

Permaneció allí un momento más, con el cuaderno abierto sobre el dibujo del nicho vacío. Volvió al palacio por las callejuelas del barrio copto. En las tiendas todavía cerradas, unos niños jugaban en el umbral. Caminó sin sacar el cuaderno, sin dibujar. A veces había que cruzar sin llevarse nada.

III - La agricultura y el riego

Durante el invierno de 1800 a 1801, los ingenieros y agrónomos de la Comisión se dedicaron a la agricultura egipcia, un ámbito que hasta entonces la fascinación por los monumentos había eclipsado. Lo que les impresionó fue hasta qué punto funcionaba aquel sistema. Conté presentó sus trabajos de hidráulica en el Instituto desde la primera sesión del invierno.

—La agricultura egipcia cabe en una frase: la crecida del Nilo fertiliza los campos cada verano. Todo lo demás —los canales, las cuencas, los dispositivos mecánicos— no es más que la gestión organizada de ese hecho natural.

Describió los dispositivos de riego: el shaduf, simple balancín con contrapeso para sacar agua; la sakieh, rueda accionada por un buey para volúmenes mayores. Dos máquinas que cualquier fellah sabía construir y reparar con madera local y cuerda.

—El shaduf y la sakieh parecen primitivos. No lo son. Madera local, cuerda vegetal, arcilla. Es una ingeniería hecha para las condiciones reales, no para nuestros manuales.

Lo que Conté comprendía por experiencia era que una máquina simple bien concebida vale por cien máquinas complejas mal adaptadas. Los egipcios lo habían aprendido mil años antes que él.

Presentó dibujos técnicos de la red de canales que distribuía el agua del Nilo por todo el valle cultivable. Un árbol hidráulico ramificado a lo largo de cientos de kilómetros, mantenido colectivamente por decenas de pueblos.

—El canal que no se limpia muere en tres años. El limo lo atasca. Aquí es la tarea del invierno. Cientos de hombres metidos en el agua hasta la cintura. Un solo pueblo no puede mantener un gran canal. Precisamente por eso los egipcios desarrollaron un Estado centralizado. La hidráulica produjo la burocracia faraónica, y no al revés.

Paralelamente al riego, varios sabios estudiaban las plantas cultivadas y las prácticas agrícolas. Jollois dedicaba sus jornadas a los campos, observando los ciclos estacionales, las técnicas de labranza, las variedades locales.

—La agricultura egipcia de hoy se parece a la del Imperio Antiguo —concluyó Jollois—. Las mismas plantas, las mismas herramientas, los mismos gestos. Cuatro mil años no han cambiado lo esencial.

—Los egipcios no necesitaban abono —dijo Conté—. El Nilo se lo traía cada año desde las montañas de Etiopía. Conducían el agua hacia los campos, esperaban a que se depositara el limo y luego dejaban que se retirase antes de la siembra.

Marcel, que no era ingeniero, descubrió en aquella explicación una clave para comprender la arquitectura de los templos faraónicos. Los grandes santuarios estaban orientados casi siempre perpendicularmente al Nilo, con sus ejes principales dirigidos hacia el río o hacia los puntos cardinales según el calendario agrícola. La astronomía religiosa egipcia era inseparable del calendario agrícola, ajustado a su vez a los ciclos del Nilo.

—Ya lo ven: el templo no es una construcción separada del mundo natural. Forma parte del paisaje agrícola e hidráulico. La orientación hacia el río expresa la fuente de la vida. El sol se pone del lado del desierto, allí donde se entierra a los muertos. La religión egipcia es una cosmología hidráulica.

—Si se adaptara este sistema a otros ríos cargados de limo —el Níger, por ejemplo, o el Indo—, los efectos serían comparables. No es una técnica local. Es una técnica universal que solo los egipcios tuvieron tiempo de perfeccionar.

Abdallah ibn Youssef era *wakil* del canal de Guiza desde hacía dieciséis años. Supervisaba la limpieza anual de siete kilómetros de canal principal y de sus ramificaciones, coordinaba el trabajo de catorce aldeas y arbitraba los conflictos sobre el reparto del agua entre los fellahs.

Aquella mañana, dos de los ingenieros de la Comisión se habían instalado a orillas de su canal principal. El alto y flaco, con sus instrumentos. El otro, de manos manchadas de tinta. Dibujaban, medían, hablaban entre ellos. El intérprete que habían traído no era muy bueno. Traducía las palabras, pero no el sentido. Abdallah lo sabía por cómo vacilaba ante los términos técnicos. Un buen intérprete no busca las palabras.

Los había observado trabajar durante una hora desde la otra orilla, oculto entre los juncos del borde. Quería comprender qué buscaban. Medían la anchura del canal, la altura de las márgenes, la pendiente del fondo. Lo veía por los gestos del alto y flaco con su instrumento de mira. No eran soldados. Unos soldados

habrían mirado a su alrededor, no el canal. Aquellos hombres solo miraban el canal.

El alto y flaco se había acercado a él. Por medio del intérprete, le había preguntado cuántos días de trabajo suponía la limpieza anual, cuántos hombres, cómo se organizaban los equipos entre las aldeas. Preguntas propias de un *wakil*.

Abdallah había respondido con esmero. Sabía que aquellos franceses lo anotaban todo. El alto y flaco anotaba sus respuestas con una rapidez que delataba que entendía lo que se le decía, aunque al intérprete le costara. Cuando Abdallah le explicó el sistema de turnos de limpieza —cada aldea responsable de un tramo, con rotación cada tres años—, el alto y flaco había asentido con la cabeza como asienten los ingenieros cuando algo les confirma lo que ya suponían.

Lo que incomodaba a Abdallah no era la curiosidad de los franceses. Era que trataban el canal como un objeto. Como algo que se podía medir, describir, meter en un libro y comprender después. Abdallah llevaba dieciséis años aprendiendo que el canal no se dejaba reducir a sus medidas. Tenía sus humores. En año de crecida fuerte, se desbordaba por puntos donde nunca se había desbordado. En año de aguas bajas, dejaba al descubierto pasos difíciles que nadie había visto en treinta años. Para dominar todo aquello hacía falta memoria —la memoria que su padre le había transmitido y que él transmitiría a su hijo—, no instrumentos de mira.

Los había dejado trabajar. No se llevaban nada. No alteraban nada. Al final de la mañana, el alto y flaco le había mostrado su dibujo del canal, un corte transversal preciso, con las cotas en cifras. Abdallah lo había mirado sin decir nada. Era exacto. Era el canal. Pero no decía por qué la margen izquierda, en el tercer kilómetro, era más frágil que la derecha, ni cómo se adivinaba por el color del agua si el limo de aquel año sería bueno o demasiado arenoso. El dibujo mostraba el canal. Él conocía el canal.

Les había indicado, por medio del intérprete, dos puntos del canal donde las mediciones serían más interesantes. Puntos que su padre le había enseñado y cuya importancia él no sabía explicar. Lo sentía, nada más. El alto y flaco había ido sin vacilar. Debíó de encontrar algo interesante, porque había pasado dos horas en cada uno.

Al final de la tarde, antes de marcharse, el alto y flaco le había preguntado —siempre por medio del intérprete— cuánto tiempo duraba el aprendizaje de un *wakil*. Abdallah había respondido: toda la vida. El intérprete lo había traducido. Abdallah habría querido añadir que el aprendizaje nunca terminaba porque el canal tampoco dejaba nunca de cambiar, y que la sabiduría de un *wakil* consistía en saber que lo que aún ignoraba era más grande que lo que sabía.

Jollois regresó a El Cairo con setenta y dos saquitos de limo y páginas de mediciones hidrológicas. Pensaba en aquel *wakil* del canal, en su manera de observarlos trabajar desde la otra orilla, en su precisión al responder a las preguntas, en la indicación de los dos puntos del canal. No era un hombre que se limitara a soportar a los franceses. Era un hombre que calculaba. Pensó en su propia manera de ver aquel país: en medidas, en cotas, en secciones transversales. No tan distinta, en el fondo.

—¿Y qué le dijo el hombre que lleva ese canal desde hace dieciséis años? —preguntó Conté un día después, durante la presentación de los resultados.

—Que el aprendizaje dura toda la vida. Y que lo que aún ignora es más grande que lo que sabe.

Conté dejó el lápiz. Miró los saquitos de limo alineados sobre la mesa. Setenta y dos muestras tomadas a lo largo de cuarenta kilómetros, etiquetadas, numeradas, listas para partir hacia París. La tierra egipcia en saquitos de tela francesa. Pensó en cómo había tomado Jollois cada muestra, de rodillas junto al canal, con los dedos hundidos en el limo aún húmedo, sintiendo la textura antes de medirla. Esa sensación no estaría en los saquitos. Se

quedaría aquí, a orillas del canal, en las manos que habían hecho el gesto.

—Hacemos lo mismo con sus tierras que con sus estatuas —dijo—. Tomamos lo que nos interesa y lo llamamos ciencia.

Jollois no respondió. La diferencia entre tomar limo y tomar un *ushebtî* no era tan clara como él habría querido. En ambos casos, algo abandonaba Egipto.

—La diferencia —dijo al fin— es que se puede tomar limo sin empobrecer el campo. La crecida lo repone cada año. Las estatuas, el Nilo no las repone.

—Es una línea práctica. No moral.

Permanecieron en silencio. Fuera, en el patio, se oía a los criados egipcios, el ruido regular del mortero, voces en árabe, el olor del comino. Aquellos hombres también habían aprendido su oficio de su padre. No partirían hacia París en saquitos de tela.

La limpieza del canal principal comenzó en la tercera semana de diciembre. Jollois preguntó a Abdallah si podía observar. Abdallah aceptó con una expresión que no decía nada.

Los equipos trabajaban por aldeas, cada uno en su tramo asignado. Hombres metidos en el agua hasta la cintura, que arrancaban el limo del fondo con anchas palas de madera y lo cargaban en cestos trenzados que otros llevaban a las márgenes. El limo depositado en las márgenes se repartiría por los campos. Nada se perdía.

Jollois estuvo cinco horas mirando. Contó a los hombres, midió el volumen de limo extraído por hora, anotó la profundidad de los tramos antes y después. La productividad era constante. Ni un movimiento desperdiciado, ni desorganización entre los equipos. Aquellos hombres lo hacían desde la infancia. Sus gestos tenían la fluidez de lo que se ha aprendido tan pronto que ya no se distingue del cuerpo que lo ejecuta.

A mediodía, Abdallah fue a sentarse a su lado en la margen. Observó a Jollois anotar sus cifras sin decir nada durante unos minutos. Después habló, y el intérprete tradujo en frases cortas.

—Dice que su abuelo le mostró un lugar, más abajo, donde el fondo del canal es de roca viva. Cuando el fondo es de roca viva, el canal resiste mejor los años de crecida fuerte. Su padre lo sabía. Él lo sabe. Quería saber si usted lo sabía.

Jollois miró al intérprete y luego a Abdallah. La pregunta no era baladí. Llevaba, tras las palabras, otra pregunta: ¿sabe usted lo que está midiendo?

—No —dijo—. No lo sabía. Muéstreme ese lugar.

Abdallah se levantó sin prisa. Caminaron juntos a lo largo del canal durante veinte minutos. Abdallah se detuvo ante un tramo donde el fondo afloraba. Una roca oscura, pulida por siglos de corriente, estriada de líneas de depósito mineral. Jollois se arrodilló. Sacó su cuchillo y rascó suavemente la superficie. Caliza compacta. El canal se había excavado allí siguiendo el afloramiento natural. Alguien, tres mil años antes, había elegido aquel emplazamiento por esa razón.

Jollois anotó el emplazamiento e hizo un croquis de la roca con sus estrías. Abdallah lo observaba. Cuando Jollois terminó, dijo algo que el intérprete tardó un momento en traducir.

—Dice que los franceses escriben lo que los egipcios hacen desde siempre. Que quizá sea útil. Pero que la escritura no sustituye el haberlo hecho durante mil años.

Jollois cerró su cuaderno. Era justo. No encontró nada que responder.

Al anoecer, Abdallah acompañó a Jollois hasta el límite de la aldea donde la columna francesa había instalado su campamento. Caminaron uno junto a otro sin hablar, con el intérprete siguiéndolos a pocos pasos. El sol estaba bajo sobre el desierto occidental, la luz larga y amarilla sobre los campos ya descubiertos por el retroceso de las aguas.

Abdallah se detuvo. Miró los campos un momento y luego dijo algo que el intérprete trasladó así: que en la esquina del campo más próximo —lo señalaba con el dedo— había un montón de bloques calizos que había encontrado al limpiar el canal el invierno anterior. Bloques inscritos. No sabía leer los signos. Los había puesto allí porque no sabía qué hacer con ellos.

Jollois fue a verlos. Cuatro bloques de caliza blanca, del tamaño de melones, amontonados en un recodo de la margen. Cada uno llevaba jeroglíficos en relieve, de buena factura. Una inscripción administrativa, sin duda, o una fórmula votiva, del período del Imperio Nuevo. Procedían de un templo desmontado, reutilizados en un muro y caídos después al canal.

Jollois los dibujó. Luego los anotó en su registro, con el emplazamiento exacto y la descripción de los signos. Tomó el más pequeño de los cuatro —tres kilos, una cara inscrita y tres caras en bruto— y lo metió en su bolsa de campo.

Abdallah lo vio hacer. No dijo nada. Había mostrado aquellos bloques porque le parecían importantes, no porque esperase que se los llevaran. Pero el francés había dibujado primero. Eso ya era distinto del soldado que se apoderaba de todo sin más.

—El dibujo permanecerá aunque el bloque se pierda —dijo Jollois por medio del intérprete—. Me llevo el bloque para estudiarlo en París. Si no me lo llevo, el canal se lo llevará el año que viene y no quedará nada ni del bloque ni del dibujo.

Abdallah escuchó la traducción y se encogió de hombros —el gesto universal de quien no está convencido pero no tiene energía para debatir— y echó a andar de nuevo hacia la aldea.

IV - El tiempo que se estrecha

El 8 de marzo de 1801, unos dieciséis mil soldados británicos desembarcaron en Abukir y marcharon hacia Alejandría. La guerra que se había creído zanjada por el convenio de El-Arich acababa de reanudarse. Los sabios de la Comisión, reunidos en El

Cairo, comprendieron que su salida de Egipto dependería en adelante de una capitulación militar.

Menou movilizó a sus tropas. Pero sus hombres estaban dispersos entre Alejandría, El Cairo y el Alto Egipto. Reunirlas a tiempo era imposible. El 21 de marzo se libró una batalla indecisa cerca de Alejandría. Los franceses lucharon bien. Pero los británicos tenían dieciséis mil hombres y navíos. La guerra no se perdía en un día. Se perdía desde el 1 de agosto de 1798.

Del norte llegaban noticias alarmantes: un gran ejército otomano avanzaba a las órdenes del gran visir Yusuf Pachá. Veinte mil soldados otomanos, reforzados por los mamelucos. El cerco se cerraba. Los sabios comprendían que la capitulación era inevitable. La cuestión ya no era si, sino cuándo, y en qué condiciones sobrevivirían sus colecciones.

Fourier convocó una reunión extraordinaria de la Comisión la noche del 14 de marzo. Todos los sabios presentes en El Cairo estaban allí. Una veintena de hombres sentados alrededor de la gran mesa de la biblioteca del Instituto. Fuera se oían los pregones de los mercaderes que cerraban sus tenderetes.

—Señores —comenzó Fourier—, debemos preparar la defensa de nuestras colecciones. Los tratados de capitulación estipulan por lo general que los vencedores pueden apoderarse de los bienes pertenecientes al Estado vencido. Si nuestras colecciones se consideran propiedad del Estado francés, los británicos tendrán derecho a reclamarlas.

Un silencio. Luego tomó la palabra Jomard.

—Debemos lograr que se las reconozca como propiedades científicas internacionales, no como propiedades militares francesas. Nuestros trabajos pertenecen a la ciencia universal, no a un gobierno particular.

—Los británicos tienen naturalistas —dijo Geoffroy—. Un comisario llamado Hamilton conoce las antigüedades. Sabrán exactamente lo que tenemos.

Marcel intervino.

—La distinción entre propiedad institucional y propiedad personal será crucial. Lo que se ha comprado de nuestro propio bolsillo puede defenderse como tal. Lo que se ha reunido en nombre de la Comisión será más difícil de proteger.

La conversación se prolongó durante tres horas. Los sabios fijaron las grandes líneas de su estrategia. No se opondrían a la incautación por la fuerza. No tenían ni los medios ni la autoridad para ello. Pero harían valer sus derechos ante los comisarios británicos. Presentarían sus argumentos. Negociarían objeto por objeto si hacía falta.

Pasaron la noche del 15 de marzo elaborando un inventario paralelo. Un inventario oficial de todo lo que poseía la Comisión y un inventario personal de lo que cada sabio tenía a título propio. Marcel trabajó hasta las cinco de la madrugada. Abrió su registro por la página ochenta y siete. Releyó las entradas recientes. Una estatuilla de Anubis de bronce, de veintidós centímetros de altura, comprada en el Khan el-Khalili el 3 de septiembre de 1799 por ocho piastras al mercader Youssef ibn Khalil. Un papiro funerario fragmentario, de quince centímetros por veinte, comprado a un fellah de Saqqara el 17 de noviembre de 1799 por tres piastras. Un escarabeo de esteatita verde, de época ptolemaica, comprado en el bazar de Ezbekiyeh el 2 de febrero de 1800 por una piastra y media. Cada objeto tenía su historia. Cada transacción podía verificarse. Esa era su protección.

Su registro de compras abarcaba ciento doce páginas y ciento sesenta y dos entradas desde el primer mercado de Alejandría, casi tres años antes. Cada objeto adquirido a título propio figuraba en él con la fecha, el lugar, el precio pagado y, cuando lo conocía, el nombre del vendedor. Aquel registro se había llevado desde el principio con el rigor de un notario, porque Marcel había comprendido desde Alejandría que esa distinción acabaría importando.

—¿Resiste ese registro? —preguntó Fourier, que leía por encima de su hombro.

—Resiste en lo que es cierto. En lo demás, resiste si Hamilton no aprieta demasiado. Un comisario que quiera llevárselo todo siempre encontrará un pretexto. Un comisario que quiera ser razonable aceptará este registro como prueba suficiente.

—Entonces todo depende de Hamilton.

—Sí, todo depende de Hamilton.

La cuestión de la piedra de Rosetta preocupaba especialmente a los sabios. Era el objeto más importante que habían encontrado. Si partía hacia Londres, el desciframiento de los jeroglíficos se convertiría en una victoria británica. Pero Marcel había tomado sus precauciones. Un año antes había enviado a París copias a trazo de los calcos que había hecho en Rosetta. Esas copias habían llegado. Silvestre de Sacy, el gran especialista francés en textos orientales, las tenía en sus manos. Aunque la piedra partiera hacia Londres, los calcos permanecerían en París. El desciframiento podría hacerse a partir de las copias.

—La información y el objeto no son lo mismo —dijo Marcel—. La información viaja. El objeto, no. Esa batalla ya la hemos ganado.

En las semanas siguientes, los sabios se consagraron a la duplicación sistemática de sus trabajos. La biblioteca del Instituto se transformó en taller de copia. Se instalaron mesas a lo largo de las paredes, cada una destinada a un tipo de documento. Una mesa para los calcos de dibujos. Otra para la copia de las mediciones topográficas. Otra para las transcripciones de textos copiosos. Otra para las descripciones botánicas y zoológicas.

El trabajo era minucioso y agotador. Jollois supervisó la producción de ciento ochenta y tres calcos de sus dibujos más importantes. Los templos del Alto Egipto, las pirámides de Guiza y de Saqqara, las tumbas del Valle de los Reyes. Había reclutado a tres jóvenes dibujantes del ejército que sabían sostener un lápiz y

seguir un trazo. Les mostraba un dibujo original, les pedía que hicieran un calco rápido, solo los contornos, sin sombras ni detalles superfluos. Lo esencial de la información arquitectónica debía quedar plasmado. Lo demás podía sacrificarse a la rapidez.

Aquellos calcos se enrollaron en tubos de bambú y se confiaron a un mercader griego que se comprometió a enviarlos a París en el primer navío neutral. Jollois le pagó cincuenta piastras por adelantado y le prometió otras cincuenta si los tubos llegaban a su destino.

—¿Confía usted en él? —preguntó Jomard mientras veía partir la caravana.

—No. Pero no me queda otra opción. La única protección es multiplicar los envíos. Si uno se pierde, quizá llegue otro.

Jomard, por su parte, copió la totalidad de sus mediciones topográficas en un segundo juego de hojas. El trabajo le llevó nueve días. Trabajaba por las noches, a la luz de una lámpara, copiando cifra por cifra, ángulo por ángulo. Cada medida se verificaba dos veces. Una sola cifra errónea podía inutilizar toda una serie de cálculos. Sus cuadernos se llenaban de columnas de números, de croquis geométricos, de anotaciones al margen. Aquellas copias se conservarían separadas de los originales. Si se perdía una caja, la otra sobreviviría.

Geoffroy no podía duplicar sus frascos de peces. Un espécimen en alcohol no admitía copia. Pero dibujó cada espécimen con la precisión suficiente para que un naturalista pudiera reconocer la especie solo por el dibujo. Doscientas cuarenta especies, una por una, con anotaciones detalladas sobre la procedencia, el tamaño, los caracteres anatómicos distintivos. Aquellos dibujos no eran arte. Eran documentos científicos, fríos, precisos, desprovistos de expresión. Pero contenían toda la información necesaria para identificar la especie. Si los frascos llegaban a destruirse, los dibujos permitirían al menos conservar el saber que encerraban.

El 25 de marzo llegó a El Cairo una noticia alarmante. El ejército otomano del gran visir Yusuf Pachá avanzaba desde Siria. Su unión con las fuerzas británicas desembarcadas en Abukir era inminente. El Cairo quedaría pronto cercado.

Fourier convocó a los sabios esa misma noche.

—Señores, debemos acelerar nuestro programa de duplicación. Todo lo que pueda copiarse debe copiarse con rapidez. Después será demasiado tarde.

El ritmo se intensificó. Se trabajaba de la aurora a medianoche. Las lámparas de aceite ardían sin cesar. El olor de la tinta y del papel llenaba los pasillos. Los sabios trabajaban por parejas, uno dictando y el otro escribiendo.

El 8 de abril, un incidente interrumpió el trabajo. Jomard copiaba una serie de mediciones angulares tomadas en Dendera cuando su codo golpeó el tintero. La tinta se derramó sobre la hoja. Tres horas de trabajo perdidas. Miró la página arruinada, el negro que devoraba las cifras. Luego tomó una hoja nueva y empezó de nuevo. Cifra por cifra. Ángulo por ángulo. Geoffroy, en la mesa contigua, alzó los ojos. Cruzaron una mirada. Sin palabras. Solo la comprensión de que el trabajo continuaría, pasara lo que pasara. Se requisó a los escribientes militares para ayudar en la copia de los documentos administrativos.

La biblioteca parecía un scriptorium medieval. El ruido de las plumas sobre el papel, el crujido de las páginas al pasarlas, los cuchicheos entre copistas. A veces, una maldición ahogada cuando una mancha de tinta estropeaba una página casi terminada. Había que empezar de nuevo.

En abril, Jollois envió un segundo lote de calcos con una caravana mercantil que partía hacia Alejandría. Pagó de nuevo cincuenta piastras por adelantado al jefe de la caravana. Era prudencia, no paranoia. Los navíos se hundían. Las cajas se caían de los carros. Los incendios asolaban los almacenes. Los ladrones

merodeaban por los caminos. La única protección era la duplicación y la multiplicación de las vías de envío.

Paralelamente al trabajo de copia, los sabios elaboraban su estrategia jurídica para el enfrentamiento con los comisarios británicos. Redactaron una lista de los objetos que defenderían con prioridad. La piedra de Rosetta a la cabeza, seguida de los grandes sarcófagos, las estatuas monumentales, las colecciones naturalistas de Geoffroy, los levantamientos cartográficos de Jomard y los cuadernos de Jollois. Para cada categoría prepararon argumentos basados en la distinción entre propiedad institucional y propiedad personal, entre objetos reunidos y obras creadas.

Marcel formuló la doctrina que guiaría su defensa: los cuadernos de dibujo no eran curiosidades, sino herramientas de trabajo. Los calcos no eran antigüedades, sino papel y tinta producidos por los propios sabios. Los instrumentos científicos eran útiles profesionales, no trofeos de guerra. Los especímenes naturalistas pertenecían al reino de la naturaleza, no a un Estado particular.

—En los tratados han escrito que los vencedores pueden apoderarse de las curiosidades naturales y artificiales —dijo Marcel—. Nos toca demostrar que nuestros trabajos no son curiosidades. Son producciones científicas.

—Los británicos querrán llevárselo todo —respondió Jomard—. Nuestros argumentos no bastarán.

—Nuestros argumentos crearán zonas grises —dijo Fourier—. En esas zonas grises la negociación se vuelve posible. Un comisario razonable aceptará dejar algunas cosas. Ahí es donde debemos concentrar nuestros esfuerzos.

—¿Y si Hamilton no es razonable? —preguntó Geoffroy.

—Entonces lo perderemos todo. Pero al menos lo habremos intentado. Y las copias sobrevivirán.

También se debatió la cuestión moral del expolio. En una reunión de abril, Jomard planteó el problema que los preocupaba a todos sin que nadie osara formularlo con claridad.

—Hemos reunido objetos de tres clases distintas. Primero, observaciones científicas. Mediciones, dibujos, notas que hemos producido nosotros mismos. Esas observaciones nos pertenecen sin discusión. Segundo, especímenes naturalistas que hemos recogido en la naturaleza. Peces, plantas, minerales. Esos especímenes no pertenecen a nadie en particular, y nuestra recogida no priva a nadie de nada. Tercero, objetos extraídos de yacimientos arqueológicos. Tumbas, templos, necrópolis. Esos objetos pertenecían a Egipto. Nosotros los hemos tomado.

Geoffroy intervino.

—La distinción es clara en teoría. En la práctica, es más complicada. Los fellahs que saquean las tumbas para vendernos objetos, las habrían saqueado de todos modos. Nuestra presencia no ha hecho sino acelerar un proceso que ya existía.

—Eso no es una justificación —respondió Jomard—. Es un atenuante. No es lo mismo.

Jollois, que había permanecido callado durante todo el debate, tomó por fin la palabra.

—La cuestión no es solo moral. Es práctica. Si admitimos que esos objetos pertenecen a Egipto, no tenemos ningún argumento para defenderlos frente a los británicos. Si los reivindicamos como nuestros, debemos asumir lo que eso significa. Los hemos tomado. Nos los quedaremos. Y publicaremos nuestros trabajos para justificar esa apropiación. Es nuestra única coherencia posible.

Fourier asintió.

—La cuestión —dijo Fourier— no es saber si hemos acertado o errado al tomar esos objetos. Esa discusión es académica. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? Tenemos esos objetos. Los británicos van a reclamarlos. ¿Piensa alguno de ustedes que deberíamos cedérselos voluntariamente, en nombre de principios morales?

Nadie respondió. La pregunta estaba formulada, pero la respuesta era evidente. Ningún sabio de aquella sala estaba dispuesto a ceder voluntariamente tres años de trabajo.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Fourier—. Defendemos nuestras colecciones. Pero lo haremos sabiendo por qué lo hacemos. No solo porque sean nuestras colecciones, sino porque creemos que la ciencia francesa hará de ellas mejor uso que los militares británicos.

Marcel añadió un punto crucial.

—¿Y si los británicos hacen de ellas mejor uso que nosotros? El British Museum es una institución seria. Sus sabios son competentes. Nuestro argumento de superioridad científica solo se sostiene si de verdad publicamos nuestros trabajos. Si nuestras colecciones acaban en cajas en París durante veinte años, los británicos habrán tenido razón en quitárnoslas.

—Es un punto importante —reconoció Fourier—. *La Description* debe publicarse. Será la justificación de todo lo que hemos hecho aquí.

El 12 de mayo llegó un correo de Alejandría. Un oficial francés con permiso traía noticias: los británicos habían solicitado oficialmente al general Menou la lista completa de las antigüedades reunidas por el Instituto de Egipto. Fourier leyó la carta dos veces. Ya no era una hipótesis. Los comisarios británicos vendrían con exigencias precisas. Hamilton probablemente tenía ya preparado su inventario.

En mayo, las noticias militares se fueron precisando. Los británicos, tras consolidar su posición en Alejandría, avanzaban lentamente hacia el interior. Los otomanos progresaban desde el nordeste. La convergencia sobre El Cairo era inevitable. Ya solo era cuestión de semanas.

Los sabios intensificaron aún más sus esfuerzos. El tiempo, en efecto, se agotaba. Cada día traía nuevas restricciones, nuevas urgencias, nuevas decisiones que tomar. ¿Qué copiar en primer

lugar? ¿Qué dejar? ¿Cómo repartir los recursos limitados —el papel, la tinta, el tiempo, la atención— entre unos proyectos que parecían todos igualmente urgentes?

Fue en esos momentos cuando la diferencia entre los sabios se hizo visible. Algunos se dejaban llevar por el pánico, querían salvarlo todo, emprendían diez proyectos de copia simultáneos sin terminar ninguno. Otros, como Jomard, conservaban su método, establecían prioridades claras y se atenían a ellas sin dispersarse.

Fourier observaba todo aquello con una atención particular. Tomaba notas. No sobre los objetos, sino sobre los hombres. Cómo reaccionaba cada uno ante la presión. Quién conservaba la lucidez. Quién la perdía. Aquellas notas no servirían jamás en la *Description de l'Égypte*. Pero le ayudarían, años más tarde, a redactar con precisión el prefacio de la Description: no solo había medido Egipto, sino que había observado a quienes lo medían.

A finales de mayo, Fourier pasó por el taller pasada la medianoche. Las lámparas seguían encendidas. Tres copistas trabajaban en silencio, inclinados sobre sus hojas. Uno copiaba mediciones topográficas. Otro calcaba el dibujo de un templo. El tercero transcribía descripciones botánicas. Fourier se detuvo en el vano de la puerta. Pensó en lo que se estaba jugando en aquella estancia. Si los británicos se lo llevaban todo, aquellas copias serían lo que quedaría. La información sobreviviría a los objetos. Quizá fuera eso, a fin de cuentas, la verdadera victoria.

A principios de junio se convocó una última reunión. Los ejércitos enemigos ya no estaban sino a unos días de marcha de El Cairo. La capitulación era inminente. Los sabios debían tomar sus últimas disposiciones.

Jollois hizo el inventario final de sus tubos el 20 de junio. Veintitrés tubos de cobre que contenían dos mil ochenta y siete dibujos. Doscientos treinta y siete cuadernos de notas. Ciento ochenta y tres calcos ya expedidos. Redactó la lista en una hoja que dobló en cuatro y se guardó en la chaqueta.

—Señores —dijo Fourier—, hemos hecho lo que podíamos. Nuestros trabajos están duplicados. Nuestros inventarios, completos. Nuestros argumentos, listos. Los británicos llegarán con sus listas. Nosotros tenemos las nuestras. Lo que ocurra después dependerá de la negociación. Pero estamos tan preparados como es posible estarlo.

Jollois tomó la palabra.

—Defenderemos nuestras colecciones hasta el final. No por orgullo, sino porque tres años de trabajo no pueden desaparecer en los almacenes de un museo británico sin haber servido a la ciencia.

La tensión era palpable. Los sabios sabían que los días siguientes decidirían la suerte de sus colecciones. Pero sabían también que habían hecho todo lo posible por protegerlas.

En los últimos días de junio, El Cairo era una ciudad en suspenso. Las tropas francesas esperaban. Los sabios esperaban. La población esperaba. Todos sabían que algo iba a ocurrir, pero nadie sabía exactamente qué ni cuándo.

V - La derrota de El Cairo

El 27 de junio de 1801, la situación militar era insostenible. Menou, bloqueado en Alejandría, no podía socorrer El Cairo. El general Belliard, que mandaba la guarnición, abrió negociaciones de capitulación con el gran visir Yusuf Pachá.

Se negoció un convenio. Una cláusula, deslizada en un principio en los proyectos británicos, abarcaba potencialmente el conjunto de las colecciones de la Comisión. Se firmaría en septiembre, en Alejandría, con el número dieciséis.

La cláusula era breve. Cabía en una sola frase: los manuscritos árabes, las estatuas y las demás colecciones reunidas para la República francesa serían considerados propiedad pública, a disposición de los generales del ejército aliado. Aquella frase, leída por primera vez en voz alta por Fourier en la sesión extraordinaria

del 28 de junio de 1801, en el proyecto transmitido por los británicos, fue seguida de un silencio que Jollois comparó después, en su diario, con el silencio que sigue al anuncio de una muerte. Luego todos hablaron a la vez. Geoffroy. Marcel. Jomard. Voces sobre voces. Fourier levantó la mano. El silencio volvió.

—Las demás colecciones —dijo Geoffroy—. Eso abarca mis frascos. Tres años de colecciones naturalistas. La fauna completa del Nilo. Doscientas cuarenta especies que nadie ha descrito todavía.

—Las demás colecciones incluyen mis cuadernos —dijo Jollois—. Doscientos treinta y siete cuadernos. Los únicos levantamientos completos de los templos del Alto Egipto que se hayan hecho jamás.

—Las estatuas incluyen la piedra de Rosetta —dijo Marcel—. La única clave para descifrar los jeroglíficos que hemos hallado en tres mil años.

Fourier había releído la cláusula. Los manuscritos árabes, las estatuas y las demás colecciones. Buscaba una grieta en la formulación. «Estatuas» abarcaba los colosos, los sarcófagos. «Colecciones» abarcaba los papiros, las monedas, los frascos de Geoffroy, los herbarios, las osamentas. ¿Eran los cuadernos de dibujo colecciones reunidas para la República? ¿Podía considerarse el cuaderno de trabajo de un artista una colección en el sentido de un tratado de capitulación? Fourier dejó el texto. Volvió a leerlo.

La piedra de Rosetta: indiscutible. Las improntas de Marcel —papel y tinta fabricados por el propio Marcel—, ¿colección u obra intelectual?

—La cláusula es deliberadamente vaga —dijo Fourier—. Han escrito «demás colecciones» para poder llevárselo todo. A nosotros nos toca encontrar lo que esas palabras no cubren.

Fue el comienzo de la estrategia jurídica que ocuparía a los sabios durante los cinco días siguientes. No una resistencia militar. No tenían armas y no habrían sabido usarlas. Una resistencia textual.

Encontrar en las palabras del convenio los intersticios por donde hacer pasar sus colecciones. Los cuadernos no eran curiosidades. Las improntas no eran antigüedades. Los instrumentos científicos eran herramientas profesionales, no trofeos. Cada categoría de objeto tenía su línea de defensa.

En los días que siguieron a la lectura de la cláusula, algo curioso ocurrió en las callejuelas en torno al Instituto. Los mercaderes del Khan el-Khalili empezaron a acercarse. No los mercaderes corrientes de telas y especias. Los otros, los que llevaban años vendiendo antigüedades, los que sabían leer en los gestos de los clientes europeos lo que querían comprar antes de que ellos mismos lo supieran.

Suleiman al-Qabbani —el mismo que había acudido a Tanis un año antes con su zurrón de lona— se presentó a la puerta del Instituto la mañana del 30 de junio con una caja de madera. En su interior, veintidós *ushebtis* de piedra caliza pintada, cinco escarabeos de fayenza azul, tres amuletos de oro de la Baja Época. Había dejado la caja sobre la mesa del guardián y había dicho, por medio de un chiquillo que hacía de intérprete: «Precio normal. Antes de que los ingleses se lo lleven todo».

Marcel, que pasaba por allí por casualidad, había examinado el contenido de la caja. Los *ushebtis* eran auténticos, de época tebana, de la dinastía XVIII o XIX, de piedra caliza pintada con pigmentos aún vivos. Los escarabeos eran de fayenza de calidad. Los amuletos de oro eran genuinos.

—¿De dónde proceden estos objetos? —había preguntado.

El chiquillo había traducido. Suleiman al-Qabbani había respondido sin vacilar: de Tebas, de la tumba de un funcionario hallada el invierno anterior por unos fellahs que cavaban para ampliar su bodega. Él los había comprado. Ahora los revendía porque sabía que la Comisión abandonaba Egipto y que los británicos, menos conocedores, pagarían peor.

Marcel había comprado la caja entera. Precio: cuarenta piastras. Había redactado un recibo fechado el 30 de junio en su registro personal. Los veintidós *ushebtis* habían pasado al inventario personal de Marcel —no a las colecciones del Instituto— y escaparían, por tanto, en teoría, a la cláusula del artículo dieciséis. El mercado local funcionaba así: anticipaba los fallos de los tratados y se adaptaba a ellos antes incluso de que se conocieran.

La respuesta de Geoffroy fue distinta. No buscaba un intersticio jurídico. Buscaba una correlación de fuerzas.

Geoffroy escribió al general Belliard una carta de una página. Sobria, sin lirismo. En ella explicaba que sus colecciones naturalistas representaban tres años de trabajo de campo sin equivalente, que doscientas cuarenta especies de la fauna del Nilo y del Delta no habían sido descritas aún por la ciencia europea, y que, si los comisarios británicos las confiscaban, estaba dispuesto a destruirlas antes que cederlas.

—No es una amenaza emocional —le dijo a Fourier cuando este leyó el borrador—. Es una información. Les indico lo que ocurrirá si la cláusula se aplica estrictamente a mis colecciones.

—¿Le creerán?

—Las habré quemado antes de que decidan si me creen o no.

Fourier dobló el borrador. Geoffroy no era de los que farolean. Había pasado tres años en aquel país saliendo de galerías a rastras, con las manos en el barro, transportando él mismo sus frascos de alcohol bajo el calor. Había meditado aquella amenaza antes de escribirla. No era un impulso, sino una decisión. Si aquellos frascos partían a Londres, dormirían en un sótano, abiertos por alguien que no sabría por qué importaba un *Polypterus bichir*. Más valía que no existieran. Si le quitaban sus colecciones, las quemaría. Porque era la única respuesta coherente con lo que pensaba de su trabajo: que le pertenecía a él, no al ejército que lo había financiado.

—Envíe la carta —dijo Fourier.

Desde la noche en que la flota francesa ardió y se hundió en Abukir, los sabios sabían que estaban cortados de París. Ningún navío francés en los puertos. Los correos partían por rutas terrestres inciertas, vía Constantinopla y Viena, y tardaban seis meses en llegar.

Desde 1799, algunos habían empezado a enviar paquetes en navíos neutrales —buques daneses, suecos, norteamericanos— que hacían escala en Alejandría para el comercio de cereales. Los británicos no inspeccionaban esos navíos: controlaban el mar, pero seguían sin tener derecho de captura sobre los neutrales.

Fourier había enviado así, en un bergantín danés, en octubre de 1799, un rollo de papel con treinta hojas de notas lingüísticas sobre la lengua copta. Su primer ensayo de gramática. Cuando regresó a París en 1801, las treinta hojas lo esperaban en el Instituto, ligeramente mohosas pero legibles.

Marcel había procedido de otro modo. En marzo de 1800, había encargado a un maltés conocido suyo dos copias lineales de las improntas de la piedra de Rosetta. No las improntas originales, que se negaba a dejar partir, sino calcos lineales hechos a partir de las improntas. Aquellas copias llegaron a París en julio de 1800, donde Silvestre de Sacy las consultó de inmediato. Fue la primera vez que un orientalista europeo vio una reproducción fiel de la inscripción de la piedra de Rosetta.

Jollois había intentado enviar un legajo de dibujos en un navío norteamericano en enero de 1800. El navío fue interceptado por una fragata británica a la altura de Creta y registrado. Los papeles de Jollois fueron confiscados, examinados y luego devueltos. Los británicos concluyeron que se trataba de levantamientos artísticos sin interés militar. Pero la lección había sido clara: los envíos por medio de neutrales no eran fiables.

Jollois adoptó entonces otro método. Todos los documentos esenciales —sus dibujos más importantes, los levantamientos de Marcel, las mediciones de Jomard— se copiaron por duplicado. Un original se quedaba con el sabio. Una copia partía en la

primera ocasión disponible. Si la copia llegaba, bien. Si era interceptada, el original sobrevivía.

Jomard había resumido la lógica en una nota a Fourier: la Comisión se hallaba en la situación de los soldados que entierran sus municiones en varios lugares antes de una batalla. Si se capturaba el primer depósito, quedaba otro. Los documentos eran sus municiones. El precio de una captura era la pérdida de un año de trabajo y no de todo.

La duplicación había funcionado con la mayoría de los lotes. No con todos. Dos cuadernos de Jollois enviados en un navío sueco en 1800 no llegaron nunca a París. Sus duplicados sobrevivieron. Nunca se supo qué había sido de los originales. Hundidos en el mar, confiscados, perdidos en los vaivenes del comercio levantino.

Aquellos dos cuadernos desaparecidos representaban unos doscientos dibujos de la región del Delta. Los yacimientos de Sais, de Bubastis, de Tanis, que Jollois había visitado durante el verano de 1800 y que no volvería a ver jamás. Sus copias, menos detalladas, figurarían en *la Description de l'Égypte* con la discreta mención: según copias, al haberse perdido los originales.

Era la única huella pública de aquellas pérdidas. Jollois no habló jamás de ellas en sus memorias.

Había ahí, Fourier lo veía, una asimetría fundamental entre lo que los franceses tomaban de Egipto y lo que los británicos quitarían a los franceses. Los franceses tomaban objetos —piedras, bronce, papiros— y copias de esos objetos. Los británicos, cuando llegara la capitulación, tomarían los objetos. Pero no las copias. Las copias eran papel y tinta. No tenían valor en los inventarios de un tratado de paz. No adornaban las galerías de un museo. No se depositaban en las vitrinas.

Esa asimetría, Fourier la había formulado con claridad en una sesión del Instituto:

—Se llevarán los originales. Nosotros conservaremos las copias. Las copias son el verdadero botín.

Lo había dicho de pie, frente a las cajas, sin vacilar. Lo que no había dicho —y que formularía años más tarde, en sus notas para *la Description*— era que aquella asimetría no era accidental. La precaución del vencido, aplicada desde antes de la derrota. Era sin duda la única forma de inteligencia estratégica que los sabios habían ejercido de verdad desde el principio. Pero, al sentarse después, se preguntó si era cierto o si era simplemente lo que uno se cuenta para soportar aquello que no ha podido impedir.

Habían tenido cinco días.

Cinco días entre la firma de la capitulación y la partida de la columna. No bastaban, y nadie lo decía.

Lo que aquellos hombres hicieron durante esos cinco días no se parecía a lo que habían preparado. Habían preparado argumentos —listas, memorias, distinciones jurídicas entre curiosidad y obra, entre propiedad personal y colección del Instituto—. Lo que hicieron en realidad fue trabajar sin hablar. Sin sesiones. Sin discusiones. Cada uno en sus almacenes, junto a sus cajas. Las conversaciones que hubo fueron breves y técnicas: qué cuerda, qué peso por rueda, cuántas capas de lienzo para los frascos.

Fueron los cinco días más silenciosos de la expedición.

Una noche, Fourier fue a ver a Jollois y le habló de la larga cadena que atraviesa la historia. Los romanos que habían vaciado Egipto de sus obeliscos, los cruzados que habían saqueado Bizancio, los reyes que habían llenado sus gabinetes de curiosidades. Cada época con sus justificaciones. La víctima, en cambio, seguía siendo la misma. Jollois lo escuchó. No respondió nada sustancial. Fourier se marchó. La conversación se produjo porque tenía que producirse. No cambió nada.

Lo que sí cambió algo fue que, la mañana del quinto día, cuando los carros estuvieron listos, nadie dio una orden. Los hombres salieron al patio por sí mismos, se organizaron por sí mismos,

ocuparon su lugar en la columna sin que se les pidiera. Era la primera vez en tres años que los sabios se comportaban como soldados.

Un olor a madera, cola y alcohol flotaba en los pasillos del Instituto cuando la columna empezó a formarse en el patio. Jollois recorrió por última vez las salas. Las paredes conservaban las huellas de las colecciones que habían ocupado las mesas durante tres años. Círculos de polvo allí donde habían reposado los frascos, líneas de tiza allí donde Jomard había fijado sus hojas de mediciones. Agujeros de clavos en las vigas donde se habían colgado las momias para los dibujos anatómicos.

Jollois salió al patio. La columna esperaba. Los carros estaban cargados. Las bestias de carga resoplaban en el calor de la mañana. Jollois comprobó por última vez que sus alforjas estaban bien sujetas al flanco del caballo que le habían asignado.

El Egipto que Francia conservaría cabía en lo que un hombre podía llevar sobre una silla de montar. Lo que había tomado a Egipto se quedaba allí, en las cajas que los británicos abrirían dentro de dos meses. Se pasó la correa de la alforja por el hombro. No esperaba la señal de la columna. Salió del patio el primero.

VI - La marcha hacia Alejandría

El 2 de julio comenzó la evacuación de El Cairo. Trece mil soldados, doscientos civiles, todos los sabios de la Comisión saliendo de la ciudad en columna. Algunos miraban atrás. La mayoría miraba al frente.

A última hora de la tarde, una patrulla otomana cortó el camino a la columna. Veinte jinetes turcos de uniforme, al mando de un bey que hablaba francés. Venían del campamento del gran visir.

El general Damas avanzó solo para hablar. El bey desmontó. El intercambio duró diez minutos. Los sabios, agrupados en el centro de la columna, no podían oír, pero veían los gestos. El bey

señalaba hacia el norte. Damas mostraba un documento, probablemente el convenio de capitulación firmado con los británicos. Fourier se acercó hasta quedar al alcance de la voz. Oyó al bey decir en francés:

—Abandonan El Cairo. Está bien. Pero sus cajas se quedan en Egipto.

Damas respondió algo que Fourier no captó. El bey insistió:

—Esos objetos pertenecen a Egipto. Ustedes los han tomado de nuestros templos, de nuestras tumbas. No partirán.

—Señor, hemos firmado un convenio con las autoridades británicas. Es con ellas con quienes debe discutir esas cuestiones.

Hizo un gesto hacia sus jinetes. Veinte lanzas se alzaron. Damas no se movió.

—Si intenta detener esta columna, declara la guerra a Francia y a Gran Bretaña simultáneamente. No creo que Constantinopla se lo haya ordenado.

El bey vaciló. Miró las cajas de los carros, los trece mil soldados franceses desplegados en orden de batalla, y luego el horizonte vació a su espalda. Ningún refuerzo otomano a la vista.

Volvió a montar a caballo.

—Los acompañamos hasta Alejandría. Para vigilar.

—Como quiera.

La patrulla turca siguió a la columna a cien metros de distancia durante dos días. Los jinetes no hablaban con nadie. Al alba del 5 de julio habían desaparecido. Damas supuso que habían regresado a rendir cuentas al gran visir.

Esa noche, Jollois preguntó a Fourier:

—¿Cree que volverán?

—¿Los otomanos? No. Saben que han perdido Egipto. Lo que quieren saber es si de verdad lo hemos vaciado. Ahora ya lo saben.

—¿Y entonces?

—Entonces esperarán a que los británicos nos quiten nuestras cajas. Después, reclamarán esos mismos objetos a los británicos. Es más sencillo que quitárnoslos a nosotros.

Jollois asintió con la cabeza. La lógica era implacable.

Los sabios marchaban en medio de la columna con su equipaje en carros. Estaban aliviados de escapar al peligro, tristes de abandonar Egipto, inquietos por las colecciones.

No se avanzaba deprisa. Trece mil soldados con carros en la arena avanzan despacio, a un ritmo marcado por las paradas y las redistribuciones de carga cuando un animal cojea o una rueda se hunde.

Jollois caminaba a pie la mayor parte del tiempo para no fatigar a su caballo. Cada vez que el animal tropezaba con una piedra o en un hueco de arena, oía los tubos golpear sordamente dentro de las alforjas y se volvía.

La principal inquietud de Geoffroy era el calor sobre sus frascos de alcohol. El vidrio se dilata con el calor, el alcohol también, pero no al mismo ritmo. Y si la dilatación provocaba una fisura microscópica, el alcohol se evaporaría y los especímenes se degradarían en pocos días. Había envuelto cada frasco en dos capas de lienzo húmedo que sus ayudantes renovaban en cada parada, sacando agua de sus reservas.

—Está desperdiciando agua —le dijo un oficial que había reparado en la maniobra.

—Estos especímenes no pueden reemplazarse. El agua, sí.

El oficial se alejó sin insistir. Con el calor de julio, con hombres que padecían sed, el argumento no resultaba convincente. Pero Geoffroy continuó.

El cuarto día, una de las cajas de Jomard resbaló del carro al pasar una duna y se entreabrió en la arena. Los hombres se detuvieron. Jomard saltó del caballo, apartó a los soldados que intentaban

ayudarle y examinó los rollos uno por uno. Tres de ellos tenían ligeras trazas de arena en los pliegues de la tela encerada. Nada había penetrado en el papel.

Jomard volvió a clavar la caja, la hizo cargar de otra manera, tum-bada, con una cuerda adicional.

—Tiene usted suerte —dijo Fourier, que había presenciado toda la escena.

—No es suerte. Es cuerda.

Al anochecer del 6 de julio, dos soldados de la guardia trajeron de vuelta al campamento a un desertor. Un joven de unos veinte años, originario de Lyon a juzgar por su acento, que había huido de El Cairo tres días antes de la evacuación. Lo habían encontrado escondido en un palmeral, hambriento, con los pies ensangrentados.

El general Damas lo hizo llevar a su tienda. Fourier, que pasaba cerca, oyó el interrogatorio.

—¿Por qué desertaste?

—Quería quedarme en Egipto, mi general. No volver a Francia.

—¿Quedarte para hacer qué?

—Trabajar. Casarme, quizá. Aquí puedo vivir. En Francia vuelvo a la fábrica.

Damas lo miró sin decir nada durante un largo rato.

—¿Sabes lo que les ocurre a los desertores?

—Sí, mi general.

—¿Lo sabes y desertaste de todos modos?

—Tengo veintitrés años. He pasado tres años aquí. He aprendido árabe. Ahora conozco El Cairo mejor que Lyon. ¿Qué voy a hacer yo en Francia?

Damas hizo salir al desertor y llamó a su ayudante de campo. Fourier oyó la sentencia: treinta latigazos y luego reincorporación

a las filas. Nada de ejecución. El desertor fue atado a una rueda de carro. El látigo restalló treinta veces. El hombre no gritó.

A la mañana siguiente marchaba con su compañía, con la espalda rayada de marcas rojas bajo la camisa. Geoffroy, que tenía conocimientos médicos, le dio un bálsamo.

—Póngase esto esta noche. Evitará la infección.

—Gracias, señor.

—¿Por qué desertó usted de verdad?

El soldado vaciló. Luego dijo:

—Porque no quiero ver lo que va a pasar en Alejandría. Vamos a entregar nuestros descubrimientos a los ingleses. Yo cargaba las cajas del señor Jomard en Tebas. Vi lo que se midió, lo que se dibujó. Y ahora lo entregamos todo. Prefería quedarme aquí.

Geoffroy no respondió nada. El soldado volvió a su compañía.

Esa noche, Geoffroy contó a Marcel la conversación.

—Ese muchacho ha comprendido algo que muchos oficiales aún no han comprendido. No volvemos como vencedores. Volvemos como desposeídos.

—Lo ha comprendido. Y por eso ha recibido treinta latigazos.

—Sí. Eso también es una forma de comprensión.

El desertor marchó con la columna hasta Alejandría. Fourier supo más tarde que, tras la capitulación, se había alistado en la infantería colonial británica. No regresó jamás a Francia.

El 7 de julio, una tormenta de arena se abatió sobre la columna en el momento en que hacía alto en una aldea del Delta. Los soldados se resguardaron como pudieron en las casas abandonadas o bajo los carros volcados. La arena no llegaba de un solo lado. Venía de todas partes a la vez, arremolinándose desde los cuatro puntos del horizonte, buscando los resquicios, las bocas abiertas, los ojos entornados. Los hombres se cubrían el rostro con los capotes y respiraban a través de la tela. Los caballos volvían la

grupa al viento cerrando los ojos, con los ollares apretados. Los camellos se arrodillaban y esperaban, pacientes e indiferentes, como si llevaran esperando tormentas de arena desde siempre, lo cual era más o menos el caso.

Los sabios cubrieron sus cajas con mantas y tiendas improvisadas y pasaron dos horas sujetando las protecciones contra el viento, con los dedos crispados sobre las correas que las ráfagas les arrancaban. La arena se infiltraba por todas partes. En la ropa, en los ojos, bajo los tapones de corcho. Jollois sostenía a su caballo con una mano y con la otra mantenía una manta sobre sus alforjas, con el rostro vuelto contra el cuello del animal para poder respirar.

Geoffroy iba de caja en caja gritando instrucciones que el viento se llevaba antes de que llegaran a su destino. Había comprendido desde el comienzo de la marcha que los frascos de alcohol eran el punto débil de su colección. El único punto en que un fallo físico podía destruir irremediablemente tres años de trabajo. Un tubo de Jollois mojado eran dibujos borrosos. Un rollo de Jomard cubierto de arena eran mediciones recuperables con un poco de trabajo. Pero un frasco roto dentro de una caja, el alcohol derramándose sobre los demás frascos, al contacto con una linterna, era toda la colección de la fauna del Nilo la que se convertía en humo. Hizo apagar todas las linternas en cincuenta metros a la redonda. Se trabajó en la oscuridad absoluta, a tientas, reconociendo las cajas por sus formas y por el modo en que respondían a los golpes con el puño.

Sus ayudantes —dos jóvenes estudiantes de la Escuela Politécnica que habían soportado mal el calor del desierto durante todo el trayecto— trabajaron aquella noche sin quejarse. Cada caja comprobada, cada correa apretada de nuevo, cada tapón revisado en la oscuridad. Cuando la tormenta amainó hacia las cuatro de la madrugada, Geoffroy aún tenía las manos crispadas sobre la correa de la última caja.

Por la mañana, el balance: un tapón arrancado en un tubo de Jollois, tres hojas con las tintas ligeramente corridas, un frasco de peces que presentaba una microfisura en la base. Los especímenes fueron trasladados al frasco de repuesto que Geoffroy había llevado precisamente para esa eventualidad.

No era casualidad. Era previsión.

El 9 de julio, hacia mediodía, la columna se cruzó con un convoy de refugiados coptos que huían hacia Alejandría. Una treintena de familias con sus asnos cargados de bultos, niños que caminaban descalzos sobre la arena, ancianos transportados en parihuelas improvisadas.

Su jefe, un sacerdote que hablaba francés, se acercó a Damas.

—Mi general, huimos de las represalias. Desde que los franceses abandonan El Cairo, las milicias otomanas queman nuestras iglesias. Vamos a Alejandría a ponernos bajo protección británica.

Damas mandó repartir agua. El sacerdote la rechazó.

—Guarde su agua para sus soldados. Tenemos pozos a dos horas de aquí. Pero dígame, ¿protegerán los británicos a los cristianos cuando ustedes se hayan ido?

—No lo sé, padre. No es asunto mío.

—Era asunto suyo cuando nos prometieron la libertad religiosa en 1798. Ahora ustedes se van y nosotros nos quedamos.

Damas no respondió. El sacerdote regresó junto a su convoy.

Marcel había escuchado el intercambio. Dijo a Fourier:

—Prometimos muchas cosas al llegar. La liberación de los egipcios del yugo otomano. El fin de la opresión de los coptos. La modernización del país. Nos vamos dejando Egipto exactamente como lo encontramos. Peor, quizá.

—Pese a todo, dejamos algo. Las mediciones de Jomard. Los dibujos de Jollois. *La Description de l'Égypte* será publicada.

—Sí. Dejamos libros. Ellos se quedan con las represalias.

Los refugiados coptos siguieron hacia el norte. La columna francesa, hacia el noroeste. Los dos grupos se separaron en una bifurcación de la pista.

Jomard, que no había dicho nada durante todo el intercambio, preguntó al sacerdote antes de que se alejara:

—Su iglesia de El Cairo, la de San Sergio, ¿ha ardido?

—No, señor. Todavía no. Pero arderá.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque siempre arde. Cada veinte años, cada treinta. Es la historia de Egipto. Vosotros solo estabais de paso.

El octavo día de marcha atravesaron una aldea cuyos habitantes habían huido. Casas cerradas, calles vacías, olor a pan caliente procedente de una panadería abandonada hacía apenas unas horas. La columna no se detuvo. Los soldados marchaban con la mirada al frente.

Unos soldados se apartaron de la columna. Dos minutos después salieron de un patio. Uno de ellos llevaba una tinaja de barro cocido, de un metro de alto. En su interior, el tintineo de algo metálico. Un oficial los hizo volver. La tinaja quedó abandonada al borde de la pista.

Jollois se detuvo. Levantó la tinaja. Dentro había siete monedas de bronce ptolemaicas, tres escarabeos de fayenza y un amuleto de Upuaut de caliza pintada. El tesoro doméstico de una familia que había huido dejando lo que no podía llevar consigo.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Jomard.

Jollois examinó las monedas una por una, les dio la vuelta, las fechó mentalmente. Ptolomeo IV o V, a juzgar por el perfil. Los escarabeos eran de buena factura. El amuleto de Upuaut era de caliza cuidadosamente pintada, con los ojos trazados en ocre rojo.

Jollois volvió a meterlos en la tinaja. La dejó al pie del muro de la casa más cercana, a la sombra. Allí donde el dueño la encontraría al regresar, si regresaba. La colocación era deliberada. No

al borde de la pista, donde cualquier otro la recogería, sino al abrigo del muro, en un hueco que Jollois hizo con el talón de su bota para que la tinaja no rodara.

—Sigamos.

Se reincorporaron a la columna. La tinaja se quedó junto al muro. El último día antes de Alejandría vieron por primera vez en tres años el mar Mediterráneo. Algunos soldados gritaron. Los sabios miraron en silencio. La luz sobre el agua era distinta de la que había sobre la arena. Más fría, más móvil, un azul mediterráneo que Jollois había intentado pintar al partir de Tolón, tres años atrás, sin dar con el color exacto.

—El mar —dijo Fourier.

Aquellas palabras no decían nada en particular. Fourier quería decir: y ahora los británicos.

El 13 de julio por la mañana, a unos veinte kilómetros de Alejandría, dos oficiales británicos a caballo alcanzaron la columna. Venían del campamento del general Hutchinson con una orden de misión firmada: inspeccionar el equipaje francés antes de la entrada en la ciudad.

Damas los recibió con una cortesía glacial.

—Señores, entraremos en Alejandría con nuestras cajas selladas. La inspección tendrá lugar después de la capitulación oficial del general Menou, no antes.

El teniente británico, un joven de unos treinta años llamado Thornton, insistió:

—Tenemos orden de comprobar que no transportan municiones ni material de guerra. Es una formalidad.

—Una formalidad que esperará a la firma de la convención. Hasta entonces, mis carros no se abren.

Thornton miró las cajas alineadas sobre los carros. Podía ver los números pintados en los costados: I, II, III... hasta LXIII. Sesenta y tres cajas bajo lonas.

—General, si rechaza la inspección, podemos retrasar su entrada en Alejandría varios días.

—Retrásenla. Acamparemos aquí mientras tanto.

El otro oficial británico, de más edad, intervino:

—Teniente, déjelo. Son sabios, no contrabandistas. Sus cajas contienen piedras y dibujos. El general Hutchinson lo sabe.

Thornton dudó, luego saludó y se marchó con su colega.

Fourier preguntó a Damas:

—¿Cree que de verdad van a bloquearnos?

—No. Querían ver nuestras reacciones. Saber si teníamos algo que ocultar. Ahora saben que defenderemos nuestras cajas.

—¿Y eso es bueno?

—Depende. Si Hamilton es un negociador, sí. Si es un saqueador, no.

La columna reanudó la marcha. A las once, las murallas de Alejandría aparecieron en el horizonte. Las fragatas británicas fondeaban en el puerto. El humo de sus cocinas subía recto hacia el cielo sin viento.

Acamparon aquella noche a dos horas de marcha de Alejandría. Se veían las luces de la ciudad en el horizonte. Aún no formas, solo una claridad baja y difusa. En las primeras semanas de la expedición, una luz así en el horizonte habría significado una ciudad por tomar, un mapa por trazar, trabajo. Aquella noche significaba Hamilton.

Fourier relejó, a la luz de una linterna sostenida muy baja, las primeras páginas de la memoria de Jomard. El argumento era sólido. No era el argumento lo que le impedía dormir. Era la cuestión de si Hamilton disponía de un margen de interpretación en sus instrucciones. Un diplomático con instrucciones estrictas no escuchaba los argumentos. Los registraba y los transmitía a Londres. Un diplomático con margen de maniobra podía dejarse

convencer. Fourier no tenía modo alguno de saberlo antes de tenerlo delante.

Geoffroy había comprobado sus cajas dos veces desde que se instaló el campamento. Los tapones aguantaban. Ya no había nada que hacer salvo dormir. Jomard escribió en su cuaderno la lista de los objetos cuya clasificación pensaba defender como instrumentos científicos. No como curiosidades embargables. Treinta y dos entradas. Cerró el cuaderno y se durmió.

Jollois se quedó sentado fuera después de que se apagara el fuego del campamento. El cielo estaba despejado. En sus alforjas, los cuadernos. Mañana, los británicos, Hamilton, la memoria, las discusiones sobre qué pertenecía a quién según qué artículo.

La columna entró en Alejandría el 14 de julio de 1801. Doce días de marcha desde El Cairo. Menou aún mantenía la ciudad, asediado por los británicos, que esperaban su capitulación. Los sabios fueron alojados en almacenes del puerto, con sus cajas apiladas a su alrededor. Fuera, las fragatas fondeaban en la rada. Las discusiones sobre las colecciones no tendrían lugar entonces. Tendrían lugar después de la capitulación de Menou, cuando los británicos estuvieran en condiciones de exigirlos. Durante siete semanas esperaron. Menou negociaba. Los británicos aguardaban. Los sabios guardaban sus cajas.

CAPÍTULO IV: EL DESASTRE Y EL REGRESO

I - Las grandes antigüedades

El 3 de septiembre de 1801, al día siguiente de la firma de la convención de capitulación de Alejandría, el comisario británico William Richard Hamilton se presentó en el cuartel general donde se alojaban los sabios franceses, acompañado de Edward Daniel Clarke, anticuario designado por el general Hutchinson para dirigir el examen físico de las colecciones.

Hamilton, secretario de lord Elgin, de veinticuatro años, formado en antigüedades clásicas en Cambridge, coordinaba la negociación diplomática. Clarke había recibido el encargo de identificar y catalogar las colecciones francesas pieza por pieza. Llegaron con un secretario y dos soldados que llevaban registros en blanco.

Jollois y Fourier representaban oficialmente a la Comisión en estas negociaciones. A Jomard le correspondía defender los levantamientos cartográficos y los instrumentos de medición. Había anticipado todos los argumentos adversos.

La víspera de la primera reunión con Hamilton, había refundido en términos jurídicos la memoria redactada en abril. Había trabajado toda la noche. Anticiparse es prepararse para no padecer. Lo había aprendido en la Politécnica. Lo había comprobado en Egipto cada vez que había que defender una medición discutida. Los argumentos jurídicos y los argumentos matemáticos obedecían a la misma lógica: se gana de antemano, no durante la discusión. La nueva versión distinguía tres categorías de objetos.

Primero, las antigüedades en sentido estricto, objetos preexistentes a la expedición y cuya presencia en Egipto era independiente de todo trabajo francés. Categoría embargable, sin discusión.

Segundo, las producciones intelectuales: mediciones, cálculos, observaciones, dibujos realizados por miembros de la Comisión. Esos trabajos no existían antes de ser producidos. No podían equipararse a objetos hallados.

Tercero, una zona gris: los instrumentos científicos traídos de Francia. Ni antigüedades ni producciones intelectuales, sino herramientas de trabajo cuya incautación privaría a la Comisión de su capacidad de trabajar en el futuro.

—Esta memoria es muy clara —había dicho Fourier al leerla—. La cuestión es si Hamilton será sensible a su claridad.

—Si no lo es —añadió Jomard—, será porque sus instrucciones le imponen ignorar las distinciones jurídicas. Y en ese caso, ningún argumento será eficaz.

—Es usted pesimista.

—No. Soy preciso.

Fourier había sonreído.

Clarke entró en el patio del almacén. Se detuvo en el centro, giró lentamente sobre sí mismo, contó las cajas con una mirada circular. Sesenta y tres. Más los objetos sin embalar. Estatuas, sarcófagos, columnas apiladas contra el muro norte. Su ayudante, un joven de Cambridge llamado John Marten Cripps, sacó un cuaderno y empezó a tomar notas. Lo anotaba todo. El número de cajas, sus dimensiones aproximadas, el estado de las cuerdas que las cerraban.

Jollois observaba a Clarke, que observaba las colecciones. Era la primera vez que un británico veía el conjunto de lo que la Comisión había reunido en tres años. Clarke no mostraba nada. Ni sorpresa ni satisfacción. Contaba. Primero contar, luego evaluar, después negociar.

—Señores —dijo Clarke volviéndose hacia Jollois y Fourier—, conforme al artículo dieciséis de la convención de capitulación firmada el 2 de septiembre, tengo el encargo de tomar posesión de los manuscritos árabes, de las estatuas y de las demás colecciones hechas para la República Francesa, en adelante propiedad pública a disposición de los generales del ejército aliado.

El silencio que siguió duró tres segundos. Jollois dejó lentamente el registro que sostenía.

—¿El conjunto, señor Clarke? ¿Entiende usted con eso cada objeto, cada dibujo, cada espécimen que hemos recogido durante tres años?

—Es lo que dice el artículo dieciséis.

—El artículo dieciséis —respondió Jollois con voz cortante— habla de las colecciones hechas para la República. No de nuestras producciones intelectuales. No de nuestros instrumentos científicos. No de las colecciones que algunos de nosotros hemos adquirido con nuestro propio dinero.

Clarke abrió su propio registro por la primera página. Hamilton, que se mantenía ligeramente apartado, intervino antes de que Clarke respondiera.

—Señores —dijo Hamilton—, nadie discute que hayan trabajado. Nadie discute el valor de sus trabajos. Pero los términos de la capitulación son claros. El señor Clarke va a examinar sus colecciones pieza por pieza. Tendrán ocasión de presentar sus argumentos para cada categoría de objetos. Escucharemos. Resolvemos con equidad.

Fourier tomó la palabra. Su voz era más pausada que la de Jollois, pero no menos firme.

—En tal caso, señor Hamilton, establezcamos un método de trabajo. Propondremos una clasificación de los objetos en varias categorías distintas. Ustedes examinarán nuestros argumentos categoría por categoría. No rechazaremos ninguna inspección. Pero exigimos que cada incautación esté justificada.

Hamilton asintió.

—Es razonable. ¿Señor Clarke?

Clarke cerró su cuaderno.

—Acepto este procedimiento. Pero les advierto que mis instrucciones son estrictas. No tengo ninguna latitud para interpretar el artículo dieciséis más allá de lo que dice explícitamente.

Jollois se cruzó de brazos.

—Y nosotros, señor Clarke, no tenemos ninguna intención de dejarle confiscar tres años de nuestra vida sin discutir cada pieza. Durante las tres semanas que duró el enfrentamiento con Clarke y Hamilton, cada vez que un objeto disputado requería una peritación científica —un mapa, un levantamiento, un instrumento—, era a Jomard a quien se llamaba. Hablaba poco, mostraba sus documentos, respondía a las preguntas con una economía que desconcertaba a Clarke, acostumbrado a los argumentos más retóricos de los franceses. Aquel papel le convenía más de lo que habría creído. La negociación, descubría, no era tan distinta de la medición. Había que atenerse a los hechos, no conceder lo que no se podía verificar y saber en qué momento el silencio valía más que la palabra.

—Su colega es temible —dijo Clarke a Jollois una noche—. No concede nada y no sobrevalora nada. Es raro en una negociación.

—Es matemático.

—Se nota.

El 4 de septiembre por la mañana, Clarke volvió acompañado de varios ayudantes y comenzó el examen de las colecciones del Instituto. Hamilton estaba presente como observador.

La primera categoría examinada fue la de las grandes antigüedades monumentales. La piedra de Rosetta, los sarcófagos de granito y de basalto, las estatuas colosales, los bajorrelieves desprendidos de los templos. Sobre estos objetos, los sabios franceses no podían presentar ningún argumento creíble de propiedad personal, pues esos monumentos habían sido descubiertos por la Comisión.

—No discutimos su derecho legal sobre las grandes antigüedades —dijo Fourier—. Solo queremos que la historia recuerde que fue la Comisión francesa quien las descubrió. No el ejército británico. Hamilton asintió.

—Les doy mi palabra de que el British Museum reconocerá que estas antigüedades fueron descubiertas por su Comisión.

Clarke redactó el inventario de las grandes antigüedades, y Hamilton validaba cada entrada en el registro. Jollois, a su lado, veía partir cada pieza.

La piedra de Rosetta, primero.

Hallada en julio de 1799 por los soldados franceses que cavaban fortificaciones en Rosetta, empotrada en los cimientos de un fuerte, reutilizada como material de construcción. Un decreto real del año 196 antes de nuestra era grabado en tres escrituras: jeroglíficos arriba, demótico en medio, griego abajo. Ese griego que se podía leer. Lo que faltaba por descifrar.

Clarke inscribió la piedra de Rosetta en el registro de las incautaciones. Sería embalada en el momento del traslado efectivo.

Marcel miraba a Clarke escribir en su registro. La pluma rascaba el papel con un ruido seco, definitivo. Cada letra era un clavo en un ataúd. «Piedra de Rosetta. Basalto negro. Inscripción trilingüe. Incautada en virtud del artículo 16, Convención de Alejandría, septiembre de 1801».

Marcel no dijo nada. En julio de 1799, cuando se descubrió la piedra, había pasado dos noches enteras tumbado de espaldas, con los brazos alzados sobre la cabeza, golpeteando papel húmedo para obtener improntas. Sus hombros habían conservado el dolor durante una semana. Sus dedos habían conservado durante mucho tiempo la sensación de la tinta de imprenta mezclada con resina de trementina. Aquel olor acre y pegajoso que no se iba, ni siquiera después de lavarse las manos tres veces.

Le quedaban veinticinco improntas completas en una caja plana, bien protegidas entre hojas de papel absorbente. Las demás habían sido enviadas a los cuatro rincones de Europa. Cada signo, cada grieta, cada irregularidad de la superficie estaba reproducido con una fidelidad que el mejor dibujante jamás habría podido

alcanzar. Clarke podía llevarse la piedra. Marcel estaba decidido a conservar el texto.

Jomard, a su lado, apretaba los puños. Tenía los nudillos blancos. No miraba la piedra. Miraba a Clarke.

Fourier, por su parte, tomaba notas. Ya estaba calculando qué se podría negociar a cambio de esta primera concesión. Una pérdida aquí, una ganancia allá.

Jollois observaba a Clarke con la expresión neutra de un jugador de ajedrez que acaba de perder un peón pero mantiene intacto su plan. Ya había aceptado mentalmente que la piedra se iría. Lo importante ya no era conservarla. Era salvar lo que todavía pudiera salvarse. Los dibujos. Los cuadernos. Las improntas de Marcel. Las colecciones de Geoffroy. Ahí se libraría la verdadera batalla.

Clarke levantó los ojos de su registro.

—La piedra será embalada en el momento del traslado efectivo al puerto. Mientras tanto, permanece aquí bajo guardia británica. Señor Cripps, haga apostar a dos hombres.

Marcel se volvió. No quería ver a los soldados británicos montar guardia ante la piedra de Rosetta. Era mezquino por su parte. Pero no podía evitarlo.

Aquella piedra la había tocado. Conocía cada aspereza, cada grano de su superficie. Sabía dónde estaba ligeramente más lisa, allí donde unas manos antiguas la habían frotado, quizá sacerdotes que la leían hacía dos mil años. Sabía dónde estaba rugosa, allí donde se había roto para ser luego reutilizada en los cimientos de un fuerte otomano.

Jollois cerró los ojos un instante. La habían hallado los hombres de Bouchard, Marcel había obtenido sus improntas, estaba catalogada en los registros de la Comisión. Dentro de unos días, cuatro soldados del ejército de Su Majestad se la apropiarían.

No era distinto de lo que Francia había hecho en Italia. No era distinto de lo que los romanos habían hecho antes que ellos. La cadena era larga.

Clarke anotó a continuación en su registro: «Estela de Rosetta, basalto negro, cedida a las fuerzas británicas, septiembre de 1801. Descubierta por la expedición francesa en 1799».

Jollois observaba. Descubierta. No tomada. No extraída de un muro. Descubierta.

Después, el sarcófago de Nectanebo II, último faraón de Egipto de estirpe egipcia, que había reinado de 360 a 342 antes de nuestra era. La brecha verde estaba fría. Jollois había apoyado la mano en el interior durante su primera visita, allí donde habría reposado el cuerpo. El fondo era pulido, liso, suave como el metal. Una tumba hecha para recibir a un muerto que nunca había llegado a ocuparla. Su reinado había sido interrumpido por la segunda invasión persa. No se sabía dónde había muerto, ni si su cuerpo había sido repatriado. Aquel sarcófago probablemente había sido preparado antes de su huida y nunca había servido. Hallado en Alejandría en una mezquita donde hacía de pila. La decoración, en la tapa y en las paredes, recogía secciones del Amduat, el viaje nocturno del sol a través de las doce horas del inframundo. Jollois había copiado esas mismas escenas en el Valle de los Reyes. Reconocerlas allí le produjo un efecto extraño. Los mismos dioses, el mismo viaje, grabados para un rey que nunca tuvo tiempo de morir en ese sarcófago.

Clarke lo examinó. Preguntó el peso.

—Más de tres metros de largo, varias toneladas —añadió Jomard.

—¿Y su interés histórico?

—Es la tumba preparada para el último faraón de Egipto. Nunca sirvió. Es sin duda la pieza más conmovedora de toda nuestra colección. Una tumba vacía para un rey en fuga.

Clarke lo anotó en su registro sin comentar.

Había también una estatua de un gran sacerdote de Amón en granito gris, de tamaño natural, con las manos juntas ante sí en la actitud eterna del servidor divino, la que Jollois había visto reproducida decenas de veces en los templos del Alto Egipto. Un puño colosal de granito, fragmento de una estatua real cuyo resto nunca había sido hallado. Jomard había estimado que la estatua completa debía de medir entre doce y quince metros. El puño solo llegaba a la altura del hombro de un hombre de pie.

Luego, estelas, inscripciones conmemorativas de caliza y de basalto con cartuchos reales y textos jeroglíficos. El peso total era considerable.

—Estos objetos —declaró Hamilton— serán conservados en el British Museum y puestos al alcance de los sabios de todo el mundo. Su contribución científica será reconocida. Las cartelas indicarán: «Descubierto por la expedición francesa, cedido a las fuerzas británicas en la capitulación de Alejandría».

La mañana del 4 de septiembre había zanjado la cuestión de las grandes antigüedades. La piedra de Rosetta estaba inscrita en el registro. El sarcófago de Nectanebo II, la estatua del gran sacerdote de Amón, las estelas: todo estaba inscrito en el registro de Clarke. Lo que quedaba por defender era el resto. Jollois estaba agotado por las semanas que acababan de transcurrir, pero animado por una determinación que los años de expedición habían templado.

—Estoy dispuesto a discutirlo todo. Pero les advierto que no aceptaré ninguna incautación sin discusión previa de cada categoría de objetos. Tenemos tiempo. La capitulación nos concede semanas antes de la evacuación.

Hamilton, que había seguido el intercambio en silencio, intervino. Prefería una negociación a una confrontación brutal. Clarke examinaría, y él resolvería los puntos litigiosos. Ambos bandos expusieron sus posiciones iniciales, identificaron los puntos de

acuerdo y de desacuerdo, y convinieron un calendario de trabajo. Así comenzó el más largo y complejo de los debates sobre el reparto de un patrimonio cultural entre dos naciones.

En el patio trasero del almacén, la piedra de Rosetta esperaba bajo custodia británica. Se había decidido en una mañana. Dos milenios, una mañana.

La noche del 4 de septiembre, los sabios franceses se reunieron en una sala contigua al almacén. Una pieza de techo bajo, amueblada con una mesa y unas pocas sillas desparejadas. Fuera se oía a los soldados británicos montando guardia. El tintineo regular de las armas contra los tahalíes.

Fourier planteó la pregunta que nadie quería formular.

—Las grandes antigüedades están perdidas. La piedra de Rosetta, los sarcófagos, las estatuas. Ahora hay que defender lo que todavía pueda defenderse.

Jollois lo miró sin responder. Marcel intervino de inmediato.

—Mis improntas. Eso no es negociable. Tengo veinticinco improntas completas de la piedra de Rosetta.

—Las colecciones naturalistas tampoco —añadió Geoffroy—. He arriesgado la vida por cada espécimen. Cada serpiente atrapada en el desierto. Cada insecto recogido a cuarenta grados. Me tumbaré delante de las cajas si hace falta.

Fourier suspiró. Había previsto esa reacción. Conocía a sus colegas. Cada uno estaba convencido de que su propia contribución era la más importante, la más insustituible.

—Señores —dijo, midiendo sus palabras—, seamos realistas. Las grandes piezas se han ido. Hamilton tiene el derecho y la fuerza. Nosotros tenemos la paciencia y la astucia. Propongo que concentremos nuestros esfuerzos en lo que todavía es defendible: lo que es intelectualmente insustituible. Los dibujos. Las notas. Los manuscritos.

Jollois se levantó bruscamente. Su silla rechinó contra el suelo.

—No.

Jollois permanecía de pie, con las manos apoyadas de plano sobre la mesa.

—No —repitió—. No sacrificaremos nada. Lo defenderemos todo. Cada objeto, cada dibujo, cada espécimen. Clarke tendrá que justificar cada incautación. Tendrá que argumentar cada confiscación. Lo ahogaremos en detalles, en categorías, en excepciones jurídicas. ¿Lo quiere todo? Pues tendrá que negociarlo todo. Pieza por pieza.

Jomard asintió.

—Jollois tiene razón. Si cedemos de entrada, damos la señal de que aceptamos el principio de la incautación. Después, Clarke vendrá a por el resto. Hay que resistir en todo y ceder solo cuando ya no se pueda resistir más.

Geoffroy se cruzó de brazos.

—¿Y en concreto qué significa eso? ¿Que dejamos que Clarke se lleve lo que queda sin pelear?

—Exactamente —dijo Jollois—. Peleamos por todo. Perdemos lo que tengamos que perder. Pero habremos hecho pagar cada concesión. Hamilton recordará que no hemos regalado nada.

Fourier miraba a Jollois. Comprendía la lógica. No era una estrategia de victoria, sino de dignidad. Iban a perder. Pero perderían de pie, habiendo defendido cada palmo de terreno.

—De acuerdo —dijo Fourier—. Lo defendemos todo. Pero seguiremos coordinados. Nadie negociará por su cuenta en un rincón. Cada argumento pasará por esta mesa antes de llegar a Hamilton.

Los demás asintieron. Marcel tomó la palabra, con más suavidad.

—¿Y si lo perdemos todo? ¿Y si Hamilton se incauta incluso de las improntas?

Jollois volvió a sentarse. Había recobrado la calma.

—No lo perderemos todo. Hamilton no es un saqueador. Es un diplomático. Tiene instrucciones, pero también un sentido de la equidad. Cederá en lo que sea defendible jurídicamente. Nos toca hacer irrefutables nuestros argumentos.

El silencio que siguió fue un asentimiento. Estaban de acuerdo. Lo defenderían todo. Juntos.

II - Las colecciones salvadas

Los instrumentos científicos personales de los sabios —telescopios astronómicos, teodolitos geodésicos, barómetros, termómetros, balanzas de precisión, microscopios— fueron reconocidos sin dificultad como propiedad personal no incautable. Hamilton comprendía que aquellos instrumentos no guardaban relación alguna con el Egipto antiguo y constituían las herramientas profesionales de los sabios. En todo lo demás, los británicos iban a discutirlo todo hasta el último detalle.

El 9 de septiembre, Clarke examinó las colecciones naturalistas de Geoffroy Saint-Hilaire.

—Señor Geoffroy Saint-Hilaire —dijo Clarke—, he recibido la orden de examinar sus especímenes. Le ruego que me facilite el acceso a sus cajas.

Geoffroy reaccionó de un modo distinto al de Jollois y Fourier.

—No tocarán esas colecciones —gritó, interponiéndose entre los soldados y sus cajas—. He arriesgado la vida por cada espécimen. Cada serpiente, cada insecto recogido a cuarenta grados. Si dan un paso más, lo quemo todo.

—Las recogió usted como miembro oficial de la Comisión —dijo Clarke—. Por tanto, son propiedad pública francesa y, por tanto, botín de guerra británico. Es la cadena lógica. No la he inventado yo.

Geoffroy Saint-Hilaire rechazó el argumento.

—Quieren robar mi trabajo para enriquecer sus museos. Sin haber hecho ustedes el menor esfuerzo de descubrimiento. Llámennlo como quieran. Yo lo llamo robo.

—No le creo —dijo Clarke—. No destruiría usted tres años de trabajo.

Geoffroy comprendió que Clarke no le creía. Atravesó la habitación, abrió una de las cajas de especímenes secos, sacó un yesquero y lo encendió. La llama estaba a diez centímetros de la paja seca.

—No es un farol. Un paso más y prendo fuego. Llevarán cenizas a Londres.

Clarke miró la llama. El naturalista tenía veintinueve años y pulso firme. Dio un paso atrás. Más valía dejar que Geoffroy se marchara con sus frascos que volver a Londres con cenizas.

—Su pasión me impone respeto —dijo Clarke, retrocediendo—. Aunque sus métodos sean teatrales. La ciencia universal saldrá ganando si estas colecciones sobreviven en Francia.

—Ha defendido usted bien sus colecciones —dijo Jollois a Geoffroy Saint-Hilaire esa misma noche—. Su resistencia inicial ha sentado un precedente que quizá deberíamos haber seguido con las grandes antigüedades.

—Las grandes antigüedades eran demasiado visibles, demasiado espectaculares. Mis frascos de peces no apasionaban a los oficiales británicos. A veces es una ventaja no ser comprendido.

La victoria de Geoffroy Saint-Hilaire en la cuestión de las colecciones naturalistas tuvo un efecto de arrastre positivo sobre las demás negociaciones. Los sabios comprendieron que una resistencia firme y argumentada podía dar resultados, a condición de elegir bien las batallas y de no agotarse en puntos secundarios.

Jollois, animado por este ejemplo, insistió más en la cuestión de la publicación de los dibujos de la Comisión. Una carta de Bonaparte llegó a Alejandría el 10 de septiembre, ocho días después de la firma de la capitulación. Escrita en París en primavera, había

viajado durante meses por correo diplomático, a través de intermediarios otomanos. Fourier la recibió a última hora de la mañana, mientras Clarke examinaba los sarcófagos de basalto.

Era breve. Bonaparte escribía como Primer Cónsul, no como general. El título había cambiado, y el tono también. En ella elogiaba el trabajo de la Comisión, expresaba su confianza en la capacidad de esta para defender las colecciones frente a las reivindicaciones británicas, indicaba que *la Description de l'Égypte* se publicaría con el apoyo total del gobierno consular y añadía, en la última línea, que París esperaba su regreso.

París esperaba su regreso. Fourier leyó la frase tres veces. No era crueldad: Bonaparte no sabía lo que costaba leer «París espera» mientras uno contemplaba la piedra de Rosetta bajo custodia británica. Tampoco era indiferencia. Era el futuro, visto desde París. El presente estaba aquí. Esos dos tiempos no se hablaban. Bonaparte no escribía: lamento las colecciones que perdéis. No escribía: yo habría obrado de otro modo. Escribía: París espera. Como si todo lo ocurrido aquí —los tres años, los muertos, la piedra de Rosetta que Clarke acababa de inscribir en su registro— no fuera más que el preludio de algo que empezaría allá.

Fourier dobló la carta y la deslizó en la carpeta de las improntas de Marcel. Viajaría con él. No estaba seguro de lo que haría con ella una vez en París. Probablemente nada. No se responde a una carta del Primer Cónsul para decirle que su formulación nos ha parecido ligera.

Volvió a las negociaciones. Clarke había terminado con los sarcófagos. Jollois reclamó la libertad de publicar en Francia los dibujos de la Comisión sin restricción alguna, lo que equivalía a pedir a Hamilton que renunciara a todo control británico sobre la difusión de las imágenes de las antigüedades egipcias.

Hamilton vaciló. Era una concesión considerable. Pero comprendía también que negar a la Comisión el derecho a publicar sus propios dibujos sería jurídica y moralmente indefendible.

Aceptó, poniendo como única condición que se enviara al British Museum, para sus archivos, una copia de cada lámina publicada. —Una copia de cada lámina —dijo Jollois—. No es ningún problema. De todos modos necesitaremos tiradas múltiples para la distribución comercial.

Este acuerdo garantizaba la publicación de la *Description* colectiva y abría también el camino al *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* que Denon, de vuelta en Francia desde 1799, daría a la imprenta en 1802, antes incluso de que la *Description* estuviera lista, y que se convertiría en el primer gran éxito editorial sobre el Egipto antiguo.

La cuestión de los herbarios de botánica suscitó un debate accesorio, menos dramático que el de las colecciones naturalistas, pero revelador de lo que estaba en juego en la negociación. Los botánicos de la Comisión habían reunido herbarios de varios miles de especímenes de la flora egipcia. Plantas del desierto, vegetales del Nilo, especies cultivadas en los jardines de El Cairo.

Clarke quiso incautarse de la mitad. Los botánicos alegaron que aquellos herbarios formaban series coherentes y que dividirlos reduciría considerablemente su valor científico. Un herbario fragmentado no permitía los estudios comparativos que un herbario completo hacía posibles.

Hamilton se mantuvo firme. A los sabios no les quedó más remedio que aceptar.

Tras zanjar la cuestión de las colecciones naturalistas gracias al dramático enfrentamiento de Geoffroy Saint-Hilaire, Clarke pasó al examen de la categoría más delicada y ambigua: las pequeñas antigüedades que los sabios franceses afirmaban haber adquirido con su propio dinero a fellahs o a mercaderes de antigüedades, en lugar de haber sido descubiertas oficialmente por la Comisión.

Aquellas pequeñas antigüedades comprendían centenares de objetos diversos. Estatuillas funerarias de madera pintada y de fayenza esmaltada, amuletos de piedra semipreciosa, escarabeos

grabados, fragmentos de papiro, pequeñas estatuas de bronce, cerámicas, joyas, herramientas antiguas, fragmentos de tejidos. Los sabios franceses sostenían que esos objetos constituían adquisiciones comerciales personales realizadas en el mercado local y no descubrimientos arqueológicos oficiales.

Clarke se mostró escéptico respecto a aquella distinción.

—Probar que cada objeto fue comprado y no hallado será imposible —dijo—. No habrán conservado, desde luego, los recibos de todas sus compras en el bazar.

Fourier admitió la dificultad.

—No siempre hemos llevado registros rigurosos. Pero repartir estas colecciones objeto por objeto llevaría semanas. Propongo un compromiso. Nosotros seleccionamos la mitad de las pequeñas antigüedades que deseamos conservar con prioridad, y ustedes se quedan con la otra mitad para el British Museum.

Hamilton, al apreciar aquella propuesta honesta que evitaba interminables disputas contenciosas por cada objeto individual, aceptó el compromiso.

—Su propuesta me parece razonable. Procederemos así. Será más rápido.

Los sabios franceses dedicaron los días siguientes a seleccionar los objetos que conservarían, dando preferencia a los que poseían mayor valor científico documental o mayor significación histórica. Conservaron, entre otros, varios papiros con textos jeroglíficos y demóticos, series completas de estatuillas funerarias procedentes de una misma tumba, colecciones de escarabeos con cartuchos de distintos faraones.

Hamilton, por su parte, eligió los objetos más espectaculares a la vista, los que impresionarían al público del British Museum. Estatuas de bronce de divinidades egipcias, joyas de oro y plata, amuletos finamente esculpidos en lapislázuli y cornalina, cerámicas pintadas de alta calidad.

Esta división, aunque privó a Francia de numerosos objetos valiosos, permitió sin embargo salvar una parte sustancial de las pequeñas antigüedades que enriquecerían las futuras colecciones del Museo Egipcio del Louvre, inaugurado en 1827.

Se planteó un problema particular con las momias que los sabios habían reunido. Hamilton sostuvo que las momias constituían, a todas luces, antigüedades egipcias incautables. Los sabios franceses optaron por defender que las momias poseían sobre todo un valor científico anatómico, más que un valor museístico estético, y que servirían mejor a la ciencia si permanecían con los naturalistas franceses, que podrían estudiarlas.

Hamilton, tras reflexionar, aceptó un acuerdo. Los sabios franceses conservarían algunas momias de animales y una momia humana de calidad mediocre para sus estudios anatómicos, mientras que los británicos se llevarían las momias reales o nobles mejor conservadas para la exposición pública.

—Eso me satisface —dijo Hamilton, cerrando su cuaderno de notas—. Hemos hallado una solución aceptable para cada una de las categorías de objetos.

Fourier respondió con una sequedad cortés que no disimulaba su amargura.

—Hemos sido constructivos porque no teníamos elección, señor Hamilton. La fuerza estaba de su lado. Permítame, no obstante, dejar constancia formal, para los archivos de la Comisión, de que consideramos esta incautación un expolio injusto de una obra científica francesa realizada a costa de tres años de trabajo y sufrimientos.

Hamilton inclinó la cabeza sin replicar. Había oído aquella protesta varias veces y sabía que sería transmitida a París, consignada en las memorias, quizá publicada algún día. No pretendía borrar el resentimiento de los franceses, sino solo ejecutar sus instrucciones con el mínimo de daños innecesarios.

Los días siguientes se dedicaron al inventario práctico de las pequeñas antigüedades. Cada objeto se inscribió en dos listas simultáneas, una llevada por un secretario británico y la otra por Marcel. El cotejo de ambos inventarios al final de la jornada permitía comprobar que ningún objeto había sido omitido o desplazado sin acuerdo mutuo. Este protocolo minucioso, aunque fastidioso, garantizaba una transparencia suficiente para evitar impugnaciones posteriores.

La cuestión de las improntas de inscripciones jeroglíficas resultó algo más litigiosa. Hamilton sostuvo que esas improntas constituían reproducciones de inscripciones egipcias y podían, por tanto, considerarse incluidas en la categoría de «otras colecciones» mencionada en el artículo dieciséis.

Marcel, que había preparado meticulosamente su argumentación defensiva, rebatió con vigor aquella interpretación extensiva.

—Estas improntas son papel y tinta —dijo—. No son antigüedades exponibles. Son documentos de trabajo para filólogos. El British Museum no sabría qué hacer con ellas. Déjenoslas.

Hamilton reflexionó un momento antes de responder.

—Sus notas son sus notas. No es eso lo que busco aquí.

Cerró su cuaderno con un gesto seco.

—Quédeselas. Nosotros tenemos el original.

Hamilton reconoció la lógica del argumento. Las improntas seguirían en manos francesas. Marcel lo sabía desde Rosetta. Había trabajado para ello.

En tres semanas, la Comisión había salvado lo esencial. Lo que los sabios llevarían a Francia no cabía en las grandes cajas. Cabía en los tubos de cobre y en las carpetas de cuero. Pesaría poco en las bodegas del navío. Pesaría más en las décadas venideras.

La cuestión de los manuscritos y de las notas científicas se resolvió de manera todavía más favorable a los franceses.

Hamilton reconoció sin dificultad que esos documentos constituían trabajos intelectuales personales, totalmente distintos de las antigüedades egipcias materiales y, por tanto, no incautables como botín de guerra.

El 15 de septiembre, Hamilton pidió examinar todos los dibujos realizados por Jollois y sus colegas artistas durante la expedición. Jollois le presentó sus cuadernos.

—Señor Hamilton, estos dibujos no existían antes de que yo los trazara. Una estatua faraónica existía sin mí. Mis dibujos solo existen porque yo los he creado. Confiscar una obra de arte personal no es una requisa: es un robo.

Hamilton examinó los dibujos largo rato.

—Sus dibujos son obra suya, no antigüedades. Consérvelos. Solo pediré una cincuentena de copias para el British Museum. Los originales siguen siendo suyos.

Jollois escogió él mismo las copias que debía entregar. Puso las manos sobre sus cuadernos, con los ojos bajos. Eso fue todo.

La cuestión de las monedas antiguas estuvo a punto de reabrir un conflicto que se creía resuelto. Los sabios de la Comisión poseían colectivamente varios centenares de monedas griegas, ptolemaicas y romanas recogidas en yacimientos del Delta y del valle del Nilo. Hamilton las reclamó como antigüedades incautables. Los sabios alegaron que se trataba de adquisiciones personales hechas para sus propias colecciones numismáticas.

—Cada moneda fue comprada por un sabio —dijo Marcel, sacando un cuaderno en el que había anotado, con una presciencia admirable, cada adquisición individual con su precio, su fecha y el nombre del vendedor—. Estos registros prueban el carácter privado de esas adquisiciones.

Hamilton examinó el cuaderno con atención. Era evidente que aquel registro se llevaba desde mucho antes de las negociaciones. No podía tratarse de un documento fabricado para la ocasión. Aceptó el argumento y dejó las monedas a los sabios, salvo una

quincena de piezas notables que Marcel accedió a cederle a cambio de facilidades de transporte adicionales para las cajas más voluminosas.

Este tipo de pequeño compromiso puntual caracterizaba el método de Hamilton: firme en las grandes líneas de sus instrucciones, flexible en los detalles secundarios.

Jollois, informado de esta decisión, se sintió agradecido sin dejarlo ver. Aquel incidente le recordaba que Hamilton, pese al rigor de su misión, conservaba un sentido de la equidad que lo distinguía de los brutales confiscadores que había temido al comienzo de las negociaciones.

—Prefiero arriesgarme a dejar pasar algunos objetos antes que crear un precedente de arbitrariedad. Nuestra credibilidad en estas negociaciones descansa en nuestra imparcialidad. Si los franceses sospechan que confiscamos bienes al margen de toda norma, perderemos su cooperación en lo sucesivo.

III - La ética de los expolios

La mañana del 17 de septiembre, Jollois salió solo a recorrer Alejandría. No tenía nada en particular que dibujar. Quería caminar. Las negociaciones habían durado catorce días. El acta se firmaría dentro de unos días. Después, ya no habría nada que defender.

Atravesó el barrio de los mercaderes sin detenerse. La ciudad seguía su curso. Eso era lo que más le impresionaba. Que la ciudad continuara como si nada hubiera pasado. Las mujeres junto a los pozos. Las mulas en las callejas estrechas. El olor del pan caliente y del jazmín.

Se detuvo ante la tienda de un encuadernador. El hombre trabajaba en el umbral, cosiendo cuadernillos con el cuidado lento de alguien cuya mano conoce el gesto desde la infancia. Alzó los ojos hacia Jollois y volvió a bajarlos sobre su labor, sin especial curiosidad. Otro francés. Había visto pasar a muchos durante tres años. Vería pasar a otros. Otomanos, ingleses, mamelucos.

La ciudad tenía sus propios ritmos, independientes de los ejércitos que la atravesaban.

Jollois lo observó trabajar. Las herramientas gastadas, los gestos automáticos, el banco de trabajo pulido por años de roce. El olor de la cola caliente en su bote flotaba en la calle. Dulce, ligeramente acre. Aquel hombre llevaba mucho tiempo haciendo aquello. Los ejércitos cambian, los cuadernos permanecen.

Jollois no le habló. Sin intérprete, se quedó mirándolo trabajar antes de seguir hasta el puerto. Los navíos británicos estaban allí, en la rada, a la espera. Las cajas se amontonaban en los muelles. Las grandes antigüedades partirían dentro de una semana. Él partiría poco después, en uno de aquellos navíos. En sus alforjas, sus cuadernos. En las cajas de los ingleses, la piedra de Rosetta y el sarcófago de Nectanebo II.

Pensó en el encuadernador. El encuadernador hacía cuadernos. Él los llenaba. Los cuadernos partirían a París, las cajas a Londres. Dentro de cien años —dentro de doscientos— alguien abriría aquellos cuadernos y vería Egipto tal como era en 1801. Columnas de templo e hipogeos reales, pero ni al encuadernador ni a la calle. Eso era lo que Jollois había elegido dibujar. Lo que había dejado de lado —la ciudad cotidiana, la gente corriente, el trabajo de las manos— no estaría en ninguna parte.

Dibujó el puerto, los muelles, los navíos en la rada. Después, en la esquina de la página, de memoria, las manos del encuadernador sobre su cuaderno. No sabía por qué. Es que aquellas manos no partirían a ninguna parte. Se quedarían allí, en aquella calle, haciendo cuadernos. Merecían una línea, al menos.

Examinó el dibujo. Las manos, rápidas, seguras, con los callos en los lugares justos. Manos que nunca habían salido de aquella calle. Que no necesitaban salir de ella. Aquellas manos sabían lo que hacían. El gesto aprendido tan pronto que se había convertido en el cuerpo mismo. Pensó en sus propias manos manchadas de tinta. En Abdallah ibn Youssef, que conocía el canal de un modo distinto al que dan las mediciones. En el artesano copto cuyas

manos conocían el papiro. Aquellas manos no viajarían en ninguna caja. Se quedarían allí, haciendo lo que siempre habían hecho.

Aquella noche, Hamilton les hizo llegar una nota. Pedía cenar con ellos al día siguiente, sin secretario. Jollois le enseñó la nota a Fourier.

—Viene solo —dijo Fourier—. Sin secretario.

—Lo que significa que viene como hombre, no como comisario. Fourier dejó la nota. Conocía ese tipo de gesto. Ir a casa del adversario, sin secretario, sin protocolo. Es lo que hacen quienes quieren decir algo que no pueden escribir en un informe. Aceptaría en nombre de todos.

La noche del 18 de septiembre, Hamilton se presentó en casa de los franceses, como se había acordado. Venía solo.

La mesa era una puerta colocada sobre unos caballetes. Pan, queso de cabra, una botella de vino local que nadie juzgó. Fourier estaba allí, y Geoffroy, y Marcel. Fuera, los soldados cargaban cajas en carros. Se oía la madera rozar contra la madera.

Comieron un rato sin hablar. Era Hamilton quien había pedido venir. Esperaban saber por qué.

—El sarcófago de Nectanebo II —dijo por fin—. El que ustedes estudiaron aquí, en Alejandría. Mañana sale hacia el puerto. Quería decírselo en persona.

Jollois dejó el vaso lentamente. El sarcófago de Nectanebo era de brecha verde, de más de tres metros de largo, cubierto de inscripciones del Amduat. Había pasado un día entero dibujándolo. Recordaba la luz sobre la brecha. No un reflejo, sino una absorción, como si la piedra retuviera la luz para sí. Los jeroglíficos habían sido tallados con una precisión que, tras veinte siglos, aún permitía distinguir las plumas de las aves y las articulaciones de las serpientes. Había dedicado un día entero a aquel trabajo.

—Este sarcófago —dijo Fourier— estaba en Alejandría antes que nosotros. Los árabes lo habían reutilizado como pila de fuente. Nosotros lo sacamos de allí. Lo estudiamos.

—Lo sé. Nosotros también lo habíamos encontrado convertido en fuente, en nuestros archivos del viaje de Pococke. Es una de las razones por las que quería decírselo. No son ustedes los primeros en moverlo.

Fuera, una caja chocó contra otra. Alguien maldijo en inglés.

—¿Sabe lo que me molesta? —dijo Jollois—. No es que se lo lleven. Es que dentro de cien años un egipcio tendrá que venir a Londres para ver el sarcófago de uno de sus faraones.

Hamilton miraba su vaso. Fourier observaba a Hamilton, que miraba su vaso.

—Si dentro de cien años hay un egipcio que quiere ver este sarcófago —dijo Hamilton—, será que alguien le habrá enseñado lo que es. Y esa persona habrá trabajado probablemente a partir de sus dibujos y de sus mediciones. No de la piedra.

—Eso no es una respuesta. Es una justificación.

—Sí. Como todas las respuestas que nos damos sobre lo que hacemos aquí.

Durante un rato nadie comió. Marcel llenaba su vaso con la precisión que ponía en todo lo que hacía.

—Este sarcófago —dijo Marcel sin levantar la cabeza— ya había cambiado de manos antes de los árabes. Nunca recibió el cuerpo de Nectanebo y acabó en Alejandría. Hicieron de él una bañera. Los árabes lo transformaron en fuente. Nosotros lo hemos medido y dibujado. Ustedes lo van a exponer. Cada época tiene su manera de apropiarse de Egipto.

—Y Egipto, por su parte, no tiene voz en el asunto.

Geoffroy miraba el techo.

—No fue Egipto quien nos invitó.

La conversación acababa de tocar algo que Hamilton no había previsto. Pensó en sus instrucciones: incautar las antigüedades, mantener la equidad. Sus instrucciones no hablaban de los egipcios. A nadie se le había ocurrido incluirlos. No respondió a Geoffroy. No era insolencia. Era honestidad.

—Si Egipto se constituyera algún día en nación —prosiguió Fourier— y reclamara sus bienes, ¿qué respondería el British Museum?

—No seré yo quien responda. Será otro, en otras circunstancias. No puedo comprometer el siglo próximo.

Fourier anotó aquella respuesta. Era honesta. Era también insuficiente. Pero era todo lo que un hombre en la posición de Hamilton podía decir aquella noche.

Dentro de unos años, en sus notas para el prefacio de *la Description*, volvería a encontrar aquella frase. No la incluiría. Era demasiado personal, demasiado ligada a una velada que no había tenido testigo oficial. Pero pensaría en Hamilton al escribir el prefacio de *la Description*.

Hamilton fue el primero en levantarse. Dio las gracias por la cena. En la puerta, se detuvo.

—Si un sabio francés desea examinar el sarcófago en Londres, le facilitaré el acceso.

Jollois lo vio marchar. Fuera, los soldados seguían cargando. La noche alejandrina entraba por la ventana. Voces en árabe, un perro, el olor del puerto.

—Nos ha dado la razón en todo lo que le hemos dicho —dijo Marcel—. Y se ha llevado el sarcófago de todos modos.

A la mañana siguiente, cuando Jollois cruzó el patio, el sarcófago de Nectanebo ya no estaba allí. En su lugar, una marca rectangular en la arena.

El 22 de septiembre, temprano por la mañana, un comerciante egipcio se presentó a las puertas del almacén y pidió hablar con Hamilton.

Se llamaba Mahmoud al-Tawil. Tenía una tienda de antigüedades en el barrio copto de Alejandría, a dos calles del puerto. Lo acompañaba su hijo de quince años, que haría de intérprete. Jollois, que pasaba por el patio en el momento en que llegaban, se detuvo. Hamilton los recibió en la estancia que le servía de despacho. Una mesa, cuatro sillas, las pilas de actas que el secretario llevaba dos semanas clasificando. Mahmoud al-Tawil dejó sobre la mesa un trozo de papel doblado y esperó a que el hijo terminara de traducir.

Aseguraba que varias estatuillas incluidas en el lote de las pequeñas antigüedades británicas le habían sido robadas por soldados franceses en 1798. Reclamaba su restitución.

—Dice que su padre había adquirido esas piezas de su propio padre —tradujo el hijo—. Llevaban tres generaciones en la familia. Unos soldados se las llevaron de la tienda la primera semana de la ocupación. Tiene testigos.

Hamilton escuchó. Miró el papel doblado. Una lista de ocho objetos descritos en árabe, con anotaciones en piastras, los precios que el padre había pagado al adquirirlos. Pidió ver a los testigos. El hijo salió y regresó con dos hombres del mismo barrio, que confirmaron que Mahmoud al-Tawil poseía, en efecto, esos objetos antes de la llegada de los franceses.

Jollois se había acercado a la puerta. Reconoció la descripción de una de las estatuillas: una figurilla de bronce que representaba a Osiris de pie, con los brazos cruzados, de unos veinte centímetros de altura. La había dibujado. No en casa de aquel hombre, sino en una caja abierta en el vivac, en 1798, durante los primeros días. No había preguntado de dónde venía.

—No puedo devolverles esos objetos —dijo Hamilton—. Forman parte de una incautación oficial validada por la capitulación.

El procedimiento de restitución individual en este contexto es jurídicamente inextricable.

El hijo tradujo. Mahmoud al-Tawil escuchó sin cambiar de expresión. Formuló una pregunta breve.

—Pregunta quién posee ahora esos objetos. ¿Los ingleses o los franceses?

—Los ingleses. Están en las cajas de la incautación británica.

Otra pregunta breve.

—Entonces pregunta por qué los ingleses no pueden devolverlos, si los tienen.

Hamilton se tomó el tiempo de formular su respuesta. No era mala fe. Era la verdad de un sistema que no había sido concebido para esa clase de preguntas.

—Porque esos objetos forman ya parte de una incautación de Estado, regulada por un tratado internacional. Los derechos individuales, por legítimos que sean, no pueden tratarse en este marco. Sería abrir un procedimiento que no acaba nunca.

El hijo tradujo. Mahmoud al-Tawil escuchó, asintió una sola vez y dijo algo.

—Dice que lo comprende. Y dice que, aun así, anote su nombre.

Hamilton lo anotó. Inscribió el nombre, la dirección, la descripción de los ocho objetos, los nombres de los dos testigos. Firmó la página y entregó una copia a Mahmoud al-Tawil.

El comerciante tomó el papel, lo dobló con cuidado y se lo deslizó bajo la túnica. Dio las gracias con frialdad y salió con su hijo. En el patio se detuvo un instante y miró las cajas apiladas contra el muro. No dijo nada. Se encaminó de nuevo hacia la ciudad.

Jollois permaneció en el vano de la puerta. Pensaba en la figurilla de bronce de Osiris. En la página de su cuaderno donde la había dibujado. La figurilla partiría hacia Londres. El dibujo partiría hacia París. El nombre de Mahmoud al-Tawil quedaría en un

registro británico que probablemente nadie volvería a encontrar jamás. Todo aquello estaba consignado. Nada de aquello sería devuelto.

Había víctimas concretas, propietarios desposeídos, reclamaciones legítimas que ni Francia ni Inglaterra estaban en condiciones de tratar con equidad.

Al atardecer del 22 de septiembre se firmó el acta final en el patio del almacén.

Habían dispuesto una mesa en el patio, en el mismo lugar que las semanas anteriores, bajo el mismo toldo de lona que el sol de septiembre iba desteñendo por abajo. El secretario de Hamilton había colocado las dos copias del documento una junto a otra, redactadas una en francés y otra en inglés, cada cual con sus anexos numerados. Veintidós páginas por ejemplar. El secretario había alineado las plumas, los tinteros, el sello de lacre. Lo hacía con el cuidado meticuloso de quienes saben que su trabajo será archivado.

Hamilton llegó el primero, con dos oficiales como testigos. Fourier representaba a los franceses junto con Jollois. Jomard estaba también allí, apartado, sin cargo oficial, pero había querido presenciarse.

Hamilton firmó el primero. El protocolo lo exigía: la parte que había impuesto sus condiciones firmaba antes. Lo hizo sin vacilar, con el gesto de quien ha firmado ya muchas cosas en muchos países.

Fourier tomó la pluma. La sostuvo un instante sin escribir. No era vacilación en sentido estricto: la decisión estaba tomada desde hacía mucho y no había alternativa. Era otra cosa. El tiempo que tarda la mano en aceptar lo que el espíritu ya ha aceptado. Firmó. La tinta se secó rápidamente con el calor de la tarde.

Después firmó Jollois. El secretario selló las dos copias con el lacre de las dos partes, rojo para los británicos, azul para los

franceses. Cada sello dejaba una huella nítida en el lacre blando. El sonido del sello sobre el lacre era sordo, definitivo.

Jomard contó maquinalmente los anexos. Veintidós páginas, cuarenta y cuatro en total. En aquellas hojas figuraban la lista de las grandes antigüedades incautadas por los británicos, la lista de las colecciones científicas reconocidas a los franceses, las cláusulas de acceso mutuo, las garantías de transporte. Cifras, descripciones, categorías. Nada en aquellas páginas decía cuánto pesaba el sarcófago de Nectanebo, ni cuánto había durado la jornada en que Jollois lo dibujó.

Las dos copias fueron entregadas a las partes. Hamilton guardó la suya en la cartera sin volver a mirarla. Fourier sostuvo la suya un momento entre las manos, como si calculara su peso. El reparto quedaba consignado. Lo que estaba en Londres estaba en Londres. Lo que estaba en París estaba en París. Lo que seguía allí, en aquellas callejas, en aquellos mercados y en aquellas excavaciones, no pertenecía a nadie de este lado de la mesa.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Luego uno de los oficiales británicos carraspeó y todos se movieron a la vez.

Hamilton hizo una última observación que Jollois juzgó acertada en su formulación.

—Lo que hemos hecho aquí será juzgado de otro modo por las generaciones futuras. No sé si ese juicio nos será favorable. Pero al menos hemos intentado hacerlo con cierta equidad.

Jollois no respondió. Estaba demasiado cansado para la filosofía. Pero anotó la frase en su cuaderno esa misma noche, con la fecha y el contexto. No figuraría en ninguna obra publicada.

IV - Las despedidas

Una vez concluidas todas las negociaciones sobre el reparto de las colecciones, los sabios franceses y los comisarios británicos pasaron los últimos días de septiembre embalando los objetos que debían transportarse a sus respectivos destinos.

Del lado británico, las grandes antigüedades estaban inscritas en el registro desde el 4 de septiembre. A los hombres de Clarke solo les quedaba encajonarlas y verificar las correas y los precintos. En el patio del almacén, las cajas, la piedra de Rosetta, los sarcófagos y las estatuas sobre sus carros aguardaban la carga sin que nadie volviera a abrirlos. Lo que se había zanjado en las negociaciones estaba zanjado. No había nada que reabrir.

Jollois observaba en silencio aquellos preparativos con una mezcla de amargura y resignación. Sabía que esos objetos partirían para siempre hacia Londres y que no volvería a verlos jamás. Pero al menos había salvado sus dibujos, que permitirían preservar visualmente la memoria de aquellos monumentos aunque los objetos físicos estuvieran perdidos para Francia.

El 24 de septiembre, Hamilton fue a agradecer a Jollois y a Fourier su relativa cooperación durante las negociaciones.

Los sabios franceses, por su parte, embalaron las colecciones que habían logrado salvar.

Cada sabio elaboró un inventario detallado de todo lo que se llevaba, enumerando con meticulosidad cada objeto, cada manuscrito, cada dibujo.

El 25 de septiembre tuvo lugar una inspección preliminar bajo la supervisión conjunta de un oficial británico y de Fourier. Cada caja fue abierta, su contenido comprobado con el inventario y cerrada de nuevo.

Al caer la tarde del 26 de septiembre, todos los preparativos de embalaje estaban concluidos. Los sabios franceses estaban listos para embarcar rumbo a Francia en cuanto los navíos británicos estuvieran disponibles.

En las últimas horas de aquel 26 de septiembre, Jollois reunió a sus ayudantes para una verificación final. Hizo desembalar y examinar de nuevo cada tubo metálico que contenía dibujos, comprobó que los tapones fueran herméticos y que los tubos no presentaran ninguna fisura. Hizo lo mismo con los legajos de

papeles, los cartapacios de notas, las carpetas de improntas. Todo lo que la Comisión llevaría a Francia cabía en unas pocas cajas y unos cuantos rollos de cobre. Era poco para más de tres años de trabajo. Era todo.

—¿No hemos olvidado nada?

—Nada esencial. Los instrumentos de medición están en la caja número tres. Los cuadernos de levantamiento arquitectónico, en la cuatro. Sus dibujos, en los tubos del uno al veintitrés. Las improntas de Marcel, en las carpetas. Los diarios del Instituto, en la caja cinco.

Jollois miró los tubos metálicos. En su interior, enrolladas y calzadas con papel de algodón, se hallaban las láminas que representaban todo el Egipto antiguo que el ejército había recorrido, reducido a líneas y sombreados sobre papel grueso. Aquel papel era ahora más valioso que los propios monumentos, pues podía reproducirse hasta el infinito mediante el grabado y transmitirse a través del tiempo y del espacio.

La noche del 26 al 27 de septiembre, Jollois permaneció sentado en su cuarto, con los tubos metálicos alineados contra la pared a su izquierda, y trabajó en la puesta a punto del índice de sus dibujos, una lista alfabética y temática de todos los monumentos documentados, clasificados por emplazamiento, por época y por tipo arquitectónico.

Aquel índice, que concluyó hacia las cuatro de la madrugada, sería la primera tabla de materias de lo que llegaría a ser la *Description de l'Égypte*. Enumeraba dos mil ochenta y siete dibujos que abarcaban ciento ochenta y seis emplazamientos distintos, desde la isla de Filé, al sur, hasta Alejandría, al norte. De cada dibujo anotaba si se trataba de una vista de conjunto, de un detalle arquitectónico, de una inscripción o de una representación figurada.

Al amanecer cerró el índice y lo guardó en el tubo número uno, junto con sus cuadernos más preciosos. Estaba listo. Egipto estaba en los tubos. Podía partir. Apagó la lámpara.

El sellado definitivo de las cajas se efectuó el 27 de septiembre a las diez de la mañana. Un oficial británico, dos testigos franceses, un notario militar improvisado para la ocasión. La ceremonia era sencilla, pero sus implicaciones eran enormes. Aquellas cuarenta y dos cajas iban a cruzar el Mediterráneo y a incorporarse a las colecciones nacionales francesas. Era, después de todo lo ocurrido, una victoria parcial pero real.

Jomard grabó mentalmente la escena y se dijo que la describiría en sus memorias. Lo que le impresionaba no era el espectáculo en sí, sino lo que representaba. El fin de una etapa de su vida que no se parecería a ninguna otra. A los veintitrés años había vivido ya algo que la mayoría de los hombres no vivían jamás.

Jollois, en cambio, no pensaba en el porvenir. Pensaba en las pirámides, en los colosos de Memnón, en los templos de Filé. En todo lo que no había tenido tiempo de dibujar.

El 29 de septiembre, los sabios franceses supieron que los navíos británicos destinados a llevarlos a Francia estarían listos para embarcar a los pasajeros en dos días. La noticia precipitó los últimos preparativos.

La mañana del 30 de septiembre los sabios franceses recibieron la orden oficial de estar listos para embarcar al día siguiente en los navíos de transporte británicos que los devolverían a Francia pasando por Malta.

Antes del embarque, Hamilton hizo una última visita a los sabios franceses. Llevaba los salvoconductos oficiales que autorizarían el transporte de sus cajas a través de los controles portuarios británicos. Aquel documento, firmado y sellado, era la garantía formal de que nadie intentaría incautarse de sus pertenencias en el último momento.

—Aquí tienen sus salvoconductos. Les deseo un buen viaje de regreso.

Entregó a Jollois el fajo de papeles. Jollois lo tomó y luego respondió:

—Y yo le deseo que haga buen uso de lo que se lleva.

Hamilton esbozó una sonrisa breve. Había comprendido. En aquel contexto, hacer buen uso de la piedra de Rosetta, de los sarcófagos, de las momias reales significaba estudiarlos con seriedad, hacerlos accesibles a los sabios, extraer de ellos un conocimiento que beneficiara a todos. Sería la única justificación moralmente aceptable de lo que había hecho allí.

—Haremos todo lo posible.

Fue todo. No volvieron a verse jamás.

La última noche, los sabios se reunieron sin Hamilton ni los oficiales británicos. Comieron poco y hablaron largo rato. Cada uno tenía sus pesares: los lugares sin visitar, las inscripciones sin copiar, los monumentos que un año más habría permitido estudiar. Pero cada uno sabía también que habían llevado a cabo algo que nunca se había hecho y que no volvería a hacerse de la misma manera.

La noche del treinta de septiembre al uno de octubre, tendido sobre su jergón en el almacén, Jollois escuchaba el rumor del mar y los gritos de las gaviotas. Dejó desfilar mentalmente los tres años transcurridos. El desembarco en Alejandría, la marcha por el desierto, la primera visión de las pirámides, los templos del Alto Egipto, la revuelta de El Cairo, la piedra de Rosetta, la muerte de Kléber, las agotadoras negociaciones con Hamilton. Todo aquello le parecía pertenecer a otra vida, vivida por un hombre más joven e ingenuo que aquel en que se había convertido.

Se levantó al alba, fue a comprobar por última vez que los tubos estuvieran bien estibados y salió al muelle. El mar estaba en calma bajo un cielo aún oscuro. Quedaban algunas estrellas al oeste. En los navíos fondeados en la rada brillaban linternas. Dentro de unas horas estaría a bordo. Dentro de unas semanas, en París.

En la mañana del 1 de octubre, las despedidas adoptaron formas diversas según los temperamentos. Jollois, que había entablado

algunos vínculos duraderos con eruditos egipcios de El Cairo, hizo una última visita a un jeque de Alejandría, formado en Al-Azhar, con quien había conversado sobre los monumentos faraónicos. El jeque, un viejo letrado que leía árabe, persa y turco pero no francés, había mostrado una curiosidad genuina por los dibujos que Jollois le había enseñado.

—Dice que los faraones eran gigantes —tradujo el intérprete—. Gigantes que construían para la eternidad porque creían que vivirían en ella.

—Puede que no le falte razón. Esos monumentos han sobrevivido a todos los imperios que han ocupado esta tierra. Sobrevivirán a los nuestros.

El jeque dijo algo más. El intérprete vaciló antes de traducir.

—Dice: ustedes han mirado estas piedras como si tuvieran alma. Está bien. La diferencia cuenta, aunque se marchen.

Jollois anotó aquella frase. Coincidió con la observación del wakil Abdallah. Empezaba a comprender que la mirada atenta que habían posado sobre el Egipto antiguo había tenido, con independencia de toda consideración política y militar, un valor intrínseco que los mismos egipcios reconocían.

El embarque se efectuó a última hora de la mañana del 1 de octubre. Los navíos británicos habían fondeado a unos centenares de metros del muelle. Unas chalupas hacían la travesía de ida y vuelta entre el muelle y los buques. Las cajas de los franceses se cargaron primero, por acuerdo con Hamilton, que había comprendido la inquietud de los sabios por sus colecciones.

Los navíos se llamaban HMS Peterel, HMS Alceste y HMS Unité. Este último era una fragata francesa pasada a pabellón británico, cuyo nombre habían conservado los ingleses.

—Cuidado —dijo Geoffroy a un marinero que levantaba por un solo lado una de sus cajas de frascos—. Es frágil.

El marinero le dio mil vueltas para calcular su equilibrio y luego la depositó en la chalupa con las demás. Geoffroy apretó los dientes.

Lo que le preocupaba era el espacio en la bodega. Las bodegas de las fragatas eran oscuras, húmedas, mal ventiladas, expuestas a los golpes del cabeceo y del oleaje. Los frascos de alcohol eran el problema más serio. Si una caja volcaba en la bodega durante un temporal, si la madera cedía al golpe, los frascos se romperían, el alcohol se derramaría y, si había una linterna cerca, existía riesgo de incendio en la bodega. Había advertido de ese riesgo al capitán británico, que lo había comprendido y había autorizado que se colocaran las cajas más frágiles en un espacio accesible en la cubierta inferior.

Jollois subió el último a la chalupa. Miró Alejandría por última vez desde el nivel del agua. Las casas blancas de azoteas planas, los minaretos esbeltos, la ciudadela erigida sobre las ruinas del antiguo Faro, y tras todo aquello el desierto que comenzaba, el valle del Nilo que se perdía hacia el sur, los innumerables monumentos que el ejército no había logrado alcanzar en su totalidad.

—Todavía hay tantas cosas por ver —murmuró.

—Siempre las habrá —añadió Jomard, que había subido a la misma chalupa—. Está en la naturaleza de Egipto. Es inagotable.

La chalupa se alejó del muelle. Jollois no se volvió. Conservaba ante los ojos la imagen de Alejandría tal como era aquella mañana, nítida y luminosa en el aire seco de octubre.

Una vez a bordo, se negó a dejar sus tubos de cobre en la bodega. Los llevó a su litera, el espacio que le habían asignado en los alojamientos de los oficiales subalternos, un cuchitril de dos metros por uno y medio con una litera de lona y un gancho en el techo. Colgó sus bolsas del gancho. Veintitrés tubos, unos cincuenta kilos. La litera se combaba ligeramente bajo el peso añadido.

Apenas durmió la primera noche. Cada movimiento del navío hacía oscilar las bolsas. Las miraba en la oscuridad, contando las oscilaciones.

Jomard colocó sus cajas de levantamientos cartográficos de acuerdo con el primer teniente, sujetas a los mamparos con cuerdas, como material de artillería. Un método militar para protegerlas del cabeceo.

—¿Ha transportado antes mapas valiosos? —le preguntó el teniente.

—No. Pero he visto cómo estaban ustedes las piezas de cañón. El teniente asintió. Era lógico.

A bordo, los pasajeros franceses, sabios y soldados, se vieron mezclados con las tripulaciones británicas en un espacio previsto para dos tercios de ese número. Los bandos seguían separados: los franceses a proa y a babor, los británicos en el centro y a estribor. Pero en los estrechos pasillos, en las crujiás, en las escalas, se cruzaban veinte veces al día sin dirigirse la palabra.

Lo que sentían los sabios era menos vergüenza que una sensación de absurdo. Volvían a Francia en los navíos de quienes acababan de quitarles la piedra de Rosetta y el sarcófago de Nectanebo II. La misma flota que había hundido la suya en Abukir. La historia tenía una manera de cerrarse sobre sí misma.

Así lo escribió Jollois en su carta de aquella noche. Una carta que no terminó y que nunca envió:

«Volvemos a Francia en los buques de nuestros vencedores, con sus salvoconductos en los bolsillos y la piedra de Rosetta en sus bodegas. Hemos tomado Egipto a los egipcios, y los británicos nos lo han vuelto a quitar. Las piedras viajan ahora hacia Londres. Nuestros dibujos viajan hacia París en tubos de cobre que guardo en mi litera. Creo que es una distinción que contará a largo plazo».

Jollois arrugó la carta y la tiró, sin palabras para lo que sentía. Intentaría encontrar otras en la Description.

V - La travesía

El Mediterráneo de octubre tenía sus humores. Desde el segundo día se levantó un viento del nordeste y el mar se encrespó. El navío empezó a balancearse con fuerza. Varios sabios, poco habituados a la navegación, pasaron los primeros días tumbados en sus camarotes, salvo Jomard, que bajó a la bodega a comprobar sus cajas, y Geoffroy Saint-Hilaire, que subía a controlar las suyas cada dos horas.

Jollois se quedó en cubierta. Había hecho la travesía de ida sin dificultad y, a lo largo de los meses egipcios, había desarrollado una relación serena con el mar. Observaba las olas, las nubes, la luz cambiante, con la misma mirada que dirigía a los monumentos. Atento, receptivo, sin prejuicios. Un oficial británico, uno de los jóvenes oficiales británicos, se acercó a hablarle.

—¿Qué lleva exactamente en esos tubos?

—El Egipto antiguo.

El oficial lo miró sin comprender.

—Dibujos —precisó Jollois—. Levantamientos de monumentos. Copias de inscripciones. Todo lo que he podido documentar en más de tres años. Habrá material para llenar tomos enteros.

—¿Como una enciclopedia?

—Con imágenes —dijo Jollois.

El oficial pareció satisfecho y se marchó. Jollois se quedó en cubierta una hora más, mirando el mar. En algún lugar más allá del horizonte, las pirámides seguían allí. Impasibles. No esperaban nada.

Al quinto día el viento amainó. El mar recuperó su movimiento regular. Los sabios reaparecieron en cubierta, todavía pálidos pero en pie. Cada uno retomó su lugar, sus cuadernos, sus cálculos. El trabajo había vuelto a empezar antes incluso de que Malta estuviera a la vista.

Jomard trabajaba en sus notas de medición, rastreando las incoherencias. Varias terminaban por resolverse. Dos se resistían.

—Mire estas medidas —dijo, apoyando sus cuadernos en la borda—. La base de la pirámide de Kefrén es ligeramente más larga en el eje este-oeste que en el eje norte-sur. No mucho. Veinte centímetros en doscientos quince metros. Pero se repite en las tres grandes pirámides de Guiza.

—¿Un error de sus mediciones?

—Es posible. Pero improbable. He medido cada lado tres veces.

—¿Entonces?

—Entonces las mediciones de los constructores tienen en cuenta la curvatura de la Tierra. La práctica puede preceder a la teoría en varios siglos.

Jollois lo miró largo rato.

—Publíquelo.

—Ahora no. No es más que una hipótesis. Quiero comprobarlo con Monge en París.

Monge se había marchado con Bonaparte. Pero las mediciones viajaban con Jomard, en el tubo número cuatro. Aquel resultado, publicado en los volúmenes de *la Description*, lo convertiría en uno de los fundadores de la geodesia moderna. Aquella noche, en cubierta, Jomard era solo un hombre de veintitrés años que no conseguía dormir.

Lo que Jomard no decía —lo que no había dicho a nadie desde la salida de Alejandría— era que la hipótesis lo asustaba tanto como lo entusiasmaba. Si los constructores de las pirámides habían conocido la curvatura de la Tierra, eso significaba que algo se había perdido. No olvidado —los conocimientos se olvidan—, sino perdido en el sentido más fuerte: destruido, disperso, vuelto inaccesible. Veinte siglos de conquistas, de saqueos, de incendios. La biblioteca de Alejandría. Los papiros que los soldados de

César habían quemado sin leer. La larga indiferencia de los sucesivos ocupantes hacia lo que los muros contenían.

Sacó de su abrigo el cuaderno número diecisiete, el que había reservado para las hipótesis sin verificar. En él había anotado, a lo largo de los meses, las observaciones que se resistían a una explicación inmediata. La orientación astronómica de los templos. La ausencia de todo error en las proporciones del gran templo de Amón en Karnak a lo largo de quinientos metros. La disposición de las cámaras y galerías interiores de las grandes pirámides, cuyos ejes le parecían responder a un cálculo que aún no había reconstruido por completo.

Las pirámides no eran solo tumbas. Quizá no fueran tumbas en absoluto, en el sentido en que se entendía la palabra en Francia. Eran instrumentos. Máquinas para medir el mundo, para fijar el cielo en la piedra, para transmitir a quienes vinieran después un saber que el papiro no podía garantizar. Porque el papiro arde. La piedra, menos.

Cerró el cuaderno. Era una hipótesis demasiado amplia para una nota a pie de página. Exigía diez años de trabajo. Tenía veintitrés años. Tenía tiempo.

Había caído la noche. Las estrellas sobre el Mediterráneo eran menos luminosas que sobre el desierto. Buscó Orión y lo encontró, bajo sobre el horizonte, con las tres estrellas del cinturón ligeramente inclinadas hacia el sur. Permaneció mirándolas hasta que el frío lo obligó a entrar. En el tubo número cuatro, entre dos rollos de papel aceitado, había deslizado una hojita doblada en cuatro en la que había copiado, en Guiza, las medidas exactas de las bases. Esas cifras no mentirían. Eran su ancla.

En la cubierta de popa, Fourier redactaba. Llevaba varios días buscando el comienzo de la introducción histórica de *la Description*. La frase que haría comprender al lector por qué Egipto importaba más que cualquier otra civilización antigua. El problema no era la materia. El problema era el tono. Si adoptaba el del

sabio, perdería al lector culto que quería conmoverse. Si adoptaba el del orador, traicionaría el rigor que el Instituto esperaba de él. Había llenado y roto once primeras páginas. En esos once intentos se repetía el mismo error: empezaba por la expedición. «El 19 de mayo de 1798, el ejército francés zarpó de Tolón». O bien: «La Comisión de Ciencias y Artes, compuesta por ciento sesenta y siete miembros». Fórmulas correctas que decían al lector que iba a leer un informe. No era un informe.

Lo que buscaba —y no encontraba— era la palabra que haría comprender al lector por qué Egipto era distinto de todos los demás países. No más bello, no más antiguo en el sentido ordinario. Antiguo de otra manera. La antigüedad como propiedad física del aire, de la piedra, del río. Tenía tres mil años de historia que hacer caber en un prefacio. Y nadie había encontrado aún cómo escribir tres mil años.

—¿Por dónde empezar? —dijo en voz alta, tanto para sí mismo como para Jomard, que lo escuchaba.

—Por lo que no cambia. El Nilo. La crecida anual. Las estaciones. Todo lo demás —los faraones, las dinastías, las conquistas— es efímero en comparación. Empiece por la geografía. Lo demás vendrá después.

Fourier tomó nota. Sintió que algo se aflojaba en su pecho. No la geografía en sentido técnico, no las latitudes ni los meridianos. La geografía entendida como la forma del mundo en cuanto constriñe a los hombres. El Nilo que sube y baja. El valle entre dos desiertos. La civilización como respuesta a una limitación física. Eso sí podía escribirlo.

Empezó la duodécima página. Esta vez no la rompió. Escribió tres líneas y las relejó. Se sostenían. La tercera afirmaba que el Nilo atravesaba los siglos sin que los siglos lo atravesaran a él. No era perfecto. Pero estaba vivo. Era un comienzo. Continuó.

Geoffroy Saint-Hilaire, durante esos mismos días, redactaba las notas que se convertirían en sus primeros artículos sobre la fauna

nilótica. Trabajaba en su camarote, rodeado de frascos sujetos contra el balanceo. El olor del alcohol que conservaba los animales flotaba en el estrecho espacio.

—¿En qué piensa cuando escribe esas descripciones? —le preguntó Jomard una noche.

—Pienso en quienes leerán dentro de cincuenta años. Quiero que vean lo que yo he visto. Ni más ni menos. Solo lo que es.

Era su divisa sin haberla formulado: reproducir fielmente, transmitir sin traicionar, legar a la posteridad una observación, no una interpretación.

El 10 de octubre por la mañana, el navío entró en el puerto de La Valeta. Los sabios bajaron a tierra y pasearon en pequeños grupos por las calles de la ciudad fortificada. Hacía algo más de un año que la guarnición francesa había evacuado la isla bajo la presión británica, y la Union Jack ondeaba ahora sobre los baluartes en los que Jollois había visto izarse la tricolor durante el paso de junio de 1798.

—Tomamos esta isla en tres días —dijo Fourier con una ironía melancólica mientras contemplaba las fortificaciones de La Valeta—. La perdimos tras dos años de asedio. Ahí está nuestra historia egipcia en resumen: victorias deslumbrantes, abandonos silenciosos.

Jollois se instaló frente a la concatedral de San Juan y dibujó con rapidez su austera fachada. No para *la Description*, que solo se ocupaba de Egipto, sino para sí mismo, como un gesto instintivo de su mano, que ya no sabía permanecer ociosa ante un edificio notable. El dibujo le llevó veinte minutos. Cuando alzó la vista, Jomard estaba de pie detrás de él.

—Todavía dibuja usted —dijo Jomard con un afecto teñido de admiración.

—Dibujaré siempre. Es mi manera de ver el mundo.

Por la noche, los sabios se reunieron en la posada para cenar. La conversación versó, como era natural, sobre lo que cada uno

pensaba hacer a su regreso a París. Geoffroy Saint-Hilaire quería retomar su puesto en el Museo de Historia Natural. Fourier pensaba en la prefectura del Isère que Bonaparte le había prometido. Marcel evocó con nostalgia la Imprenta Nacional.

—¿Y usted, Jollois? —preguntó Geoffroy Saint-Hilaire.

—¿Yo? Trabajaré. Eso es todo. Esos dibujos no se grabarán solos.

El 11 de octubre, al alba, el navío levó anclas y puso de nuevo rumbo al noroeste. El Mediterráneo occidental, más fresco y más agitado que el mar oriental, les recordaba con sus colores gris verdoso las costas provenzales de su juventud.

Durante esta última parte de la travesía —cinco días desde Malta— los sabios se reunían cada día en el gran camarote para discutir sobre *la Description*. Quién escribiría qué. En qué orden. Cuántos volúmenes.

—Esta Description deberá ser una enciclopedia —dijo Fourier—. No unas cuantas láminas con sus notas, sino todo lo que hemos visto, medido, observado. Los monumentos, la geografía, la historia natural, la sociedad contemporánea. Veinte volúmenes como mínimo.

—Estas láminas serán perfectas o no serán —dijo Jollois—. Los mejores grabadores de París, todo el tiempo que haga falta. Si hay un defecto, se empieza de nuevo.

Jomard quería un atlas geográfico completo, los primeros mapas exactos de todo el valle del Nilo. Geoffroy reclamaba un lugar destacado para la historia natural. Marcel pensaba en los calcos de la piedra de Rosetta.

Cada uno pensaba en lo que quedaría de sí. Jomard, en la proa del navío, alzó los ojos de sus cuadernos. La costa seguía invisible. Pensó en las mediciones guardadas en sus tubos: dentro de cien años, alguien las utilizaría sin saber su nombre. Con eso le bastaba.

El 16 de octubre, en una límpida tarde de otoño, Francia apareció por fin en el horizonte: primero una línea oscura y baja, luego, al acercarse, el perfil de cabos y colinas. Francia. No dijeron nada. No había nada que decir.

El 17 de octubre, a las seis de la mañana, el navío entró en las aguas costeras de la Provenza. La luz otoñal sobre el mar era distinta de la del Mediterráneo oriental. Más pálida, más difusa, con una ligereza que contrastaba con la densidad luminosa de Egipto.

—Reconozco esta luz —dijo Jollois a Jomard—. Es la luz de Francia. No sabía que la luz tuviera patria.

La costa se acercaba. Ya se distinguían los acantilados calcáreos, las calas, las primeras casas de pescadores.

—Volvemos a casa.

Esa sencilla frase lo contenía todo: el alivio, el pesar, el cansancio, la perspectiva del trabajo que los aguardaba. Como si Egipto hubiera sido un paréntesis y la verdadera vida se reanudara ahora. Pero los dos sabios sabían que era al revés. La verdadera vida había estado allí, en aquellos años intensos. Lo que se abría ante ellos era el mundo ordinario.

VI - El regreso a Francia

El navío atracó en Tolón el 18 de octubre de 1801, tres años y cinco meses después de que la escuadra francesa zarpara de ese mismo puerto en mayo de 1798. Las circunstancias del regreso contrastaban con las de la partida. En lugar de la flota de trescientos cincuenta navíos que transportaba a treinta y ocho mil soldados, unos pocos buques británicos traían de vuelta los restos de un ejército vencido.

Los sabios desembarcaron en Tolón con sentimientos que ninguno habría sabido nombrar con precisión. Francia había cambiado. Ellos habían cambiado más.

Jollois bajó la pasarela del buque británico y puso el pie en el muelle de Tolón. La piedra mojada, fría. El olor a sal y a alquitrán. Las gaviotas chillando sobre el puerto.

Jollois se detuvo, dejando que los demás lo adelantaran, sin decir nada ni besar el suelo. Miró el muelle, los edificios, la colina que dominaba la ciudad, el cielo gris de octubre. El aire era frío y húmedo. Un frío mediterráneo de octubre, distinto del frío seco de Egipto. Lo aspiró hondo y esperó a que su cuerpo lo recordara.

Los cajones —dibujos de Jollois, colecciones de Geoffroy Saint-Hilaire, calcos de Marcel, instrumentos, manuscritos— fueron descargados bajo su vigilancia.

Se reunieron en una posada de Tolón.

—Por Egipto.

Fourier levantó su copa.

—Por los que no han vuelto.

Bebieron en silencio. La velada terminó temprano.

A la mañana siguiente, las autoridades portuarias de Tolón enviaron a un oficial para proceder a la descarga oficial de los cajones. El oficial era joven y no sabía nada de la expedición de Egipto, salvo lo que habían contado las gacetas parisinas. Examinó los manifiestos de transporte con minuciosidad administrativa, contó los cajones y señaló un almacén seguro cercano al muelle.

—Estos objetos constituyen el patrimonio científico de la República —le dijo Fourier con una autoridad que no admitía réplica—. Serán conducidos a París bajo escolta lo antes posible. Cuide de que los almacenes estén secos y cerrados con llave como es debido.

El oficial se inclinó y obedeció. Fourier había recuperado instintivamente el tono del funcionario parisino, la seguridad de quien habla en nombre de una institución. Tres años de Egipto no habían borrado eso.

Por la tarde, varios de los sabios se reunieron en las oficinas de la prefectura marítima para redactar sus primeros informes oficiales con destino al Ministerio del Interior. Esos informes debían establecer que la Comisión de Ciencias y Artes había cumplido su misión, que sus colecciones estaban intactas en la parte salvada, que el trabajo de publicación podía comenzar. Fourier redactó el informe principal con mano firme, sin mencionar las pérdidas infligidas por los británicos salvo en una nota factual anexa.

—Dejemos la política a quienes harán uso de ella. Nuestro papel es exponer lo que hemos hecho y lo que hemos traído. Lo demás pertenece a los historiadores y a los diplomáticos.

Jomard, que releía el informe por encima de su hombro, asintió. Tenía veintitrés años. Toda su vida se abría ante él, y esa vida ya estaba marcada por una experiencia que la mayoría de los hombres nunca tendrían. Eso le bastaría. Aquel pensamiento lo reconfortó.

Las últimas horas en Tolón se dedicaron a trámites administrativos que contrastaban con lo extraordinario de lo que acababan de vivir. Formularios, firmas, sellos oficiales. La burocracia del Consulado absorbía la expedición de Egipto en sus circuitos ordinarios.

Jollois observó con silenciosa ironía que el funcionario que registraba las cajas de la Comisión los trataba igual que habría tratado un cargamento de harina o de lana. El carácter excepcional del contenido no aparecía por ninguna parte. Cuarenta y dos cajas. Eso era todo lo que veía la burocracia.

—Así preservan las civilizaciones su memoria. En formularios administrativos que nadie lee.

Fourier sonrió. Era verdad, y era también el principio sobre el que descansaba su esperanza de que la *Description de l'Égypte* sobreviviría a los regímenes y a las guerras. Sería catalogada,

inventariada, consultada por generaciones de sabios que jamás habrían oído hablar de Fourier ni de Denon, pero que leerían sus palabras.

A la mañana siguiente, tomaron el camino de París.

El viaje duró aproximadamente una semana por el camino principal, que atravesaba el valle del Ródano y continuaba luego hacia el norte por Borgoña. Los sabios viajaban en diligencias públicas, y su precioso equipaje los seguía por separado en carros de transporte protegidos.

Durante ese viaje tuvieron ocasión de observar Francia y de constatar los grandes cambios políticos que se habían producido durante su exilio egipcio. Francia había cambiado de régimen.

En Aviñón, una multitud esperaba ante la diligencia. Había gente que pedía noticias de hijos, de hermanos, de maridos de quienes no sabían nada desde hacía tres años. Fourier bajó y respondió con paciencia. No tenía noticias de todos.

Aquella escena lo marcó más que las pirámides. La gran aventura tenía por fondo una realidad sencilla: gente que esperaba. Había una mujer de unos cincuenta años que sostenía en la mano un retrato en miniatura. No había preguntado nada. Se había limitado a mirar los rostros de los soldados que descendían. Fourier había apartado la vista. Algunos seguirían esperando siempre.

El paso por Lyon fue ocasión de una parada de dos días. Varios sabios tenían familia o amigos en la región y aprovecharon para reencuentros improvisados. Fourier, cuya familia estaba en Auxerre, se contentó con enviar desde Lyon una carta en la que anunciaba su próxima llegada a París.

Jollois, por su parte, aprovechó esos dos días lioneses para visitar a un célebre grabador cuya obra había visto antes de la expedición. Quería evaluar si aquel grabador podría participar en la producción de las láminas de *la Description*.

—Aquí tiene algunos ejemplos —dijo Jollois, desplegando unos cuantos cuadernos sobre la mesa del taller.

El grabador examinó largamente los dibujos. Sus ojos de técnico calibraban las dificultades. Las líneas jeroglíficas exigían una precisión extrema, los bajorrelieves tenían matices de profundidad difíciles de plasmar en un grabado plano, las vistas de conjunto de los templos requerían un dominio de la perspectiva que no todos los grabadores poseían.

—Es un trabajo serio. Puedo hacerlo. Pero necesitaré tiempo. Mucho tiempo.

Jollois miró las manos del grabador. Anchas, firmes, con los callos justo en los lugares que solo produce el buril. Manos distintas de las suyas. Las suyas dibujaban. Estas grabarían. Ese paso de un gesto al otro era lo que aún comprendía mal. Tendrían que aprender juntos.

—Tenemos tiempo. Lo que no tenemos es derecho a chapucear. Se pusieron de acuerdo en unas condiciones generales. Jollois anotó el nombre en su cuaderno. Aquel grabador lionés era exactamente lo que buscaba.

Por la noche, al regresar a la posada, Jollois encontró a Fourier en la sala común.

—Bonaparte nos abandonó —dijo—. Y ahora va a servirse de nuestro trabajo para su gloria.

Fourier intentó moderar aquel juicio severo.

—Sin él, no habríamos estado allí. Y él tiene los medios para financiar *la Description*. Tengamos presentes esos dos hechos.

En Lyon, Jollois compró en una librería un ejemplar de su propia correspondencia con el Instituto, publicada durante su ausencia. El librero no lo había reconocido. Leer sus cartas de Egipto desde Francia le producía una impresión extraña. Como si otro hombre hubiera vivido aquella experiencia y se la relatara desde lejos. Reconocía las palabras, pero no del todo la voz. Su escritura había cambiado. Se había vuelto más directa, menos preocupada por los efectos. Quizá era una buena noticia.

—Ya no soy el mismo hombre que partió de Tolón en mayo del noventa y ocho —dijo a Jomard por el camino.

—No. Nadie lo es.

La entrada en París por el arrabal de Saint-Antoine tuvo lugar al crepúsculo. En su recuerdo, la ciudad era más grande de lo que era en realidad. Había idealizado París durante los meses de Egipto, hasta convertirlo en símbolo de todo lo que le faltaba. La realidad de la ciudad lo sorprendía por su coherencia prosaica. Las mismas calles, los mismos olores, el mismo ruido de carretas sobre los adoquines.

—París sigue siendo París.

—¿Viene usted de lejos, señor? —preguntó el cochero.

—De Egipto.

—Vaya —dijo el cochero—. Dicen que es hermoso.

—Es más que hermoso. Pero hay que volver para saber lo que vale.

La llegada a París el 28 de octubre fue más discreta de lo que algunos habrían deseado. Ni desfile, ni recepción oficial, ni discursos. El ejército de Oriente había regresado vencido, y el gobierno consular no tenía motivo alguno para celebrar una capitulación. Bonaparte ya había reconstruido su leyenda sin Egipto. La campaña se había convertido, en los discursos oficiales, en un paréntesis generoso, un acto de interés científico que había debido ceder ante las circunstancias, y no en una derrota militar pura y simple.

Jollois dejó que sus compañeros se dispersaran y volvió solo a su casa, en la calle Saint-Dominique. El piso estaba cerrado. Su familia, avisada por carta desde Tolón, había hecho abrir de nuevo los postigos. Entró, dejó el abrigo, se sentó en el sillón donde solía leer. Había fuego en la chimenea. El calor sobre su rostro era suave, estable, un calor de leña quemada que nada tenía que ver con el de Egipto.

Todo estaba en el mismo sitio. La biblioteca, los cuadros, el escritorio. Tres años de Egipto, y París no se había movido.

Tomó de la estantería un cuaderno en blanco, el primero que encontró, y escribió al principio de la primera página: «Octubre de 1801. Comienzan los trabajos». Luego cerró el cuaderno y se fue a dormir.

Los reencuentros familiares tuvieron lugar en los días siguientes, a medida que las noticias se difundían entre los allegados. Los padres, los amigos, los antiguos colegas. Cada uno quería relatos, descripciones, anécdotas. ¿Eran las pirámides realmente tan grandes como afirmaban los viajeros? ¿Era soportable el calor? ¿Habían tenido de verdad tanto miedo como dejaban entender las cartas?

Jollois respondía con paciencia, ajustando sus relatos según sus interlocutores. Con sus padres evitaba los detalles de los combates y las enfermedades. Con sus amigos sabios entraba en el detalle de los monumentos. Con el gran público mantenía el registro del asombro y de lo maravilloso. Esa aptitud para modular el relato según el auditorio la reconocía en sí mismo como un arte que no creía poseer. Le sería útil para *la Description*.

—Más aún. Los rumores siempre quedan por debajo de la realidad en aquello que no se puede imaginar.

Esa fórmula le valió algunas miradas incrédulas y algunas invitaciones a cenar en casas de parisinos deseosos de oír sus aventuras. Las aceptó y contó, pero siempre con la sensación de que las palabras traicionaban la experiencia. Egipto no se contaba. Se había vivido. Y ahora vivía en los tubos de cobre apilados en su piso, a la espera de ser traducido a láminas grabadas.

Se durmió aquella noche con ese pensamiento. La verdadera obra aún no había comenzado. Comenzaba mañana, y duraría veinte años. Esa era la medida exacta de lo que habían emprendido. Y veinte años le parecían, en aquel instante, a la vez perfectamente razonables y perfectamente vertiginosos.

En diciembre, pasada la efervescencia inicial de los reencuentros, los sabios empezaron a organizarse de manera concreta.

El 10 de diciembre, Bonaparte recibió en audiencia a Fourier en el palacio de las Tullerías. Los pasillos eran anchos y fríos, el calor de las chimeneas no llegaba hasta las antecámaras. Bonaparte lo esperaba en su despacho, de pie, como siempre. Fourier presentó el proyecto de publicación. Bonaparte, que comprendía el interés político de glorificar su expedición egipcia pese a su fracaso militar, acogió favorablemente la propuesta.

—Publique eso —dijo Bonaparte—. Lo convierto en un proyecto de Estado.

Bonaparte decretó oficialmente que el Estado francés financiaría íntegramente la preparación y la impresión de la *Description de l'Égypte* y que esa publicación sería considerada un proyecto nacional prioritario. Nombró una comisión editorial compuesta por Fourier como editor en jefe, Denon como director artístico responsable de las láminas, y varios sabios más como editores de sección, encargados de las distintas partes temáticas.

Se proporcionaron a los sabios despachos en un edificio gubernamental de París donde podrían trabajar a diario. Se asignaron presupuestos sustanciosos para emplear a grabadores profesionales, dibujantes auxiliares y secretarios copistas.

Denon dedicó todo el mes de diciembre a organizar sus miles de dibujos para empezar a transformar sus bocetos rápidos en elaboradas láminas grabadas. Clasificó sus dibujos por monumentos y por tipos. Vistas de conjunto, detalles arquitectónicos, bajorrelieves, inscripciones jeroglíficas, plantas, cortes verticales.

—Este trabajo preliminar de organización es indispensable —explicaba a sus ayudantes— antes de poder comenzar el trabajo de grabado propiamente dicho. Sin una organización sistemática rigurosa, perderíamos semanas buscando en vano los dibujos que necesitáramos. Con esta organización metódica por yacimientos y por tipos, podremos trabajar con eficacia.

Empezó a seleccionar a los mejores grabadores en cobre de París para confiarles la delicada tarea de reproducir sus dibujos. Se entrevistó con cada candidato, examinó muestras de su trabajo anterior y discutió largamente las exigencias de calidad que impondría.

Los primeros contactos con los grabadores revelaron una dificultad imprevista. Aquellos técnicos magníficamente formados sabían reproducir un original en cualquier estilo convencional. Pero los dibujos de Denon no pertenecían a ningún estilo convencional. Tenían una libertad de trazo, una urgencia, una imprecisión productiva que el grabado académico no sabía transcribir.

—Tendrán que educar la mirada. Esas convenciones no son torpezas. Obedecen a una lógica que deben comprender antes de reproducirla. Un grabador que no entienda por qué se dibuja así un rostro egipcio corregirá cometiendo faltas graves.

Aquel trabajo sería más largo de lo que había previsto. Pero estaba claro que Denon no transigiría, y que *la Description* sería la obra más grande en la que participaría jamás.

Fourier, por su parte, avanzaba en la redacción del prefacio histórico. Había adoptado un tono de deliberación erudita que convenía a la envergadura del proyecto. Cada frase estaba sopesada. No quería que *la Description* fuera un simple catálogo ilustrado. Quería que fuera un acto de pensamiento, un monumento intelectual comparable a la *Encyclopédie*, un texto que dijera a la posteridad lo que Francia había comprendido de Egipto, y quizá lo que Egipto decía de Francia.

Diciembre de 1801 tocaba a su fin en medio de ese trabajo concentrado, en aquellos despachos y talleres donde la gran obra tomaba forma. Ninguno de los sabios podía saber entonces que aún harían falta años para llevarla a término, que los veintitrés volúmenes *in-folio* de *la Description de l'Égypte* no estarían completos hasta 1829. Casi treinta años de trabajo para dar cuenta de tres años de expedición. Aquella desproporción era quizá la medida exacta de lo que habían visto.

La reunión del 19 de diciembre en el Instituto de Francia fue la primera reunión oficial de la Comisión de Ciencias y Artes desde su regreso. Fourier había organizado la convocatoria con esmero, enviando cartas personales a cada miembro aún con vida —una treintena había perecido en Egipto— para invitarlos a reunirse en la gran sala del Instituto.

Eran unos sesenta, llegados de toda Francia. Algunos no se habían visto desde Alejandría, desde los días de la capitulación y del embarque. Se reencontraron con la emoción discreta de los supervivientes que han compartido una experiencia que nadie más puede comprender del todo.

Fourier presidió la reunión con la solemnidad que merecía, recordando los trabajos realizados, las dificultades superadas, las pérdidas sufridas, evocando los nombres de los colegas fallecidos, y presentando luego el plan de publicación de *la Description*, la financiación obtenida del gobierno consular, el calendario previsto.

—Este trabajo llevará tiempo. Quizá diez años. Quizá más. A cada uno de ustedes se le pedirá que contribuya a la redacción de su parte. Lo que empezamos en Egipto, lo vamos a terminar aquí, en París, en nuestros despachos y nuestras bibliotecas. La aventura estaba allí. La obra estará aquí.

Denon, sentado entre los asistentes, escuchó pensando en los cuadernos que había dejado en su piso, en todos aquellos dibujos que esperaban ser grabados. El trabajo que había hecho en Egipto no era más que la mitad del trabajo. La otra mitad comenzaba.

La última semana de diciembre se dedicó a la redacción del primer informe oficial de la Comisión de Ciencias y Artes al ministro del Interior. Aquel informe, de noventa y dos páginas, presentaba un inventario de lo que la Comisión había logrado, de lo que había traído, y de lo que se proponía publicar.

Fourier redactó lo esencial, Denon la parte artística, Geoffroy Saint-Hilaire la parte naturalista. Marcel, la relativa a las lenguas y los manuscritos. El documento, sobrio y preciso, impresionó al ministro, que lo transmitió a Bonaparte con una nota favorable.

Bonaparte, que había seguido el avance de las colecciones desde su regreso a Francia dos años antes, convocó a Fourier a una reunión de trabajo. Quería que la *Description de l'Égypte* fuera no solo un monumento científico sino también un monumento político que glorificara su campaña oriental. Los dos objetivos no eran incompatibles, pero su coexistencia obligaba a los sabios a navegar con cuidado.

—Serviremos a la ciencia —dijo Fourier a Denon tras la reunión con Bonaparte—. Y dejaremos que Bonaparte crea que servimos a su gloria. Así es como siempre se han financiado las grandes obras científicas.

Denon sonrió. Aquella formulación era quizá la más certera que había oído para describir su situación desde el comienzo de la expedición.

Bonaparte recibió el informe de la Comisión con un interés que no era fingido. Sentía una curiosidad intelectual real por ciertos aspectos de la expedición: las pirámides, la piedra de Rosetta, los templos colosales de Tebas. Leería con pasión, un año más tarde, el *Voyage* de Denon y hablaría de él a sus amigos.

—Su Denon escribe bien —dijo Monge—. Es raro entre los sabios. Sus cartas sobre las pirámides son las mejores descripciones que he leído.

—Ve lo que describe —dijo Bonaparte—. Es tanto un artista como un sabio.

Bonaparte asintió. Unas semanas más tarde, hizo saber a Denon que tenía una idea para él, sin entrar en detalles.

Para los sabios que seguían trabajando en la *Description*, la idea de que Denon pudiera obtener un puesto en la cumbre era una

buena noticia. Esa perspectiva les garantizaba un interlocutor bien situado, comprensivo e informado en el seno del gobierno. La financiación que concedía Bonaparte era generosa, pero no ilimitada. Los sabios tuvieron que enfrentarse pronto a la realidad económica de una publicación monumental. Los grabadores costaban caro, la impresión de láminas de gran formato todavía más, el papel de calidad resultaba costoso.

Fourier ideó un plan de financiación mixto que combinaba los créditos gubernamentales con suscripciones de bibliotecas, academias y particulares acaudalados. Esta fórmula, que permitía controlar los costes a la vez que ampliaba la difusión, prefiguraba los modelos de financiación de las grandes publicaciones científicas del siglo XIX.

Denon, por su parte, negoció con un editor parisino la publicación de su *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* como volumen independiente, anterior a *la Description* colectiva. Aquella pronta publicación, ya en 1802, permitiría mantener vivo el interés del público por el Egipto antiguo y crear un clima favorable para la acogida de *la Description* cuando esta apareciese.

—Publicamos en dos tiempos. Primero mi *Voyage*, para el gran público y para mantener el impulso. *La Description* después, para los sabios y para la eternidad.

El nombramiento de Denon como director general de los museos nacionales, dictado por decreto consular en noviembre de 1802, fue una sorpresa tanto para él como para sus colegas de la Comisión. Bonaparte lo había decidido tras leer el *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte* y después de varias conversaciones con Denon sobre arte y colecciones.

Aquel cargo, que él no había solicitado y que Bonaparte le tenía reservado desde su conversación de diciembre de 1801, colocaría a Denon en el centro de una contradicción. Como director de los museos, supervisaría la adquisición de obras de arte procedentes de los países conquistados por el Imperio napoleónico. Se

convertiría en el engranaje central de una política de expolio sistemático de la que, en Egipto, había sido testigo crítico e impotente.

Aceptó, sin embargo. Pensaba que desde aquella posición podría influir en el modo en que se formaban y presentaban las colecciones, y hacer hincapié en la dimensión científica antes que en la triunfal. Sería otra batalla, librada con otras herramientas.

Aquella tensión fundamental entre su papel futuro y su experiencia pasada no se le escapó. La anotó en su diario con la frialdad precisa que reservaba para las observaciones difíciles de soportar. Luego pasó a otra cosa. Había demasiado que hacer para demostrarse en las paradojas de su situación.

Los veinte años siguientes serían los más productivos de su vida profesional, aunque de naturaleza distinta a la de los que acababa de vivir. Más sedentarios, más administrativos, más institucionales. Pero también, a su manera, igual de exigentes. Sacar a la luz *la Description de l'Égypte* exigiría una resistencia y una disciplina comparables a las de la propia expedición. Denon lo sabía. Veinte años de trabajo por delante. Salió a la calle y echó a andar.

VII - El trabajo comienza

Jomard vivía en la rue de la Croix-Faubin desde su regreso. Una habitación fría en invierno, orientada al norte, pero con una gran mesa sobre la que había extendido sus hojas de mediciones.

Hacía un año que había vuelto. Durante un año había transcrito, comparado, corregido. Sus levantamientos topográficos se extendían ya sobre doscientas hojas de papel milimetrado, desde el Delta hasta las cataratas de Asuán. El mapa de Egipto más preciso que jamás se hubiera dibujado.

Calculaba la altura de la Gran Pirámide: ciento cuarenta y seis metros y medio, es decir, unos doscientos ochenta codos reales egipcios. Los constructores habían empleado una unidad de medida precisa, y ahora esa unidad podía recuperarse. Publicaba el

valor en sus notas: 0,5236 metros. Los egiptólogos lo utilizarían durante ciento cincuenta años.

Pensaba también en el canal de Suez. Bonaparte lo había considerado.

Lepère, el ingeniero jefe, había cometido un error monumental. Había concluido que el mar Rojo se hallaba casi diez metros por encima del Mediterráneo, lo que hacía imposible el canal sin esclusas.

Jomard dudaba ya de aquellas cifras, sin poder demostrarlo. El informe de Lepère se publicaría en 1803.

Aquel error costaría cerca de medio siglo, hasta que Bourdaloue, en 1847, repitió las mediciones y demostró que los dos mares estaban casi al mismo nivel, y Ferdinand de Lesseps abrió el canal en diez años.

Jomard, en su habitación fría, contemplaba su mapa del Nilo. Cada meandro, levantado con brújula y teodolito. Cada aldea. Cada templo. El valle del Nilo se extendía sobre diez hojas de norte a sur, con una precisión que permitiría a un ingeniero prever adónde iría el agua si se construyese una presa.

Un siglo después, los ingenieros británicos que construirían la primera presa de Asuán aún consultarían los levantamientos de Jomard.

Aquella noche anotó en su diario: «Todo este trabajo para que los ingenieros del próximo siglo puedan gobernar el agua de un pueblo que nosotros no supimos gobernar».

Apagó la vela. Aún le quedaban ciento diez hojas por transcribir antes de que la Comisión pudiera empezar a imprimir el primer volumen de la *Description*.

Octubre trajo las primeras resistencias verdaderas del trabajo.

La más profunda no era técnica. Era el problema de los jeroglíficos.

Denon se daba cuenta de ello cada noche al releer las notas del día. Había dibujado centenares de columnas de inscripciones en Karnak, en Luxor, en el Valle de los Reyes. Las había copiado con precisión de grabador, signo tras signo, sin comprender ni uno. *La Description* publicaría aquellas columnas. Millares de lectores las mirarían. Nadie sabría qué decían.

Era una laguna fundamental, y no había remedio disponible.

Marcel lo había formulado con claridad en una reunión de octubre.

—Debemos adoptar un estilo estrictamente descriptivo. Lo que vemos, no lo que significa.

La Description de l'Égypte fue al principio una idea de Fourier. No enteramente. Bonaparte había ordenado publicar, Jomard había organizado, Denon había aportado las imágenes. Pero fue Fourier quien primero comprendió lo que aquel libro debía ser. Un monumento. Una enciclopedia de una civilización entera, tal como se la había encontrado.

Redactaría el prefacio histórico desde su apartamento parisino a lo largo de dos años. Ciento sesenta páginas densas, síntesis de todo lo que se sabía de Egipto desde los griegos.

El volumen de imágenes era vertiginoso. Denon tenía sus cuadernos, Jollois y Devilliers los suyos, doscientos treinta y siete en total. Jomard tenía doscientas hojas de levantamientos. Geoffroy tenía centenares de láminas de zoología y de botánica. Los ingenieros tenían planos arquitectónicos de cada monumento visitado. En total, ochocientas noventa y cuatro láminas, una sesentena de ellas en color. Unos cuatrocientos grabadores, a lo largo de veinte años. Decenas de dibujantes, muchos de los cuales habían participado en la expedición.

Láminas tan grandes que ninguna prensa parisina podía imprimirlas. Conté —el mismo Conté que había fabricado lápices en Egipto— había concebido antes de su muerte, en 1805, un dispositivo especial para los formatos más exigentes, que sus

sucesores pusieron en práctica. Se construyeron prensas nuevas. Algunas láminas cubrían casi un metro cuadrado. Hicieron falta hojas de papel fabricadas expresamente, con filigrana *Égypte ancienne et moderne*. Algunas láminas exigieron por sí solas dos años de trabajo.

El primer volumen apareció en 1809. El último, en 1829. Veintitrés volúmenes, con una tirada de mil ejemplares en papel verjurado con filigrana. La edición comercial *Panckoucke* saldría a partir de 1821 en treinta y siete volúmenes.

Fourier vería aparecer los primeros volúmenes, y después la obra concluida. Moriría en 1830.

La *Description de l'Égypte* creó la egiptología como disciplina. Documentó monumentos desde entonces destruidos, colores desde entonces borrados, yacimientos desde entonces saqueados. Permitió a un sabio francés elaborar su método de desciframiento. Lo que Francia conservó verdaderamente de Egipto fueron ciento sesenta y siete cerebros y las ochocientas noventa y cuatro láminas que habían producido. Lo que había robado —y la palabra era exacta, cualquiera que fuese la justificación— estaba en Londres. Las estatuas estaban en Londres. El saber estaba en París.

Fue el único consuelo disponible. Era real.

Las demás dificultades —coherencia entre láminas de artistas diferentes, normalización de los nombres de los monumentos— se resolvieron mediante procedimientos de trabajo que Fourier ideó con su método habitual: claro, práctico, de aplicación inmediata. Se cotejó cada lámina con los levantamientos dimensionales. Se adoptaron los nombres árabes modernos como nombres oficiales, con los antiguos nombres griegos entre paréntesis.

Jomard propuso la regla de los nombres. Fourier la aplicó.

En noviembre, Denon comenzó la redacción de las notas. Cada lámina debía ir acompañada de un texto: localización, dimensiones, estado de conservación, atribución dinástica probable.

Denon redactó las notas relativas a los principales templos que había explorado. Su estilo literario, influido por la prosa romántica incipiente de principios del siglo XIX, combinaba la precisión descriptiva científica con pasajes evocadores que transmitían la emoción estética y espiritual sentida al contemplar aquellos majestuosos monumentos.

Su nota sobre Karnak comenzaba por las dimensiones. Un recinto de quinientos cuarenta metros por quinientos cincuenta, treinta hectáreas, ciento treinta y cuatro columnas en la sala hipóstila, doce columnas centrales de veintidós metros de altura. Luego, una frase: «El efecto que produce este bosque de columnas es el de un espacio donde la grandeza humana y la grandeza divina se confunden».

Fourier tachó la frase. Denon la restableció.

Fourier releía las notas y tachaba los pasajes líricos. Denon los restablecía. Fourier los tachaba de nuevo.

—Hacemos ciencia, no literatura —dijo Fourier.

—¿La ciencia de qué? —respondió Denon—. Estos monumentos se construyeron para producir un efecto en quien los contempla. Si no transmitimos ese efecto, catalogamos piedras.

Ninguno de los dos cedió. Dejaron que los dos tonos coexistieran. *La Description* sería ambas cosas a la vez. Quizá por eso perduraría.

Fourier vivía en la rue des Fossés-Saint-Victor, a veinte minutos a pie del hôtel de Beauvais.

Pensaba en Bonaparte. No en su vanidad ni en su ambición, a cuya oposición había renunciado hacía tiempo, sino en algo más sencillo: aquel hombre había lanzado una expedición que había cambiado el modo en que Europa miraba Egipto, que había cambiado el modo en que el propio Fourier miraba la historia, y sin duda era poco consciente de ello. Para Bonaparte, Egipto había sido un error militar reparado por un golpe de Estado afortunado.

Para Fourier, seguiría siendo toda su vida el período más denso que había conocido.

Era la diferencia entre quienes hacen la historia y quienes la comprenden. Rara vez son las mismas personas.

Se detuvo en la esquina de la rue Saint-Jacques. Un joven vendía periódicos en medio del frío. Compró uno sin leerlo y siguió su camino.

Jomard, en su habitación de la rue de la Croix-Faubin, seguía trabajando. Había alquilado un cuarto demasiado pequeño donde había instalado sus cuadernos y sus instrumentos sobre una mesa cubierta de papel de calco. Aquella noche ultimaba el sistema de proyección cartográfica que emplearía para el atlas de *la Description*. El valle del Nilo se extendía a lo largo de ocho grados de latitud, pero nunca superaba los veinte kilómetros de ancho. Necesitaba una proyección que conservase las proporciones de aquella estrecha franja fértil sin deformar demasiado las distancias.

Trazó el primer meridiano. Luego los paralelos. Luego la desembocadura del Nilo al norte, en Rosetta. Luego el curso del río hacia el sur, con sus meandros, que conocía de memoria por haberlos medido durante dieciocho meses.

El mapa iba tomando forma, un trazo tras otro.

Era medianoche cuando Jomard dejó la pluma. Apagó la lámpara de un soplo en lugar de dejar que se extinguiera —una costumbre de Egipto, donde el aceite era caro— y permaneció un rato en la oscuridad. Veinticinco años. Había visto las pirámides, los templos de Tebas, el desierto, una batalla, una capitulación, y había medido cosas que nadie había medido antes que él.

Y ahora dibujaba un mapa en una habitación fría.

No valía menos. La verdadera ciencia se hacía de noche, con paciencia. Pensó en Abdallah, el *wakil* del canal, que le había dicho que el aprendizaje nunca terminaba porque el canal tampoco terminaba nunca de cambiar. Comprendía ahora lo que quería decir.

Egipto había sido la cosecha. Esto era el grano que se trillaba, que se guardaba en los graneros para que pasara el invierno.

Geoffroy Saint-Hilaire, en la rue de Seine, escribía a Cuvier. Eran rivales y lo sabían. Pero la carta que redactaba no era de rivalidad: era una carta de verdad.

Le describía los ibis momificados de Saqqara, los cocodrilos del Nilo, los gatos de Bubastis. Y le describía algo que no había dicho aún a nadie. La convicción que le había sobrevenido durante los meses egipcios de que las especies no son fijas, de que cambian con su medio.

Cuvier lo combatiría. Discutirían durante treinta años ante la Academia. Aquella querella sería una de las más importantes de la historia natural europea. Había comenzado aquí, en una habitación de París, en diciembre de 1802, con una carta a un hombre a quien amaba y combatía al mismo tiempo.

Cerró la carta y la lacró. La velada tocó a su fin. A la mañana siguiente, la echó al correo.

Egipto seguía actuando, a distancia, en el espíritu de quienes lo habían recorrido. No era nostalgia. Era algo más tozudo y más útil. Una manera distinta de ver las cosas, que no se disiparía.

En diciembre, el Ministerio de Finanzas comunicó a Fourier que los gastos superaban las previsiones. Los grabadores absorbían el cuarenta por ciento del presupuesto. El papel de calidad, el veinte. Reducir sin sacrificar la calidad, imposible. Fourier se lo dijo al ministro. El ministro dijo que lo estudiaría.

Lo estudió. Se mantuvieron los fondos. *La Description* continuó.

Jomard, en su habitación, había sacado aquella noche sus notas del Fayum. Levantamientos de riego que aún no había transcrito para *la Description*. Canales, caudales, rotaciones de las sakiehs. Había pasado dos semanas allí midiendo cosas que los fellahs sabían sin haberlas escrito jamás. Un sistema hidráulico tan antiguo como los faraones, guardado entero en la cabeza de los hombres que lo practicaban desde la infancia. Lo había anotado,

convertido en minutos y en caudales, dispuesto para que los ingenieros del siglo siguiente pudieran leerlo. Quizá era la única manera de salvarlo.

Dejó el cuaderno. Fuera, París estaba en silencio. En algún lugar, las mismas estrellas del Fayum. Los mismos bueyes, probablemente, girando en sus círculos.

A finales de diciembre, veinte volúmenes se hallaban en preparación simultánea. La dirección estaba trazada, los equipos en su sitio.

La noche del 31 de diciembre de 1802, Denon dejó el lápiz y miró los tubos de cobre alineados contra la pared de su despacho. Cuatro tubos de cobre, numerados con pintura negra. En el tubo número uno, sus cuadernos más antiguos, Alejandría, la marcha por el desierto, las primeras vistas de las pirámides. En el número tres, los levantamientos de Tebas y del Valle de los Reyes. En el número cuatro, los últimos dibujos, hechos en El Cairo la víspera de la partida. Se levantó, cogió el tubo número uno, desenroscó el tapón. Sacó el primer cuaderno. Se abrió por un boceto rápido. La cubierta de la Junon, con las velas y la flota al fondo, dibujado durante la travesía de mayo de 1798. Cuatro años antes. Otro hombre, casi. Cerró el cuaderno, volvió a enroscar el tapón. Volvió a apoyar el tubo contra la pared.

Fuera, París despedía el año con el ruido ordinario de una gran ciudad. Los carillones, las voces, las ruedas de los carruajes sobre los adoquines mojados. Dentro de unas horas, 1802 se convertiría en 1803. *La Description* tendría un año. Todavía harían falta veintiséis más.

Dejó morir la llama y salió a la calle. Anduvo un rato sin rumbo preciso, en el frío seco de la noche parisina. En la esquina de la rue de Grenelle se detuvo y alzó los ojos. El cielo estaba despejado. Orión estaba allí, sobre los tejados, exactamente donde lo había visto sobre las pirámides en el invierno de 1798.

Las mismas estrellas. La misma noche. Otro país, otra vida.

Volvió a casa, se sentó a su mesa, abrió un cuaderno en blanco. En lo alto de la primera página escribió la fecha. Y debajo: «Templo de Karnak, sala hipóstila. Columnas centrales: 21 metros. Diámetro: 3 metros 50. Capiteles papiriformes». Empezó a redactar la nota.

Bonaparte, por su parte, no había esperado. Primer Cónsul desde brumario del año VIII, cónsul vitalicio en 1802, emperador de los franceses en 1804. El hombre que había dicho a los sabios de El Cairo que su trabajo duraría más que él estaba construyendo algo más ambicioso y más frágil: un régimen. La *Description de l'Égypte* aparecería bajo el Imperio. Denon dirigiría sus museos. Lo que la expedición había sido en la práctica —precaria, incompleta, costosa— se estaba convirtiendo, en el relato oficial, en un cimiento de la gloria nacional. Así era como las cosas acababan sosteniéndose.

Denon seguía sin haber terminado. Las campañas iban a reanudarse. Alemania, Austria, Prusia. Y con las campañas, las colecciones.

Fin del tomo II